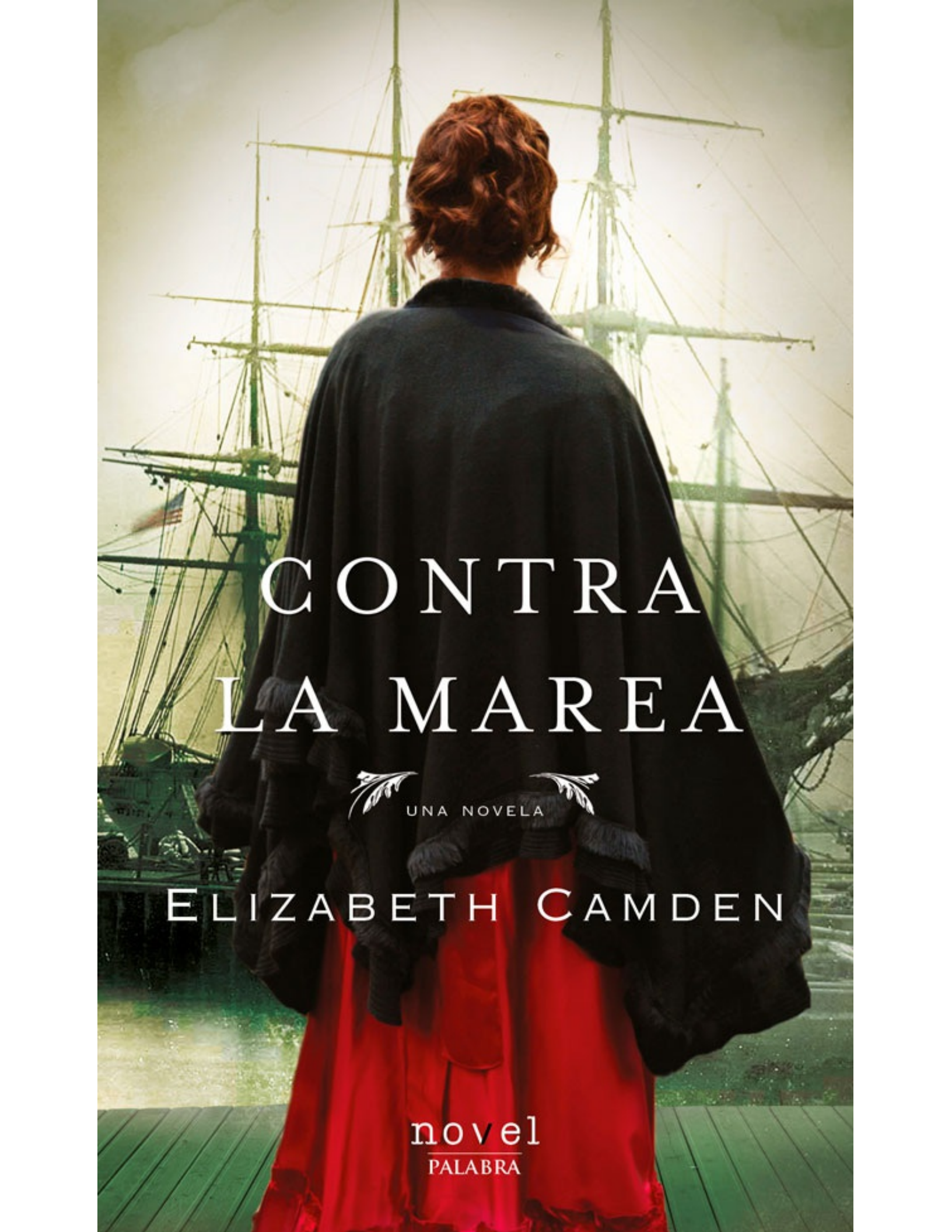




CONTRA LA MAREA

UNA NOVELA

ELIZABETH CAMDEN

novel
PALABRA

CONTRA
LA MAREA

ELIZABETH CAMDEN

novel

Título original: *Against the tide*
Copyright © 2013 by Elizabeth Camden

© 2012 by Dorothy Mays
Publicado originalmente en inglés por Bethany House,
un sello de Baker Publishing Group,
Grand Rapids, Michigan 49516, U.S.A.
Todos los derechos reservados.

© Ediciones Palabra, S.A., 2018
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
palabra@palabra.es
© Traducción: Almudena Ligeró

Imagen de cubierta: Yolande De Kote / Trevillion Images
Diseño de ePub: Rodrigo Pérez Fernández

ISBN: 978-84-9061-704-5

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del editor.

ÍNDICE

Prólogo	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
Capítulo 21	
Capítulo 22	
Capítulo 23	
Capítulo 24	
Capítulo 25	
Capítulo 26	
Capítulo 27	
Capítulo 28	
Capítulo 29	
Capítulo 30	
Capítulo 31	
Capítulo 32	
Capítulo 33	

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Nota histórica

Para mi marido, Bill... que me ha servido
de inspiración para todos los héroes que he escrito.



PRÓLOGO

BOSTON, 1876

A Lydia le daba vergüenza llevar un vestido mojado su primer día de colegio, pero la noche anterior había llovido mientras su ropa se secaba en las jarcias del barco. De todas formas tenía suerte de ir a la escuela, así que procuró no pensar en su vestido mientras se dirigía al edificio de la mano de su padre, que estaba áspera de tanto trabajar. Su padre parecía más nervioso que ella mientras la acompañaba a la escuela, situada a una milla del puerto donde tenían atracado el barco. La escuela era una lujosa construcción de ladrillo con auténticos cristales en las ventanas. No había ventanas en el barco donde vivía Lydia, tan solo unas telas grasientas que dejaban entrar una luz mortecina en el camarote donde dormía toda la familia.

Papá no tenía el menor deseo de que Lydia fuera a la escuela. La noche antes, él y mamá habían mantenido una fuerte discusión al respecto, y Lydia había podido escuchar cada una de sus palabras. Sus padres obligaban a Lydia y al pequeño Michael a dormir debajo de la escotilla, pero vivir en un barco tan pequeño como el *Ugly Kate* le permitía estar al corriente de todo.

—¡Esta niña no sabe hablar ni una palabra de inglés! —rugió su padre—. ¿Qué sentido tiene llevarla a la escuela si no va a entender lo que dicen?

—Ya aprenderá —dijo mamá—. Recuerda lo rápido que aprendió italiano cuando era pequeña. Ya conoce el griego y el turco, e incluso aprendió croata el año que pasamos allí. Lydia tiene mucho talento para los idiomas y estoy segura de que aprenderá inglés, ya lo verás. Tiene nueve años. Ya es hora de que vaya a la escuela.

En el pasado, sus padres nunca se habían quedado en ningún sitio el tiempo suficiente para que Lydia pudiera ir al colegio. Pero, supuestamente, todo eso iba a cambiar ahora que estaban en América.

Lydia era tan solo un bebé cuando sus padres abandonaron su pequeña isla griega. Papá decía que a la gente no le parecía bien que se hubiera casado con una mujer turca. Zarparon en un barco de pesca que su padre había construido con sus propias manos, abrazando el litoral rocoso del Adriático hasta que llegaron a las islas de Italia. Tampoco aquello duró demasiado. Desde allí pasaron un tiempo en las costas de Albania y Croacia.

Vivían en el barco de papá, arrojando las redes al mar cristalino y arrastrando

camarones, anchoas y lubinas a bordo. Los primeros recuerdos de Lydia se situaban en la cubierta del barco, ordenando el pescado en distintas cestas bajo la luz del sol. Por la noche empujaban la red y las jarcias a un lado y extendían las mantas bajo las estrellas. Para Lydia, toda su vida estaba en aquel barco, desde hacer la comida sobre el hornillo de gas hasta aprender las letras sentada en el regazo de mamá y, dos veces a la semana, lavar sus cabellos en el agua salada del mar Mediterráneo. Mamá decía que eran la sal y el sol los que habían proporcionado aquellos destellos cobrizos a su oscura melena. «Tienes el cabello igual que una moneda recién acuñada», solía decir mamá mientras cepillaba su melena para secarla al sol. Su hermano, Michael, había nacido en Sicilia. Ya tenía cuatro años, y se suponía que debía dejar de llamarle «el pequeño Michael», pero para ella siempre sería el pequeño.

Lydia no sabía muy bien por qué habían abandonado Sicilia. El caso es que aquel verano se subieron a un barco inmenso y cruzaron todo el océano Atlántico hasta llegar a Boston. Papá decía que allí todo les iría mejor, pero Lydia no estaba tan segura. Su barco de pesca no era ni la mitad de bonito que el que su padre había construido en Grecia. Papá había intentado reparar el *Ugly Kate*, pero el agua no dejaba de filtrarse en el casco, y Lydia era la encargada de llenar los cubos y tirar el agua por la borda. Cinco veces al día vaciaba el pantoque, pero, cuando se iban a dormir, siempre había al menos una pulgada de agua en el camarote. Papá decía que la presencia del agua indicaba que su camarote estaba siempre limpio, y que debían sentirse agradecidos por tener un barco tan especial que se limpiaba solo. Todo formaba parte de su plan, solía decir con una carcajada.

A Lydia no le importaba vivir en un barco tan miserable. Desde hacía tres años, lo único que pedía para Navidad era ir a la escuela. En el pueblo de Sicilia había visto a otros niños que iban al colegio y había fantaseado con las cosas maravillosas que estarían aprendiendo detrás de aquellas puertas cerradas.

Pero papá aún no quería dejarla ir al colegio. En plena discusión, señaló el fino vestido de algodón de su hija, que le quedaba seis pulgadas más corto de lo normal.

—¿Pretendes enviar a nuestra princesita a la escuela con esa pinta? —gruñó dirigiéndose a mamá, mientras señalaba con la mirada los tobillos de Lydia, que asomaban por debajo del vestido.

Hacía dos semanas, a Lydia se le prendió fuego el dobladillo mientras barría demasiado cerca del fogón, y mamá había tenido que cortárselo. La parte chamuscada ya no se veía, pero papá seguía molesto por el hecho de que su hija solo dispusiera de un vestido.

—No pienso tolerarlo —dijo con determinación—. No pienso tolerar que los granujas de Boston ridiculicen a mi princesita.

El rostro de su padre se descompuso, y Lydia creyó que iba a echarse a llorar.

Para evitarlo, corrió por la cubierta y rodeó la cintura de su padre con los brazos.

—Papá, no estés triste. No tardaré en aprender inglés, y entonces podré enseñártelo a ti, a mamá y al pequeño Michael. Todos podremos hablarlo.

Papá le apartó el cabello de la frente con sus manos ásperas y la acunó mientras paseaba de un lado a otro.

—Mi pobre ondina, tú no sabes lo crueles que pueden llegar a ser los niños.

—No me importa que se burlen de mí —dijo Lydia—. Además, mamá puede lavarme el vestido para que no huela. Así podré ir tan elegante como los demás niños.

—Esta noche lavaremos tu vestido para que mañana quede limpio y bonito —dijo mamá—. *Ya va siendo hora* de que Lydia vaya a la escuela.

Lydia sonrió al advertir su tono de voz. Normalmente, papá siempre se salía con la suya, pero, cuando su madre hablaba con esa convicción, papá siempre obedecía.

Aquella noche llovió sin cesar. Cuando los gruesos goterones de lluvia empezaron a salpicar el techo del camarote, Lydia corrió a cubierta para descolgar su vestido de las jarcias. Sin embargo, acabó tropezando con las trampas para cangrejos que había en cubierta y cayó de bruces. Cuando quiso arrancar el vestido de las jarcias, este ya estaba empapado. Aún seguía húmedo mientras caminaba hacia la escuela a la mañana siguiente.

Lydia se sentó en el vestíbulo mientras papá hablaba con una señora en el despacho que había en la entrada. En realidad, su padre decía palabras en griego y gesticulaba con las manos, y la mujer no parecía entenderle. Cuando papá se dio la vuelta y señaló a Lydia, que estaba sentada en un banco del pasillo, un gesto de comprensión asomó en el rostro de la mujer. Lydia se levantó del banco al ver que la mujer se dirigía hacia ella. La señora habló muy deprisa y a continuación se quedó mirándola, como si estuviera esperando que Lydia dijera algo. Parecía muy seria mientras escudriñaba su vestido, sobre todo cuando lo tocó y se dio cuenta de que estaba mojado. Ahora, la señora estaba murmurando y mirando a papá, y eso que la idea de lavar el vestido había sido de Lydia.

Lydia se quedó mirando la boca de la señora mientras esta repetía las mismas frases una y otra vez. Cuando terminó de hablar, la miró, como si estuviera esperando su respuesta. Lydia solo conocía una palabra en inglés, y pensó que tal vez había llegado el momento de usarla.

De modo que miró a la señora a los ojos, sonrió y dijo:

—Vale.

Aquello pareció satisfacer a la señora, que se dio la vuelta y le hizo una señal para que la siguiera. Lydia supo que la habían aceptado en la escuela y sintió una inmensa alegría. Enseguida se dio la vuelta para despedirse de papá, que estaba retorciendo su gorra entre las manos. La ansiedad se reflejaba en su rostro mientras agitaba la mano en el aire para decirle adiós.

Lydia se apresuró a seguir a la señora hasta el fondo del pasillo. ¡Por fin iba a ir la escuela! Los pasillos eran anchos y rectos, y los suelos estaban pulidos y relucientes. El aire era tan fresco que el simple hecho de respirarlo la hacía sentir bien.

Era obvio que llegaba tarde a clase: los demás estudiantes ya estaban sentados en sus pupitres, y sobre la tarima había un hombre escribiendo en una preciosa pizarra negra. La puerta emitió un chirrido y todos los ojos se volvieron hacia ella. La señora enfadada se puso a hablar con el profesor mientras Lydia se giraba para observar a los estudiantes, que estaban alineados en filas rectas y ordenadas.

Parecían tan *limpios*. Todos estaban bien peinados y llevaban calcetines dentro de los zapatos. ¿Siempre irían tan elegantes, o solo hoy, porque era el primer día de colegio? El profesor tiró de la mano de Lydia para guiarla hasta un pupitre situado al fondo del aula. Su pupitre. ¡Tenía una silla a juego y no tenía que compartirlo con nadie! El hombre empezó a hablarle, pero Lydia no lograba entenderle. Su rostro reflejaba amabilidad mientras se arrodillaba a su lado y repetía las palabras lentamente. Pero aquello no sirvió de nada. Lydia no tenía ni la menor idea de lo que estaba diciendo, pero supo que el hombre era simpático y que esperaba de ella algún tipo de respuesta.

Así que sonrió ampliamente.

—Vale —dijo, y, una vez más, aquella parecía ser la respuesta que el hombre quería escuchar.

El profesor regresó a la tarima y dio comienzo a la clase.



Lydia echó a correr todo lo rápido que le permitían sus delgadas piernas. Cortando el aire como un rayo, se apresuró a llegar al muelle donde había quedado con su padre después de la escuela. No tardó mucho en verlo merodeando por el puerto, con el rostro todavía ojeroso y preocupado. Lydia supo el momento exacto en que la había visto, porque su padre se arrancó la gorra de la cabeza y atravesó el puerto a grandes zancadas. Lydia sintió que le ardía el pecho mientras echaba a correr aún más deprisa para lanzarse en sus brazos.

—¡Papá, ha sido *perfecto*!

Aquella palabra resultaba tan insuficiente para describir la alegría que florecía en su interior... Quería contarle lo maravillosa que era la escuela y lo simpático que había sido el profesor con ella. Tenía tantas cosas que decirle... Pero, cuando quiso hablar, no pudo. ¿Por qué estaba llorando si se sentía tan feliz? Unos lagrimones bajaron por sus mejillas. No podía hablar con aquel nudo en la garganta.

—El profesor se llama señor Bennett —dijo Lydia a sus padres una vez que llegaron al barco—. Vi su nombre escrito en la pizarra, y a la hora del recreo se sentó a mi lado y me lo repitió una y otra vez hasta que lo entendí. Es muy bueno; además me dio un trozo de su bocadillo.

Mamá no sabía que los niños tenían que llevar algo para comer a la hora del recreo, y le dijo que al día siguiente tendría que llevar un buen trozo de bacalao fresco al señor Bennett para agradecerle su generosidad.

—¿Y qué hay de los niños? ¿Se portaron bien contigo? —preguntó papá, con un brillo de preocupación en los ojos.

Lydia no era tonta; había visto a algunas niñas riéndose de su vestido corto y diciéndose cosas al oído. Pero aquello no le importaba. ¿Cómo iba a importarle semejante tontería si tenía un sólido pupitre para ella sola y una clase llena de cosas fascinantes? Los mapas que colgaban de las paredes mostraban las fronteras de todos los países del mundo, y en una esquina del aula había un águila disecada con las alas extendidas. Pero su padre estaba preocupado por ella y esperaba una respuesta.

—Nadie se atrevió a decir nada malo —dijo, con toda la sinceridad del mundo.

Además, en realidad no importó que no supiera hablar inglés, porque al día siguiente se enteró de que dos niños de su clase hablaban italiano, y que otra niña solo sabía hablar ruso. Lydia se hizo amiga suya y todos los días se sentaba a su lado a la hora del recreo, asimilando con facilidad algunas palabras en ruso para incorporarlas a su repertorio de idiomas.

A medida que pasaban las semanas, Lydia aprendió cada vez más palabras en inglés. El señor Bennett parecía especialmente complacido por la rapidez con la que estaba aprendiendo.

—Eres una niña muy lista —le decía, acariciándole la cabeza.

Lydia no estaba segura de qué significa la palabra «lista», pero sabía que era algo bueno y le encantaba que el señor Bennett le dijera que era lista, algo que solía hacer con frecuencia.

Sin embargo, en este particular y húmedo día de octubre, Lydia no se sentía tan lista mientras aguardaba a su padre en el muelle. Normalmente, papá y el *Ugly Kate* ya estaban esperándola al llegar. Era un día de mucho viento, y regresar al puerto con un velero no debería haber planteado ningún problema. Lydia tomó asiento en un banco y se puso a balancear las piernas y a golpear un trozo de cuerda para pasar el rato mientras llegaba el *Ugly Kate*.

Cuando empezó a atardecer, el hambre oprimió su vientre y comenzó a sentir frío. Papá jamás se olvidaría de venir a recogerla después de la escuela, y eso solo podía significar una cosa: algo malo le había ocurrido al *Ugly Kate*.

Lydia no sabía qué hacer. El sol se ocultó aún más en el horizonte y, uno tras otro,

todos los barcos fueron atracando en el puerto. Los marineros descargaron los aparejos, aseguraron las jarcias, cargaron su botín sobre los hombros y se fueron a casa. Para entonces, Lydia temblaba tan fuerte que ya no sabía si era de frío o de miedo. Puede que tuviera que pasar toda la noche en el puerto.

No sería la primera vez que dormía al raso. Cuando llegaron a Boston por primera vez, se pasaron dos semanas viviendo en un parque público mientras su padre elegía el barco que quería comprar. Papá les dijo que debían tomárselo como una gran aventura. «Pensad en la suerte que tenemos. ¿Para qué vamos a vivir en un viejo y apestoso apartamento cuando podemos dormir bajo una catedral de estrellas?», les dijo. En aquel momento, Lydia habría preferido el viejo y apestoso apartamento, pero su padre les aseguró que dormir bajo las estrellas formaba parte de su plan. «¡Respirad el aire limpio de América! –les dijo–. Dormir al aire libre es la única manera de disfrutarlo. ¿No querréis perderos una experiencia como esta?».

Lydia se esforzó en saborear el aire limpio de América mientras se hacía un ovillo en el banco del muelle, pero hacía demasiado frío para respirar hondo. Había una gran diferencia entre dormir al aire libre en agosto y hacerlo en octubre. Finalmente encontró un trozo de lona al final del muelle y se envolvió los hombros con ella.

Era una tontería estar preocupándose por papá. Su padre era el mejor marinero del mundo. Cuando estaban en Sicilia, construyó el barco donde vivían con sus propias manos, y más tarde reparó el *Ugly Kate* para que pudiera volver a navegar, aunque mamá se empeñara en llamarlo «cáscara de nuez».

Una o dos veces cayó dormida, pero se despertó de un sobresalto al soltar la lona sin querer y sentir el aire helado atravesando su fino vestido. Cuando la luz del amanecer iluminó la bahía, Lydia echó un vistazo a los barcos atracados en el muelle, rezando para que el *Ugly Kate* hubiera llegado al puerto por la noche y ella se lo hubiera perdido. Su padre se echaría a reír y la llamaría tonta por pensar, aunque solo fuera por un instante, que no había venido a recogerla.

Lydia se quedó sentada en el banco y observó el muelle, que estaba lleno de barcos que entraban y salían del puerto. Hasta donde le llegaba la vista, le pareció que ninguno de ellos se parecía al *Ugly Kate*.



Lydia hizo un esfuerzo para entender las palabras que oía a su alrededor, pero todos los adultos hablaban muy rápido y ninguno se tomó la molestia de ayudarle a entenderlas. Su profesor, el señor Bennett, estaba allí, así como dos hombres vestidos

con uniforme de policía. Había otro hombre que llevaba una extraña chaqueta oscura. Lydia dedujo que se trataba de un pastor.

Algunas palabras las oyó una y otra vez. *Orfanato* era una de ellas. *Deportación* y *Grecia* eran las otras dos palabras que no dejaban de repetir. Lydia no sabía lo que significaba *orfanato*, pero pensó que se trataba de algo bueno, porque el señor Bennett se mostraba a favor. Su profesor se puso colorado y sacudió la cabeza cuando los demás hablaron de «deportación».

Habían pasado cinco días desde la noche que pasó al raso, y su familia aún no había venido a buscarla. Lydia sabía que papá jamás la abandonaría, y eso solo podía significar una cosa: que el *Ugly Kate* se había hundido en el mar. Pero también significaba que papá, mamá y el pequeño Michael habían muerto, y Lydia se negaba a creer una cosa así. Seguramente se habrían perdido, pero pronto volverían.

Llevaba un tiempo viviendo en un lugar llamado «convento», donde todas las mujeres iban vestidas de negro y no había ningún niño. Además, las mujeres de negro no sabían qué hacer con ella. El día anterior trajeron a un pescador griego para que sirviera de intérprete. El hombre tenía unas enormes cejas grisáceas y el rostro curtido como el cuero, y le hizo un montón de preguntas sobre su familia de Grecia.

—Yo no tengo ninguna familia en Grecia —repuso Lydia.

El hombre la miró con expresión de incredulidad.

—En Grecia todo el mundo tiene familia —dijo—. Grandes familias. Enormes familias. Te gustará Grecia, ya verás. Ahora dime quién es tu familia y dónde vive.

Lydia hizo un esfuerzo para recordar el nombre de los familiares que había oído mencionar a su padre, pero no se le ocurrió ninguno.

—Papá decía que tenía que salir de Grecia cuanto antes.

El hombre arqueó una de sus pobladas cejas.

—Cuanto antes, ¿eh? ¿Y eso por qué?

—Porque mi mamá es turca.

—Ah —dijo el pescador, con un triste gesto de comprensión—. Bien, con eso será suficiente.

El hombre se volvió hacia el policía que estaba a su lado y empezó a hablar en inglés. Sus palabras fueron tan sencillas que hasta Lydia pudo entenderlas.

—Esta niña no tiene familia —dijo.



El señor Bennett parecía contento de que Lydia se fuera a vivir a un orfanato. El

edificio estaba al otro lado de Boston y un policía iba a guiarla hasta allí. Lydia ya no volvería a ver su maravillosa escuela, con sus bonitos y sólidos pupitres y sus ventanas de cristales relucientes. El señor Bennett se agachó para ponerse a su altura, pero Lydia se sintió incapaz de mirarlo a los ojos cuando supo que le estaba diciendo adiós para siempre. El señor Bennett era la única persona que le quedaba en el mundo, la única que se preocupaba por ella, y ahora iba a perderlo a él también. El profesor tomó su mano y la apretó suavemente.

—Todo va a salir bien —le dijo muy despacio—. Eres una niña muy lista.

A Lydia se le humedecieron los ojos cuando le oyó decir que era una niña muy lista. Porque en ese momento no se sentía una niña lista; se sentía débil, asustada y sola. Pero puede que el señor Bennett tuviera razón. Puede que el orfanato fuera un lugar estupendo, donde sería capaz de aprender y encontrar una nueva familia.

No tardó en darse cuenta de que no había nada de estupendo en el orfanato Crakken.



CAPÍTULO 1

QUINCE AÑOS DESPUÉS, 1891.

ASTILLERO NAVAL DE BOSTON

—**P**arece que la armada rusa ha botado un nuevo buque de guerra —dijo Lydia. No era fácil afirmarlo a partir de la fotografía, pero el barco parecía distinto a los demás buques que solían aparecer en los periódicos rusos. Lydia se levantó de su escritorio y cruzó la oficina para mostrarle el periódico a Willis, cuya memoria enciclopédica para los barcos era asombrosa. Solo esperaba que Willis estuviera dispuesto a ayudarla. Lydia llevaba más de cuatro años trabajando en el departamento de investigación de la Marina de Estados Unidos, pero a Willis seguía molestándole que hubieran contratado a una mujer para desempeñar ese tipo de trabajo.

Lydia le prestó una lupa para que pudiera ver mejor la fotografía.

—No recuerdo que los rusos tuvieran una torreta giratoria —dijo—, pero parece que sí, ¿no cree?

Willis Colburn era tan delgado que daba la impresión de que podían cortarse rodajas de queso en sus afilados pómulos. El joven se subió las lentes mientras estudiaba la fotografía.

—¿Sabe una cosa, Lydia? Se supone que es usted la experta en ruso, no yo —dijo con retintín.

En realidad, Lydia era experta en ruso, griego, turco, italiano, albanés y croata. Su labor consistía en examinar periódicos, informes técnicos y cualquier documento que hubiera sido enviado desde el sur de Europa para encontrar innovaciones en el diseño de los barcos. Cuando vio la oferta de empleo solicitando a una persona que supiera varios idiomas y que conociera a fondo el mundo de los barcos, estuvo a punto de ponerse a saltar de alegría. Los dos primeros años después de dejar el orfanato habían sido difíciles. Lydia tuvo que trabajar en una fábrica de conservas, llenando latas de caballa hasta casi desmayarse. Se trataba de un trabajo monótono y nauseabundo, y al final de la semana apenas le llegaba para pagar el alquiler de su habitación. Por eso estaba deseando conseguir el trabajo en el astillero naval. Buscaban a alguien capaz de leer documentos extranjeros y entender las novedades en el diseño de los barcos.

Lydia recordaba todo lo que tenía que ver con el velamen, la bordada y las jarcias de los barcos pesqueros, pero la primera vez que vio las impresionantes fragatas de combate

en el astillero, se preguntó si no habría sobrestimado sus conocimientos.

Pero al almirante Fontaine no pareció importarle. Fontaine, un hombre increíblemente atractivo, que parecía demasiado joven para ser almirante, se limitó a encogerse de hombros. «Puedo enseñarle a distinguir los buques de guerra, pero no a dominar media docena de idiomas –le dijo–. Queda usted contratada».

¿Quién lo iba a decir? La niña griega que había crecido en un desvencijado barco pesquero y que nunca había tenido un par de zapatos decentes trabajaba ahora para un almirante de la Marina norteamericana. Todas las mañanas, Lydia pasaba delante de los imponentes barcos del astillero antes del trabajo. La oficina poseía un ventanal con vistas al dique, donde los buques de guerra y los demás barcos eran revisados y reparados antes de volver a prestar servicio.

Lydia sabía que su trabajo era de extrema importancia. En 1865, después de la Guerra Civil, el presupuesto de la armada norteamericana se había visto reducido drásticamente. Todos los recursos se estaban destinando al ejército con vistas a una expansión masiva hacia el Oeste. Más allá de proporcionar una cobertura básica para los puertos del Estado, el gobierno había perdido el interés en la conservación de una armada nacional. En medio de uno de los mayores auges tecnológicos de la historia, la Marina norteamericana permanecía estancada, mientras que las potencias marítimas europeas no dejaban de invertir recursos en acorazados, barcos de vapor, torpederos y artillería de largo alcance.

Tuvo que producirse un vergonzoso incidente entre Estados Unidos y la Marina chilena para que el congreso norteamericano se decidiera a tomar medidas. A partir de entonces, el gobierno creó un departamento destinado a reunir información sobre la tecnología naval extranjera. Asimismo, envió agregados navales por toda Europa para investigar la ingeniería naval. La mayor parte de las investigaciones tenían lugar en el extranjero, pero una parte se estaba recopilando de manera clandestina. Siempre que esos oficiales encontraban material impreso de interés, lo enviaban al almirante Fontaine para que su departamento lo tradujera íntegramente al inglés. Cada semana, Lydia recibía una montaña de recortes de periódico, manuales y revistas técnicas. Su labor consistía en traducir, ordenar y clasificar cada recorte, por pequeño que fuera.

Supervisar a las grandes potencias marítimas y tratar de estar a su altura no era la manera de alcanzar la supremacía naval, pero al menos servía para financiar el equipo de traductores que trabajan para el almirante Fontaine.

—Esa torreta rusa es muy parecida a la que utilizan los ingleses, ¿no cree? —preguntó Lydia, pasando la página del folleto para que Willis pudiera ver el resto del artículo.

Pero Willis se estremeció y se cubrió la frente con las manos.

—Lydia, por favor. ¿No se da cuenta de que esos papeles hacen un ruido infernal? Son como cuchillas que me atraviesan la piel.

El día anterior, el olor del zumo que Lydia estaba bebiendo le daba náuseas, y la semana pasada había sufrido un sarpullido por el ambiente cargado de la oficina. Pero, siempre que el almirante Fontaine estaba presente, Willis parecía tan robusto como un toro.

Lydia bajó el tono de voz, lo cual solía servir para tranquilizarle, y lo intentó de nuevo:

—¿Usted cree que esta torreta es igual a la que tienen los ingleses, o es completamente nueva?

—No es nueva —dijo Karl Olavstad desde su escritorio, situado en el extremo opuesto de la oficina—. Hace por lo menos tres años que los noruegos tienen una igual.

Karl se encargaba de las labores de traducción para el norte de Europa y Escandinavia, mientras que un joven llamado Jacob Frankenberg rastreaba las innovaciones en Europa del Este. Willis era un historiador naval nacido en Londres, y sus conocimientos en la ingeniería naval de todo el mundo eran incomparables. Estaba al tanto de las novedades en la Marina inglesa y trataba de resolver todas las dudas que el equipo de traductores pudiera plantearle.

—Los noruegos se la copiaron a los ingleses —dijo Willis con voz cansina—. La Marina noruega estaría hundida en el fondo del mar si no fuera por la inglesa.

Lydia se apoyó en el escritorio de Willis, deseando ver cómo respondía Karl al comentario. Cuando empezó a trabajar en el astillero, las bromas entre sus compañeros de oficina la desconcertaban. Siempre que se producía una pelea entre los niños del orfanato Crakken, Lydia solía esconderse en el cuarto de las escobas, pero no tardó en darse cuenta de que Karl y Willis disfrutaban poniendo a prueba su ingenio.

—Esperemos que los noruegos no empiecen a imitar la cocina inglesa —dijo Karl—. Se morirían de aburrimiento si tuvieran que alimentarse a base de repollo cocido, guisantes cocidos y carne cocida.

Desde su escritorio, situado junto a la ventana que daba al dique, Jacob dejó su periódico alemán y se unió a la conversación.

—No te olvides de la lengua cocida —dijo, fingiendo un escalofrío—. La única vez que Willis me invitó a su casa, su esposa sirvió lengua cocida y cebollitas en escabeche. Solo llevaba dos semanas viviendo en este país, pero casi me vuelvo corriendo a Salzburgo.

Lydia sabía que eso no iba a ocurrir. Todo el personal de la oficina era inmigrante, y, aun así, todos habían echado raíces en el suelo de Boston, tan firmes como las de un roble. ¿Sería la falta de un verdadero hogar lo que la llevaba a ser tan fiel a Boston y a su trabajo en el astillero? Desde luego, su respeto por el almirante Fontaine tenía algo que ver con su orgullo de trabajar allí, pero no era solo eso. Después de muchos años de miedo y soledad, primero en el orfanato y más tarde en la fábrica de conservas, por fin había encontrado un sentimiento de pertenencia. Jacob, Karl y hasta el loco de Willis

eran como una familia para ella, y Lydia disfrutaba de su extraña amistad.

—¿Cómo se llama esta torreta? —preguntó a Willis—. ¿Usted cree que es de cañón liso o estriado?

Willis se pellizcó la piel de la parte superior de la nariz.

—Basta con que diga al almirante que es una ametralladora Hotchkiss de tiro rápido, modificada para su uso a bordo. Eso será válido para sus propósitos.

Lydia suspiró. No quería que sus informes fuera sencillamente válidos; quería que fueran impecables. El informe tenía que estar listo para el final de la jornada, y para eso necesitaba la colaboración de Willis. Su taza estaba vacía, y Lydia conocía su debilidad por el Earl Grey.

—¿Qué le parece si le preparo otra taza de té? —le preguntó—. ¿Usted cree que, cuando hierva el agua, podrá tener una lista de todos los barcos ingleses y noruegos que utilizan el mismo tipo de ametralladora?

—Trato hecho —dijo Willis. Lydia supo que su compañero cumpliría su parte del trato.

La oficina disponía de un hornillo de carbón en una esquina de la sala, que servía para satisfacer la dependencia de Willis del Earl Grey. Lydia abrió la trampilla del calentador y añadió unos trozos de carbón.

—Debería tomárselo con más calma, Lydia —intervino Jacob—. No hace falta que todos sus informes estén llenos de explicaciones, notas y comprobaciones. Hace que los demás parezcamos una pandilla de inútiles. Además, seguro que al almirante le gustan las mujeres que saben relajarse de vez en cuando.

Un rubor cubrió sus mejillas. Era la segunda vez en el mismo mes que Jacob bromeaba sobre su supuesta atracción hacia el almirante. Lo cual era ridículo.

—Jacob, me temo que, una vez más, su imaginación adolescente le está jugando una mala pasada.

—Vamos, Lydia. Hay muchas mujeres que beben los vientos por el almirante Fontaine —dijo Jacob—. Tenga en cuenta que es un viudo solitario, rico y poderoso. La mitad de las jovencitas de Boston lloran por él todas las noches.

Lydia cerró el hornillo de un golpe. Está bien, puede que idolatrara demasiado al almirante, pero nunca se había dejado llevar por ridículas fantasías. Además, el despacho del almirante se encontraba justo enfrente de su escritorio, y podía escuchar cada una de sus palabras.

—En primer lugar, yo nunca lloro —dijo muy seria—. Nunca. Y, en segundo lugar, jamás he dedicado más atención a mis informes que el resto de ustedes.

Karl ni siquiera se molestó en levantar la nariz del lugar donde la tenía enterrada, entre las páginas de un periódico noruego.

—Lydia, recuerde que aprendió albanés por él —dijo con tono sarcástico.

Jacob se sumó a la acusación.

—¡Es verdad, Lydia! ¡Aprendió albanés por él!

Lydia apretó los dientes. No había aprendido albanés por el almirante. Lo hizo porque había un déficit de traductores en la oficina y ella era la más indicada para aprender el idioma con rapidez. Eso no significaba que bebiera los vientos por el almirante. Además, no pensaba permitir que ese tipo de habladurías se le fueran de las manos. Puso agua en la tetera y se acercó al escritorio de Jacob.

—Por favor, *por favor*, no bromea sobre ese tema —dijo, con un tono repentinamente serio—. No sabe lo difícil que es para una mujer encontrar un empleo cualificado. El más mínimo rumor puede costarme el puesto. ¿Entiende?

Jacob palideció. No tenía mala intención, y jamás se le habría ocurrido pensar que sus bromas pudieran perjudicarla.

—Tiene razón, Lydia. Lo siento —se apresuró a decir, mientras se subía las lentes redondas sobre la nariz—. Siento haber dicho... ya sabe. Una estupidez.

Lydia se arrepintió de haberle regañado.

—Ningún hombre que sepa leer seis idiomas puede ser un estúpido —dijo, dándole un golpecito en el brazo—. Dejémoslo en idiota.

Lydia regresó al rincón de la tetera y añadió más agua.

—Llénela del todo, por favor —dijo Karl—. Esta tarde viene *el Adonis*, y ya sabe lo insoportable que se pone el almirante cada vez que se reúne con él.

Las manos de Lydia se quedaron paralizadas sobre la tetera. El hecho de que *ese hombre* viniera a ver al almirante nunca presagiaba nada bueno.

Su nombre era teniente Alexander Banebridge, pero Karl le había apodado *el Adonis* por su ridícula belleza. Nadie conocía los misteriosos asuntos que se traía en el arsenal, pero, cada vez que venía de visita, el almirante se quedaba serio y pensativo. Incluso triste. El almirante era un hombre tranquilo, y cualquiera que le pusiera de mal humor suscitaba instintivamente los celos de Lydia.

Lydia sospechaba que el teniente Banebridge podía ser uno de los agregados navales que suministraban informes sobre los barcos de ultramar, pero no había manera de saberlo. *El Adonis* nunca se había dignado dirigirle la palabra. Se limitaba a entrar en el despacho del almirante como si nada, dejándole de mal humor con cada visita.

En cualquier caso, no tenía tiempo para preocuparse por el misterioso visitante. Después de colocar la tetera en el fuego, Lydia abrió el bote del té e inspiró su aroma. Aunque viviera cien años, siempre le gustaría el suave perfume del Earl Grey. ¿Tal vez porque le recordaba a la oficina? Por primera vez en su vida, Lydia tenía un trabajo que le gustaba y un sueldo respetable, que le permitía vivir en un cómodo apartamento para ella sola. El apartamento tenía un suelo sólido y un techo sin goteras, y le permitía dormir sin miedo a que unos niños malvados le robaran los zapatos.

De pronto, la puerta de la oficina se abrió y golpeó la pared. Lydia se quedó perpleja al ver a Big John, el hombre que regentaba el café situado en la primera planta de su edificio. El hombre estaba sofocado y apenas podía respirar.

—Lydia, la van a desahuciar —dijo, jadeando.

Lydia dejó caer el bote que tenía en la mano, esparciendo las hojas de té por el suelo.

—¿Cómo? —exclamó.

—Acaban de llegar los mozos —siguió diciendo Big John—. Ya han empezado a bajar sus muebles a la calle. Les he dicho que todavía no pueden desahuciarla, pero no me han hecho caso.

—¡No pueden hacer eso! Tengo unos documentos que dicen que tengo derecho a quedarme. Los redactó el almirante Fontaine de su puño y letra.

Lydia sintió una oleada de pánico ante la idea de perder su casa. Era mucho más que el puro sentimentalismo lo que la ataba a su modesto apartamento, situado en la cuarta planta de un edificio con el inverosímil nombre del Dragón Sonriente. Aquel apartamento era su *santuario*, el primer lugar donde se había sentido segura en toda su vida.

Tenía que volver a su apartamento cuanto antes.

—Jacob, dígale al almirante lo que ha pasado —dijo, mientras corría hacia la puerta.

Lydia bajó a toda prisa las escaleras de la oficina y salió a la calle. Una vez allí, se arremangó la falda y echó a correr como si su vida dependiera de ello... lo que en cierto modo era verdad. Desde la mañana que dejó el orfanato, había dedicado toda su vida a ganar el dinero suficiente para tener un verdadero hogar. Y, ahora que lo había conseguido, estaba dispuesta a enfrentarse a las plagas de Egipto para conservarlo.



CAPÍTULO 2

Lydia se abrió paso entre los numerosos transeúntes que cruzaban el puente de Charlestown y tomó un atajo por el jardín de la iglesia de Old North. Una dolorosa punzada le atenazó el costado mientras recorría los retorcidos callejones y las sinuosas calles adoquinadas en dirección a su casa. Le quedaba una milla para llegar al Dragón Sonriente. Una vez allí, encontró su armario tirado en la calle junto a sus sábanas, que estaban arrugadas formando una montaña. Dos mozos estaban sacando su colchón por la puerta del edificio. La señora Brandenburg estaba subida en el bordillo de la acera con un cuaderno, haciendo anotaciones mientras examinaba sus pertenencias.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —dijo Lydia, parándose en seco. Jadeaba de tal manera que apenas podía mantenerse en pie—. No puede echarme; teníamos un contrato.

La señora Brandenburg frunció los labios.

—Señorita Pallas, usted ha incumplido los términos del contrato, de modo que ahora es una intrusa. Hoy mismo será desahuciada.

El mes anterior, el Dragón Sonriente había sido adquirido por el matrimonio Brandenburg, que no tenía ningún interés en alquilar los apartamentos ni el café de la planta baja. Los inquilinos debían comprar su apartamento o, de lo contrario, marcharse de inmediato. Como el almirante Fontaine era licenciado en Derecho por la Universidad de Harvard, Lydia recurrió a él nada más recibir la terrible notificación. El almirante examinó la notificación de desahucio y descubrió una laguna legislativa que los nuevos propietarios no habían conseguido cerrar. Después la ayudó a conseguir un aplazamiento para que le diera tiempo a reunir el dinero necesario para comprar la casa. A cambio, Lydia debía realizar una serie de tareas administrativas de poca importancia para los nuevos propietarios. Tenía cuatro meses para reunir los seiscientos dólares que le faltaban para comprar el apartamento. De lo contrario, acabaría perdiendo el único hogar decente que había conocido.

Los mozos aún no habían bajado el escritorio. Los papeles que demostraban que tenía hasta diciembre para comprar el apartamento estaban en el cajón superior.

—He cumplido todos los puntos del contrato —dijo Lydia—. Voy a subir ahora mismo a por él.

La señora Brandenburg extendió su brazo corpulento para cortar el paso.

—No, si eso supone entrar en el edificio. Esto es una propiedad privada, y usted no tiene ningún derecho a traspasar sus límites. El señor Brandenburg ha visitado su banco esta mañana, y nada hace pensar que esté cerca de poseer los recursos necesarios para

comprar el apartamento.

La señora Brandenburg tenía razón. Las posibilidades de ganar seiscientos dólares en los próximos cuatro meses eran muy escasas. Lydia ganaba treinta dólares a la semana en el arsenal pero, después de descontar los gastos, solo podía ahorrar cinco dólares semanales. Llevaba un tiempo asumiendo cualquier tarea adicional de traducción que pudiera encontrar, pero era muy poco probable que pudiera ganar esa cantidad para finales de año, y los Brandenburg lo sabían.

—Apártese, señorita Pallas —dijo la señora Brandenburg—. Será mejor para ambas partes que hoy mismo abandone su apartamento.

—¿Mejor? —inquirió Lydia—. Será usted la que *dormirá* mejor si se atiene al contrato que firmó el mes pasado.

Lydia sintió una oleada de angustia al ver que otro mozo arrojaba sus cortinas junto al colchón. Había cosido aquellas cortinas con sus propias manos. Sus posesiones más preciadas, los símbolos de todo lo que había logrado conseguir desde que abandonó el orfanato Crakken estaban tirados en una calle polvorienta, como si fueran un montón de basura abandonada. Puede que en unos meses se viera obligada a dejar su apartamento, pero todavía no estaba dispuesta a darse por vencida.

Entonces lo vio llegar. Los transeúntes se hicieron a un lado de la calle y los niños se detuvieron para contemplar el precioso caballo negro que avanzaba al trote hacia ellos. El almirante Eric Fontaine, vestido con su uniforme militar al completo, con sus hombreras y su cuello alto y almidonado, estaba acudiendo a su rescate. Con su intensa mirada y su aire marcial, el almirante era la clase de líder que habría atemorizado a legiones de persas en el paso de las Termópilas. Fontaine tenía los rasgos demasiado irregulares para ser considerado guapo de un modo convencional. Sus cabellos eran oscuros y su rostro estaba tan curtido por el sol, que sus ojos grises parecían dos trocitos de hielo.

Lydia advirtió que la seguridad de la señora Brandenburg se esfumaba como las hojas de otoño arrastradas por el viento. Su aire altanero desapareció y fue sustituido por una sumisión servil a medida que el almirante se iba acercando.

—Señora Brandenburg, puede que hubiera un malentendido en los términos del contrato que redacté para la señorita Pallas —dijo el almirante mientras descendía del caballo. Su tono era perfectamente educado, pero sus palabras dejaban traslucir cierta frialdad.

La señora Brandenburg se alisó un rizo de la frente y se aclaró la garganta. A continuación hizo una pequeña reverencia servil.

—Buenos días, almirante... comandante... señor.

En cuanto comandante del astillero naval de Boston, los civiles no estaban muy seguros de cómo llamar al almirante Fontaine, aunque él prefería ser conocido por su

rango. Con cerca de dos mil marineros y civiles empleados en el arsenal, el hecho de que Lydia fuera conocida personal del almirante Fontaine resultaba extraño, pero el departamento de traductores extranjeros había sido idea suya, y, debido a la falta de espacio, el equipo había sido destinado a la sala de recepción, al lado de su despacho.

El almirante observó sin inmutarse las pertenencias de Lydia, que estaban acumuladas en un triste montón en medio de la calle.

—Sería una pena que tuviera que sufrir las consecuencias de un desahucio ilegal. La señorita Pallas tiene pleno derecho a conservar su actual lugar de residencia durante...

El almirante hizo un esfuerzo para recordar los detalles del contrato que había redactado para ella; Lydia se puso de puntillas para susurrárselos al oído.

—Otros cuatro meses —le dijo.

—Cuatro meses —dijo el almirante—. Al término de esos cuatro meses, la señorita Pallas tiene derecho a...

—Dos semanas más para recoger sus pertenencias —susurró Lydia.

El almirante Fontaine asintió.

—Dos semanas más para recoger sus pertenencias. Además, deben comunicarle sus decisiones de manera oficial. De lo contrario tendremos que reabrir el caso. ¿Queda claro, señora Brandenburg?

La señora Brandenburg hizo un esfuerzo para conservar la calma.

—¡Por supuesto! —exclamó alegremente—. Usted y yo estamos completamente de acuerdo en lo que se refiere a los plazos del contrato. ¡*Completamente de acuerdo!* El problema es la falta de cooperación de la señorita Pallas en lo que se refiere al resto del contrato. A cambio de la prolongación del plazo para comprar su apartamento, la señorita se comprometió a realizar una serie de tareas administrativas para el señor Brandenburg. Y no ha cumplido ninguna. Por eso *nos vemos obligados* a tomar esta decisión.

El almirante miró a Lydia.

—Señorita Pallas... ¿Es eso cierto?

Lydia procuró ocultar su enfado.

—He hecho hasta la más mínima tarea que me han asignado. Además de eso, he sacado a pasear a su perro, he ido al mercado, he cuidado de sus hijos y he planchado las camisas del señor Brandenburg. Anoche decliné la invitación de la señora Brandenburg de bañar a sus hijos. Me temo que ese es el motivo del conflicto.

El almirante no dijo nada. Se limitó a dirigir sus penetrantes ojos grises hacia la señora Brandenburg, esperando su respuesta. Pero, como esta permaneció en silencio, decidió sacar sus propias conclusiones.

—Su marido accedió a ampliar el contrato de alquiler de la señorita Pallas porque su primera orden de desahucio era ilegal y él lo sabía. El acuerdo consistía en que la

señorita Pallas realizara tareas administrativas *menores*. No pueden romper el contrato planteándole ridículas exigencias. ¿Queda claro?

Hasta entonces, la voz del almirante era tranquila y metódica. Al ver que la señora Brandenberg no respondía, su voz adquirió un tono cortante, como si fuera un látigo.

—¿Queda claro, señora?

La señora Brandenberg estuvo a punto de saltar del susto.

—¡Sí, por supuesto!

—Me alegro. Por favor, ordene a sus hombres que vuelvan a colocar el mobiliario de la señorita Pallas en su sitio. Me imagino que no hará falta recordarle que mi cliente tiene derecho a interponer distintos recursos legales si sus pertenencias sufrieran algún tipo de desperfecto, ¿verdad?

Se trataba de una afirmación, no de una pregunta.

—No, señor.

Después de una breve mirada de odio a Lydia, la señora Brandenberg ordenó a los mozos que volvieran a subir sus pertenencias al apartamento.

Fontaine ya estaba montándose en su caballo cuando Lydia se acercó a él para darle las gracias. Era la segunda vez que el almirante acudía en su ayuda. Cuando Lydia vio aquella terrible notificación de desahucio en su puerta, se asustó y decidió acudir a él para que la ayudara a interpretarla. El almirante no solo le explicó todos los detalles legales, sino que se ofreció a representarla gratuitamente para negociar un aplazamiento en la compra de la casa. ¿Cuántos jefes habrían estado dispuestos a realizar semejante acto de generosidad? Lydia se apartó el sol de los ojos para mirarle.

—Espero que no se canse de salvarme en el último momento —dijo—. Seguro que está aburrido de acudir en mi rescate a todas horas.

—Desde luego. La próxima vez pienso salir corriendo en dirección contraria.

Lydia se mordió el labio. Nunca sabía si el almirante hablaba en serio o en broma. Estaba a punto de responderle cuando su mirada se vio atraída por un mozo que sostenía su mesilla en el hombro y un montón de sábanas bajo el brazo. Lydia procuró mantener la calma, pero era muy doloroso ver a alguien tratando sus pertenencias con tan poca consideración.

—Tómese unas horas para ordenar sus cosas —dijo el almirante Fontaine, esbozando una sonrisa apenas perceptible—. Sé que no será capaz de distinguir las innovaciones en el armamento naval hasta que no haya colocado sus pertenencias en su sitio. Que tenga un buen día, señorita Pallas.

Tras golpearlo con los talones, el caballo del almirante se puso a trotar hacia el arsenal.

Lydia se dio cuenta de que todas las mujeres de la calle tenían los ojos clavados en él. Sin duda, el almirante era el soltero más deseado de toda la ciudad de Boston. O

puede que de toda Nueva Inglaterra. O incluso de todo Estados Unidos. El almirante era muy apuesto, pero también era el hombre más decente y formal de toda la ciudad. Karl solía decir que la Marina había puesto tanto almidón en su uniforme que le había traspasado la piel. Y, aunque sus compañeros solían gastar bromas sobre la admiración que sentía hacia él, lo cierto es que Lydia nunca había albergado verdaderas esperanzas hacia Fontaine. Para ser sinceros, el almirante la intimidaba demasiado para sentirse cómoda en su presencia.

Aun así, estaba muy agradecida por el tiempo que le había concedido para ordenar sus pertenencias, porque el almirante tenía razón. El orden era muy importante para ella, por eso tuvo que respirar hondo antes de abrir la puerta de su apartamento. Sintió un escalofrío al ver toda su ropa amontonada en el sofá, pero al menos los muebles estaban en su sitio.

Lydia aferró en su pecho el libro de viajes de Lewis y Clark antes de devolverlo a la estantería. Durante los dos años que trabajó en la fábrica de conservas, los libros habían sido su único consuelo. El ruido, el olor y la monotonía del enlatado de caballa solo eran soportables porque al final del día podía escapar a los bosques de Dakota acompañada de intrépidos exploradores. O contemplar su libro de joyas arquitectónicas del mundo, con sus incontables grabados de castillos, catedrales e inmensas fortalezas. Los libros habían sido su única salvación en aquellos años sombríos, y Lydia los colocó en su sitio con sumo cuidado.

En la repisa de la ventana alineó sus botes. Dos botecitos de perfume en el centro; un tarro de crema corporal para los fríos inviernos de Nueva Inglaterra; y el frasquito azul oscuro en el que guardaba su medicina para la migraña. Lydia destapó el frasco y tomó un sorbito de líquido almibarado, deseando que aliviara su dolor de cabeza ante la idea de quedarse sin casa.

Con el frasquito en la mano, se dedicó a contemplar la calle a través de la ventana. No le importaban los tres pisos de escaleras que tenía que subir todos los días porque... ¿dónde iba a encontrar una vista del puerto como aquella? Le encantaban las macetas que adornaban las pulcras tiendecitas, los barcos langosteros que se balanceaban en el puerto y el graznido de las gaviotas en el aire de la mañana. Desde su ventana podía contemplar los barcos que entraban y salían del puerto. Venían de Amberes, Róterdam, Cuba, Quebec... Algunos procedían de las brillantes aguas del Adriático a las que una vez consideró su hogar. Hacía muchos años que había dejado de añorar las cálidas aguas de las islas mediterráneas. Ahora, Boston era su casa. Lydia no poseía un espíritu viajero ni deseaba aventurarse más allá de su vecindario. Aquel era su *hogar*, y estaba dispuesta a hacer lo que fuera para conservarlo.



Hasta después de comer no regresó al trabajo. Había cerca de una milla hasta el astillero, y Lydia estaba cansada de hacer el mismo trayecto por tercera vez en el mismo día.

Willis no tardó en expresar su opinión:

—Pensaba que el almirante Fontaine le proporcionaría algún medio de transporte hasta aquí.

Eso demostró que Willis no sabía juzgar a las personas, porque el almirante jamás haría algo que pudiera ensombrece su impecable reputación. Sin duda, montar a caballo con una mujer soltera habría sido calificado de indecoroso.

—El almirante tuvo la amabilidad de darme un tiempo para ordenar mis cosas —repuso Lydia mientras se sentaba en la silla de su escritorio.

Una vez sentada, dio comienzo a su ritual de alinear sus diccionarios, sus botes de tinta y sus dibujos. Estaba a punto de reanudar el trabajo cuando Karl y Jacob rodearon su escritorio.

—¿Va todo bien, Lydia? —preguntó Karl con su ligero acento noruego.

—Perfectamente —dijo Lydia, aparentando más seguridad de la que realmente sentía.

Todo estaba perfectamente *hoy*, pero en diciembre se encontraría en la misma situación si no conseguía ganar los seiscientos dólares que faltaban.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó Karl.

Todo el personal de la oficina conocía su situación, y Karl se había ofrecido a prestarle cincuenta dólares en caso de necesidad, pero Lydia se sentía incapaz de aceptarlos. Karl tenía esposa y cuatro hijos, y seguro que esos cincuenta dólares eran sus únicos ahorros. Jacob también se había ofrecido a prestarle algunos dólares, pero estaba ahorrando hasta el último centavo que tenía para traerse a sus padres y a sus hermanas de Salzburgo.

—Gracias por la oferta, Karl, pero no hace falta —dijo.

Karl asintió y regresó a su escritorio, pero Jacob se quedó donde estaba. Siempre había sido como un hermano para ella, y Lydia se sentía incapaz de ocultarle sus sentimientos.

El joven se puso en cuclillas al lado de su escritorio.

—Si la situación fuera muy grave, me lo contaría, ¿verdad? —le preguntó en voz baja—. Al lado de la fábrica de conservas hay una pensión para señoritas. Podría buscarle una habitación.

—Ya me las arreglaré para encontrar el dinero —dijo Lydia, tratando de parecer tranquila.

Conocía la pensión de la que hablaba Jacob, y la perspectiva de volver a una vida miserable le parecía demasiado triste para tenerla en cuenta. Lydia se acercó un panfleto ruso a los ojos y se sintió aliviada al ver que Willis le había proporcionado la lista de barcos ingleses y noruegos que le había pedido. En la esquina de la sala, alguien se había encargado de recoger las hojas de té que se le habían caído al suelo. Todo había vuelto a la normalidad y, si se daba prisa, aún podría terminar el informe antes de acabar su jornada. Seguramente tendría que quedarse hasta tarde, pero no le importaba. Una taza de té la ayudaría a conservar la energía el resto de la tarde. Lydia se levantó y se acercó a la mesa de la esquina. Estaba a punto de servirse una taza de té cuando la puerta de la oficina se abrió de un golpe.

El hombre más insoportable del mundo irrumpió en la oficina: *el Adonis*. Su verdadero nombre era Alexander Banebridge, pero a Lydia le pareció oír que el almirante le llamaba Alexander Christian.

El Adonis iba vestido con su uniforme al completo. Sus cabellos rubios enmarcaban un rostro de rasgos perfectos, semejante al de un ángel exterminador. Pero lo más llamativo eran sus ojos azules como el hielo, que brillaban sobre unos pómulos desmesuradamente altos.

—Buenos tardes a todos —dijo el teniente mientras sorteaba las mesas de la oficina. Después de dirigir una breve sonrisa a Lydia, el hombre llamó a la puerta del almirante. Sin esperar respuesta, se deslizó en el interior del despacho y cerró la puerta a su espalda.

Willis reprimió un escalofrío.

—No puedo soportar su forma de andar. Me duele la espina dorsal solo de mirarlo.

Lydia reprimió una carcajada mientras regresaba a su escritorio con su taza de té. Estaba a punto de sentarse cuando advirtió que algo no estaba en su sitio. Los panfletos rusos estaban justo donde los había dejado, y los diccionarios extranjeros también estaban ordenados, formando un ángulo preciso de cuarenta y cinco grados con la mesa... Pero había algo extraño en los botes de tinta. Lydia siempre colocaba primero el azul, luego el negro y después el rojo, pero estaban completamente desordenados desde la última vez.

—¿Ha tocado usted mis botes de tinta? —preguntó a Jacob, que la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Jamás me atrevería a alterar el escrupuloso orden de su escritorio —repuso Jacob.

Lydia echó un vistazo a la puerta del despacho donde el teniente Banebridge acababa de entrar. Cada vez que ese hombre aparecía por la oficina, algo iba mal en su escritorio: un dibujo aparecía del revés, sus diccionarios dejaban de estar en orden alfabético... Lydia le había mirado fijamente mientras cruzaba la oficina, pero él siempre se las arreglaba para desordenar sus pertenencias y escapar de su vigilancia. Lydia frunció los

labios mientras colocaba los botes, sabiendo que no lograría concentrarse hasta que no estuvieran ordenados.

—Tengo que reconocer que *no soporto* a ese hombre —murmuró entre dientes.

Al otro lado de la sala, Karl levantó la vista del documento que estaba traduciendo.

—He oído cosas muy extrañas sobre él —dijo—. Mi hermana vive en Vermont, cerca de la frontera con Canadá. Al parecer, el gobernador de la ciudad quería construir un puente que uniera Vermont con Canadá, pero nuestro amigo Banebridge se presentó allí para oponerse. Cuando el gobernador se negó a parar las obras, los obreros encargados de la construcción dejaron el trabajo. El gobernador contrató a una nueva cuadrilla de trabajadores, pero Banebridge se presentó allí una semana después y ellos también dejaron el trabajo. Después de aquello, no encontraron a un solo obrero en el Estado que estuviera dispuesto a hacer el trabajo.

Lydia se quedó mirando a su compañero. ¿Cómo era posible que Banebridge hubiera conseguido intimidar a todo un equipo de obreros? No era lo bastante corpulento para amenazar a nadie. El teniente no era mucho más alto que ella, pero aun así parecía peligroso. La pantera no es un animal especialmente grande, pero ninguna otra criatura de la selva se atreve a desafiarla.

—¿Y qué tenía *el Adonis* contra ese puente? —preguntó Jacob.

Karl se encogió de hombros.

—A saber. Al año siguiente, el gobernador perdió las elecciones y el puente nunca llegó a construirse.

Lydia contempló sus botes de tinta. El sol de la ventana arrojó un ligero destello sobre su resplandeciente superficie de cristal. Le daba vergüenza preguntarlo, pero lo hizo sin darse cuenta.

—Jacob, ¿el teniente Banebridge ha tocado alguna vez su escritorio? —le preguntó.

—Yo no tengo nada que merezca la pena robar.

Lydia sacudió la cabeza.

—No me refiero a robar —dijo—. Se limita a cambiar las cosas de sitio. Coloca el bote de lápices donde no debe, desordena los diccionarios... Me refiero a ese tipo de cosas.

Lydia echó un vistazo a Karl y a Willis para comprobar si a ellos les había pasado algo parecido, pero ambos la miraron con extrañeza. Luego levantó las manos en un gesto de frustración.

—Nunca he intercambiado ni una palabra con ese hombre. ¿Por qué tiene que molestarme?

—¿Porque es usted mucho más bonita que Willis? —propuso Jacob—. Puede que *el Adonis* beba los vientos por usted.

Lydia exhaló un suspiro de impaciencia. Supuestamente era bastante atractiva, con su melena de reflejos caoba y sus ojos color canela, pero estaba muy lejos de la

perfección del teniente Banebridge.

—Los hombres como él no se interesan por las simples mortales —dijo—. Además, el hombre que me quisiera tendría que estar dispuesto a pintar los armarios de mi apartamento. *Eso* le daría mucho mejor resultado.

Lydia contempló la puerta cerrada que conducía al despacho privado del almirante. ¿Cómo era posible que ese hombre la sacara tanto de sus casillas? Aparte de su extraña costumbre de desordenar su escritorio cada vez que venía de visita, no existía ningún tipo de comunicación entre los dos.

Hasta el almirante Fontaine se ponía de mal humor cada vez que lo veía aparecer por la oficina. Puede que el teniente Banebridge tuviera un talento especial para sembrar la discordia allí donde fuera.



CAPÍTULO 3

A Lydia no le salían las cuentas. Daba igual las veces que sumara las cantidades o ajustara su presupuesto. Simplemente era incapaz de cuadrar los números. Lo cual solo podía significar una cosa: tenía que empezar a ganar el doble de dinero. De lo contrario, tendría que enfrentarse al desahucio de la única casa decente que había tenido en toda su vida.

—Permítame que le sirva un poco más de crema —Big John alargó la mano por encima del mostrador de caoba y cogió su cuenco vacío para volver a llenarlo—. Invita la casa —dijo.

Lydia reprimió una sonrisa.

—No soy *tan* pobre.

—Tranquila, el nuevo propietario no se enterará —dijo Big John mientras le guiñaba un ojo.

La semana anterior, Big John había terminado de comprar su café en el Dragón Sonriente, pero había tenido que asumir una deuda considerable para hacer frente a los gastos. Mientras Big John le entregaba su humeante crema de almejas por encima del mostrador, Lydia supo que sería una falta de consideración no aceptar ese gesto de generosidad. Aunque le daba escalofríos pensar en lo que eso implicaba.

Big John y ella tenían el mismo problema. Los dos llevaban muchos años viviendo en el mismo edificio. John regentaba el famoso café de la primera planta, mientras que Lydia habitaba uno de los apartamentos de arriba.

Después de varias semanas trabajando como un esclavo, Big John había conseguido obtener un préstamo para comprar el café. El Dragón Sonriente no solo era un local para tomar una taza de café o una cena rápida. Sus paredes acogían a comerciantes que vendían sus mercancías, políticos que planeaban sus estrategias y marineros retirados que jugaban al ajedrez y compartían sus aventuras. El café, que contaba con un siglo de antigüedad, estaba forrado de caoba oscura y adornado con viejos remates de latón. Las paredes del salón principal estaban cubiertas de carteles que mostraban los horarios de entrada y salida de los barcos. Además, el café servía la mejor crema de almejas de toda Nueva Inglaterra, con la cantidad justa de tocino ahumado para sazonar el espeso caldo de crema y patatas. Lydia no tenía cocina en su apartamento, por eso tomaba todas sus comidas en el viejo mostrador de caoba del Dragón Sonriente.

Lydia dirigió su atención a las figuras. Estaba acostumbrada a trabajar en medio del ruido, por eso le extrañó que ese ruido empezara a desvanecerse. El sonido de las risas y

las conversaciones se fue acallando, una ajetreada camarera silenció su comanda en mitad de la frase y hasta los violinistas de la esquina dejaron de tocar. Lydia levantó la cabeza para ver quién había causado aquella conmoción.

Dios mío.

¿Qué demonios estaba haciendo el teniente Banebridge en el Dragón Sonriente? Sus ojos, de un azul cristalino, trataron de acostumbrarse a la luz mortecina del café para observar a los parroquianos. El teniente no era especialmente alto. Es más, comparado con los estibadores que ocupaban el local, era más bien pequeño, pero irradiaba una extraña seguridad mientras sorteaba las mesas y los barriles para llegar al mostrador.

Lydia sintió un escalofrío al ver que sus ojos se posaban en ella. Al verla, el teniente esbozó una ligera sonrisa con su boca perfecta. Lydia se quedó sin respiración al darse cuenta de que la estaba buscando.

—¿Lydia Pallas? —preguntó Banebridge, sentándose en el taburete vacío que había a su lado.

¿Cómo era posible que supiera su nombre? Era la primera vez que le dirigía la palabra. Lydia se preguntó cómo habría conseguido averiguar dónde vivía. Lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza.

—He oído que saber leer turco —dijo el teniente, como si aquella fuera la forma más normal de iniciar una conversación—. Eric me ha comentado que está dispuesta a asumir labores adicionales de traducción.

Lydia tardó un momento en procesar lo que el teniente acababa de decir.

—¿Eric? ¿Se refiere al almirante Fontaine?

—Sí, el almirante Fontaine. Me ha dicho que tiene usted un talento extraordinario para los idiomas.

—Es la primera vez que oigo a alguien referirse al almirante como «Eric». Es como si alguien llamara «Vickie» a la reina Victoria. —Lydia echó un vistazo a las insignias de su uniforme—. Además, dudo que un teniente tenga derecho a llamar a su superior por su nombre de pila.

Banebridge le dirigió una sonrisa que habría cautivado a cualquier mujer.

—Yo no tengo que rendir cuentas al almirante. Eric es mi amigo, no mi superior. Mi nombre es Alex Banebridge, pero todo el mundo me llama Bane. Eric me comentó que usted podría ayudarme.

El teniente rebuscó en su cartera y sacó un sucio montón de papeles que parecían proceder de la basura. Además olían fatal, pero el teniente se disculpó muy amablemente por el estado de los papeles —al parecer, su ama de llaves los había tirado a la basura sin darse cuenta—. Acto seguido le dijo que necesitaba un traductor y que estaba dispuesto a pagarle el doble, teniendo en cuenta el estado de los documentos.

Desde que encontró aquella terrible notificación de desahucio en su puerta, Lydia

había asumido cualquier labor de traducción que pudiera encontrar. Normalmente, el trabajo procedía de un periódico local que reimprimía curiosidades sobre la ópera italiana y noticias del conflicto interminable entre Grecia y Turquía. Pero era muy raro que un completo desconocido se acercara a ella para ofrecerle trabajo. Y más un hombre tan atractivo, que la miraba como si fuera el objeto de una inmensa fascinación. Los hombres tan guapos no solían fijarse en muchachas como ella.

Entonces se reprendió a sí misma. ¿Estaba pensando en rechazar un trabajo solo porque el cliente era *atractivo*? Lydia se enderezó y cogió el sucio montón de papeles. Solo tuvo que mirar la primera página para saber que estaban en turco.

—Por supuesto que puedo traducirlos. ¿Para cuándo los necesita?

—Para mañana. Mañana por la noche me voy a Filadelfia y quiero llevármelos.

Lydia sintió un vuelco en el corazón.

—Imposible. Como mucho podría tenerlos esta semana.

Lydia tenía que ir a casa de los Brandenburg a las diez para realizar tareas administrativas, y eso le dejaba muy poco tiempo para la traducción. Después de hojear el montón de documentos, calculó que el trabajo le llevaría unas seis horas. Pero si el teniente tenía tanta prisa...

—¿Cuánto está dispuesto a pagarme?

—Cinco dólares. Y dos dólares más por el estado de los documentos.

Lydia negó con la cabeza.

—Imposible. Si voy a pasarme una noche entera sin dormir, tengo que cobrarle por lo menos veinte dólares.

—¡Veinte dólares es su salario semanal!

—Lo sé. Y también es el precio de una noche entera de trabajo.

Lydia necesitaba ese dinero, y estaba dispuesta a cualquier cosa para conseguirlo. Después de lanzar una mirada distraída a los clientes del café, dijo:

—Veamos... ¿qué otra persona podría hacerlo? Mire, ese que está jugando al ajedrez en la esquina es Paddy O'Malley. Siempre está buscando trabajo. A lo mejor podría pedírselo a él. Ah, también hay una academia de arquitectura al final de esta calle. Puede que tengan traductores de turco con mucho tiempo libre.

El teniente se apoyó en la esquina del mostrador y clavó en ella sus ojos azules. Su mirada le recordó a la de un gato acechando a un canario.

—Tenga cuidado, señorita Pallas —dijo—. Estoy empezando a pensar que es usted una tacaña. Y es una pena que una joven tan bonita como usted tenga ese defecto.

—Prefiero pensar que soy ahorrativa.

—*Miserable* es la palabra que usamos en la Marina. No lo niegue, lo lleva escrito en la cara.

Debería habérselo tomado como una ofensa, pero el teniente lo dijo con tanta gracia

que estuvo a punto de echarse a reír. Tuvo que hacer un esfuerzo para conservar la compostura.

—Veinte dólares podrían convencer a esta miserable de renunciar a una noche de sueño —dijo—. Pero diecinueve, no.

Lydia fingió que saboreaba su crema de almejas, deseando no haber llevado las cosas demasiado lejos. Estaba pidiendo una cantidad desorbitada, pero no iba a ganar seiscientos dólares siendo prudente.

—Vamos —dijo Banebridge con tono persuasivo—. He visto a niños de diez años renunciar a una noche de sueño para ver a Santa Claus. Estoy seguro de que será capaz de hacerlo.

—¿Alguno de esos niños sabe leer turco?

El teniente la miró con aire de divertida frustración. Sus ojos eran de un bello azul cristal, con un ligero matiz grisáceo en torno al iris. Sin duda, aquel hombre era capaz de engatusar a una serpiente, pero Lydia no terminaba de confiar en él. Estaba segura de que el teniente usaba otro apellido, ¿y qué clase de hombre honesto necesita más de un apellido?

—¿Por qué el almirante le llama a veces Alexander Banebridge y otras, Alexander Christian?

La pregunta surgió de su boca sin darse cuenta. Necesitaba los veinte dólares mucho más que averiguar por qué usaba ese apodo, pero al teniente no pareció molestarle su impertinencia. Se limitó a dedicarle una sonrisa mientras se acercaba hacia ella.

—Señorita Pallas, estábamos discutiendo los defectos de su carácter, no las banales inconsistencias de mi historia vital. Es lamentable la obsesión de los jóvenes de hoy en día con el dinero. Me sorprende que sea capaz de dormir por las noches. Quince dólares por la traducción —dijo, acercando el montón de papeles hacia ella.

Lydia habría aceptado el trabajo por cinco dólares, pero no podía amilanarse si quería conservar su casa. De modo que apartó los papeles.

—Disculpe, pero estoy intentando comer, y esos papeles huelen a excrementos de gato —dijo, fingiendo un aire de indiferencia. Nunca conseguiría el trabajo si parecía demasiado desesperada por el dinero.

Lydia se tomó un tiempo para apurar su crema de almejas y luego se levantó.

—Ha sido un placer conocerle, teniente Banebridge. O Bane. Como prefiera. Seguro que le encantará saber que mis compañeros de trabajo le llaman *el Adonis*. Si lo desea, puede añadir ese apodo a su interminable lista de nombres.

Lydia contuvo la respiración mientras empezaba a andar hacia la puerta, deseando no haber llevado las cosas demasiado lejos.

No había dado ni tres pasos cuando el teniente se puso delante de ella, le dio el montón de papeles y extrajo su billetera. Lydia trató de disimular una sonrisa triunfal al

ver que sacaba un billete de diez dólares.

—Diez dólares ahora y otros diez mañana por la tarde —le dijo—. Vendré aquí a recoger el trabajo.

El teniente se acercó a ella un poco más. Su voz era suave y dulce como la miel.

—Y rezaré para que deje de ser tan tacaña —le susurró al oído.

Lydia sintió que un escalofrío completamente irracional recorría todo su cuerpo, pero, antes de que pudiera responder, el teniente se dio la vuelta y, tieso como una escoba, abandonó el café.



CAPÍTULO 4

Era cerca de medianoche y el Profesor estaba cansado, pero cogió su tesoro con tanta delicadeza como si fuera una mariposa herida. Luego descendió los escalones del carruaje con sumo cuidado, como si no quisiera despertar a las páginas de su última adquisición.

—¿Has echado arena en los caminos? —preguntó a su criado, que estaba sosteniendo la puerta del carruaje.

—Por supuesto, Profesor.

—Buen chico.

Llevaba todo el día lloviendo, y los senderos de pizarra podían ser muy resbaladizos. La idea de tropezar mientras sostenía aquella obra de arte en las manos se le antojaba demasiado terrible. Una cálida luz brillaba tras las ventanas de su mansión de granito, y pronto podría trasladar las delicadas páginas del libro a un lugar apropiado. Nunca más sería olvidado en una habitación demasiado caliente, ni manoseado por personas ignorantes que desconocían el valor incalculable de la *Areopagítica* de John Milton. Impreso en 1644, el volumen había sobrevivido a varias guerras civiles, al incendio de Londres y al lento deterioro de los años. El Profesor tuvo que trasladarse a Filadelfia para asistir a su subasta, pero el esfuerzo había merecido la pena.

Fue un alivio entrar en la casa, donde la temperatura se mantenía siempre fresca para conservar sus delicados libros. No era cómodo para las personas que vivían en ella, pero no había más remedio que hacer ese tipo de sacrificios. Los ojos del Profesor se dilataron de placer al pasar por el salón, con sus paredes repletas de estanterías que llegaban hasta el techo. Más libros descansaban en la mesa del vestíbulo, amontonados en los pasillos y debajo de las mesas.

El Profesor se puso unos delicados guantes de algodón, abrió la caja y dejó que sus ojos se recrearan en la belleza de la *Areopagítica*. Una mueca de dolor se dibujó en su rostro al ver una mancha en la esquina inferior izquierda del libro. Seguramente era obra de un lector descuidado de hacía siglos, que no sabía tratar una obra de arte como es debido. Pero aquello no tenía importancia. El Profesor estaba dispuesto a obviar todos los defectos, como un padre perdona a sus hijos.

Un llanto vino a interrumpir el silencio nocturno. El Profesor levantó la cabeza y agudizó el oído. Sin duda, se trataba del lamento de un niño. El hombre envolvió la *Areopagítica* en su cubierta protectora y la guardó en un estuche de caoba antes de seguir el sonido del llanto hasta la sala de música.

Justo lo que sospechaba. Allí, acurrucado junto al clavecín, estaba el pequeño Dennis Webster.

Cuando el Profesor cerró la puerta, el llanto cesó de inmediato. Dennis se quedó paralizado al verle.

—Ven aquí, pequeño —dijo el Profesor—. ¿A qué vienen esas lágrimas? ¿Es que la señora Garfield no te da bien de comer?

El niño lo miró con sus ojos enormes mientras se aferraba al clavecín. Estaba demasiado asustado para hablar.

—¿Te apetece un plato de sopa? ¿O tal vez un trozo de tarta de manzana? A la señora Garfield le gusta hacer tarta de manzana en esta época del año.

El niño se limitó a sacudir la cabeza a modo de respuesta.

—Pues, si no tienes hambre, tendrás que contarme qué te pasa. No es normal que un niño de tu edad se ponga a llorar. ¿Cuántos años tienes? ¿Nueve?

El niño se sorbió los mocos.

—Diez.

—Diez años. Eres muy mayor para echarte a llorar en mitad de la noche, ¿no crees? Venga, cuéntame por qué estás tan triste.

El niño se sujetó las rodillas con las manos y contempló el suelo de madera.

—Echo de menos a Tony —susurró.

—Ah... Te refieres al hijo de los Vallins —dijo el Profesor con tono comprensivo. Después de atravesar la habitación, se sentó en una silla enfrente del niño—. Lo que le pasó a Tony es una auténtica tragedia, pero ya sabes que eso no tiene nada que ver contigo. Hay un montón de cosas que puedes hacer sin necesidad de un compañero de juegos: pescar, montar a caballo... Además, he oído que hay una nueva camada de cachorros en el granero. Si quieres, puedes quedarte uno para ti solo.

Dennis sacudió la cabeza, negándose a levantar la mirada. Aquello era de lo más frustrante, pero era normal que un niño en esa situación estuviera asustado. Era normal, pero ya iba siendo hora de que lo fuera superando. El niño llevaba tres años viviendo en su casa, y el Profesor nunca le había dicho nada que pudiera molestarle. Tampoco le había hecho ningún daño.

—Dennis, tienes que aprender a ser un hombre y librarte de esos miedos infantiles. Ya sé que estás en... bueno, en una situación difícil, pero no voy a castigarte mientras tu padre siga colaborando. Y lo ha hecho desde que viniste a vivir conmigo. Pero el padre de Tony no quiso colaborar, por eso no me quedó otra opción. Lo entiendes, ¿verdad?

Después de una larga pausa, el niño asintió levemente con la cabeza.

—Me alegro —dijo el Profesor con cariño—. Además, no eres el único que se encuentra en la misma situación. De hecho, acoger a los hijos de personas importantes ha sido muy común a lo largo de la historia. Durante la mayor parte de su infancia, el

primer rey de Escocia fue huésped del rey de Inglaterra. Jacobo no regresó con su familia hasta que no hubo cumplido los dieciséis años, y para entonces ya había hecho numerosos amigos en Inglaterra. Y gracias a eso gobernó mejor su reino. Así que el acuerdo benefició a ambas partes –dijo el Profesor amablemente.

El rostro de Dennis seguía reflejando angustia y confusión. El niño intentó hablar varias veces, pero parecía reticente a pronunciar las palabras.

—No tengas miedo. Pregúntame lo que quieras –dijo el Profesor.

—¿Qué... qué le pasó a Tony exactamente?

El Profesor exhaló un profundo suspiro. No tenía sentido contárselo. Después de todo, Tony no había sufrido. Al Profesor nunca le había gustado la violencia gratuita, pero había que mandar un mensaje muy claro al padre de Tony. El envío de un baúl con el cuerpo de Tony Vallins, de once años, había servido para resolver el problema. Al señor Vallins todavía le quedaban tres hijos más de los que preocuparse, y el Profesor no volvió a tener problemas con el capitán del puerto de Nueva Orleans.

—Solo tienes que saber que Tony no sufrió. Su padre no le quería lo suficiente, pero al fin y al cabo eso no era culpa suya, ¿no crees? Si te sirve de consuelo, puedes escribir otra carta a tu padre y enviársela en el correo de mañana. Si quieres, puedo echarle una mano con las palabras difíciles. Dile que eres tan valiente como el rey de Escocia.

El Profesor sonrió al niño. Era tan bonito ayudar a un muchacho a escribir cartas... Él nunca había tenido hijos, pero a lo largo de los años había acogido en su casa a otros niños como Dennis y Tony. Muy pocos terminaban como Tony, porque el Profesor tenía fama de conseguir todo lo que se proponía.

Solo un niño le había decepcionado de verdad. Alexander Banebridge poseía la mente más privilegiada que cualquier hombre, mujer o niño que hubiera conocido. También era muy astuto. Con el tiempo, el Profesor decidió educarle como si fuera su propio hijo. Le había dado todo. Una educación, acceso al poder... Le había enseñado los modales de un caballero, la cultura de un hombre de mundo y todos los secretos del comercio marítimo. Y Bane lo había devorado todo. Su mente era rápida como el rayo y asimilaba toda la información. Siempre estaba pidiendo más.

Desgraciadamente, Bane terminó convirtiéndose en una terrible decepción. ¿Quién iba a pensar que la más espléndida creación del Profesor iba a dejarse seducir por unos propagandistas religiosos?

No obstante, el resto de sus rehenes habían resultado bastante rentables. Algunos incluso llegaron a participar en el negocio cuando se hicieron mayores. Puede que el pequeño Dennis acabara siendo uno de ellos.



Nada más entrar en la floristería de la calle Cranston, Bane se vio envuelto en una embriagadora fragancia de rosas y jazmines. El teniente se quedó esperando mientras un joven dictaba una ridícula tarjeta de amor para acompañar un ramo de rosas.

—Dulce Margaret, por tu sonrisa vivo y por tu cariño muero. Tú me impulsas a volar como una paloma en las alas del amor.

Aunque se trataba de una poesía atroz, Bane mantuvo una expresión de indiferencia. Estaba seguro de muy pocas cosas en este mundo, pero una de ellas era que jamás cortejaría a una mujer de una forma tan lamentable.

Por fin, el joven terminó su poema, pagó los costes de envío y salió de la tienda. Bane se acercó al florista.

—¿Tiene amapolas? —preguntó.

El florista sacudió la cabeza de mala gana.

—Es muy difícil encontrar amapolas en esta época del año. ¿Qué le parecen las dalias?

En los cinco años que llevaba visitando aquella tienda, las únicas flores que compraba eran las amapolas. Aun así, Bane fingió considerar esa posibilidad. No quería que el florista pensara que sus actos respondían a algún tipo de obsesión.

—Vamos a echar un vistazo a las dalias —dijo con aparente naturalidad.

Bane era incapaz de distinguir una dalia de un rábano, pero siguió al florista al otro lado del mostrador y echó un vistazo a las flores. Los pétalos anchos y abiertos de las dalias recordaban a una amapola, pero en realidad solo estaba dispuesto a comprar amapolas.

—Son muy bonitas, pero prefiero esperar a que lleguen las amapolas. ¿Cuándo cree que recibirá el envío?

Bane sabía que estaba pidiendo demasiado. Las amapolas florecían en junio, y, aunque algunas variedades podían manipularse para que duraran hasta la estación siguiente, se criaban en invernaderos al sur del país. El dependiente vaciló.

—Tendría que mandar un telegrama al proveedor que tengo en Georgia. Puede que tarden una semana.

Bane asintió. A continuación entregó al florista la considerable suma de dinero que costaba un encargo como ese.

—Por favor, envíelas a la sala de libros raros de la Biblioteca de Harvard. No hace falta que les ponga tarjeta.

Bane sintió una oleada de satisfacción. Qué extraño que siguiera gustándole molestar al Profesor. Cada vez que enviaba un mensaje al profesor Van Bracken se estaba jugando la vida, pero la verdad es que merecía la pena. Durante décadas, ese hombre había contaminado la ciudad con sus toneladas de opio, el derivado seductoramente mortal de la amapola.

Durante años, Bane fue su aprendiz más aventajado. Ayudaba al Profesor a importar, distribuir y vender opio a cualquiera que estuviera dispuesto a pagarlo. Cuando tenía diecisiete años, Bane encontró a Dios y se liberó de las garras del Profesor, pero la vergüenza seguía atormentando su alma. Tendría que cargar con esa culpa el resto de su vida, pero al menos estaba empezando a contrarrestar el daño que había hecho al mundo. Ahora se pasaba el tiempo en el implacable mundo de las intrigas políticas, tratando de promover una legislación que acabara con la venta de opio en todo el país, pero molestar al Profesor era una de las pocas satisfacciones que seguía permitiéndose.

Hacía diez años, poco después de escapar de la influencia del Profesor, Bane compró una caja de bulbos de amapola y esperó a que el Profesor dejara su remota mansión en los bosques de Vermont, centro de su imperio criminal. Después entró en la propiedad y, durante tres noches seguidas, se dedicó a plantar bulbos por todas partes, sembrando de amapolas el césped, los jardines y hasta los campos donde pastaba el ganado. Más tarde consiguió forzar la puerta de la mansión y deslizó los bulbos en el interior de las macetas que adornaban cada una de las habitaciones. A Bane le habría encantado estar presente cuando las amapolas florecieron, pero estaba demasiado ocupado borrando sus huellas. Hacía tiempo que los secuaces del Profesor habían puesto precio a su cabeza.

Después de aquel verano, empezó a enviar amapolas al Profesor allí donde se encontrara. Conocía a las personas que se dejaban sobornar y las sobornaba. Cuando el Profesor se codeaba con la alta sociedad, Bane conseguía que la anfitriona tuviera el salón repleto de espléndidos ramos de amapolas. Cuando el Profesor se reunía con sus banqueros, siempre había un magnífico cuadro de amapolas en la pared del despacho. Todo estaba pensado para sacar al Profesor de sus casillas, para demostrarle que Alexander Banebridge seguía vivo y sabía dónde estaba y con quién se relacionaba. Quería asegurarse de que el Profesor no volviera a pasar una noche de tranquilidad en toda su vida. Qué curioso que un sencillo ramo de amapolas sirviera para conseguir sus propósitos.

Bane salió de la floristería y vislumbró uno de los primeros síntomas del otoño: alguien estaba quemando un montón de hojas secas en una esquina lejana. Mientras recorría el sinuoso callejón, vio al joven Romeo que acababa de encargarse de las flores contemplando un anillo en el escaparate de una joyería.

Bane aminoró el paso.

—Vaya, veo que está dispuesto a todo.

Romeo se sobresaltó, pero no tardó en esbozar una deslumbrante sonrisa.

—Sí. Ya va siendo hora.

¿Cómo era posible que un hombre llegara a la edad adulta conservando aquella expresión de absoluta inocencia?

Un sentimiento desconocido afloró en la mente de Bane. ¿Envidia, tal vez? Si no

hubiera pasado toda su infancia bajo la influencia del Profesor, puede que aún fuera lo bastante ingenuo para perseguir a una mujer con esa misma expresión de inocencia. Pero, claro, si la serpiente no hubiera tentado a Eva con la manzana, todos seguiríamos viviendo en el jardín del Edén.

Bane se despidió de Romeo con un brusco asentimiento.

—Buena suerte —le dijo.

Acto seguido dio media vuelta y empezó a subir la colina que llevaba a la plaza Chapman, donde pensaba encontrarse con el jefe de policía de Boston. Tenía que hacer un montón de cosas antes de dejar la ciudad, pero su mente no terminaba de concentrarse.

¿Cómo sería estar enamorado? Bane no perdería el tiempo con flores o joyas para impresionar a una mujer. La arrastraría a ver las pirámides de Egipto, a navegar por las aguas del Rin o a descubrir las grandes ciudades europeas. Cuando estuvieran cansados de explorar palacios y museos, la llevaría a una villa apartada, con vistas a las costas rocosas del Adriático y aislada del mundo tras un muro de glicinias.

Bane se enderezó y apretó el paso. Por supuesto, todo aquello no eran más que pura fantasía. Desde que escapó de las garras del Profesor, supo que jamás podría tener una vida normal. Pero, de vez en cuando, aquellos estúpidos deseos seguían atormentándole.

Menos mal que sabía reprimirlos.



CAPÍTULO 5

Lydia tenía las traducciones del turco guardadas en el interior de una bolsa de arpillera, que descansaba en el suelo del café mientras ella esperaba al teniente Banebridge. El trabajo de traducción había sido tan interesante como un tratado de contabilidad. Se trataba de una disquisición de veinte páginas sobre el transporte y la distribución de lana procedente de Marruecos, descrita hasta el más mínimo detalle.

Solo había dormido dos horas y estaba agotada, pero nada era más reconfortante que una crema de almejas bien caliente y una taza de café de Big John.

—¿Otra vez crema de almejas?

Cuando levantó la cabeza, Lydia se encontró con el teniente Banebridge, que estaba de pie a su lado. Sin pedir permiso, el teniente cogió un taburete y se sentó junto a ella.

—Cuando algo me gusta, suelo serle fiel. ¿Por qué no lleva puesto el uniforme? —preguntó.

Con su camisa blanca y su levita de lana oscura, el teniente estaba más guapo que de costumbre, si es que eso era posible.

—He dejado la Marina —repuso él con la mayor naturalidad del mundo—. Entregué los papeles de mi renuncia hace un rato. A partir de ahora puede llamarme Alexander Banebridge.

Había algo que no terminaba de encajar. No era ninguna experta, pero sabía que dejar la Marina no era tan fácil como el teniente pretendía aparentar. Lydia entrecerró los ojos y se puso a escudriñar su rostro perfecto, buscando en vano alguna señal de turbación.

—¿Sabe una cosa, *Bane*? —preguntó—. Es muy habitual que la gente cambie de trabajo, pero no de *apellido*.

Lydia se olvidó de todos sus recelos al ver que Bane deslizaba un crujiente billete de diez dólares sobre la mesa. En respuesta a sus súplicas, Bane le entregó otro montón de papeles para traducir. Esta vez, los documentos procedían de Grecia y Albania.

—Tendré que cobrarle más por el albanés —dijo Lydia mientras pasaba las páginas—. No lo domino del todo y me llevará un tiempo.

—Holgazaneando en las clases de albanés, ¿eh? Así que, además de tacaña, es usted una perezosa. Bonita combinación. Le pagaré veinticinco dólares por todo.

Lydia arqueó las cejas.

—¿Sin regateos?

—Sin regateos. Sabía que el albanés supondría un esfuerzo para usted. Si no me

equivoco, es usted medio griega medio turca. Me parece justo pagarle un poco más por el albanés.

Lydia dobló el billete de diez dólares y lo guardó en su bolso, sorprendida de su buena suerte.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe de dónde soy?

—Me lo contó Eric.

A Lydia le inquietaba saber que los dos habían estado hablando de ella, pero por lo menos estaba consiguiendo unos ingresos extra. Además, el almirante trataba muchos asuntos con Bane. Eso significaba que podía confiar en él. ¿O no?

En cualquier caso, el almirante siempre parecía enfadado y distante cada vez que Bane ponía los pies en la oficina.

—¿De veras es amigo del almirante Fontaine? —preguntó Lydia sin darse cuenta—. Cada vez que viene a verle parece tan triste...

Bane le dedicó una sonrisa que hizo que se le acelerara el pulso.

—Tonterías. Yo llevo la alegría allí donde voy. Tendría que haber visto cómo me ha mirado al llegar. Pensé que iba a prender fuego al local.

—Claro, porque estaba esperando los diez dólares que me debía —se defendió Lydia—. Esos documentos eran tan aburridos que tendría que haberme pagado el doble.

Lydia observó los documentos de Grecia y Albania que Bane le había traído. Le bastó echar un vistazo a la primera página para saber que eran informes fiscales sobre el yeso procedente de Grecia. Otra lectura fascinante.

—¿Para cuándo los necesita? —preguntó—. Por favor, no me diga que para mañana.

—No. Voy a estar unos días fuera de la ciudad. ¿Qué le parece el viernes? Si quiere, puedo pasarme por su oficina.

Lydia echó un vistazo al montón de papeles. Sabía que el trabajo iba a suponerle un esfuerzo considerable, y solo tendría tres tardes para terminarlo.

—De acuerdo —dijo.

Cuando se quedó a solas se dio cuenta de que, una vez más, Bane había conseguido esquivar todas sus preguntas sobre los asuntos que se traía con el almirante. Los días siguientes, Lydia se dedicó a traducir informes fiscales de Albania, por lo que su mente siguió dando vueltas en torno a Bane y su relación con el almirante. Bane le estaba pagando una considerable cantidad de dinero por traducir los documentos, y aceptar semejantes sumas de un extraño le hacía sentir ligeramente incómoda. Siempre que intentaba preguntarle algo personal, Bane se las ingeniaba para cambiar de tema.

El jueves, Lydia decidió entrar en el despacho del almirante para preguntarle si Bane era una persona de fiar. A diferencia de la oficina y sus paredes encaladas, el despacho del almirante estaba forrado en madera de roble, y una preciosa alfombra oriental cubría el suelo. Desde la ventana podía contemplarse un buque de guerra que descansaba en el

dique.

El almirante se quedó sorprendido al escuchar su pregunta.

—Por supuesto —dijo—. Banebridge es un hombre extraordinario. De lo contrario, no le habría puesto en contacto con usted.

—Oh.

Lydia se quedó allí de pie, deseando que el almirante se explayara un poco más y le contara por qué le perturbaban tanto sus visitas. Pero no sabía cómo preguntárselo sin resultar maleducada.

—¿Entonces ese es su verdadero apellido, Banebridge? He oído que también se hace llamar Alexander Christian.

—Si quiere, puede llamarle Bane. Todo el mundo le llama así.

Pero Lydia se sentía incómoda haciendo traducciones tan bien pagadas para un hombre al que apenas conocía.

—¿Pero *quién* es? Nunca me dice por qué necesita esas extrañas traducciones. Ni siquiera sé si es miembro de la Marina o no. ¿Es uno de esos agregados navales que nos envían información?

El almirante la miró sin pestañear, pero tardó un tiempo en formular su respuesta.

—Bane estuvo trabajando para mí hace tiempo —dijo—. A veces lo llamo para trabajar en... un proyecto especial... Pero, oficialmente, nunca ha pertenecido a la Marina. Solo recurro a él de vez en cuando.

Su respuesta era evasiva, pero Lydia sabía que no iba a averiguar nada más.

Entonces, el almirante la sorprendió.

—A pesar del aprecio que le tengo, le aconsejo que tenga cuidado. Bane es un hombre muy peligroso. Le gusta esconderse bajo su apariencia encantadora, pero no se deje engañar. Puede ser tan letal como un escorpión. Acepte el trabajo que le ofrece, pero procure mantener las distancias.

Una mirada de preocupación asomó en el curtido rostro del almirante.

—¿Queda claro, señorita Pallas? —preguntó muy serio.

—Sí, señor —murmuró Lydia antes de abandonar el despacho.



El viernes, Bane se pasó por el astillero para recoger las traducciones. Lydia necesitaba ganar quinientos dólares más para conservar su apartamento, y esperaba que Bane tuviera más trabajo para ella. Bane entró alegremente en la oficina, rojo y despeinado por el frío viento del otoño. Era muy molesto ver que incluso despeinado

seguía tan guapo como siempre, pero Lydia se puso muy contenta cuando le dio veinticinco dólares más para sus crecientes ahorros. Es más, Bane traía más documentos para traducir. Antes de entregarle las páginas, Bane se apoyó en su escritorio y empezó a bromear sobre todo tipo de cosas, desde su peinado hasta su letra.

—Tiene usted una letra muy pulcra y apretada —dijo, observando su traducción—. Hay un francés que ha publicado varios artículos sobre la psicología del análisis caligráfico y su relación con la psique humana. Seguro que estaría encantado de estudiarla.

—Mi letra es perfecta.

La caligrafía era una de las pocas cosas que le habían inculcado en el orfanato Crakken. Lydia se enderezó en su silla y descubrió a Bane tocando sus dibujos enmarcados mientras hojeaba su traducción—. Deje eso —le dijo—. Estoy harta de ordenar mi escritorio cada vez que viene.

Bane dejó la traducción encima de la mesa y cogió un dibujo.

—¿Por qué una escena del océano? —preguntó—. Pensaba que lo veía todos los días. No necesita tener un dibujo.

—Es una isla del mar Adriático —dijo Lydia—. Fue allí donde me crie.

La primera vez que vio la pequeña acuarela en la tienda, el cielo cristalino le recordó tanto a los años soleados de su infancia que empezó a ahorrar para comprarla. No conservaba retratos de sus padres ni del pequeño Michael, pero, cuando miraba aquella imagen, le parecía oír sus voces arrastradas por la cálida brisa que azotaba las olas.

Lydia le arrebató la acuarela de las manos y la puso en su sitio.

—Deje de toquetear mis cosas. ¿Y qué hay de malo en mi letra? —preguntó para cambiar de tema—. Me he tomado muchas molestias en esa traducción.

Bane sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

—Observe la uniformidad de las letras, el espacio perfecto entre las palabras. Revelan un exceso de orden y de control. Tiene la letra preciosa, pero dan ganas de desordenarla un poco. El experto francés diría que tiene miedo a arriesgar. E incluso que es usted un poco reprimida, Lydia.

Karl se puso en pie.

—¡Ya está bien! —exclamó—. Si tiene un trabajo para Lydia, déselo y váyase de una vez.

Bane no se movió ni un milímetro del escritorio. Se limitó a balancear la pierna y a mirar a Lydia como si fuera el objeto de una infinita fascinación.

—Bueno, Lydia, ¿le apetece aprender un poco sobre la exportación maderera de Turquía?

Lydia le arrebató las páginas de las manos.

—Lo tendré traducido para el lunes —dijo.



CAPÍTULO 6

Menos mal que Bane seguía encargándole traducciones. En las semanas siguientes, el flujo constante de trabajo le permitió reunir cerca de doscientos dólares para su apartamento. Cada pocos días, Bane se presentaba en la oficina del astillero para traerle más encargos. Normalmente dejaba el montón de papeles en su escritorio, se ponía a coquetear con ella de manera descarada y la dejaba más confundida que una mariposa en medio de la ventisca.

No había ningún tipo de consistencia en los documentos que le pedía traducir. Había documentos legislativos del parlamento ruso, investigaciones científicas sobre las corrientes del océano Atlántico, cuadernos de bitácora, registros tributarios, informes censales, registros agrícolas, oferta pública de acciones... La mayor parte del trabajo era terriblemente aburrido, pero la obligaba a hacer uso de todo su repertorio de habilidades lingüísticas. A veces, los documentos estaban nuevos y limpios, y otras, sucios y arrugados. Un registro de contabilidad estaba tan sucio que parecía que habían vaciado una escupidera encima.

El único aspecto consistente era que Bane jamás encargaba el trabajo a Jacob o a Karl. Solo a Lydia. ¿Sería posible... sería concebible que Bane estuviera interesado en ella?

Eso explicaría el interminable flujo de traducciones absurdas que le encargaba. Si le hubiera dado una explicación lógica sobre el extraño conjunto de papeles que le traía, Lydia habría entendido mejor sus frecuentes visitas al astillero, pero Bane se negaba a darle respuestas precisas. Siempre que le preguntaba para qué necesitaba la información, Bane le dirigía una de sus cautivadoras sonrisas y le contaba alguna mentira descarada.

—Siempre he sentido curiosidad por los impuestos albaneses —decía en respuesta a su pregunta—. No he podido dormir pensando que me iba a entregar este registro fiscal. Ya conoce mi debilidad por estos tesoros —bromeaba, antes de arrebatarse el registro de las manos.

Lydia procuraba dejar sus reticencias a un lado, pues los ingresos de las traducciones eran demasiado importantes para rechazarlos. Sabía lo que significaba ser pobre, y no estaba dispuesta a verse en la misma situación. Pero cada vez se sentía más incómoda en su presencia.

Es más, estaba empezando a desconfiar de Bane. Dos semanas antes se lo había encontrado por casualidad en el parlamento de Massachusetts. Ocasionalmente, Lydia realizaba traducciones de poca importancia para el gobierno. Esta vez le habían pedido

que tradujera unas cartas comerciales para el ministro de asuntos exteriores italiano. Lydia se las entregó a un empleado, se embolsó sus cinco dólares y estaba a punto de marcharse cuando vio a un hombre igual que Bane hablando con el almirante, el gobernador de Massachusetts y unos jueces del tribunal supremo.

Lydia se escondió detrás de una de las columnas altas y estriadas que rodeaban el vestíbulo del parlamento. Al principio solo podía verle la espalda, pero no tardó en descubrir que el hombre era igual de esbelto que Bane y poseía los mismos cabellos rubios rozándole el cuello de la camisa. Hasta su postura informal y desenfadada era la misma. Aun así, Lydia no terminaba de creer lo que veían sus ojos. El hombre vestía mejor que Bane, como si fuera un aristócrata. Cuando se dio la vuelta para saludar a otro juez, Lydia vio su rostro bellamente esculpido, tan hermoso y perfecto como el de un arcángel.

No había duda. Aquella voz pertenecía a Bane.

—Juez Stevens, ¿conoce usted al almirante Fontaine? El almirante lleva nueve años a cargo del astillero naval.

Lydia se acercó un poco más. Hizo un esfuerzo para pasar desapercibida mientras se aferraba a la columna, pero era muy importante escuchar lo que estaban diciendo. ¿Qué demonios hacía Bane relacionándose con esa gente tan importante? A ella le había dicho que solo era un marinero sin trabajo.

Letal como un escorpión, había dicho el almirante de él. Y, a pesar de todo, allí estaba, estrechando la mano de algunos de los hombres más poderosos del Estado.

Lydia intentó captar la conversación en medio del ruido de las pisadas y las voces, que retumbaban en los suelos de mármol y la bóveda del techo. Daba la impresión de que estaban hablando de las elecciones. Uno de los jueces decía que alguien «se negaba a colaborar». Se oyeron unas carcajadas y unas palmaditas en la espalda.

—¡Esperemos que Bane le dé una buena lección! Ya tiene al senador Wilkinson comiendo de su mano —dijo uno de ellos.

Más risas. Entonces Bane tomó la palabra, pero hablaba tan bajito que no pudo escucharle. Cuando el grupo se disolvió, Lydia salió de la columna para observar a Bane y al almirante mientras salían del edificio. Justo entonces, Bane se dio la vuelta y clavó sus ojos en ella.

Lydia se quedó paralizada en el sitio. Sin embargo, Bane no parecía especialmente sorprendido de verla. Se limitó a saludarla con una inclinación de cabeza y le guiñó un ojo antes de marcharse.



Era la primera vez que Lydia veía a Bane desde que se encontraron en el parlamento la semana anterior. Bane entró en la oficina con su característico encanto felino, que parecía poseer sin esfuerzo. Todos sus pensamientos racionales la abandonaron, como ocurría cada vez que se encontraba con él. Su pulso empezó a acelerarse, un rubor cubrió su rostro y sintió como si levitara, como una hoja arrastrada por el viento. Era un auténtico fastidio que Bane provocara en ella semejante reacción. ¿Cómo era posible que una mujer tan amante del orden y la estabilidad como ella se dejara influir por un hombre como Bane?

—¿Ha venido a ver al almirante? —le preguntó.

—Sí, aunque preferiría charlar con usted —respondió Bane.

¿Le había guiñado un ojo? Era imposible saberlo porque, en ese momento, Bane se agachó para sacar un montón de papeles de su maletín.

—Le he traído otro trabajo de traducción —dijo, colocando el montón de documentos en la esquina de su escritorio.

—¿Qué hacía en el parlamento la semana pasada? —preguntó Lydia—. Los hombres con los que estaba hablando eran muy poderosos. ¿Cómo es posible que conozca al gobernador?

—¿Lleva una blusa nueva? —preguntó Bane—. Es la primera vez que la veo lucir algo de encaje.

Lydia agachó la cabeza para mirarse. El cuello de encaje irlandés era un capricho que se había permitido antes de empezar a ahorrar hasta el último centavo para adquirir su apartamento, pero todavía le gustaba plancharlo y almidonarlo de vez en cuando.

—No intente cambiar de tema. Además, estaba usted muy elegante tratando asuntos con el gobernador. Me sorprendió que no tuviera un ejército de mujeres detrás.

Bane le dedicó una de sus indolentes sonrisas.

—Bueno, tengo que reconocer que estoy muy solicitado. En cuanto pongo un pie en la calle, todas las mujeres empiezan a perseguirme. En realidad, solo soy una víctima. Debería tener compasión de mí.

Lydia hizo un esfuerzo para no reírse. Si lo hacía, solo conseguiría animarle. Además, aquella era una de sus clásicas estrategias para eludir sus preguntas.

—Lo que debería hacer es dejar de traducir estos disparates.

Bane se metió una mano en el bolsillo, sacó una reluciente moneda de oro y se la puso delante de los ojos.

—Mi pequeña avariciosa —dijo—. El problema es que conozco su debilidad por el dólar.

Era un dinero tan fácil de ganar. El recuerdo de sus pertenencias tiradas en medio de la calle era demasiado doloroso, y Lydia se apresuró a arrebatarse la moneda de las manos.

—Me he alimentado a base de patatas —dijo, agachándose para meter la moneda en su cartera—. He vivido en pensiones infestadas de cucarachas. No crea que me ofende llamándome «avariciosa». Para mí, todo esto no es más que un seguro contra la miseria.

Cuando Bane se hubo marchado, Lydia descubrió que el diccionario albanés y el turco tenían las cubiertas intercambiadas.

Y seguía sin saber qué asuntos se traía Bane en Boston.



Como era de esperar, el Long Wharf estaba lleno de transeúntes. El muelle, que abarcaba una extensión de dos mil pies en el puerto de Boston, tenía capacidad para cobijar a docenas de barcos de todo el mundo. El viento arrastraba los gritos de los vendedores ambulantes, que ofrecían naranjas y cintas de colores, el sonido de las banderas agitándose en la brisa y el choque de las olas contra las rocas. Los almacenes se alineaban en la zona norte, pero la sur estaba abierta al mar. Mientras caminaba por el muelle, Bane se quedó mirando a la multitud de vendedores, marineros y estibadores hasta que divisó al almirante Fontaine y a sus dos hijos.

¿Sería esa Lucy Fontaine? Bane se acordó de la primera vez que vio a la niña. Estaba tratando de atrapar mariposas. Demasiado pequeña para caminar y sostener la red al mismo tiempo, Lucy tropezaba una y otra vez mientras perseguía a las mariposas en el jardín delantero del almirante. Solo hacía tres años de aquello, pero los niños crecen tan rápido a esa edad...

Su hermano Jack, de nueve años, resultaba inconfundible. Bane nunca había visto a Jack sin que llevara algún tipo de parafernalia del ejército en la ropa. En ocasiones era un cinturón; otras, un juego completo de botones reglamentarios. Bane reprimió una sonrisa mientras se acercaba a la familia desde atrás. Quería escuchar qué estaba contando Eric con tanto entusiasmo.

—¿Veis ese crucero que avanza detrás del barco de vela? Está volviendo a casa después de más de un año en el océano. —El almirante señaló el estrecho banderín del mástil, que era la señal que izaban los barcos cuando entraban en el puerto después de un largo viaje—. Cuando arrien el banderín, el capitán se quedará con la parte superior. El resto se corta y se divide entre la tripulación.

Jack no parecía en absoluto impresionado. Pobre almirante Fontaine. Estaba haciendo todo lo posible para vender las bondades del mar a su hijo, pero era inútil. Bane sabía que la verdadera pasión de Jack estaba bien a la vista, justo encima de su hombro.

—¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? —preguntó—. ¡Pero si es un galón del ejército de

caballería!

Las tres cabezas se volvieron para mirarle. Jack se alisó el galón y esbozó una sonrisa que amenazó con dividir su rostro en dos.

—Lo he comprado con mi propio dinero —dijo el niño muy orgulloso.

Aquello no era ninguna sorpresa. Después de cuatro generaciones consagradas a la Marina, el joven Jack Fontaine estaba deseando romper con la tradición y enrolarse en el ejército. Pero el almirante Fontaine no estaba dispuesto a darse por vencido. Aunque Jack coleccionara sombreros del ejército, cinturones del ejército y libros sobre las hazañas del ejército en el Oeste, el almirante estaba decidido a vender las bondades de la armada a su hijo.

—Mira lo que he encontrado en el mercadillo de Quincy —dijo Bane, sacando un sombrero de detrás de la espalda.

A Jack se le iluminaron los ojos de alegría y levantó ambas manos para arrebatarse el sombrero.

—Es el sombrero que llevan los soldados en el Oeste —aclaró Bane—. El ala sirve para protegerse de la lluvia, pero los soldados suelen doblar el lado derecho para transportar el rifle.

—¿No podías haberle comprado una gorra de la Marina? —preguntó Eric irónicamente, pero Bane estaba demasiado entretenido observando a Jack, que estaba inspeccionando con interés su nuevo tesoro. Ya había conseguido doblar el ala derecha para llevarlo al estilo del ejército.

Bane se puso en cuclillas para observar mejor a la pequeña Lucy.

—¿Tú crees que he encontrado algo para niñas en el mercadillo de Quincy?

Lucy era muy tímida y se aferraba tan fuerte a la pierna de su padre que estaba a punto de cortar la circulación, pero sus bonitos ojos azules no se apartaron de las manos de Bane mientras este rebuscaba en su abrigo y en los bolsillos del pantalón.

—Tiene que estar por alguna parte...

Con gesto triunfal, Bane sacó un puñado de cintas de terciopelo. Lucy extendió la mano para coger las cintas y se frotó la cara con ellas.

Bane se incorporó para estrechar la mano de Eric.

—La próxima vez voy a traerles un tambor y un silbato que he visto en el mercadillo. El rostro de Eric permaneció impasible.

—Deberías ser más agradecido con el hombre que salvó tu sucio pellejo.

Bane se encogió de hombros. En realidad, fue la esposa del almirante la que le salvó de recibir una paliza cuando intentó mentir para enrolarse en la Marina a la tierna edad de diecisiete años.

Enfermo, desesperado y sin recursos, Bane se presentó en el astillero naval de Boston con la esperanza de subirse en un barco que le llevara lejos del país. Siempre

había parecido más joven de lo que era. Con diecisiete años no aparentaba más de catorce, y demostrar que tenía la edad suficiente para enrolarse en la armada no era tarea fácil. Las leyes navales exigían que los muchachos menores de dieciocho años contaran con el consentimiento paterno. Pero Bane no tenía padres, solo un considerable precio puesto a su cabeza y una herida de bala en el costado. Aun así, intentó convencer al sargento de que tenía dieciocho años y una gran integridad moral. Bane se acababa de convertir al cristianismo, por tanto su integridad moral era bastante *buena*; el problema era su abundante historial delictivo.

No tardó en ser expulsado del despacho del sargento y arrojado a los pies de la bella esposa del almirante Fontaine, que en ese momento descendía de una calesa. Aquel golpe de suerte cambió su vida para siempre.

Tomando a Bane por un jovencito desvalido, Rachel Fontaine se apiadó de él y le ofreció el almuerzo que estaba destinado a su esposo. Puede que pareciera un muchachito hambriento de catorce años, pero Bane era lo bastante listo para reconocer a una mujer poderosa, y no tardó en poner en marcha su ingenio. Durante el almuerzo, habló a la señora Fontaine de las corrientes marinas y de su influencia en el comercio de las especias durante el Renacimiento, así como en el ascenso de los holandeses al primer puesto del comercio marítimo. Describió los espectaculares diseños de los barcos chinos de la Edad Media, que seguían influyendo en la ingeniería naval. Le habló de los nuevos torpederos alemanes, que eran los barcos más rápidos del mundo.

Al final del día, Bane había conseguido convencer a la señora Fontaine de que le ayudara a encontrar un puesto en la armada. Pero el almirante no era ningún tonto, y Bane tuvo que confesarle que estaba huyendo de «un lugar conflictivo». Eric le dejó usar un nombre falso para ocultar su rastro al Profesor. Al día siguiente, Bane estaba montado en un barco con rumbo a Bruselas.

Todo aquello formaba parte del pasado, y Bane ya no tenía que huir para salvar su vida. En los últimos cinco años, se había empeñado en perseguir un nuevo objetivo. Y necesitaba la ayuda de Eric para conseguirlo. Además, el almirante no iba a salir con las manos vacías del plan. Si Bane jugaba bien sus cartas, al año siguiente por esas mismas fechas, Eric sería senador de Estados Unidos, con mucho más poder de lo que ningún astillero podía ofrecerle. Pero conseguir su colaboración estaba resultando sorprendentemente difícil. No obstante, Bane no se asustaba ante ningún reto.

Bane entrecerró los ojos para observar al *Protector*. El *Protector* era uno de los tres barcos de vapor que utilizaba la policía portuaria para patrullar las aguas, y Bane había invertido un tiempo considerable en ganarse el apoyo de la policía. Bane asintió mientras contemplaba el barco.

—La policía portuaria piensa apoyar su candidatura para el Senado. Y, allí donde van los policías, van los bomberos. Debería empezar a cultivar sus contactos allí.

Eric siguió contemplando los barcos mientras cogía a Lucy en brazos y la balanceaba alegremente sobre la cadera. Pero no estaba tan desinteresado como pretendía aparentar.

—¿Y qué me dice de la policía de Boston? ¿Comparte los mismos intereses políticos que la policía portuaria?

Bane se encogió de hombros.

—Normalmente, sí, pero no siempre marchan en la misma dirección, de modo que tendrá que trabajárselas a las dos. Llevo un tiempo intentando entrevistarme con el jefe de policía, pero se ha marchado a Cabo Ann para celebrar su duodécimo aniversario de boda con su esposa. Al parecer, hay un faro en el cabo que alberga recuerdos muy queridos para ambos. Serán estúpidos.

El almirante esbozó una ligera sonrisa.

—Veo que sigue usted tan romántico como siempre.

Bane puso los ojos en blanco.

—¿Qué clase de imbécil necesita salir de la ciudad en su duodécimo aniversario? Ya ha tenido once ocasiones para celebrarlo con su mujer.

Eric dejó escapar una carcajada mientras contemplaba el *Protector*.

—Algún día, una mujer derretirá el bloque de hielo que cubre su corazón y empezará a hacer estupideces, como marcharse a Cabo Ann para complacerla.

Bane le dirigió una paciente sonrisa.

—Preveo inundaciones en el Sáhara antes de que eso ocurra.

Eric levantó a su hija en el aire mientras contemplaba el horizonte.

—Rachel y yo estuvimos dieciséis años casados. Siempre que se acerca la fecha de nuestro aniversario, me acuerdo del día de nuestra boda. Rachel quería celebrar la ceremonia en el jardín de su padre, y estuvo meses haciendo preparativos para que todas las flores estuvieran radiantes y perfectamente colocadas. El día de nuestra boda llovió a cántaros, y yo pensé que estaría triste. Pero, cuando la vi en el salón, estaba radiante y no paraba de reír. Eso es lo que siempre recordaré de ella: su maravillosa y eterna sonrisa.

Bane conocía las terribles circunstancias de la muerte de Rachel. De hecho, aquella era una de las razones por las que Eric había decidido apoyar su causa. Bane solo apoyaba a aquellos candidatos políticos cuyo compromiso para acabar con el opio no se viera comprometido por las presiones de Washington. Eso es lo que hacía de Eric Fontaine el candidato ideal. Era una pena que Fontaine siguiera siendo tan fiel a la armada. Al almirante le entristecía el estado de la Marina y pretendía salvarla desde dentro. Después de un año de agresivas presiones por parte del gobierno, Bane había conseguido convencer al almirante de que tenía más posibilidades de salvarla desde el Senado. Eso implicaba que Eric tendría que renunciar a su cargo, lo cual le planteaba un terrible dilema.

Pero Bane no estaba dispuesto a darse por vencido. Si Eric salía elegido para el

Senado, tendría otra arma para luchar contra el monstruo de mil cabezas que había acabado con Rachel.



Normalmente, a Lydia le gustaba volver a casa caminando, pero hoy estaba demasiado cansada de hacer números para disfrutar de la vista del río Charles, que fluía con lentitud bajo el puente.

Todavía necesitaba doscientos dólares más si quería conservar su casa. Aunque siguiera trabajando para Bane, era imposible que consiguiera reunir esa cantidad para diciembre.

Además, cada vez estaba más convencida de que debía dejar de trabajar para él. Había algo en sus encargos que no terminaba de encajar. Por más que intentara presionarle, Bane se negaba a aclarar para qué necesitaba aquellas extrañas traducciones. Además, no dejaba de coquetear con ella cada vez que se presentaba en la oficina. Ignorando por completo a Willis, Karl y Jacob, Bane se dirigía directamente a ella, como si fuera un torpedo autopropulsado. Las traducciones que le encargaba no tenían ningún sentido, y no paraba de inventar excusas para venir a verla. Excusas *muy caras*, que la hacían sentir culpable de aceptar su dinero.

¿Y si se había enterado de que necesitaba dinero y simplemente le estaba haciendo un favor? Aceptar seiscientos dólares de un desconocido era inconcebible, pero estaba dispuesta a trabajar para conseguirlos. ¿Y si Bane le había cogido cariño y sus encargos eran un intento de mantener el contacto con ella? ¿Y si lo único que pretendía era que se sintiera agradecida y en deuda con él? No era fácil renunciar a un empleo tan lucrativo, pero había algo muy extraño en sus encargos.

Lydia se ajustó la capa y alzó la barbilla. Hacía un día muy bonito para dejarse abrumar por esos pensamientos. Apretó un poco el paso y dobló la esquina para iniciar su parte favorita del paseo. Los estrechos y retorcidos callejones que conducían al Dragón Sonriente ofrecían una vista nueva en cada esquina. Había un tramo de pulcras tiendecitas, seguidas de una hilera de casas con barandillas de hierro y puertas lustrosas. Le encantaba la inclinación de la luz crepuscular, que calentaba los ladrillos rojos y se reflejaba en los limpios felpudos metálicos.

Todos los días, Lydia intentaba grabar aquellas imágenes en su mente. ¿Qué sería de ella si no conseguía reunir el dinero suficiente para comprar su apartamento? Podía encontrar otro sitio donde vivir, pero ninguno albergaría tantos recuerdos como el Dragón Sonriente.

Como necesitaba jabón y una botellita de medicina para la migraña, se encaminó a su farmacia favorita. Una campanilla plateada resonó al abrir la puerta. Siguiendo su costumbre, Lydia fue directa a la cesta de jabones que había junto al mostrador. Era una delicia oler las distintas fragancias antes de elegir la pastilla con el mejor perfume y el envoltorio más bonito. Había un jabón francés de lavanda, y una pastilla verde clara con olor a limón y a verbena. Lydia se acercó el jabón a la nariz e inspiró profundamente. Tal vez fuera producto de su imaginación, pero el mero hecho de oler aquellos jabones de perfume exquisito la hacía sentir mejor.

Maggie, la dependienta que llevaba años atendiendo la farmacia, le ofreció una pastilla de jabón.

—Seguro que le apetece probar este nuevo jabón que acabamos de recibir de Kentucky —dijo—. Está hecho de rosas y jazmín y huele de maravilla.

La tentación era demasiado grande. Lydia cogió el exquisito paquete de preciosas ilustraciones e inspiró profundamente.

—Oh, es una delicia.

—¿A que sí? Por solo un dólar puede llevarse la caja entera.

Aquello sobrepasaba su presupuesto. Lydia devolvió la pastilla a Maggie. Por mucho que le gustara el jabón, prefería su apartamento a una fábrica entera de jabones perfumados.

—Me llevaré una pastilla de jabón blanco, por favor.

Maggie arqueó las cejas en señal de sorpresa. En todos los años que Lydia llevaba visitando aquella farmacia, el jabón perfumado era uno de los pocos lujos que solía permitirse.

—¿Está segura? —preguntó la dependienta—. Solo tiene grasa de cerdo y lejía.

Lydia se acercó a un estante y cogió la botellita más pequeña de medicina para la migraña.

—Sí, estoy segura —dijo, sacando una moneda para pagar sus compras.

Ignoraba si sería capaz de reunir doscientos dólares más antes de diciembre, pero, si no lo conseguía, no sería por despilfarrar sus ahorros en jabones caros.



CAPÍTULO 7

—¿Cómo es posible que un planeta tenga dos lunas? —preguntó Jacob con tono escéptico mientras Lydia y Karl admiraban el folleto que descansaba en el escritorio de Willis.

—Los astrónomos están seguros —dijo Willis—. Tres observatorios independientes han confirmado que Marte tiene dos lunas, de lo contrario no lo habrían publicado.

Lydia observó el grabado de las dos lunas y pensó en su padre sin darse cuenta. ¡Cuánto le habría gustado enterarse de esa noticia! A su padre le encantaba observar el cielo plagado de estrellas e inventar disparatadas historias, sin más fundamento que su propio deseo de crearlas. Pero el folleto de Willis procedía del Observatorio Naval de Washington, y esos hombres sabían de lo que hablaban.

—Me pregunto si una persona que estuviera de pie en el suelo de Marte sería capaz de ver ambas lunas a la vez —dijo Lydia—. ¿O es que cada una está en el extremo opuesto del planeta?

El Almirante Fontaine se agachó para estudiar el artículo.

—Si las lunas estuvieran demasiado cerca, podrían causar estragos en el comportamiento de las mareas —comentó.

—¿Usted creer que Marte también tiene océanos? —preguntó Karl.

Su pregunta cogió al almirante por sorpresa.

—Jamás se me había ocurrido pensar que un planeta no tuviera océanos. Cuando inventen un telescopio más potente, podremos saberlo con seguridad.

Jacob lanzó un resoplido.

—Yo no termino de creerlo. Seguro que se lo están inventando.

Karl se puso a convencer a Jacob de las bondades de la ciencia moderna mientras el almirante regresaba a su despacho. Lydia se entretuvo un momento mirando los inmensos barcos del dique por la ventana. Era una bendición compartir oficina con unas personas que se tomaban tanto interés por la ciencia y el mundo que les rodeaba. Lydia se sentía completamente *segura* a su lado.

Pero con Bane no era así.

No podía engañarse por más tiempo. Los encargos de Bane no tenían ningún sentido. Debía de estar buscando cualquier trozo de papel escrito en un idioma que Lydia supiera traducir. De dónde los sacaba, eso no lo sabía. Su último encargo tenía un inconfundible olor a basura.

Si al menos hubiera encargado algo a Karl o a Jacob, no se habría sentido tan

insegura, pero, cuando Bane venía a la oficina, su único interés era ella. Ya no podía soportarlo más. Le daba vergüenza pensar que un hombre tan guapo pudiera estar interesado en ella, ¿pero qué otra cosa podía ser? Es más, ella misma estaba empezando a sentirse atraída hacia él. Se descubría pensando en él en los momentos más inoportunos, recordando sus chistes y su irreverente sonrisa. Hasta sus bromas estaban empezando a gustarle.

Pero su último encargo había terminado de sacarla de sus casillas. Tendría que encontrar otra manera de ganar los doscientos dólares que le faltaban para comprar su apartamento.

Bane entró en la oficina a la hora de comer, con el cabello despeinado y más guapo que nunca.

—¿Qué delicias turcas tiene hoy para mí? —preguntó a Lydia con su seductora sonrisa.

Lydia le arrojó el documento a la cara.

—¡Es el menú de un restaurante turco! —exclamó—. Huele como si lo hubieran utilizado para envolver sardinas. No pienso desperdiciar el tiempo traduciendo tonterías.

Lo dijo lo bastante alto para que toda la oficina pudiera escucharla. Ahora ya no podía echarse atrás.

Bane acercó una silla a su escritorio y se sentó.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Que tendrá que buscarse a otra persona. Yo preferiría no seguir trabajando para usted. Dímelo.

—No le habrá molestado tener que traducir un menú, ¿verdad?

Lydia cerró los ojos un momento. No se trataba del menú. Simplemente, no le parecía bien aceptar dinero de un hombre que parecía sentirse atraído hacia ella. ¿Pero cómo podía decírselo?

—Pues así es. No me gusta traducir menús. Ni registros agrícolas. Ni informes tributarios. Sinceramente, estoy harta de los ridículos documentos que me trae para traducir. Se acabó. No pienso hacerlo más.

Bane se quedó mirando el menú por un momento.

—¿Y yo cómo iba a saber que era un menú? —preguntó—. Venga, dígame lo que pone.

—Bane, he dicho que dímelo.

—No puede dimitir. Si lo hace, tendrá que devolverme mis diez dólares. —Bane abrió el menú y señaló uno de los platos—. ¿Qué es esto? Parece interesante. —Al ver que Lydia no respondía, le dio un golpecito con el codo—. Venga, sabe que me muero de curiosidad. No me marcharé de aquí hasta que no me diga lo que es.

Lydia echó un vistazo al menú.

—Es *karisik izgara tabagi*, un plato compuesto de carne. Concretamente, carne asada servida en bandeja.

—Por favor, dígallo otra vez.

—¿*Karisik izgara tabagi*?

—Sí. Me encanta cómo lo dice —dijo Bane con voz suave y aterciopelada—. Suena tan exótico. Por favor, siga leyendo. Es una delicia escucharla.

Los ojos de Willis estaban a punto de salirse de las órbitas. Jacob fingía que no escuchaba mientras hacía un esfuerzo para contener la risa. Karl se puso en pie de un salto.

—Ya basta —dijo muy serio—. Lydia, no tiene por qué seguir leyendo para este hombre. Es vergonzoso.

Bane esbozó una sonrisa.

—Un poquito sí que lo es, lo reconozco —dijo mientras se ponía en pie—. Pero no se preocupe. He venido a ver al almirante. De hecho, hace diez minutos que debería haber entrado en su despacho. —Bane hizo una pausa y se agachó para susurrar al oído de Lydia—: ¿Pero cómo resistirse cuando una mujer tan hermosa se pone a leer en turco? Es usted fascinante.

Lydia siguió sintiendo escalofríos hasta mucho después de que Bane entrara en el despacho del almirante. Fue entonces cuando se dio cuenta de que todos sus botes de tinta estaban desordenados. Había estado *vigilando* a Bane para evitar que enredara en su escritorio, y aun así no había sido capaz de pillarle con las manos en la masa.

De modo que volvió a ordenar su escritorio, abrió un manual de barcos griegos e intentó concentrarse. No podía seguir relacionándose con Bane. Ni siquiera había aceptado su dimisión. Pronto volvería a la oficina a traerle un nuevo montón de documentos.

Su concentración se vio interrumpida por unas voces enfadadas que salían del despacho del almirante. Todo el personal de la oficina se quedó paralizado. El sonido era inconfundible. Dos hombres estaban discutiendo, y sus voces aumentaban de volumen por momentos. Ahora, tanto el almirante como Bane estaban gritando, luchando por imponerse. El almirante acusó a Bane de estar completamente loco. Lydia no podía escuchar lo que Bane estaba diciendo, porque el almirante no dejaba de interrumpirle.

—Willis, ¿cuánto tiempo lleva trabajando aquí? —preguntó Karl.

Willis hizo unos breves cálculos mentales.

—Unos nueve años.

—Y, en todo ese tiempo, ¿alguna vez ha oído al almirante levantar la voz?

Willis se quedó dudando el tiempo suficiente para que se oyera otro grito procedente del despacho.

—Creo que no.

Karl se encogió de hombros.

—Yo tampoco.

Una pesada puerta de caoba separaba el despacho del almirante del resto de la oficina, y las voces sonaban demasiado amortiguadas para poder entenderlas con claridad. Pero era evidente que los dos hombres estaban discutiendo. Entonces se produjo un silencio. Lydia miró a Karl, que a su vez miró a Willis.

—Espero que no hayan llegado a las manos.

Los gritos cesaron pero, por alguna razón, el silencio era aún más inquietante. Karl avanzó unos pasos mientras jugueteaba con los botones de su chaleco. A continuación miró con escepticismo la puerta cerrada.

—¿Creen que debería entrar a ver qué pasa?

Lydia también se levantó. La situación era ridícula, pero entonces se acordó de las palabras del almirante: «*Bane es letal como un escorpión*». Bane era muy atractivo, pero Lydia siempre había notado un aire dominante bajo su apariencia tranquila. Sin embargo, el almirante era un hombre fuerte físicamente, que seguía entrenando al equipo de boxeo del cuerpo de marines. Lydia estaba segura de que sería capaz de cuidar de sí mismo. Siempre que Bane no hiciera trampas. El almirante era demasiado honrado para estar preparado para algo así. Karl parecía tan nervioso ante la idea de entrar en el despacho como si estuviera esperando su propia ejecución. Pero, cuando se acercó a la puerta de caoba, el almirante soltó una carcajada que le hizo saltar del susto.

Karl parecía aliviado; Willis, ligeramente sorprendido.

—La verdad es que tampoco le he oído reír demasiado.

Y, sin embargo, ambos estaban riéndose... hasta que el almirante empezó a gritar otra vez. Decía que Bane era un hombre deshonesto y manipulador.

Con el rostro fruncido por la confusión, Karl regresó tímidamente a su escritorio. Lydia volvió a hundirse en su silla, pero su vista seguía clavada en la puerta. Siguieron escuchándose gritos y más risas. Diez minutos después, Bane salió del despacho con aire tranquilo y desenvuelto. Todas las miradas le siguieron mientras salía de la oficina. Al pasar por el escritorio de Lydia, Bane le guiñó un ojo. A Lydia le dio un vuelco el corazón.

Esta vez, Bane le había dado la vuelta a su acuarela sin que se diera cuenta.



CAPÍTULO 8

Lydia apoyó los codos en la cuerda que separaba a los visitantes del dique. Le encantaba ir allí para observar a los trabajadores mientras reparaban los barcos viejos. Los obreros arrastraban el barco hasta el amarradero con unos cabestrantes y, una vez allí, fijaban la embarcación con unos bloques de quilla y unas cuerdas. Acto seguido procedían a reparar el casco. Había algo en su manera de trepar por el barco y asegurar la inmensa embarcación que a Lydia le resultaba reconfortante. Era como si trajeran a casa a un caballo herido y lo dejaran al cuidado de unas personas cuyo único propósito era devolverle su fuerza.

Ojalá hubiera unos trabajadores que pudieran resolver sus problemas con la misma facilidad. Solo tenía un mes para reunir el dinero necesario para comprar su casa, y se estaba quedando sin opciones. Aunque siguiera trabajando para Bane, todavía le faltaban más de doscientos dólares.

—Como siga poniendo esa cara, va a terminar asustando a los niños.

Lydia reconoció la voz de inmediato. Bane se acercó a ella y emuló su postura, apoyando los codos en la cuerda mientras contemplaba el dique. Estaba claro que Bane no iba a dejar de molestarla tan fácilmente. Aun así, Lydia se negó a apartar la vista del barco. Puede que ignorándole consiguiera quitárselo de encima.

—No crea que ignorarme le va a servir de algo —dijo Bane—. Lo único que conseguirá es que no deje de perseguirla.

Era increíble la facilidad que tenía para adivinar sus pensamientos. Con la vista clavada en los barcos, Lydia le planteó una pregunta que llevaba toda la tarde rondándole en la cabeza.

—¿De qué estaba discutiendo con el almirante?

—De usted.

Lydia se giró para mirarle. No estaba segura de haberle oído bien.

—¿Cómo dice?

—Sí, ha oído bien. Estábamos discutiendo porque le sugerí que debía casarse con usted.

Lydia se atragantó con su propia respiración. Abrió la boca, pero se dio cuenta de que se había quedado sin palabras.

—Siento decirle que el almirante declinó mi propuesta. Cuando insistí, se enfadó conmigo y no quiso saber nada más del asunto.

Bane se dio la vuelta y se sentó en la cuerda. Tanto su voz como su rostro eran tan

inexpresivos como si estuviera hablando del precio del té. La brisa vespertina despeinó sus cabellos, dándole un aspecto aniñado. En su rostro había una mirada juvenil y casi angelical, pero Lydia sabía que su expresión de inocencia era pura fachada.

El enfado empezó a apoderarse de ella. Su empleo en el astillero era el mejor trabajo que había tenido, y Bane no tenía ningún derecho a jugar con él. Las ideas que estaba intentando inculcar en la cabeza del almirante hacían peligrar su continuidad en el puesto.

—¿Por qué ha tenido que sugerirle algo así? El almirante no está interesado en mí.

Bane se acercó a ella.

—Será mejor que empiece a llamarle Eric.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Puede que le ayude a humanizarle. Así no lo verá tan fuera de su alcance.

Lydia frunció el ceño.

—Por supuesto que está fuera de mi alcance. Es mi jefe.

—¿Y no preferiría ser su esposa? El almirante tiene cuarenta años. No es tan mayor. Muchas mujeres lo consideran un buen partido. Deme un mes o dos, y le aseguro que mis planes se harán realidad.

Su sugerencia era tan escandalosa e inapropiada, que Lydia se dio la vuelta y echó a correr hacia el otro extremo del astillero. Bane siempre, *siempre* se las arreglaba para sacarla de sus casillas. Había llegado a pensar que su aparente necesidad de un traductor era una extraña forma de cortejo, ¡cuando en realidad solo pretendía casarla con otro hombre! Había que tener mucho valor para entrometerse en su vida de esa manera. Además, se sentía insultada. Hacía tiempo que estaba pensando cómo rechazarlo sin herir sus sentimientos, pero Bane no tenía el más mínimo interés en ella. Debería sentirse aliviada, pero por alguna razón... No es que le importara. No confiaría en él ni aunque le dijera que la Tierra es redonda.

Bane echó a correr para alcanzarla.

—¿No podría pensárselo al menos? Es una gran idea.

Lydia se detuvo, y Bane estuvo a punto de tropezarse con ella. Prefería morir a confesarle las ridículas fantasías que estaban empezando a arraigar en su mente, pero necesitaba saber la verdad. No podía seguir conformándose con sus respuestas evasivas.

—Todo el personal de la oficina piensa que usted bebe los vientos por mí.

Ya está. Ya lo había dicho. Era mucho más fácil echar la culpa a Willis y a los demás que insinuar la fascinación que estaba empezando a sentir por Bane.

—Lleva meses inventando excusas para traerme traducciones sin sentido —prosiguió—. Quiero saber si las traducciones son completamente inútiles, si tiene alguna otra razón para verme.

Bane la sujetó por los codos y, por primera vez desde que lo conocía, pareció hablar

en serio.

—No son inútiles. No puedo explicarle por qué, pero realmente las necesito. Y es cierto que me gusta, Lydia. De lo contrario, no intentaría casarla con Eric.

Lydia se sintió herida por sus palabras. No podía mirarle a los ojos, pero necesitaba saber la verdad, y necesitaba mirarle a la cara en el momento de preguntárselo.

—¿Entonces no le intereso? Me refiero como mujer.

Una lenta y retorcida sonrisa se dibujó en los labios de Bane, dándole un aspecto malvado y encantador.

—Me interesa muchísimo, pero está usted fuera de mi alcance.

Lydia alzó la barbilla.

—¿Por qué?

—Porque hace tiempo que prometí no casarme. Es usted encantadora, pero no puedo permitirme caer en esa tentación.

Bane echó un vistazo al grupo de obreros y trabajadores que competían por el espacio en el paseo que rodeaba el puerto.

—Vamos a tomar una taza de café y le contaré lo que tengo planeado.



El café Old Galley no estaba tan concurrido como el Dragón Sonriente, y no tardaron en encontrar un reservado al lado de una ventana con vistas a la bahía. Cuando el camarero les trajo dos tazas humeantes de café, Bane se dispuso a contarle su plan.

—Me gustaría que Eric se convirtiera en el próximo gobernador del estado de Massachusetts —dijo sin rodeos—. Está desperdiciando su talento en la armada y él lo sabe. Lleva una década intentando reformarla y devolverle su esplendor de antaño, pero sus esfuerzos han sido en vano. Conseguiría mucho más si dejara la armada y ocupara un puesto en el Senado de Estados Unidos. Y yo puedo ayudarle a conseguirlo.

Lydia sintió que el mundo se abría a sus pies.

—¿El almirante quiere dejar la Marina? —preguntó.

El miedo le atenazó el estómago. Si el almirante Fontaine dejaba la Marina, eso tendría implicaciones en su trabajo. No había muchos hombres que estuvieran dispuestos a contratar a una mujer para un puesto cualificado, pero el almirante le había dejado bien claro que valoraba sus habilidades lingüísticas por encima de su sexo. Puede que otro jefe no fuera tan pragmático.

—Sí, está dispuesto a presentarse a las elecciones. Y sería un candidato más competitivo si estuviera casado.

Lydia tomó aire. Le sorprendía que Bane la viera capacitada para algo así. En todos los años que llevaba trabajando para él, el almirante jamás había mostrado el más mínimo interés hacia ella. Pero Lydia no podía decir lo mismo. El almirante Fontaine era un hombre atractivo, y la mitad de las jóvenes solteras de Boston estaban deseando consolarlo por la pérdida de su esposa. Lydia retorció la áspera muselina de su falda.

—Estoy segura de que le iría mucho mejor con una mujer de familia más distinguida. Bane lanzó un resoplido.

—La familia de Eric lleva haciendo fortuna con los barcos desde que se bajó del *Mayflower*. Los Fontaine son lo más parecido a la aristocracia que tiene este país. Eric no necesita una esposa para respaldar su pedigrí. Necesita una esposa que agrade a los inmigrantes, que representan casi el treinta por ciento del electorado de Massachusetts. — Bane volvió a esbozar una media sonrisa—. Y le aseguro que una huérfana medio griega medio turca les encantará.

Lydia había oído historias sobre el carácter manipulador de Bane. Ahora podía comprobar, con absoluta claridad, que todas esas historias eran ciertas.

—Me parece todo muy frío y calculador.

—Yo prefiero pensar que es sumamente efectivo.

Lydia se giró en su asiento y lo miró fijamente.

—¿Y a usted qué más le da? ¿Qué gana si Eric Fontaine se mete en política?

—Gano influencia en otro senador de Estados Unidos —dijo Bane tranquilamente.

Lydia parpadeó.

—¿En *otro* senador?

—También ayudé a ganar las elecciones al senador de Rhode Island y al de Nueva Jersey.

Lydia se acordó de la historia que había contado Karl... Al parecer, Bane había sido el responsable de que el gobernador de Vermont perdiera las elecciones. Y luego estaba la vez que le vio en el parlamento, cuando escuchó al gobernador de Massachusetts bromeando sobre un senador que estaba en deuda con Bane. Sinceramente, no le importaban sus motivos; lo único que le importaba era perder el trabajo.

—Si el almirante deja la Marina, ¿quién ocupará su puesto en el astillero?

Bane se encogió de hombros.

—Supongo que enviarán a otra persona.

—¿Y usted cree que esa persona estará obligada a conservar el mismo personal?

—¿Y a usted qué más le da? Para entonces podría estar casada con Eric. Es obscenamente rico, así que no tendría que trabajar.

Lydia puso los ojos en blanco.

—Me acaba de decir que el almirante no está interesado en mí.

—Desgraciadamente, no.

Una cosa era que el almirante no quisiera casarse con ella, y otra muy distinta era negarse hasta el punto de hacer temblar los cimientos de la oficina. La verdad es que era un poco desalentador.

—A juzgar por sus gritos, se opuso a la idea con bastante contundencia.

Bane reprimió una sonrisa.

—Ya lo creo. Intenté ponerla por las nubes y alabar sus cualidades como mujer y como esposa. Pero se negó a escucharme.

Lydia tenía el orgullo herido y necesitaba un pequeño consuelo.

—¿Y qué le dijo? Me refiero a mis cualidades.

—Le dije que era usted como un boxeador. Que sabe aguantar los golpes y seguir luchando.

Lydia abrió los ojos de par en par.

—¿Y eso le parece un cumplido?

—A mí me gusta —dijo Bane con aire despreocupado.

A juzgar por la manera en que le brillaban los ojos, era evidente que estaba diciendo la verdad. Lydia sintió una punzada en el estómago al ver cómo le sonreía.

—Bueno, ambos sabemos que estoy fuera de su alcance —dijo Lydia cautelosamente.

—Totalmente.

—Da igual lo que haga y las cualidades que tenga. Usted no está interesado en mí.

—Así es. Su virtud está a salvo conmigo.

Era extraño, pero ahora que sabía que Bane no estaba interesado en ella, le parecía incluso más atractivo. Pero Lydia era demasiado práctica para obviar los beneficios de esta nueva revelación.

—Y ahora que estoy a salvo de su instinto depredador, ¿tendría más traducciones para mí? No me vendría mal el dinero.

—¿Cómo he podido ser tan estúpido para olvidar su amor por el dinero? Eric mencionó que tiene dificultades para comprar su apartamento. ¿Por qué no se limita a buscar otro sitio donde vivir?

¿Cómo explicar a una persona como Bane la diferencia entre un «sitio donde vivir» y un santuario, sobre todo cuando ni siquiera ella era capaz de entenderlo?

—Ese apartamento es mi hogar —dijo—. Llevo años arreglándolo para dejarlo a mi gusto. En el Dragón Sonriente me siento segura. Aunque no espero que usted lo entienda.

—Déjeme aclarar una cosa —dijo Bane mientras se enderezaba en su asiento. Un gesto de profunda concentración se dibujó en su rostro—. Hasta donde le alcanzan los recuerdos, su vida ha estado repleta de caos e inestabilidad. Cuando perdió a sus padres, la enviaron a un orfanato. Fue muy duro, pero todo el mundo que entraba en contacto con usted se quedaba asombrado al ver lo bien que se estaba adaptando a las terribles

circunstancias. Nunca se quejó, ni lloró, porque ni siquiera sabía cómo expresar sus necesidades. ¿Cómo iba a echar de menos la seguridad si nunca había experimentado esa sensación? Usted creció en un barco, donde los peligros para un niño son interminables: las anclas esparcidas en cubierta podían herir sus pies descalzos, y el mar podía engullirla antes de que sus padres se percataran de que se había caído por la borda... En el orfanato nunca pudo dormir profundamente, porque, si lo hacía, los niños podían robarle la manta o vaciarle los bolsillos. Se sentía desarraigada, porque un orfanato jamás puede ofrecer una estructura familiar, solo una interminable sucesión de empleados que vienen y van.

Lydia se quedó con la boca abierta. Era como estar oyendo su propia biografía. Bane hizo un gesto al camarero, que volvió a llenar sus tazas de café.

—Finalmente se hizo mayor —dijo Bane cuando el camarero se hubo marchado—. Cuando ganó el dinero suficiente para comprar una buena casa, su única preocupación era la seguridad. Por fin podía construir una vida *exactamente* a su gusto. Por eso necesita tener los botes de tinta ordenados a su manera. Todos los días pide la misma crema de almejas en el mismo restaurante, porque la rutina es muy importante para usted. Le gusta saborear la sensación de orden y control, porque le hace sentirse segura y dueña de su propio mundo.

Bane sorbió su café y torció el gesto al advertir su amargo sabor. Dejó caer un azucarillo en el líquido oscuro y empezó a removerlo con una cucharita de peltre. Luego levantó la cabeza y le guiñó un ojo.

—Pero tiene usted razón. Una persona como yo nunca podría entenderla.

Lydia se quedó mirándolo. Estaba fascinada con lo que acababa de descubrir. Bane la entendía a la perfección. Solo una persona que hubiera tenido una vida similar a la suya podía describir el profundo cansancio que provocan años de inseguridad durante la infancia.

—¿Usted también vivió en un orfanato? —le preguntó discretamente.

Bane dejó de remover su café. Durante unos segundos se quedó inmóvil, mirando un punto indeterminado. Lydia pensó que no iba a responder, pero, cuando lo hizo, su voz sonó tan despreocupada como siempre.

—Solo una noche —dijo—. No tardé en descubrir que aquel no era lugar para mí.

Bane dejó la cucharilla en la mesa y tomó un sorbo de café.

—¿Y adónde fue?

—Encontré a una familia maravillosa que me adoptó. Desde entonces fui muy feliz.

Lydia se recostó en su asiento con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Es usted un mentiroso.

Bane le guiñó el ojo.

—A estas alturas, ya debería saberlo.

Por supuesto que lo sabía. Y también sabía que Bane no pensaba contarle nada más sobre su misteriosa infancia, ni por qué sabía lo que era estar solo y desarraigado. Había abierto la puerta de su vida por un momento y la había vuelto a cerrar con la misma rapidez.

Pero a Lydia no le importó. Igual que Bane la entendía a la perfección, también ella estaba empezando a entenderlo. Y lo que estaba descubriendo lo hacía aún más fascinante. Sí, había que reconocer que era tan peligroso y manipulador como decía la gente. Era un auténtico depredador, acostumbrado a ocultarse bajo su aspecto civilizado para conseguir sus objetivos. Pero los dos sabían lo que era estar solo en un mundo hostil y, aun así, conservar el optimismo.

—Todavía no me ha dicho si tiene más trabajo para mí.

Bane esbozó un gesto de intensa concentración. Casi se podían ver las ruedecillas girando detrás de sus ojos azul cristalino. Lydia sintió una punzada de inquietud al ver su expresión calculadora.

—En el caso de que no consiga convencer a Eric de casarse con usted y resolver todos sus problemas, puede que haya otra manera de aprovechar su talento. Una que le ayude a pagar su apartamento. ¿Cuánto le queda para reunir el dinero?

—Tres semanas.

Bane asintió.

—Necesito un tiempo para organizarlo. Tengo que salir de la ciudad para atender unos asuntos, pero, cuando vuelva, tendré una proposición para usted. —Bane se levantó y dejó unas monedas en la mesa para pagar los cafés—. Espéreme en el dique el lunes que viene, después del trabajo. Para entonces lo tendré todo preparado.

Mientras caminaba hacia su casa, Lydia se ajustó la capa. Se sentía incapaz de olvidar la mirada de Bane mientras dejaba las monedas en la mesa. Solo por un momento, la había mirado con tal intensidad que estuvo a punto de quedarse sin aire. Luego volvió a adoptar su aire desenfadado habitual.

Pero Lydia sabía que le gustaba. Daba igual que intentara disimular. Durante ese breve instante, sus ojos ardieron de tal manera que podían haber dejado un bosque hecho cenizas.



CAPÍTULO 9

Mientras caminaba por el bosque, Bane escuchó los taladros de vapor perforando los inmensos peñascos cubiertos de musgo que rodeaban Fall River. Aunque las canteras dominaban el terreno, los empleados del magnate del granito R. Ross Telenbaugh seguían devorando la tierra, perforando agujeros a intervalos regulares y detonando cargas de dinamita para partir la piedra. Telenbaugh era un millonario que se había hecho a sí mismo, que ganaba cada dólar con esfuerzo, por eso había mandado construir un puesto de vigilancia en la cima de una montaña con vistas a las canteras. Telenbaugh jamás gastaba su dinero sin saber si iba a ganar algo a cambio y, desde su choza del bosque, supervisaba todo su imperio de granito. Tan mezquino era que solo se permitía un puro diario, contentándose con mascar hojas de tabaco hasta después de cenar. Solo entonces, encendía su puro y lo saboreaba hasta la última calada.

El magnate no parecía muy contento de ver a Bane.

—Ya sé para qué ha venido —dijo, con la calva cubierta de una brillante capa de sudor—. He prometido apoyar al senador Wilkinson en su reelección, así que está perdiendo el tiempo.

Bane entró en la choza, se sentó en una silla y estiró sus botas con aire desenvuelto.

—Me decepcionó mucho el voto del senador Wilkinson en las medidas contra el opio —dijo—. Pensaba que iba a retirarle su apoyo.

Telenbaugh se quitó el puro apagado de la boca y fulminó a Bane con la mirada.

—El opio es una sustancia completamente legal —gruñó—. El gobierno no tiene derecho a entrometerse en lo que venden los farmacéuticos en sus tiendas, y agradezco que el senador Wilkinson esté de acuerdo conmigo en ese punto.

Puede que el opio fuera completamente legal, pero también era un seductor veneno que se utilizaba como ingrediente en preparados aparentemente inofensivos que circulaban por todo el país. Los farmacéuticos llevaban mucho tiempo resistiéndose a cualquier tipo de control en la venta de pociones con opio. Y hasta ahora se estaban saliendo con la suya. Pero Bane tenía un plan para acabar con todo eso.

Bane se acomodó en su silla y dirigió una sonrisa a Telenbaugh.

—Permítame que se lo repita —dijo con mucha calma—. Me decepcionó mucho el voto del senador Wilkinson en las medidas contra el opio, y pensaba que iba a retirarle su apoyo.

Telenbaugh se inclinó en su escritorio y apuntó a Bane con su dedo regordete.

—Ya me he enterado de lo que hizo el año pasado con ese puente de Canadá. No

crea que puede intimidarme como a esos obreros de Vermont. Yo estoy hecho de otra pasta.

Bane sabía quién estaba detrás de ese puente. Había sido un placer desbaratar los planes del Profesor, que pretendía construir un puente para facilitar el contrabando de opio más allá de las fronteras con Canadá.

No obstante, fingió una expresión de sorpresa.

—Yo no he intimidado a nadie. Lo único que hice fue informar a los obreros de la propuesta del gobernador, que pretende que los inmigrantes paguen un impuesto especial si desean llevar a sus hijos a la escuela. La mayor parte de los trabajadores eran italianos, así que imagínese el disgusto que se llevaron. —Bane empezó a eliminar una suciedad inexistente de sus uñas—. La verdad es que me alegré mucho cuando convencí al alcalde de la ciudad de colaborar con los sindicatos locales para paralizar la propuesta. Y me alegré mucho más cuando el alcalde fue elegido gobernador al mes siguiente.

Bane se enderezó en su silla para mirar por la ventana del despacho.

—¿Pertenecen sus obreros a algún sindicato? Al parecer, los Caballeros del Trabajo están pensando en organizar un sindicato de mineros.

Si no fuera porque estaba apretando los puños, Telenbaugh no parecía especialmente nervioso. Bane volvió a concentrarse en sus uñas. Si los obreros de Telenbaugh se afiliaban a un sindicato, eso podía suponer un desastre para sus operaciones.

—Pero, ya sabe, solo son rumores.

—¿Qué quiere? —ladró Telenbaugh.

Bane se inclinó hacia el magnate, centrando en él toda su atención. El almirante Fontaine no podía anunciar su candidatura hasta que no hubiera dimitido de su puesto, pero Bane quería despejar el camino para asegurarse de que saliera elegido.

—Quiero que deje de llenar los bolsillos del senador Wilkinson —dijo Bane—. Dígame qué es lo que *busca* en un senador, y yo trataré de proporcionárselo. Ahí fuera tiene a doscientos hombres haciendo un buen trabajo. No pienso inmiscuirme en eso, siempre que usted se comprometa a dejar de financiar al senador Wilkinson. Por culpa de ese hombre hay miles de personas consumiendo opio en este país.

Bane supo que estaba a punto de convencerle, porque Telenbaugh tomó su puro, abrió un cajón en busca de cerillas y lo encendió. Conseguir que encendiera el puro antes de las dos de la tarde era una victoria segura.

—Sabe que, si quisiera, podría hacerle puré con mis propias manos —dijo Telenbaugh. Su ira se fue desvaneciendo a medida que daba caladas a su puro.

Bane supo que lo había conseguido.

—Pues ya puede ponerse a la cola. Hay mucha gente que quiere hacer lo mismo. Ahora dígame qué quiere y veré si puedo conseguirlo.



El Profesor llevaba casi una hora esperando en la oficina de correos, pero el envío era demasiado importante para quedarse en casa. Y más cuando estaba a punto de recibir un salterio del siglo XVI.

Sus ojos se dilataron de placer cuando el cartero le entregó el paquete. Con sumo cuidado, el Profesor transportó su nuevo tesoro por las escaleras y la calle polvorienta hasta el interior de su carruaje.

—¡Apártate! —ordenó a su fornido escolta, Boris, que estaba hurgándose los dientes con un palillo. Boris era un patán, pero también tenía sus cualidades.

Además, no pensaba permitir que alguien le amargara un día como ese. El Profesor rasgó el envoltorio de papel, abrió la caja y extrajo su contenido. El salterio resultaba increíblemente pesado. El Profesor se dedicó a pasar los dedos por el cuero exquisito que protegía las páginas de papel vitela. La suntuosidad de la cubierta reflejaba un profundo respeto por el mundo de los libros y, a pesar de los siglos que les separaban, el Profesor se sintió vinculado al noble renacentista que había encargado el volumen. Con la delicadeza de un cirujano, abrió la cubierta y se sorprendió al encontrarse con una visión sumamente desagradable: una postal de un campo de amapolas floreciendo en la campiña francesa.

¿Cómo se atrevía a hacer una cosa así? ¿Cómo se atrevía Bane a ensuciar un tesoro de incalculable valor? Seguramente tendría algún contacto en la casa de subastas de Filadelfia donde lo había comprado. No volvería a hacer negocios con ellos. El Profesor frunció la boca y apretó los puños mientras miraba la postal. ¿Es que nada era sagrado para él? ¿Es que no había nada en este mundo que Bane no fuera capaz de ensuciar?

Sus hombres llevaban años vigilando sus pasos, pero Bane nunca se quedaba en ningún sitio el tiempo suficiente para que pudieran atraparlo. Estaba claro que esa estrategia no había funcionado. Puede que no lograra encontrar a Bane, pero tal vez podía atacarle de otra manera.

Los ojos del Profesor se entrecerraron en un gesto de determinación. Iba a costarle una batalla, pero estaba dispuesto a lo que fuera para conseguir su propósito: no dejar ni rastro de Alexander Banebridge en toda la faz de la tierra.

El Profesor se volvió hacia Boris.

—Estoy harto de ese sinvergüenza —le dijo—. Quiero que encuentres algo que ame. Y después quiero que me lo traigas.



CAPÍTULO 10

En vuelta en su capa, Lydia esperaba a Bane en el dique. El viento arrastraba el graznido de las gaviotas, que buscaban comida en las riberas pantanosas del río Charles. Lydia se preguntó si los pájaros tendrían tanto frío como ella. En comparación con las tardes desapacibles de noviembre como esta, los días soleados en el barco de papá parecían recuerdos de otra vida.

No sabía qué hacer si Bane no tenía más encargos para ella. La idea de casarse con el almirante era absurda. Era como si una campesina aspirara a convertirse en una princesa. Lydia no albergaba semejantes ilusiones. A pesar de su escandalosa discusión con Bane, en la última semana el almirante no había cambiado en lo más mínimo su actitud hacia ella. Seguía siendo educado, caballeroso y formal. Por la mañana, la saludaba exactamente igual que la llevaba saludando desde hacía cuatro años, tocándose la esquina de la ceja. «Señorita Pallas», solía decir con un leve asentimiento, antes de entrar en su despacho.

La idea de perder su apartamento era terrible, pero, después de la conversación que había mantenido con Bane la semana anterior, su situación era más precaria que nunca. Si el almirante renunciaba a su cargo para marcharse a Washington, también podía perder su trabajo.

Desde que supo que el almirante podía marcharse, Lydia tenía problemas para controlar sus nervios. Un traguito diario del jarabe calmante de la señorita Winslow la ayudaba a aliviar el palpitante dolor de cabeza que sufría cada vez que se ponía nerviosa. Era la misma medicina que utilizaba el personal del orfanato Crakken para ayudar a los niños a dormir. La etiqueta mostraba a una madre amorosa dando una cucharadita de jarabe a su precioso bebé. A Lydia le avergonzaba confiar en una medicina para niños, y, siempre que compraba una botella, se apresuraba a verter su contenido en uno de sus bonitos frasquitos azules. Así no tenía que ver la perturbadora imagen de la etiqueta. No obstante, el jarabe de la señorita Winslow era lo único que había mantenido a raya su dolor de cabeza en la última semana.

—Está helada. ¿Cómo se le ocurre salir a la calle con un trapo de tela como única protección?

Al darse la vuelta, Lydia se encontró con Bane, que estaba tan elegante como siempre. Sus cabellos rubios contrastaban con la lana oscura de su abrigo. Una vez más, Lydia sintió deseos de desordenar la exquisita perfección de sus cabellos.

—Le estaba esperando —dijo, tiritando de frío.

Sin mediar palabra, Bane se quitó el abrigo y se lo puso encima de los hombros. La lana conservaba el calor delicioso de su cuerpo y tenía un ligero aroma a jabón de pino. Por un momento, Lydia disfrutó de la comodidad que proporcionaba. No solo era el calor del abrigo... era la naturalidad con que se lo había puesto, casi sin pensar. Lydia no estaba acostumbrada a que alguien cuidara de ella, y esa sensación le resultaba extrañamente reconfortante.

—Vamos a tomar algo caliente —dijo Bane, encaminándose al Old Galley.

Lydia tardó unos minutos en entrar en calor, pero la crema de almejas estaba deliciosa.

—¿Le fue bien su viaje? —preguntó.

Habría sido de mala educación preguntarle directamente por el trabajo.

—Más o menos —respondió Bane—. Adelante, pregúnteme si tengo algún trabajo de traducción para usted.

Lydia sonrió mientras tomaba otra cucharada de crema.

—¿Quiere que le prive del placer de hacerme esperar? No. Soy demasiado educada para eso.

Bane esbozó una pícaro sonrisa.

—Está bien. Entonces la haré esperar. —Bane se recostó en su asiento y se puso a mirarla, midiéndola con sus calculadores ojos azules—. ¿Sabe dónde se cultivan la mayor parte de las amapolas del mundo? —preguntó al fin.

Lydia había pasado toda su vida en un barco o al lado de un bullicioso puerto urbano, y no sabía prácticamente nada de plantas.

—No tengo ni idea.

—En Turquía, la India y el norte de África. El opio se envía a Turquía para su procesamiento, y luego se transporta al resto del mundo para su consumo.

Lydia rompió un pedazo de pan y rebañó la crema que quedaba en el cuenco.

—Ah —dijo, al ver que Bane esperaba algún tipo de respuesta—. ¿Usted cree que tendrán más crema de almejas? —preguntó.

Normalmente no se atrevía a pedir una segunda ración de crema por temor a parecer vulgar, pero se sentía muy cómoda con Bane. Además, Bane podía leer su mente. No tenía sentido fingir que era refinada como una dama.

Bane llamó al camarero y pidió otro cuenco de crema.

—Estoy en contra del comercio del opio —dijo Bane con aire despreocupado—. Todas las ciudades de este país cuentan con unos lamentables fumaderos de opio ilegales, donde la gente fuma hasta perder el sentido. Esas personas se vuelven inútiles, tanto para su familia como para sí mismas. Pero lo peor es el comercio legal: las farmacias venden jarabe con opio a clientes desprevenidos, que se lo dan a sus hijos e incluso a sus mascotas.

Lydia le escuchaba solo a medias. Estaba demasiado distraída mirando al camarero, que dejó un segundo cuenco de deliciosa y humeante crema de almejas sobre la mesa. La crema olía a pimienta recién molida y a tocino ahumado. Lydia saboreó una cucharada mientras cerraba los ojos de placer.

—Mmm... Ajá —dijo, preguntándose cuándo saldría el tema de la traducción.

—Quiero que se promulguen una serie de medidas al respecto, y la mejor manera de conseguirlo es colocar en el Senado a políticos favorables a mi causa. —Bane se volvió hacia Lydia. Su rostro reflejaba una expresión fría y despiadada que le provocó escalofríos—. Pienso luchar el resto de mi vida para conseguir ese objetivo, pero no estoy dispuesto a esperar a que cambien las leyes. Eso podría llevar décadas. Sé quién controla las rutas del opio ilegal en este país, pero necesito averiguar quiénes son sus proveedores. Quiero acabar con el problema de raíz.

Bane le explicó que el opio era muy barato de producir, pero que el gobierno americano aplicaba un impuesto de diez dólares por cada libra que entraba en el país, lo que prácticamente cuadruplicaba su precio. Por eso había hombres avariciosos dispuestos a traficar con la droga para evitar los impuestos. Los contrabandistas vendían el opio barato. Luego, ese opio se mezclaba para obtener las medicinas que se vendían en las farmacias de todo el país. El comercio de opio ilegal era lo que permitía que las medicinas de las farmacias fueran tan asequibles.

Lydia acercó sus dedos repentinamente fríos al cuenco de sopa, buscando el calor de la cerámica. Era la primera vez que veía a Bane tan serio y alterado.

—¿Y qué tienen que ver mis traducciones con todo esto?

—Hace un año me enteré de que Boston es el principal puerto de la costa Este que sirve de entrada al opio ilegal, y no pienso consentirlo. Los barcos que transportan el opio de contrabando utilizan palabras en clave en sus registros mercantiles. Esos registros podrían llevarme a los contrabandistas americanos que están transportando el opio. Necesito a alguien capaz de leer esos documentos. Alguien que sepa griego, turco y albanés. Tengo un contacto en la aduana de Boston que ha estado recopilando documentos para mí. Según me los daba, yo se los iba entregando a usted. Pero tengo que avanzar más rápido. Quiero que entre conmigo en la aduana por los embarcaderos centrales y que vayamos despacho por despacho hasta descubrir quién es la persona que está traficando con el opio. Como verá, no es un trabajo convencional de traducción. Los horarios serán terribles; el trabajo, desagradable, y puede que hasta un poco peligroso. Pero le aseguro que está muy bien pagado.

Si le hubiera propuesto enrolarse en la Marina, Lydia no se habría quedado tan sorprendida. El trabajo parecía arriesgado, difícil y completamente alejado de su zona de confort.

—¿Pretende que *forcemos* la puerta de la aduana?

—Me ofende que piense eso de mí. Yo soy mucho más sofisticado —dijo Bane—. Me he hecho amigo de un empleado del servicio de limpieza nocturno. Él nos abrirá la puerta.

Lydia se quedó con la boca abierta.

—¿Y todo eso es legal?

—¿Limpiar las oficinas? Por supuesto.

—Pero usted está sugiriendo que registremos el escritorio de los empleados, sus archivos.

Bane le clavó sus ojos azules y la estudió un momento.

—Lydia, a veces no queda más remedio que distinguir entre lo legal y lo moral. Estoy buscando a contrabandistas. Nada más. La mayor parte del opio que circula en el mercado lo introduce un contrabandista que trabaja en la aduana de Boston. Tratar de descubrirle es un objetivo que merece la pena.

Bane le explicó cómo se desarrollaría la operación. Todos los barcos extranjeros contaban con una lista de mercancías en su lengua nativa. En cuanto el barco atracaba en el puerto, un inspector americano realizaba un inventario en inglés de todas las mercancías a medida que se iban descargando. Las copias de ambos documentos se entregaban a los empleados de la aduana, que procedían a aplicar los impuestos correspondientes. Cualquier discrepancia entre la lista extranjera de mercancías y el inventario en inglés tenía que reflejar los bienes de contrabando.

Normalmente, Bane era un seductor incansable. Se burlaba de Lydia sin piedad y se pavoneaba de ello con una arrogancia encantadora. Pero esta noche era diferente. Su rostro reflejaba una profunda determinación, y era difícil no dejarse llevar por su entusiasmo. Aunque Lydia admiraba a los aventureros y a las personas que asumían riesgos, siempre había llevado una vida muy tranquila.

La pregunta que quería plantearle era tan indiscreta, tan estrictamente personal y tan fuera de su incumbencia... y sin embargo, teniendo en cuenta lo que le estaba pidiendo hacer, tenía derecho a saberla.

—¿Ha sido adicto al opio? —preguntó—. ¿Por eso es tan importante para usted?

Una ligera sonrisa se dibujó en la boca de Bane. Sus ojos, por el contrario, reflejaban una infinita tristeza.

—No. Ojalá mi implicación fuera tan inocente. —Bane suspiró y la miró a los ojos—. Me preocupa porque, durante años, fui uno de los peores traficantes de opio de este país.

Lydia abrió los ojos como platos. Estaba conmocionada por su confesión, pero Bane aún no había terminado.

—El tráfico de opio ilegal en este país lo controla un hombre llamado Profesor Van Bracken. Yo me asocié con él cuando era muy joven, y él me enseñó todo lo que sé.

Lydia sintió que le clavaban un tornillo de acero en el pecho. Apenas podía respirar.

De pronto, Bane se había convertido en un extraño.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —preguntó.

Adivinando sus pensamientos, Bane se inclinó sobre la mesa y la miró a los ojos.

—Ya no soy así —se apresuró a decir—. Hace tiempo que aprendí que la salvación es posible, incluso para un pobre pecador como yo. Aprendí que soy libre de decidir qué clase de persona quiero ser. —Bane esbozó una sonrisa irónica que parecía más una mueca que una sonrisa—. Desde que me convertí al cristianismo, no ha pasado ni un solo día sin que me esfuerce en compensar todo el daño que he hecho a este país.

Lydia siempre había pensado que Bane era ligeramente más diabólico que angelical, pero en aquel momento parecía sincero.

—Yo era tan malo y corrupto como los demás —prosiguió—. Era como esos niños del orfanato Crakken que le robaban la manta mientras dormía. Todavía era un adolescente cuando aprendí a traficar con opio, y desde entonces me aferré a ello como un perro se aferra a su hueso. Estaba *orgulloso* de mi colaboración con el Profesor y de la facilidad con la que prosperaba. Con dieciséis años ganaba más dinero que el alcalde de Boston. Y no solo eso. También era más poderoso. Tenía a mi servicio a un ejército de malhechores que se encargaba de intimidar a la gente para obligarles a rendirme obediencia. A veces, yo mismo me encargaba de hacer el trabajo sucio. La gente tendía a subestimarme por mi baja estatura, pero yo imponía mi reinado del terror allí donde fuera, y disfrutaba de cada momento.

Su hermoso rostro pareció envejecer, incluso demacrarse.

—Le cuento todo esto para que entienda por qué es tan importante para mí acabar con el opio —le dijo—. Cuando paseo por los barrios bajos y veo a esos drogadictos babeantes, me siento culpable. Yo era la persona que distribuía ese veneno. Yo era el que aterrorizaba a personas inocentes para conseguir mis propósitos.

—No puede culparse de todas las consecuencias del opio.

Bane sonrió débilmente.

—No se imagina lo efectivo que podía ser en mi vida criminal. —Bane bajó la voz. Sus ojos volvieron a reflejar una profunda tristeza. Su voz era suave y llena de dolor—. Lydia, debido a todo el daño que causé en mi juventud, tendré que hacer penitencia el resto de mi vida.

El canalla irreverente y seductor había desaparecido. Lydia sintió que se le encogía el corazón ante el dolor que transmitía su voz. Ahora entendía sus motivos. ¿Pero qué podía hacer un solo individuo para acabar con un tráfico tan extendido? Sería como tratar de resistirse a la marea.

De pronto, Lydia sintió envidia de él. ¿Cómo sería estar completamente comprometido a una causa? ¿Cómo sería intentar cambiar el mundo? Si se unía a Bane, podría luchar por algo más importante que ella misma. Algo bueno, significativo y

duradero.

Y, sin embargo, una sensación de inseguridad seguía atormentándola.

—Bane, he firmado un contrato con el dueño de mi apartamento. Si no lo cumplo, me desahuciarán.

—¿Cuánto dinero necesita para comprarlo?

—Necesito otros doscientos dólares para finales de mes.

—Los tendrá. Trabaje conmigo esta semana. Cuando termine, tendrá dinero de sobra para comprar su casa.

Le estaba proponiendo una apuesta, y a ella nunca se le habían dado bien las apuestas. Si estuviera en su mano, pasaría su vida refugiada en la seguridad que le ofrecía su trabajo en el astillero, y el resto del tiempo, en las familiares y acogedoras cuatro paredes de su apartamento. Sin embargo, la única manera de conservar su casa en el Dragón Sonriente era asumiendo riesgos, y estaba dispuesta a hacerlo.



CAPÍTULO 11

La aduana de Boston era una espléndida construcción neoclásica situada al principio del Long Wharf. Unas columnas estriadas se extendían por la fachada del edificio, que estaba coronado por una inmensa bóveda. Lydia entró atemorizada en el vestíbulo. Los suelos de mármol, la magnífica bóveda, las ventanas de arco paladiano... todo lo que había a su alrededor reflejaba la fortuna que había amasado Boston a lo largo de su historia como principal puerto comercial de América.

—Es espléndida —susurró Lydia. Su voz resonó en el oscuro interior.

—No hace falta que hable en voz baja —dijo Bane mientras caminaba a su lado—. Solo vamos a ayudar a los limpiadores a deshacerse de la basura.

Lydia seguía sintiéndose como un ratero nocturno. El verdadero limpiador, al que Bane presentó como Joe Durning, les abrió la puerta y siguió fregando los suelos de mármol como si nada.

—Vamos a limpiar el ala este, Joe —dijo Bane, guiñándole un ojo.

Lydia le siguió por el vestíbulo hasta que llegaron al ala este, donde se encontraban los despachos de los inspectores de aduanas. Bane entró en el primer despacho y tomó asiento en el escritorio.

—Coja una silla. Le explicaré cómo funciona.

Lo primero que hizo fue ponerse a hurgar en la papelera.

—Hay que buscar cartas o cualquier otro documento que pueda sugerir un chantaje o un soborno. En este edificio hay una persona que está recibiendo dinero a cambio de hacer la vista gorda.

Pero aquella papelera en particular solo contenía dos corazones de manzana y un ejemplar del *Boston Post*. Lydia sabía que hurgar en una papelera no era ilegal, pero empezó a inquietarse cuando Bane empezó a curiosear en el escritorio del inspector.

Bane le enseñó la diferencia entre un conocimiento de embarque, un seguro de carga y los manifiestos de carga. También le enseñó los distintos sellos que aparecían en cada uno de los documentos. Cuando aceptó el trabajo, Lydia no imaginaba que iba a recibir una lección sobre registros marítimos, pero Bane le dijo que eso facilitaría su labor.

—Quiero que empiece a revisar este montón de papeles. Busque cualquier cosa que se parezca a un conocimiento de embarque. Ponga aparte todo lo que esté en un idioma que conozca.

Ambos se pusieron a trabajar a la luz de dos lámparas. Varias horas después, lo único que habían encontrado eran tres conocimientos de embarque, uno de Turquía y dos de

Italia. Ninguno de los tres contenía la información que Bane estaba buscando. El trabajo era muy monótono, pero el tiempo pasaba volando. Más tarde empezaron a revisar los archivos. Cuando Lydia tuvo claro los documentos que tenía que buscar, se encargó de revisar su propio cajón.



Lydia entendió rápidamente en qué consistía el trabajo, lo cual no sorprendió a Bane, que la consideraba una de las mentes más privilegiadas que había conocido. Aquella mujer le fascinaba... Su vida había sido tan caótica y desarraigada como la suya, y aun así seguía conservando la inocencia. Su capacidad de mantenerse a flote era magnética. Le gustaba el simple hecho de estar a su lado, empapándose de su radiante optimismo.

—¿Y por qué terminó su familia en Sicilia? —le preguntó.

Lydia se encogió de hombros.

—Papá decía que porque mamá era turca. Solía decirlo con una amplia sonrisa, como si quisiera molestarla. Por supuesto, ella decía que era por culpa de papá, que no dejaba de molestar a los vecinos con sus canciones.

Lydia metió un fichero en el cajón y sacó otro.

—Ahora que lo pienso, yo creo que tenía mucho que ver con el dinero. A veces nos marchábamos en mitad de la noche, sobre todo cuando papá había discutido con los marineros. Yo sabía que éramos pobres, pero nunca pasamos hambre. Nunca tuve regalos en mis cumpleaños y en Navidad, pero papá sabía hacerme sentir especial. Solía elegir una constelación de estrellas y se inventaba una historia en la que yo era la protagonista. En ellas mataba dragones y salvaba reinos. Luego me pasaba semanas mirando la constelación y pensando en la historia que mi padre se había inventado. Puede que otras niñas tuvieran juguetes o vestidos bonitos, pero solo yo tenía historias escritas en las estrellas.

Sus ojos, iluminados por la frágil luz de la lámpara, parecían embrujados por la belleza de las constelaciones. Para Lydia, aquel recuerdo era mágico; Bane pensó que la historia era bastante triste.

—¿Y qué hay de usted? —preguntó Lydia de pronto—. Yo soy como un libro abierto, pero usted nunca me ha contado nada de su vida.

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó Bane con cautela.

—¿Dónde nació? Podríamos empezar por ahí.

Aquella pregunta parecía bastante inofensiva.

—En San Francisco. Pero no me acuerdo mucho de eso. Me... me trasladaron de allí

con seis años.

—¿Cómo que le «trasladaron»?

El recuerdo de los gritos de su madre seguía atormentándole, pero hizo un esfuerzo para que su rostro permaneciera impasible.

—Mi padrastro traficaba con opio procedente de China —dijo—. En aquel momento, yo no lo sabía; para mí solo era un hombre violento y cruel que tenía a mi madre atemorizada. Un día, un traficante más poderoso que él quiso comprarle su parte del negocio, pero mi padrastro se negó. Una semana después me arrebataron de los brazos de mi madre. Dos hombres se acercaron a nosotros cuando estábamos comprando en el mercado. Uno de ellos me cogió por los brazos, me subió a la espalda y echó a correr. Recuerdo que volví la cabeza para mirar a mi madre. Uno de los hombres la había tirado al suelo. Mi madre se levantó a duras penas y echó a correr hacia nosotros, pero tenía sangre en la cara y en la palma de las manos. Recuerdo que extendió los brazos mientras gritaba mi nombre.

Lydia lo miró horrorizada, pero Bane se sentía obligado a terminar su historia.

—Aquella fue la última vez que vi a mi madre. Me subieron a un tren y me llevaron a Vermont, donde el Profesor me tuvo como rehén en su mansión. De vez en cuando mandaba cartas a mi padrastro, amenazándole con enviarme de vuelta en un ataúd si no daba su brazo a torcer. Así es como actúa el Profesor. Suele secuestrar a una persona valiosa para conseguir la obediencia de sus enemigos. Es un método muy eficaz.

Los primeros meses en la mansión de Vermont fueron terribles. Bane no podía dejar de pensar en el rostro aterrorizado de su madre. Estaba deseando volver a casa para asegurarse de que sus manos estuvieran vendadas y su cara, limpia de sangre. Su madre siempre lo cuidaba cuando estaba enfermo, y él quería hacer lo mismo. Bane rogó, suplicó, organizó un berrinche tras otro. Cuando sus rabietas empezaron a molestar al Profesor, la cocinera le dio té con un poco de opio para que se calmara. A Bane no le gustó. Estaba repulsivamente dulce y había algo extraño en él. Así que se propuso controlar sus rabietas. En su interior podía estar gritando, pero de cara al exterior proyectaba una imagen de absoluta tranquilidad. A partir de entonces, la capacidad para enmascarar sus emociones le fue muy útil.

—¿Cuánto tiempo estuvo encerrado allí?

—Once años.

Lydia dejó caer el fichero.

—¿Cómo es posible? ¿Es que sus padres no se sometieron a sus exigencias?

Bane se encogió de hombros.

—Al principio, sí, pero al final acabé simpatizando con el Profesor. Me parecía un hombre fascinante. Mi padrastro era un matón que daba rienda suelta a sus instintos. El Profesor no era así. Siempre me trató con respeto, o al menos eso me pareció. Todos sus

criados parecían temerle, y yo quería ganarme su aprobación. Con el tiempo, el Profesor decidió quedarse conmigo y deshacerse de mi padrastro. A partir de entonces me educó como si fuera su propio hijo.

Lydia lo miró con tristeza.

—¿Fue así como se introdujo en el mundo del crimen?

Bane *odiaba* hablar de aquella época de su vida, pero Lydia tenía derecho a saberlo. Se había dado cuenta de cómo lo miraba, con una mezcla de sorpresa y fascinación en los ojos. Si alguna vez pudiera cortejar a una mujer, Lydia Pallas sería la primera, la última y la única mujer a la que cortejaría. Pero no tenía sentido soñar con eso. Lydia era demasiado valiosa para verse envuelta en su mundo.

—Con el tiempo, el Profesor depositó toda su confianza en mí. Quería que estuviera presente en su despacho mientras discutía sus planes. Me enseñó todo lo referente a operaciones bancarias, rutas comerciales y entramados políticos. Me animó a estudiar historia y literatura para que pudiera hacerme pasar por un caballero. Con doce años me pagaba el mismo sueldo que al resto de sus secuaces. Cuando era adolescente, ya estaba dirigiendo operaciones en Boston y en Nueva York.

Bane había hecho un único intento de escapar. A los catorce años fantaseaba con la idea de ganarse la vida por sí mismo. Un día se perdió por las calles de Filadelfia e intentó llevar una vida honesta. Aquella fue la primera vez que supo lo que era pasar hambre. Finalmente tuvo que refugiarse en un orfanato para tomar una comida caliente. Hacer cola detrás de un grupo de mocosos por un plato de sopa le enseñó a valorar al Profesor. El Profesor le trataba como a un hombre, le daba un sentido a su vida. Bane era demasiado joven para ganarse la vida por sí mismo, así que regresó con el Profesor, que volvió a acogerle en su mundo de corrupción.

—El Profesor me enseñó a establecer alianzas y a enfrentar un grupo con otro —prosiguió—. Lo que nunca se esperaba era que encontraría la salvación. A partir de entonces, toda mi vida empezó a girar alrededor de la fe. Por fin tenía un propósito más allá de mi propia ambición. Había visto un destello de felicidad y quería más.

También le habló de una mujer llamada Clara. Aunque seguía recayendo en el pecado de vez en cuando, Clara no quiso darlo por perdido.

Bane se pasó la mano por el cabello, recordando aquellos primeros meses de pánico después de escapar.

—El Profesor no estaba dispuesto a facilitarme las cosas. Yo conocía todas sus operaciones y el nombre de todos sus contactos. Decidió poner precio a mi cabeza, y durante años fui el hombre más buscado de todo el país. Al principio era muy difícil. Nunca podía quedarme más de un día en la misma ciudad. Tuve que cambiar de nombre miles de veces. Siempre andaba de aquí para allá, mirando por encima del hombro.

Lo que no le contó fue que, en aquellas primeras semanas, consiguió liquidar dos de

las principales cuentas bancarias del Profesor, una en Atlanta y otra en Richmond. Bane no sabía qué hacer con el dinero. No podía invertirlo en sí mismo. Era un dinero manchado de opio y de la sangre de miles de inocentes. Así que lo transfirió a varias cuentas seguras y dejó que se acumulara hasta el día que pudiera utilizarlo en su propia cruzada. Era muy curioso que el dinero del Profesor estuviera sirviendo para financiar la candidatura política de los hombres que Bane quería ver en el Senado.

Bane siguió contándole cómo fue a parar a los pies de Rachel Fontaine y cómo, gracias a su amabilidad, pudo escapar del país enrolándose en la Marina. Mientras estaba en el extranjero, se convirtió en el socio de confianza del almirante Fontaine. Su labor consistía en reunir información sobre la ingeniería naval extranjera y enviarla a Boston. Mientras tanto, planeaba cómo acabar con el Profesor.

—¿Cómo era? —preguntó Lydia—. Me refiero a la esposa del almirante.

¿Cómo describir a Rachel Fontaine? Muchas personas la subestimaban por su extrema bondad, pero Bane no era una de ellas. Rachel era una mujer valiente y poseía unas profundas convicciones morales.

—La señora Fontaine me dio la oportunidad de demostrar que era mucho más que un criminal —dijo Bane—. Después de conocerla, me dieron un uniforme y me ofrecieron la oportunidad de ganarme la vida honradamente. No sabe lo que eso significó para mí.

Bane le contó que, cuando estaba en alta mar, buscó al capellán del barco y se propuso aprender más sobre su nueva fe. En todos los puertos donde atracaban, se acercaba a la iglesia y observaba cómo practicaban la fe sus hermanos creyentes de Francia, la India o Egipto. Puede que la arquitectura fuera diferente y la música, extraña, pero el hilo atemporal de lo sagrado, que seguía transmitiéndose a través de los siglos, estaba presente allí donde fuera. Cada iglesia era para él como un oasis en medio del desierto, que lo transportaba a un lugar puro y divino.

Bane observó a Lydia. De pronto era muy importante para él saber si Lydia compartía el mismo don que Clara le había transmitido.

—¿Y qué hay de usted, Lydia? Nunca la he oído hablar de religión.

Lydia se revolvió ligeramente en su asiento.

—No. La religión nunca ha formado parte de mi vida.

—¿Y eso?

Se lo había preguntado sin mala intención, pero Lydia parecía un poco nerviosa mientras volvía a revisar el montón de papeles que tenía en el regazo.

—Lo más cercano que he tenido a una verdadera formación religiosa han sido las supersticiones de mi padre. —Un ligero rubor cubrió sus mejillas—. Papá solía decir que, si pides un deseo en las noches de luna llena, lo más probable es que se cumpla.

—No me diga que usted...

Lydia se encogió de hombros.

—Los mejores recuerdos que tengo de mi padre son en la cubierta de nuestro barco, con la luna en su máximo esplendor. Mi padre solía despertarme para que cada uno pudiera pedir un deseo. Se suponía que teníamos que mirar al norte mientras nos dirigíamos a Artemisa, la diosa de la luna. Mi padre solía pedir deseos fabulosos y disparatados, como atrapar una sirena en la red o encontrar un botín pirata. Yo era más práctica. Normalmente pedía unos zapatos nuevos o la oportunidad de ir a la escuela. Sé que suena estúpido, pero las noches de luna llena siguen siendo muy especiales para mí.

Bane le dirigió una mirada.

—Lydia, ¿me está diciendo que sigue rezando a la luna llena?

—¿Va a burlarse de mí?

Bane esbozó una enorme sonrisa.

—Por supuesto.

—Pues hágalo. —Lydia siguió revisando los papeles del fichero, incapaz de mirarle a los ojos pero sonriendo abiertamente—. Sí, todas las noches de luna llena salgo a la calle. Todas. Miro al norte y me limito a rezar un poquito. No rezo a Artemisa, ni a Jesús, ni a nadie en concreto... Pero me gusta pensar que hay *alguien* ahí fuera escuchándome.

Lydia sacó un documento del fichero.

—Parece un conocimiento de embarque, ¿no cree?

Por la manera en que se había puesto a revisar los papeles, era evidente que no estaba dispuesta a hablar más de religión.

Bane miró el papel que Lydia sostenía en la mano y vio que estaba en griego.

—Sí. ¿Qué dice? —preguntó.

Bane observó sus ojos inteligentes, que revisaban el documento a toda prisa.

—Habla de un tipo de queso —repuso Lydia.

Bane se enderezó en su silla. Cualquier mención a un producto agrícola podía ser un código secreto para referirse al opio.

—¿Qué tipo de queso? —preguntó—. Necesito saberlo.

—Dice que están embarcando un queso llamado *ladotyri*, y que van a guardarlo en unas cajas llenas de aceite de oliva para preservarlo durante el viaje —dijo Lydia.

El opio no podía conservarse en aceite de oliva.

—No me sirve —dijo Bane—. Tendremos que seguir buscando.

Lydia lo miró con curiosidad.

—El conocimiento de embarque dice que el *ladotyri* es un queso fabricado con leche de oveja y leche de cabra. No sabía que las ovejas daban leche. Pensaba que toda la leche procedía de las vacas.

—¿Y de qué iban a alimentarse los pobres corderitos?

Lydia se encogió de hombros.

—Ni idea. Nunca he visto un corderito. Y ahora que lo dice, tampoco he visto

ninguna vaca. Supongo que vivirán en las granjas, pero nunca he visto una granja.

Bane se quedó perplejo.

—Vive en un país con una de las agriculturas más ricas del mundo, ¿y me está diciendo que nunca ha visto una granja?

—¿Y dónde voy a ver una granja? Viví en un barco pesquero hasta los nueve años, y luego, en un orfanato en el centro de Boston. Allí no hay granjas.

Bane se tapó la boca para reprimir una carcajada.

—¿Se da cuenta de lo triste que suena eso?

Lydia intentó parecer ofendida, pero no podía evitar reírse. De pronto, su mirada cambió. Era como si un gatito juguetón se hubiera convertido en una pantera hambrienta.

—¿Y por qué no me lleva al campo? —preguntó—. Sería muy generoso por su parte enseñar a una pobre urbanita el esplendor de la América salvaje.

Bane supo que Lydia estaba tramando algo con su mente medio griega medio turca, pero era imposible resistirse.

—¿Y para qué iba a hacer eso?

—¿Que para qué? Para corregir esa sorprendente laguna en mi educación —dijo Lydia—. Ahora que ha descubierto mi profunda ignorancia, sería una crueldad dejarme así.

Bane observó la manera en que le brillaban los ojos y golpeaba el suelo con los pies mientras esperaba su respuesta. Si de veras pretendía corregir su ignorancia, tendría que enseñarle a ocultar sus intenciones. La manera en que movía los pies era una muestra clarísima de que estaba tramando algo. Bane estaba deseando saber qué se traía entre manos.

—Así que nunca ha visto una vaca... —murmuró, con aparente desaprobación—. En ese caso, me pasaré a recogerla el sábado por la mañana. Abríguese bien.



CAPÍTULO 12

Era un día magnífico del veranillo de San Martín, uno de esos días de principios de noviembre en que el frío desaparece y el cielo está tan azul como el mar Mediterráneo. Bane conducía el coche de caballos mientras Lydia devoraba el paisaje de árboles, envueltos en sus tonalidades otoñales color carmesí y amarillo brillante. De vez en cuando, una ráfaga de viento levantaba las hojas en el aire. Desde que llegó a Estados Unidos con nueve años, Lydia jamás había puesto un pie fuera de Boston. ¡Y el campo era tan bonito! Si no hubiera estado nerviosa, se habría quedado deslumbrada.

Porque lo que pretendía hacer hoy era la cosa más arriesgada, temeraria y sorprendente que había hecho en toda su vida. Lydia había decidido que estaba enamorada de Alexander Banebridge, y estaba dispuesta a conquistarlo.

Se había convencido de ello la noche que pasaron juntos en la aduana. ¿Quién más podría entenderla tan bien? Bane conocía cada una de sus peculiaridades, y aun así parecía admirarla. Además, estaba harta de estar sola. Con Bane se sentía completamente ella misma. A pesar de la complicidad que compartían, le seguía pareciendo un hombre fascinante. Era como un meteorito que iluminaba todo su mundo a su paso, y lo dejaba frío y oscuro al marcharse.

Así que, hoy, Lydia había decidido contarle sus sentimientos. No podía hacerlo en el astillero, con Willis y los demás presentes. Tampoco quería hacerlo con una montaña de papeles interponiéndose entre los dos. Esta era la oportunidad perfecta para escapar del trabajo y conseguir que la viera como mujer.

Lo primero que tenía que hacer era quitarle de la cabeza la ridícula idea de casarla con el almirante Fontaine. El carruaje abierto traqueteaba por un sendero lleno de baches, y Lydia se volvió para mirarlo.

—¿Ha encontrado ya una esposa adecuada para el almirante Fontaine? —preguntó con aparente naturalidad, mientras se aferraba con fuerza al asiento del carruaje.

Bane la miró fijamente.

—Supongo que eso significa que no está interesada.

—Nunca lo estuve.

Bane fingió un profundo suspiro.

—Lo imaginaba. Y es una pena, porque habría sido una alianza política perfecta, pero los dos parecen resistirse a la idea. No me parece muy lógico por su parte, pero he hecho todo lo que he podido.

El carruaje dobló la esquina, y un ondulante paisaje campestre se extendió ante sus

ojos. Una valla blanca cercaba una inmensa extensión de tierra, cubierta en su mayor parte por manzanos. Bane se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Esto es una granja, querida.

Se trataba de una escena preciosa, y su mirada devoró el paisaje de manzanos, que se alineaban en filas sobre las colinas ondulantes. De pronto se levantó una ligera brisa, trayendo un olor a hojas de otoño y a césped recién cortado. Probablemente, aquel paisaje bucólico era algo habitual para alguien tan viajero como Bane, pero para ella era una imagen tan encantadora que sintió un nudo en la garganta. Una sensación de bienestar la inundó. El momento le parecía infinitamente precioso, sobre todo porque Bane estaba a su lado. Como siempre, él pareció adivinar su estado de ánimo.

—No se emocione aún —le dijo—. Si se pone así por unos simples manzanos, imagínese cuando vea una vaca.

Siguieron avanzando perezosamente por el accidentado sendero, mientras el carruaje los mecía suavemente de un lado a otro. ¿Así que esto era lo que hacía la gente normal? ¿La gente que tenía una familia y alguien que los quería? Bane y ella habían salido al campo a dar un agradable paseo, y, si cerraba los ojos, casi podía imaginar que eran una pareja de enamorados. Los dos podrían reír libremente y gastarse bromas. Sus miedos e inseguridades no serían tan terribles si tuviera a alguien como Bane a su lado.

El aire les trajo el olor de la granja lechera antes de que esta surgiera a la vista. Bane dejó el carruaje a un lado del sendero para que Lydia pudiera contemplar las vacas pastando en los campos. Desde aquella distancia tenían un aspecto agradable, incluso tranquilo. Pero Lydia no quiso acercarse hasta que Bane no se hubo bajado del carruaje y le hubo ofrecido su mano.

—Salte.

Dios mío, cómo se deshacía en sus manos cada vez que se mostraba caballeroso con ella. Normalmente era tan arrogante, que Lydia se volvía tierna y maleable a la menor galantería. Bane la ayudó a bajar y le dio la mano para que pudiera saltar la valla y acercarse a las vacas.

—Vigile por dónde pisa —dijo Bane, después de avanzar unos pasos.

Lydia se sujetó las faldas.

—Yo creo que no hace falta acercarse más —dijo, después de avanzar unos metros.

Las vacas eran inmensas. Su tamaño, su olor... todo era mucho más abrumador de lo que esperaba. Pero Bane se le adelantó, y ni por todo el oro del mundo iba a permitir que descubriera su miedo a las vacas. No tenían colmillos, ni garras, así que... ¿qué mal podían hacerle?

Una de las vacas giró su enorme cabeza hacia ella, asustándola momentáneamente. Cuando miró en el interior de aquellos ojos inmensos y acuosos y no vio ninguna ferocidad, ninguna sensación de peligro, Lydia avanzó un paso más. Sin duda, la bestia

abultaba cinco veces su tamaño. Era gigantesca. Entonces, el animal emitió un terrible mugido y echó a trotar hacia ella.

Lydia se puso a gritar con todas sus fuerzas. A continuación se sujetó las faldas y echó a correr, sorteando las boñigas de vaca y los fardos de heno hasta que llegó a la valla y la saltó. A su espalda, Bane se moría de la risa.

—Lydia, no puede... no puede tener miedo a una vaca.

Estaba riéndose tan fuerte que apenas podía articular palabra.

—No me subestime —dijo Lydia—. Ese bicho es terrible.

—Tan terrible como los conejitos que hay en esa jaula —dijo Bane, fingiendo un ligero escalofrío.

—¿Sabe una cosa? Por un momento pensé que iba a ser una tarde agradable. Pensé que había sufrido usted una milagrosa transformación y estaba dispuesto a comportarse como un caballero.

—Lo siento, Lydia, pero me lo ha puesto en bandeja. No podía desaprovechar esta oportunidad.

Bane se sentó en la valla y empezó a balancear las piernas. Solo estaba a un metro de ella, sonrosado por la luz del sol, la risa y la alegría. Detrás de él, el cielo era de un azul asombroso, y el día, perfecto. Lydia lo miró a los ojos y avanzó un paso más, tanto que un profundo suspiro habría bastado para poner en contacto sus cuerpos. Luego se quedó esperando.

Un brillo de complicidad iluminó el rostro de Bane, que empezó a escudriñar sus ojos, su cara y el estrecho espacio que los dividía.

—Veo que está dispuesta a rechazar al almirante...

Tomó su rostro entre las manos, lo atrajo hacia él y la besó suavemente en los labios.

Lydia deseaba sumergirse en él. La manera que tenía de acunar su rostro entre las manos era tan tierna, le hacía sentirse tan querida... Al cabo de un momento, Bane levantó la cabeza y la miró.

—No quiero al almirante. Te quiero a ti —dijo Lydia sencillamente.

Una sombra de inquietud se dibujó en el rostro de Bane.

—Sabes que no soy una buena apuesta a largo plazo, ¿no?

—No sé qué significa eso —dijo Lydia.

Una ráfaga de viento le soltó un tirabuzón sobre la frente. Bane volvió a colocarlo en su sitio. La sensación de sus dedos rozándole la frente le hizo sentir escalofríos.

—Significa que te aprecio mucho, pero que no soy el tipo de persona dispuesta a asentarse y contraer matrimonio.

Lydia sonrió.

—Bane, solo ha sido un beso. No una propuesta de matrimonio.

Se sentía tan feliz que se hundió aún más en sus brazos. No le importaría quedarse

allí hasta que ambos fueran viejos y tuvieran los cabellos cubiertos de canas.

Bane arqueó una ceja y la miró fijamente a los ojos.

—¿Estás segura?

Lydia sintió que se le aceleraba el pulso. Una risa nerviosa amenazó con atragantarla, pero ya no podía echarse atrás. Tratando de aparentar naturalidad, dijo:

—Me imagino que un hombre tan guapo como tú tendrá que rechazar muchas propuestas de matrimonio, así que perdono tu suposición, pero no quiero casarme con el almirante Fontaine, ni tampoco espero nada de ti.

Lydia miró aquellos ojos azules y sintió que le temblaban las rodillas. Un enamoramiento sin esperanza era una pésima manera de empezar un matrimonio. Pero no podía saber si sus sentimientos llegarían a convertirse en algo más sólido hasta que Bane no le dejara atravesar su coraza.

—Puedes pensar lo que quieras —dijo—. Pero no me gustaría casarme con alguien más guapo que yo.

Bane la miró con expresión divertida. ¿Era una impresión suya, o realmente se había ruborizado? Sí, un ligero rubor cubría sus bellos pómulos.

—Vaya, veo que te he dejado sin palabras —bromeó Lydia.

Bane seguía sin contestar; se limitó a recorrer la línea de sus cabellos con el dedo mientras devoraba su rostro con los ojos.

—¿No podríamos ir poco a poco? —dijo Lydia al fin.

Bane volvió a tomar su rostro entre las manos y la miró con tal intensidad que la dejó sin aire. Su dedo pulgar le acarició suavemente la comisura de los labios.

—Seguramente me arrepentiré de esto más tarde —dijo, bajando la cabeza y besándola una vez más—. Pero por ahora me parece bien —murmuró contra su mejilla.

Lydia se inclinó hacia él y sonrió. Al menos por ahora, Bane era completamente suyo.



Los secuaces del Profesor tenían que haberlo descubierto y asesinado esa misma noche por coquetear con Lydia, pero, por primera vez en su vida, Bane se sentía un miembro más de la raza humana. Desde que tenía seis años había sido un intruso, un solitario, pero esa tarde, al menos por unas horas, tenía una compañera en este mundo.

Bane encontró un estanque, extendió una manta en la orilla y sacó la cesta de la comida. Tal vez no había razón para sentirse culpable. Después de todo, Lydia había dejado bien claro que sus intenciones hacia él no eran serias. Eso implicaba que podía

coquetear con ella sin que ninguno de los dos corriera el riesgo de sufrir. Al menos por unas semanas, podía bajar la guardia y disfrutar de su compañía. Cuando llegara el momento de abandonar Boston, reprimiría cualquier tipo de emoción que sintiera hacia ella y se marcharía sin volver la vista atrás.

Bane abrió la cesta de comida, satisfecho de haber encontrado un alimento griego en su honor.

—Te he traído un queso griego auténtico —dijo, sacando de la cesta un poco de pan, fruta y una cuña de queso.

—Nunca he probado el queso griego —confesó Lydia—. Suena demasiado exótico para el Dragón Sonriente.

—Es muy raro que una persona que ha viajado tanto tenga tan poca experiencia —dijo Bane—. Nunca has visto una vaca, nunca has estado en el campo...

Lydia se encogió de hombros.

—Por si no lo habías notado, soy una *mujer*, Bane. Tengo una serie de limitaciones en este mundo.

Bane abrió su navaja y cortó un trozo de queso.

—Y dime, ¿qué harías con tu vida si fueras un hombre?

Lydia mordió el queso y arrugó la nariz ante su intenso sabor mientras consideraba la cuestión.

—Me gustaría ser una gran exploradora, como Lewis y Clark —dijo al fin—. Nadie ha llegado al Polo Norte, aunque Karl dice que los noruegos lo están intentando. —Lydia miró a la distancia, y Bane supo que sus sueños la estaban llevando a miles de millas de allí—. Piensa en lo que sería enfrentarse a un reto semejante. Ponerse a prueba hasta no saber si tu cuerpo y tu mente serán capaces de responder. Me gustaría tener la oportunidad de hacer algo así.

Eso es lo que más le gustaba de Lydia: su optimismo y su voluntad de superar cualquier reto.

—¿Y por qué te parece tan importante? —preguntó Bane.

Lydia se calló un momento.

—Me gustaría que mi vida sirviera para algo. Sé que el almirante aprecia mucho mi trabajo. Y es un trabajo importante, lo sé. Pero, si yo no lo hiciera, podría contratar a otra persona que ocupara mi puesto. Me gustaría hacer algo que *nadie más pueda hacer*. —Lydia hizo una pausa y frunció levemente el entrecejo—. ¿Crees que soy vanidosa?

Aunque Lydia no tenía ni un ápice de vanidad en todo su cuerpo, Bane tuvo que reprimir una sonrisa, porque sabía que su pregunta iba en serio.

—En realidad, todo eso te vuelve irresistible a mis ojos. Pero, claro, a mí siempre me han atraído los retos imposibles, por eso no soy quién para juzgar.

Lydia partió una rebanada de pan y se la ofreció.

—Por supuesto, no tengo ningún sentido de la orientación, y lo más probable es que acabara perdiéndome si intentara ser exploradora. Así que más me vale buscarme otra ocupación si pretendo cambiar el mundo.

Bane se metió una mano en el bolsillo y sacó un pequeño disco aplanado. Sin pensárselo dos veces, se lo entregó.

—Toma. Ahora ya no tienes ninguna excusa.

Sorprendida, Lydia abrió la tapa del objeto metálico, revelando una brújula.

—Espero que algún día logres encontrar lo que estás buscando —dijo Bane.

A juzgar por el delicioso rubor que cubría sus mejillas, Lydia parecía encantada. De repente, Bane había sentido el impulso de regalarle algo bonito, y la brújula era lo único que tenía a mano en ese momento. No era un regalo convencional, pero, por otra parte, no había nada convencional en Lydia Pallas. Bane le cerró los dedos en torno a la brújula.

—Quiero que te la quedes —dijo, mirándola fijamente a los ojos—. No sé cuánto tiempo seguiré formando parte de tu vida, por eso me gustaría que tuvieras algo para recordarme.

—Gracias, Bane —dijo Lydia, radiante de placer.

Bane se preguntó si aquel sería su primer regalo de verdad. No una historia escrita en las estrellas, ni los bastoncitos de menta que solían dar a los huérfanos el día de Navidad, sino un regalo real y tangible, de alguien que se preocupara por ella. Su manera de mirar aquella sencilla brújula revelaba que era tan feliz como una mujer con un anillo de diamantes.

Una ráfaga de viento levantó una nube de hojas en el aire. Lydia pestañeó. Se le había metido una mota de polvo en el ojo. Trató de quitársela con el dedo, pero fue inútil.

—Bane, tengo un pañuelo en el bolso. ¿Podrías acercármelo? —preguntó.

Bane abrió su bolso de mano y le entregó un cuadradito de tela. Mientras Lydia trataba de limpiarse el ojo, Bane observó el contenido del bolso. No había prácticamente nada en su interior, a excepción de algunas monedas y un frasquito azul. Bane tomó el frasco y lo puso a contraluz, observando su color oscuro y la espesa consistencia del líquido.

—Mucho mejor. Gracias.

Lydia alargó la mano para recuperar su bolso, pero Bane sostuvo el frasquito en el aire.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Oh, es mi medicina para la migraña. La tomo de vez en cuando.

Lydia le arrebató el frasco de las manos y volvió a meterlo en el bolso. Luego tomó un racimo de uvas y arrancó unas pocas, pero la imagen de aquel frasquito azul se quedó

grabada en la mente de Bane. Haciendo un esfuerzo para aparentar naturalidad, preguntó:

—¿Y qué contiene?

Lydia terminó de masticar una uva.

—No tengo ni idea, pero funciona. Es la misma medicina que tomaba cuando era niña: el jarabe calmante de la señorita Winslow. Lo usaban en el orfanato.

Dios mío. No podía haber dicho nada peor. Todo su cuerpo se puso en tensión. Sin pensárselo dos veces, Bane sacó el frasco del bolso, lo arrojó a sus pies y lo lanzó al estanque con toda la fuerza de su cuerpo. El frasco aterrizó en el agua, dibujando un círculo de ondas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¡He pagado un buen dinero por ese frasco!

—Es veneno —dijo Bane.

—No seas ridículo —protestó Lydia—. Solo es un tónico para la migraña. Lo toman hasta los bebés.

Bane detestaba escuchar a la gente defendiendo aquellos tónicos repugnantes, pero trató de ocultar sus emociones. Puede que Lydia ignorara por completo qué era lo que hacía el jarabe tan eficaz. Después de observarla cuidadosamente, le preguntó:

—¿Cada cuánto lo tomas?

Lydia seguía enfadada, pero se levantó y dijo:

—Muy poco. De vez en cuando sufro dolores de cabeza en el trabajo, y el jarabe me ayuda a calmarlos.

—¿Cada cuánto lo tomas? —insistió Bane. Era evidente que Lydia se sentía incómoda por su tono de voz, pero aquello era demasiado importante para dejarlo pasar.

—Puede que una vez a la semana. No más.

Bane estudió su expresión, pero sus ojos no se alteraron. No podía estar seguro, pero *no parecía* que Lydia estuviera mintiendo. La tensión entre ellos se fue relajando. Si Lydia fuera una adicta al opio, lo estaría tomando con mayor frecuencia.

Bane exhaló un suspiro, pero aún no se sentía tranquilo del todo.

—Siento haberte gritado —dijo—. Pero tienes que entender que el jarabe de la señorita Winslow es una de las *peores* drogas que hay en el mercado. Llevo años intentando que lo prohíban, porque está indicado para bebés en proceso de dentición. Pero es opio, Lydia. Y con el opio no se puede jugar.

Lydia lo miró, perpleja.

—¡Opio! ¿Estás seguro?

—Completamente.

—Nos lo daban en el orfanato cuando nos encontrábamos mal o no podíamos dormir. Había niños que lo tomaban mucho más que yo.

Sus palabras fueron como un golpe para él. Por todo el país, la gente daba opio a sus

hijos para tranquilizarlos cuando estaban nerviosos o se portaban mal. Los orfanatos eran especialmente proclives a abusar de la droga, y la imagen de Lydia Pallas, una niña abandonada sin nadie en el mundo, haciendo cola para recibir una cucharada de opio le daba ganas de romper algo.

—Mejor —le dijo—. Pero no debes seguir medicándote, ni siquiera unas cuantas veces al mes. Prométeme que no volverás a tomarlo.

Unas pequeñas ondas seguían surcando la superficie del estanque en el lugar donde había tirado el frasco. No tenía sentido discutir sobre ese tema con Bane. El opio era un veneno corrosivo que podía adueñarse del organismo de una persona y convertirla en su esclava antes de que se diera cuenta.

—Está bien —dijo Lydia tranquilamente—. No volveré a tomarlo. —Su rostro se relajó mientras avanzaba hacia él con ojos abiertos y sinceros—. No me supondrá ningún problema.

Bane acarició la impecable perfección de su mejilla. Lydia era una mujer tan fuerte y valiente, que era una lección de humildad el simple hecho de estar a su lado.

—Lydia, sabes que me preocupo por ti —dijo a regañadientes.

Era la primera vez en su vida que dejaba que una mujer se acercara tanto a él, y era una sensación muy desconcertante. Quería reírse con ella, mimarla, pero mucho más importante era protegerla.

—No puedo mirar hacia otro lado. Ese jarabe podría matarte.

Bane la envolvió en sus brazos mientras el viento soplaba a su alrededor. Daba la impresión de que eran las únicas personas vivas en el mundo. Bane frotó su mejilla contra sus cabellos. Todavía no terminaba de entenderlo, pero por alguna razón se sentía unido a ella, como si la conociera de toda la vida, a la vez que le parecía nueva y fascinante.

Estaba jugando con fuego permitiéndose intimar con ella, pero, por primera vez en su vida, no le importó.



CAPÍTULO 13

El domingo por la mañana, Bane se quedó en la iglesia cuando los demás feligreses ya se habían marchado. Unos minutos de rodillas le ayudaban a conservar la humildad, y desde esa posición le gustaba dar las gracias por el perdón recibido. Bane bajó la cabeza e hizo la misma pregunta que llevaba formulando desde hacía diez años: *Señor, ¿cómo puedo compensar el daño que he causado? ¿Cómo puedo librar al mundo del opio?*

La imagen de Lydia surgió en su mente. Bane palideció al pensar que podía ser adicta al opio. Desde el momento que vio el frasco en su bolso, no podía quitárselo de la cabeza. Era muy extraño que una persona poco habituada al opio llevara un frasco consigo. La pequeña cantidad que decía tomar tendría que haberle servido de consuelo, pero Bane sabía que no se podía confiar en los consumidores de opio a la hora de calcular las cantidades. No es que pensara que Lydia le estuviera mintiendo deliberadamente. El opio, especialmente su versión embotellada en preciosos frasquitos de venta en farmacias, era una droga que generaba una rápida adicción sin que la gente se diera cuenta.

Algunos días, Bane libraba su batalla en los pasillos del congreso; otros días lo hacía en los puertos, donde florecían los contrabandistas. Hoy, se proponía proteger a una sola persona. Necesitaba asegurarse de que Lydia no fuera víctima del poder seductor de una droga que llevaba consumiendo desde que era niña.

Firme en su propósito, salió de la iglesia y apretó el paso por la calle empedrada. Lydia era un enigma que le fascinaba y le atraía al mismo tiempo, como ninguna otra mujer lo había hecho. Todo en ella era pura contradicción. Por un lado quería cambiar el mundo, pero por otro era extremadamente rígida en su deseo de orden y seguridad. En su escritorio había una foto de los exploradores Lewis y Clark, y sin embargo nunca había salido de Boston, y le daba miedo todo lo que pudiera alterar su rutina. El día anterior le había dicho que quería ponerse a prueba física y mentalmente, pero nunca lo haría a menos que se viera obligada. Soñar con esa posibilidad parecía bastarle.

Como era de esperar, Lydia estaba sentada en el mostrador del Dragón Sonriente, tomando una crema de almejas.

—Buenas tardes —le dijo, cogiendo el taburete que había a su lado—. ¿Sigues asustada después de tu encuentro con la vaca?

Lydia parecía contenta de verlo. Después de dejar la cuchara en la mesa, le dirigió una sonrisa que estuvo a punto de dejarla sin respiración.

—Anoche tuve un sueño maravilloso —dijo—. Estaba sentada en este mismo mostrador, y entonces entraste y te comportaste como un caballero. Todavía no me he recuperado de la impresión.

—Pues aquí estoy, dispuesto a hacer realidad tus sueños.

La corpulenta mujer que se encargaba de atender las mesas se acercó a él.

—¿Quiere que le traiga algo de comer, señor?

—Usted es Gerta, ¿verdad?

La mujer se ruborizó, aparentemente impresionada por el hecho de que recordara su nombre. Era imposible olvidarlo, teniendo en cuenta las veces que había oído a Big John gritar el nombre de Gerta.

—Sírname una taza de café, por favor.

Al cabo de un momento, la camarera colocó una taza de líquido humeante en la mesa. Bane la miró con expresión de agradecimiento.

—Gerta, este café no sería lo mismo sin usted. Tengo que hablar con Big John sobre esos salarios miserables que paga. Usted vale su peso en oro.

Gerta le dedicó una sonrisa desdentada.

—¡Qué cosas dice, joven! —dijo, pero siguió sonriendo mientras se alejaba a limpiar las mesas.

Lydia parecía ligeramente ofendida.

—¿Por qué tienes que ser amable con todo el mundo menos conmigo? Y encima te pones a coquetear con Gerta. Esa mujer puede doblarte la edad.

Bane se encogió de hombros.

—Coqueteo con Gerta porque hace el mejor café de toda la costa Este. Contigo coqueteo por pura compasión.

—Ten cuidado, Bane... Si sigues halagándome, tendré que hacerte otra propuesta de matrimonio.

Dios mío, cuánto la adoraba. Nunca había conocido a una mujer como ella. El simple hecho de estar a su lado era maravilloso. Bane sintió deseos de estrujarla entre sus brazos. En vez de eso, fingió una expresión de indiferencia.

—Por favor, no lo hagas. Sería la tercera propuesta en la misma semana. Además, he venido aquí con un objetivo. Déjame ver tu bolso —dijo abruptamente.

Bane no esperó a que Lydia respondiera; se limitó a cogerlo del mostrador. Antes de que Lydia pudiera impedirselo, lo abrió y empezó a curiosar entre sus pertenencias: un pañuelo, la brújula que le regaló el día anterior y unas cuantas monedas. Lydia no había sustituido el frasco de opio.

—¿Se puede saber qué estás buscando?

—Lo mismo que la otra vez. Solo es una pequeña comprobación, querida.

Lydia puso los ojos en blanco.

—Ya te lo he dicho. Apenas tomo ese jarabe. Y, por supuesto, no he salido corriendo a la farmacia para comprar otra botellita de repuesto. —Su rostro se relajó mientras apoyaba la mano en la mejilla—. Pero te agradezco que te preocupes por mí.

Lydia hizo un esfuerzo por disimular, pero había un ligero temblor en su voz. Debería haberse ofendido por aquella invasión de su privacidad, pero en realidad se sentía conmovida por sus actos. Bane se preguntó cuándo sería la última vez que alguien se había preocupado por su bienestar, o se había tomado la molestia de interesarse por ella. Era evidente que Lydia no tenía nada que ocultar. De lo contrario se habría enfadado al verle curiosear en su bolso sin permiso. Bane experimentó una profunda sensación de alivio. De pronto sintió deseos de levantarla en volandas y bailar con ella por el Dragón Sonriente. En vez de eso, se limitó a besarle la palma de la mano.

—También he venido a comprobar si estás comiendo bien. Últimamente parece cansada.

En realidad estaba más bonita que nunca, con su espesa melena negra sujeta en un moño que realzaba sus destellos caoba. Bane apoyó la mano en su bolso y golpeó la brújula suave y redonda por encima de la tela.

—Termina de comer. Después veremos si sabes usar la brújula para llevarnos al Museo de Bellas Artes de Boston. Así podrás enseñarme algunos de esos dioses griegos a los que dices que me parezco.

—Están todos desnudos.

—¿Y dices que me parezco a ellos? —preguntó Bane, guiñándole un ojo—. Espero que no hayas estado espiándome.

Un precioso rubor cubrió sus mejillas. Lydia era una presa tan fácil y una tentación bromear con ella. Era más lista que el hambre, pero su verdadero atractivo era el sentido del humor. Cuando Bane descubrió su talón de Aquiles —su obsesión por el orden—, no pudo resistirse a desordenar los objetos de su escritorio para observar su reacción. Pero Lydia era capaz de reírse de sus propias manías mientras volvía a colocarlo todo en su sitio.

Cinco minutos más tarde estaban en la calle con rumbo noreste, camino del museo. Bane tuvo que enseñarle a usar la brújula en las calles de la ciudad, donde era imposible avanzar en línea recta.

—Qué raro. La aguja no deja de apuntar en tu dirección —dijo Lydia, mientras contemplaba la aguja temblorosa.

—Será por mi magnética personalidad.

Podía haberle explicado que era porque iban al norte y porque estaba tan concentrada en la brújula, que él siempre iba unos pasos por delante. Pero entonces se habría acabado la diversión.

—A partir de aquí tendremos que girar hacia el este —dijo Bane cuando se acercaban

a la esquina siguiente. Lydialadeó la brújula para señalar la dirección correcta.

El Museo de Bellas Artes de Boston era una inmensa construcción de estilo neogótico, pero resultó que cerraba los domingos. No es que a Bane le importara. Lo único que quería era pasar un tiempo con Lydia.

—Vamos a dar un paseo por los alrededores —propuso.

Había algunas esculturas esparcidas por los impecables jardines del museo, entre ellas, un delfín que echaba agua por la boca y un querubín que tocaba el arpa.

Mientras daban una vuelta por los jardines, Bane agarró la mano de Lydia, que no puso ninguna objeción. Al fin y al cabo, eso es lo que hacía la gente normal: cortejar a una muchacha atractiva, o mirar una escultura por el simple hecho de ser hermosa. Mañana, su mundo volvería a girar en torno a las próximas elecciones, o del siguiente barco que entrara en el puerto de Boston. Cuando descubriera cómo entraba el opio de contrabando, tendría que dejar a Lydia, pero antes quería compartir con ella el don de la fe. Tenía pocas cosas que ofrecer a aquella mujer extraordinaria, pero la fe era una de ellas.

—Anoche hubo luna llena —dijo.

Lydia le lanzó una mirada irónica.

—Supongo que querrás saber si estuve rezando a la luna.

—¿Lo hiciste?

—¿Tú qué crees?

—Creo que es muy posible que estuvieras charlando un rato con ella, sí.

Lydia le dedicó una sonrisa descarada y deslumbrante.

—Supongo que es una buena manera de describirlo. No sé si alguien me estaba escuchando, pero pensar que ahí fuera hay alguien o algo cuidando de mí me hace sentir mejor.

Al doblar la esquina del museo, encontraron una pareja de sirenas retozando en una fuente. Sus pies crujían contra la gravilla al caminar. Bane se entretuvo un rato pensando lo que iba a decir.

—Lydia, cuando vivías en ese barco en las aguas del Mediterráneo... ¿alguna vez te sentiste abandonada?

—No —respondió ella automáticamente—. Mis padres me adoraban. No necesitaba nada más.

—Pero vivías en un entorno muy inseguro. No tenías regalos de cumpleaños, ni ropa decente, ni siquiera podías ir a la escuela. Es más, aparte del amor de tu familia, no tenías nada en absoluto. ¿Me equivoco?

Lydia se detuvo y le miró con la boca abierta.

—Me parece una manera muy cruel de describirlo.

—Ten un poco de paciencia conmigo, te lo ruego.

Bane levantó ambas manos para aplacarla. No llegaría a ninguna parte si la ahuyentaba antes de llegar al meollo de la cuestión.

—Ahora vives en Boston. Cuentas con una casa y un trabajo que te gusta. Tienes dinero en el banco y comida en la despensa. Y aun así te sientes terriblemente insegura. Te enfadas si tus botes de tinta están desordenados. ¡Por el amor de Dios, solo son unos botes de tinta!

Lydia alzó la barbilla.

—Me gusta que las cosas estén en su sitio.

—Lo sé. Y, aunque consiguieras comprar tu apartamento y tener unos buenos ahorros en el banco, seguirías ordenando los botes. Apuesto a que eres igual de rigurosa en casa. ¿Cómo ordenas tus libros?

—Por orden alfabético según el autor.

—¿Y la ropa en el armario?

—En el orden en que me la voy a poner. Así siempre sé lo que hay para lavar.

—¿Y no crees que esa manía por el orden es un poco extraña? ¿No te parece que indica algo?

Lydia se acercó a un banco que había al lado de la fuente, tomó asiento y lo miró.

—Yo no soy una experta en la mente humana como parece ser tú. ¿Qué crees que indica?

—Indica que estás buscando la seguridad en los sitios equivocados. —Bane apoyó una bota en el banco y se inclinó hacia ella—. El amor de tus padres te dio una idea del bienestar, pero tus padres ya no están. Cuando murieron, todos los cimientos de tu mundo se derrumbaron, y desde entonces estás buscando algo a lo que aferrarte. *Sabes perfectamente* que no existe la diosa de la luna, y aun así te gustaría que existiera. ¿Me equivoco?

Lydia se limitó a encogerse de hombros. Bane tomó su mano delgada y la estrechó entre las suyas.

—Lydia, creo que existe un imán muy poderoso que te está arrastrando hacia Dios. Tu deseo de encontrar una voz en el universo con la que hablar es el principio de la fe. *Escucha* ese deseo. Síguelo. Empieza a vivir como Dios nos enseñó, y verás cómo esa pequeña y frágil llama que hay en tu interior empieza a crecer.

Cuando Lydia levantó la cabeza para mirarle, había una ligera sonrisa en sus labios.

—¿Entonces no vas a burlarte de mí por rezar a la luna?

Bane le besó la palma de la mano.

—No tengo ningún derecho a hacer eso. Solo te pido una cosa: que reces por mí de vez en cuando. No me vendría mal.

Bane se sentó a su lado en el banco para contemplar la puesta de sol. Si pudiera elegir un día y conservarlo en su memoria para siempre, sería este. Si fuera posible, daría

toda su fortuna a cambio de pasar el resto de su vida con Lydia Pallas. Hasta entonces le había resultado fácil reprimir sus emociones, pero, ahora, una parte salvaje e irracional de su alma le pedía raptar a Lydia, llevarla ante un sacerdote y casarse con ella. De ese modo podría formalizar el hermoso y frágil vínculo que se estaba desarrollando entre los dos.

Una amarga sonrisa se dibujó en sus labios, porque sabía que en cuestión de días iba a abandonar Boston. Entonces tendría que olvidarse de aquellos sentimientos inoportunos y no volver a pensar en ella nunca más.



CAPÍTULO 14

Las horas que Lydia pasaba con Bane en la aduana se estaban convirtiendo en la parte más importante de su vida. Cada noche lo esperaba en el Dragón Sonriente y, luego, los dos recorrían seis manzanas hasta llegar al edificio. ¿Quién iba a pensar que revisar montones de papeles polvorientos iba a ser tan apasionante? Cualquiera cosa que hiciera al lado de Alexander Banebridge era fascinante para ella. Bane le gastaba bromas irreverentes, y ella se las devolvía con la misma rapidez. A veces dejaban los formularios a un lado y disfrutaban de la alegría que supone tener a alguien con quien hablar.

—Así que Lewis y Clark, ¿eh? —dijo Bane—. ¿Y por qué no Abraham Lincoln o Thomas Jefferson? Es más habitual admirar a personajes así.

Los dos estaban sentados en la inmensa mesa de trabajo del asesor fiscal, refugiados en el círculo de luz ambarina que proporcionaba una lámpara de queroseno. Lydia tomó otro montón de documentos y empezó a pasar distraídamente las páginas, buscando el sello distintivo de los conocimientos de embarque.

—Porque ambos se enfrentaron a retos tanto físicos como mentales —dijo Lydia—. Mi vida parece muy pequeña y humilde en comparación con la suya. Cada día, Lewis y Clark tenían que hacer frente al peligro y a lo desconocido. Y a pesar de eso siguieron avanzando, sometiendo su cuerpo al hambre, la enfermedad y el cansancio, hasta que ya no sabían si podrían aguantar un día más. Admiro a la gente capaz de hacer una cosa así.

—¿Te habría gustado acompañarlos? Me refiero a si hubieras tenido la oportunidad.

Lydia pensó en su acogedor apartamento, en su cómodo trabajo y en el entorno de seguridad que había construido a su alrededor.

—Probablemente, no —admitió a su pesar—. Valoro demasiado la estabilidad, pero es divertido soñar de vez en cuando.

—La mayor parte de las mujeres sueñan con casarse y tener hijos. Unos angelitos adorables que se pasen el día riendo y que nunca lloren.

—¿Por qué tienes que ser tan cínico? ¿No te gustaría tener hijos algún día?

—Eso implicaría tener una esposa, y ya te he dicho que no puedo permitirme ese lujo.

Su voz sonó fría e impersonal. Bane abrió otro fichero y empezó a sacar los conocimientos de embarque.

A Lydia le dolía la manera que tenía de erigir un muro entre los dos. Pero le dolía más pensar en sus posibles razones para rechazar el matrimonio.

—¿Lo dices porque estás enamorado de otra persona? —preguntó con un hilo de

voz—. ¿De Rachel Fontaine?

Bane la miró, perplejo.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque pareces distinto cuando hablas de ella. Utilizas un tono... casi reverencial.

Apenas conozco esa faceta tuya.

Bane dejó el fichero sobre la mesa y se recostó en su silla.

—Nunca he estado enamorado de Rachel Fontaine. O al menos no de la manera que crees.

Lydia notó la tensión que reflejaban sus hombros y se sintió avergonzada. También Bane se dio cuenta.

—No te hagas ilusiones conmigo —le advirtió. Su rostro estaba serio y su voz, triste—. Creo que debería explicarte por qué descarto la idea del matrimonio. —Lydia advirtió una ligera tensión en su mandíbula. Bane bajó la cabeza y se puso a mirar el suelo con amargura—. El método preferido por el Profesor para controlar a sus enemigos no es el asalto directo. Es demasiado sofisticado para eso. Su estrategia consiste en secuestrar o aterrorizar a tus seres queridos. Y eso es exactamente lo que haría si alguna vez llegara a casarme y tener hijos. Y debes saber algo más —Bane levantó la cabeza y la miró fijamente—: al Profesor no le importa retener a sus rehenes durante años. Por eso no permito que nadie se acerque a mí. No puedo arriesgarme, Lydia.

Bane se levantó, salió del círculo de luz que proyectaba la lámpara y se puso a pasear por los oscuros rincones del despacho.

—Nunca le había contado esto a nadie, pero creo que tienes derecho a saber exactamente el tipo de vida que llevo. Yo sentía un gran afecto por Rachel y estaba muy agradecido por su ayuda, pero, si el Profesor se hubiera enterado de mi admiración por ella, ese habría sido su fin. Mis visitas al almirante podían pasar por reuniones de negocios, pero... ¿y si hubiera socializado con su familia? ¿Y si hubiera ido con ellos a la iglesia o de vacaciones? El Profesor habría descubierto mi punto débil, y ni uno solo de los Fontaine habría estado a salvo. Nunca he podido encariñarme con nadie. He tenido socios, no amigos. Al principio me gustaba sentarme en el parque a mirar a las familias e imaginar lo que sería tener una, pero no era más que un absurdo ejercicio de tortura. Hace mucho tiempo que dejé de hacerlo.

A Lydia se le encogió el corazón al escuchar sus palabras. Aquel hombre vivía en un *exilio perpetuo*. Estaba siempre al margen, mirando la vida sin poder tocarla. Quería correr hacia él, rodearle con sus brazos y darle el cariño que se había negado a sí mismo. Pero Bane seguía hablando y no se atrevió a interrumpirlo.

—No sé si serás capaz de entenderme —dijo lentamente—, pero ver crecer a los hijos del almirante Fontaine es lo más similar que he tenido a una familia. Solo los veo algunos meses, cuando me paso por la ciudad para hablar de negocios con el almirante,

pero cada vez que eso ocurre... —Bane hizo un esfuerzo para encontrar las palabras precisas—. Ha sido maravilloso ver cómo pasaban de ser bebés a ser niños. Pero, si el Profesor se entera de lo mucho que esa familia significa para mí... que Dios les ayude.

Bane la miró. Su voz sonó ligeramente hueca.

—Tampoco puedo poner en riesgo tu vida, Lydia.

Se produjo un silencio entre los dos. Lydia sabía lo que era vivir sin el cariño de una familia, y estaba deseando proporcionar ese cariño a Bane.

—¿Y si estuviera dispuesta a asumir ese riesgo?

Bane estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho, y apenas podían distinguirse sus rasgos. Su rostro quedaba en penumbra, pero Lydia supo que la estaba mirando.

—Si estuviera en mi poder —dijo Bane lentamente—, me escaparía contigo a una isla salvaje del Caribe donde pudiéramos vivir juntos. Un lugar donde pudiéramos disfrutar del sol y bailar bajo la lluvia. Nos alimentaríamos de los peces que pescaríamos en el mar y beberíamos el vino directamente de la botella.

Lydia se inclinó hacia delante con un brillo de entusiasmo en los ojos. ¿Acaso no había soñado siempre con hacer algo atrevido y arriesgado? Con Bane se sentía capaz de todo.

—Bane, ¿y por qué no? ¿Por qué no nos vamos sin mirar atrás?

Una débil sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—Oh, Lydia, eres más inocente que una paloma —dijo Bane—. Si te arrastrara a mi mundo, te pasarías la vida mirando por encima del hombro, temerosa de cualquier extraño que pudieras encontrarte por la calle. No quiero que te conviertas en una mujer nerviosa y amargada. El Profesor tiene contactos por todo el mundo. *No hay lugar* donde podamos huir de él.

Bane se alejó de la pared y avanzó unos pasos hacia ella. Lydia se levantó y echó a correr hacia él. No tardó en verse envuelta en sus brazos. Bane la besó desesperadamente en la mejilla. Luego empezó a susurrarle al oído, tan bajito que apenas podía escucharlo.

—Lydia, te amo —susurró—. Nunca le había dicho esto a ninguna otra mujer, pero me siento agradecido por tu presencia en este mundo. Me encanta tu sentido del humor y tu inteligencia. Me encanta tu valentía. Me encanta la manera que tienes de llevarme la contraria y de reírte mientras lo haces. Pero no puedo llevarte conmigo. Cuando me marche de Boston, no volverás a verme nunca más.

Con una brusquedad que la asustó, Bane la soltó y volvió a la mesa. Una vez allí, se sentó y sacó otra carpeta de documentos. Lydia se veía arrastrada por un torbellino de emociones, pero el rostro de Bane era impasible.

—Tenemos dos horas más para revisar los registros marítimos italianos del año pasado —dijo—. Yo me veo capaz, ¿y tú?

Su voz era clara y enérgica otra vez. Era como si las bellas palabras que le había susurrado al oído hubieran sido un sueño.

Lydia se dejó caer en la silla, desconfiando del apoyo de sus piernas.

—Supongo que sí —dijo débilmente.



Bane se sentó al borde de la cama de su sencilla habitación de hotel, acariciando el borde de la fotografía de Rachel Fontaine acompañada de sus dos hijos. ¿Qué habría sido de su vida si Rachel no hubiera intervenido y no se hubiera montado en aquel barco con rumbo a Bruselas? Si se hubiera quedado junto a ella, ¿habría podido evitar su muerte?

Sus hombros se hundieron. La mañana de su muerte, Rachel Fontaine era una mujer sana, pero un resbalón en la nieve le rompió la muñeca. El médico le recetó opio para aliviarle el dolor mientras ponía el hueso en su sitio. Aunque hubiera estado junto a ella, Bane le habría recomendado tomarlo. Por una vez no iba a pasar nada.

El médico le administró el opio por vía intravenosa, pero, al cabo de unos minutos, los pulmones de Rachel empezaron a contraerse y apenas podía respirar. Obviando alguna gota ocasional, era la primera vez que tomaba opio. ¿Quién iba a imaginar que podría afectarle de esa manera? Su cuerpo tuvo una violenta reacción a la droga. El opio se apoderó de sus pulmones, convirtiendo cada bocanada de aire en una auténtica batalla. Poco a poco, Rachel empezó a perder la guerra contra el cansancio. Más tarde, Bane supo que tardó seis horas en morir. Estuvo consciente en todo momento.

Los traficantes no tenían la culpa de la muerte de Rachel, pero fue una víctima más de una droga profusamente recetada y muy poco entendida.

Nunca pudo decirle cuánto significaba para él.

Cuando la conoció, seguía mirando por encima del hombro a cada momento, dispuesto a protegerla y a adelantarse al Profesor y a sus secuaces. Pero en Boston se había vuelto blando. Tenía que recuperar la sensación de peligro que le había permitido seguir con vida tantos años.

Bane dobló la fotografía por la mitad. Había sido una imprudencia conservar una fotografía de Rachel y sus hijos. Si el Profesor la hubiera descubierto, habría sabido por dónde atacarle. Nunca olvidaría su rostro, pero eso no sirvió para facilitar su tarea. Bane acercó la fotografía a la llama de una vela y observó cómo se consumía el papel.



CAPÍTULO 15

El sexto día de trabajo en la aduana, Bane encontró al fin una pista convincente. Se encontraban en el despacho del inspector McGannon, uno de los cinco funcionarios que revisaban las mercancías entrantes y preparaban los inventarios para aplicar los impuestos. En el fondo de su papelería encontraron la anilla de un puro.

Bane observó el papel verde y dorado a la luz de la linterna.

—Parece que el inspector McGannon tiene un gusto exquisito en puros —dijo.

Lydia se encogió de hombros.

—Yo no entiendo de puros.

—Yo sí. Los puros *Candemir* son los mejores de toda Turquía.

La presencia de puros turcos en el despacho del inspector McGannon no tenía por qué significar nada, pero Bane pensó que inspeccionar los cajones de su escritorio no sería mala idea.

La caja de puros *Candemir* se encontraba en el último cajón de la derecha. La tapa, decorada en color verde y dorado, mostraba una inscripción en la parte superior. Bane la iluminó con la linterna y leyó las letras cuidadosamente escritas:

A mi querido amigo Ian McGannon.

Espero que disfrute de estas delicias turcas.

Demir Mehmet

—Lydia, ¿qué es «Demir Mehmet»? ¿Un nombre o una frase? —preguntó Bane, mostrándole la inscripción.

—Es un nombre masculino —dijo Lydia—. Mehmet es un apellido muy común en Turquía.

Bane golpeó la superficie de la caja con los dedos. No estaba bien que los inspectores aceptaran regalos de los comerciantes, ni siquiera regalos de poca importancia como una caja de puros. Bane abrió la tapa e inspeccionó los puros que quedaban. Entonces, pegado en el fondo de la caja, descubrió lo que llevaba buscando tantos meses.

Era una lista de los barcos que iban a zarpar desde el puerto de Constantinopla. Al lado de cada uno figuraba la fecha aproximada de llegada al puerto de Boston.

Una fría sonrisa se dibujó en su rostro. Aquello era exactamente lo que un inspector de aduanas necesitaba saber si pensaba hacer la vista gorda con la mercancía de los

barcos a cambio de dinero. Le bastó un rápido vistazo a las fechas para saber que cuatro de los barcos ya habían llegado. Los otros seis llegarían al año siguiente.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Lydia—. No me gusta nada la expresión de tu cara.

Bane tomó un trozo de papel de la papelera y empezó a copiar la lista.

—De pronto me han entrado unas ganas irresistibles de comprobar el conocimiento de embarque de estos cuatro barcos —dijo—. Sospecho que una revisión cuidadosa nos dirá quién ha sido el responsable de la entrada de opio en esta ciudad en los últimos dos años.

Los registros antiguos se conservaban en el sótano, donde una fila tras otra de archivos se alzaban como megalitos en el oscuro interior.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Lydia.

Bane encontró el archivo que albergaba los registros del puerto de Constantinopla y empezó a revisar los ficheros buscando un barco llamado *Cisne negro* que, según la lista, había llegado la última semana de julio. Su boca se torció en una mueca de disgusto. En los últimos años, había descubierto docenas de barcos como el *Cisne negro*, que traían opio de contrabando y evitaban pagar los elevados impuestos que exigía el gobierno. Bane encontró los registros del *Cisne negro* y levantó la linterna para leerlos.

El conocimiento de embarque original estaba en turco, con la traducción al inglés adjunta al documento. Al final del formulario figuraba la firma del inspector McGannon. Antes de descargar las mercancías, McGannon y el sobrecargo habrían recorrido los pasillos de la bodega, haciendo una lista pormenorizada del cargamento.

Bane examinó el documento. El *Cisne negro* transportaba rollos de seda, alfombras de lana y barriles de almendras. Cuando terminó de leer, entregó a Lydia la lista en turco.

—Lee las mercancías, por favor —dijo—. Necesito una traducción exacta palabra por palabra.

—Seis barriles de aceitunas, diez barriles de almendras...

La ausencia de luz la obligó a entrecerrar los ojos y a inclinar el documento hacia la linterna. Mientras leía, Bane examinaba el documento en inglés, marcando cada uno de los artículos según los mencionaba.

—Cuatro cajas de puros. Quince cajas de cocos —dijo Lydia.

Bane estuvo a punto de soltar la linterna.

—¿Quince cajas de *cocos*?

Lydia volvió a comprobar el documento.

—Sí, mira —dijo, señalando la palabra.

Bane entrecerró los ojos para examinar el documento en inglés. Tal como sospechaba, no había ninguna caja de cocos. No es que hubiera esperado encontrarla.

—Esconder el opio en la cáscara vacía de los cocos es la mejor manera de transportar grandes cantidades. No me extraña que el inspector McGannon no quisiera incluir este artículo en su lista. Sobre todo porque Turquía nunca ha destacado como exportadora de cocos. ¿Cuántas cajas dice que había?

—Quince.

Bane sintió que le temblaban las rodillas. Eso equivalía a miles de libras de opio. Cuando el opio se transportaba en cáscaras de coco, era en su versión más refinada y peligrosa. Y el *Cisne negro* solo era uno de los diez barcos que figuraban en la lista de McGannon.

Su voz adquirió un tono imperioso.

—Tenemos que encontrar el conocimiento de embarque del siguiente barco de la lista.

Todas las pistas apuntaban en la misma dirección. Bane estaba casi seguro de lo que iba a encontrar. El *Scarletti* había llegado en agosto. Una vez que hubo sacado los documentos, descubrió la misma discrepancia en el conocimiento de embarque, así como en los otros dos barcos que habían llegado al puerto de Boston.

—Todos estos documentos llevan la firma de Ian McGannon —dijo—. Es evidente que lo sobornaron para que hiciera la vista gorda con los barcos de Demir Mehmet.

Una expresión esperanzada se dibujó en el rostro de Lydia.

—Si consigues demostrar que McGannon es el responsable del contrabando, ¿podrías evitar la entrada de opio en Boston? ¿Sería esto el principio del fin?

Su pregunta revelaba lo poco que sabía sobre el tráfico de opio. Bane cerró el cajón del archivo.

—No, Lydia. El tráfico de opio es como un monstruo de mil cabezas. Cuando cortamos una, vuelve a crecer otra en otro sitio. Y, cuando encuentre dónde está, iré a buscarla y acabaré con ella.

Los ojos de Lydia brillaron a la luz de la linterna.

—¿Significa eso que vas a abandonar Boston? —preguntó en tono lastimero.

Bane resistió la tentación de estrecharla entre sus brazos para consolarla. Nada de lo que pudiera hacer o decir podría facilitar las cosas.

—Así es, Lydia. Mañana llevaré estos documentos a las autoridades, así que no hará falta que sigamos viniendo a la aduana. A partir de esta noche dejaré de necesitar tus servicios.

Bane se dio la vuelta y cerró el cajón del archivo para no tener que mirarla a los ojos. El golpe del cajón hizo eco en la oscuridad de la sala. Qué estúpido había sido pensando que podía coquetear con ella y luego marcharse como si nada, sin sentir que le arrancaban el corazón.

Bane le dio la mano para subir las escaleras que conducían al vestíbulo de la aduana.

Un frágil rayo de luna penetró por las ventanas, y Bane supo con dolorosa claridad que solo le quedaban unos minutos más con la única mujer que había amado. Siguió caminando por el vestíbulo en dirección a la puerta, pero Lydia no quiso seguirlo.

—No quiero que te vayas —le dijo. Su voz sonó débil y temblorosa en la oscuridad.

Bane no se volvió. Tuvo que hacer un esfuerzo para que su voz pareciera tranquila, pero siguió ocultando su rostro.

—Sé que te debo doscientos dólares, pero mi banco más cercano está en Filadelfia, de modo que tardaré una semana o dos en pagarte.

Un brusco crujido de tela sonó a su espalda. Lydia le agarró por el brazo y le obligó a darse la vuelta para mirarla.

—No me importa el dinero —le dijo—. Me importas tú y esa vida horrible que llevas. No me dejes así. Por favor, no huyas de lo nuestro.

Lydia tenía la cabeza alta. Su rostro reflejaba una profunda determinación. Con qué rapidez se borraría esa expresión de su rostro si tuviera que pasarse la vida huyendo, sin poder dormir más de una noche en la misma ciudad. Bane levantó la mano para acariciarle la mejilla.

—En mi mundo no hay lugar para el orden y la seguridad —dijo suavemente—. Al final terminarías odiando estar conmigo.

Lydia frunció el ceño.

—¿Y por qué no acabas con el Profesor? Sabes dónde vive. Si llamas a las autoridades, podrías *poner fin a todo esto*.

Podría, pero no iba a hacerlo. Si acababa con el Profesor, otro traficante ocuparía su puesto, y entonces no habría forma de adelantarse a él.

—Sé muy bien cómo funciona la mente del Profesor, por eso he podido anticiparme a sus acciones —dijo Bane—. He prometido hacer todo lo humanamente posible para combatir el tráfico de opio, y la mejor manera de conseguirlo es dejar que el Profesor conserve su puesto.

Ahora estaba enfadada.

—¿Y piensas sacrificar toda tu vida para eso? ¿Piensas estar siempre solo, huyendo, para seguir con tu cruzada personal?

Lydia tenía razón. El precio de su cruzada nunca le había pesado tanto como ahora, pero no podía renunciar a la promesa que le había hecho a Dios. La única manera de impedir la importación de opio ilegal era entender la mente del hombre que controlaba todas las operaciones. No podía abandonar su misión.

—Siento haberte decepcionado —dijo.

Si tenía que decirle cuánto lo sentía, podía seguir hablando hasta el amanecer. Ya era hora de salir de allí y acabar con esa agonía. Lydia parecía herida y desolada, pero quedarse allí no iba a solucionar las cosas. Así que abrió la puerta y salió del edificio.

Una amarga oscuridad se abatió sobre él mientras recorría la calle glacial.

Bane escuchó los pasos de Lydia y se detuvo a esperarla. Sin mirarla y sin mediar palabra, le ofreció un brazo. Los dos caminaron en silencio en medio de la noche. Aquella sería la última vez que andaría a su lado, la última vez que sentiría su delgada mano apoyada en su brazo. Lydia era su compañera, su alma gemela. Además, ella lo adoraba. Saberlo lo estaba matando, pero sintió un deseo irracional de prolongar su agonía. Bane aminoró el paso a medida que se acercaban al Dragón Sonriente, tratando de comprar unos segundos más de su compañía, unos segundos más de lo que supone tener una compañera en el mundo.

Inevitablemente llegaron a la puerta del Dragón Sonriente. La luz del farol iluminaba las preciosas facciones de Lydia, pero sus ojos reflejaban una profunda determinación. Era tan propio de ella negarse a aceptar la derrota. Por eso la quería tanto.

Bane la atrajo hacia él, respiró con fuerza su aroma refrescante y presionó sus labios contra la suave piel de su oreja.

—Olvida que me has conocido —susurró—. Finje que no existo. Retoma tu vida y no vuelvas a mirar atrás.

Lydia se revolvió en sus brazos.

—No puedo hacer eso.

Él tampoco. La tenía grabada en el alma, y su recuerdo le atormentaría el resto de su vida. Y aun así se liberó de sus brazos, observó su bonito rostro y mintió.

—Yo sí.

Lydia contrajo la boca y lo miró con un brillo glacial en los ojos.

—No pienso renunciar a ti —dijo—. En mi vida no ha habido muchas cosas por las que merezca la pena luchar, pero tú eres una de ellas.

Lydia entró en el Dragón Sonriente y cerró la puerta de un golpe, dejándolo solo en medio de la calle.



Lydia estaba sentada en su escritorio del astillero, con un ojo en un periódico italiano y otro en Willis. Solo quedaban unos minutos para las cinco, pero Willis estaba preparando uno de sus espectáculos habituales. Llevaba diez minutos tapándose los ojos mientras pestañeaba y hacía muecas de dolor, aunque todo el personal de la oficina se esforzaba por ignorarlo. Lydia había descubierto que Willis solo era capaz de «sufrir en silencio» unos veinte minutos. Si los tres lo ignoraban, puede que consiguieran terminar el trabajo antes de que empezara a compartir sus sufrimientos con el mundo. Lydia, Karl

y Jacob estaban profundamente concentrados en sus tareas, haciendo un esfuerzo heroico por ignorar las penas de Willis, pero todo su empeño fue en vano.

Finalmente estalló.

—¿Podríaís tapar la luz de la ventana, por favor? No puedo soportar el brillo del atardecer. Es como si estuvieran clavándome un puñal en el ojo.

Lydia se levantó.

—Será mejor que baje las persianas —sugirió.

Lydia sorprendió a Jacob tratando de disimular la risa detrás de un periódico alemán.

—¿Mejor así, querido? —preguntó, después de bajar las persianas.

Willis siguió haciendo muecas de disgusto.

—Ahora la luz es difusa —dijo—. Lo cual es todavía peor. Es como si me estuvieran asaltando en miles de direcciones a la vez.

Lydia regresó a su asiento. No estaba dispuesta a permitir que las desgracias de Willis le amargaran el día. Aún debía al almirante ocho minutos más de trabajo antes de poder refugiarse en su propio sufrimiento. ¿Qué pasaría cuando Bane apareciera por la puerta? Hacía dos noches, le había dejado bien claro que no volverían a verse, pero, esa misma mañana, Lydia se había enterado de que el almirante iba a reunirse con él después del trabajo. Y estaba dispuesta a esperarlo.

Lydia volvió la cabeza para echar un vistazo a Willis, que seguía huyendo del asalto del sol. Willis rehuía la comida exótica, los ruidos y las fuentes inapropiadas de luz. Era patético, ¿pero acaso era ella mucho mejor? Bane pensaba que no tenía valor suficiente para vivir en su mundo. Pensaba que su necesidad de orden y rutina la incapacitaba para vivir a su lado.

Cuando el reloj dio las cinco, Lydia colocó el periódico encima del montón de documentos que pensaba leer al día siguiente. Después guardó la pluma en el cajón superior izquierdo de su escritorio, colocó el diccionario de italiano en su sitio y ordenó los papeles hasta dejarlos en un ángulo exacto de noventa grados, con dos pulgadas de distancia entre cada montón.

—¿Quiere que la acompañe al tranvía? —preguntó Karl desde la puerta de la oficina, con el abrigo puesto y el sombrero en la mano. Todo el mundo se había marchado.

—No, gracias —dijo Lydia, tratando de improvisar una excusa—. He visto un artículo en la prensa rusa sobre la coronación del nuevo duque. Me gustaría quedarme un rato leyéndolo.

Karl aceptó su respuesta y la dejó sola en la oficina silenciosa. Lydia desvió la mirada al grabado de Lewis y Clark que descansaba en su escritorio. No era nadie comparada con ellos. Ni con Bane tampoco. Se parecía más a Willis y a sus cientos de enfermedades imaginarias que a una persona dispuesta a enfrentarse a los desafíos de la vida. Su dolor de cabeza no hacía más que empeorar. Lydia abrió un cajón y tomó un

sorbito de jarabe de la señorita Winslow. Bane le había tirado el frasco que guardaba en su bolso, pero aún conservaba otro en casa. No podía enfrentarse a una discusión con Bane con ese dolor de cabeza.

Eran casi las seis cuando oyó que se abría la puerta de la oficina. Cuando se dio la vuelta, se encontró con Bane, que parecía muy sorprendido de verla.

—No esperaba... —empezó a decir, pero se corrigió—: Pensaba que ya te habrías ido.

Parecía decepcionado de verla.

—A veces me quedo un poco más para leer artículos interesantes.

—Ah.

Por primera vez desde que conoció a Bane, parecía haberse quedado sin palabras.

—He venido a ver al almirante —dijo al fin—. Me está esperando.

Dicho esto, se dirigió al despacho, llamó a la puerta y entró. Ni una sola mirada, ni una sonrisa. Lydia observó su escritorio y vio que todo estaba en orden. Era extraño, pero le habría gustado encontrar sus botes de tinta un poco desordenados.

El comportamiento de Bane era distinto desde que había levantado un muro de hielo a su alrededor, pero no iba a permitir que la ignorara. Por fin había encontrado un ancla en su vida, y no iba a dejar que el tormentoso pasado de Bane lo apartara de su lado.

La reunión con el almirante se prolongó. El sol del otoño empezó a ocultarse en el horizonte, y la tarde se volvió fría y desapacible. Lydia trató de pasar el tiempo leyendo un periódico albanés, pero sus pensamientos la distraían constantemente de la lectura. Tenía que haber sospechado que no sería fácil. Bane era un hombre complicado. Bajo su apariencia despreocupada se ocultaba una vasta reserva de angustia.

Por fin se abrió la puerta, y tanto Bane como el almirante se prepararon para salir.

—¿Todavía aquí, señorita Pallas? —preguntó el almirante, tan educado como siempre.

Lydia se aclaró la garganta y mostró el periódico albanés.

—Me he entretenido un rato leyendo. No me quedará mucho más.

—Muy bien.

El almirante salió de la oficina, y Bane estaba a punto de seguirle.

Lydia se levantó bruscamente, volcando la silla sin querer.

—¡Bane!

Él se detuvo, dándole la espalda mientras sostenía la puerta. Por fin se dio la vuelta.

—¿Sí?

Lydia apenas podía hablar.

—¿Piensas dejarme así?

Bane cerró la puerta. A excepción del tictac del reloj de pared, la oficina estaba en completo silencio. La expresión de Bane era amable e inexpresiva.

—Pensé que lo había dejado claro la otra noche —dijo tranquilamente—. Ahora que sabemos quién es el responsable del contrabando, no hay necesidad de que sigamos

viéndonos. Tampoco necesitaré más traducciones en el futuro. Adiós, Lydia.

Volvió a darse la vuelta para marcharse; tenía que retenerle de algún modo.

—Aún no me has pagado —dijo, en un intento desesperado de impedir que se marchara.

Lydia se aferró al borde de su escritorio, deseando que Bane hiciera algún comentario sobre lo avara que era, pero él se limitó a sacar su billetera y a inspeccionar su contenido.

—Aquí tienes cuarenta dólares —dijo, dejando los billetes en el escritorio de Jacob. ¿Ni siquiera confiaba en sí mismo para cruzar la oficina y dárselos en mano?—. Te mandaré el resto a la oficina cuando me ponga en contacto con mi banco de Filadelfia. Supongo que con eso queda saldada la cuestión.

—Sabes perfectamente que no me refiero a eso.

Bane se apoyó en el escritorio de Jacob, cruzó los brazos sobre el pecho y miró al suelo.

—No creo que sea necesario repasar las razones por las que no puedo casarme.

—Estoy dispuesta a asumir ese riesgo.

Lydia enderezó los hombros y bordeó su escritorio para ponerse delante de él. Bane parecía tan solo ahí de pie, con los brazos cruzados, protegiéndose del mundo.

—Sé que mi elección supone una serie de riesgos y problemas —dijo—. La vida contigo no será fácil, pero la vida no es perfecta, y lo entiendo. Estoy dispuesta a aceptarlo.

Bane la miró con todo el dolor de este mundo.

—Lydia, *eres perfecta*. —Una triste sonrisa se dibujó en su rostro—. Para mí eres perfecta en todos los sentidos. Estaría dispuesto a morir por ti, pero no puedo llevarte conmigo. No puedo hacerte eso.

Lydia recordó lo que le había contado: su valor en su etapa de traficante, y cómo se había servido de ese coraje para cometer actos inimaginables. Incluso después de convertirse al cristianismo, Bane siguió sirviéndose de ese valor para enfrentarse a nuevos retos. Pero, al parecer, se había topado con la única cosa que no estaba dispuesto a arriesgar: a ella misma.

—Estoy dispuesta a asumir ese riesgo —repitió.

—Si estuviéramos juntos —dijo Bane lentamente—, acabarías odiándome. No tardarías en convertirme en una mujer triste y amargada.

—Eso no es cierto. Aprendería a ser más fuerte.

Bane sonrió tristemente mientras sacudía la cabeza.

—Piensa en tu necesidad de tener un hogar donde puedas sentirte segura y rodearte de todos tus libros, ordenados alfabéticamente por autor. ¿Crees que alguna vez he tenido un hogar?

Bane nunca había mencionado dónde vivía, y Lydia nunca se había atrevido a preguntárselo.

—Vivo en una serie de hoteles ubicados en distintas ciudades —dijo—. Nunca duermo dos veces en la misma habitación. En el muelle tengo alquilado un trastero donde guardo la ropa, pero nada de valor, porque esos espacios alquilados me los han saqueado y destrozado dos veces. No tengo libros, ni fotografías, ni cartas, ni ninguna de esas cosas que conserva la gente normal para documentar su vida. No tengo nada porque estoy siempre huyendo, y adquirir cosas solo me retrasaría y me haría vulnerable.

Bane la miró directamente a los ojos mientras pronunciaba la última frase. Era evidente que había pensado en ella como alguien que podía retrasarle y hacerle vulnerable.

Y seguramente tenía razón.

—¿Entonces esta es la despedida?

No podía soportar que su voz sonara tan débil y frágil en aquella oficina fría y oscura. Le habría gustado parecer indiferente, como si su corazón no se estuviera rompiendo en mil pedazos.

—Tiene que ser así.

Lydia asintió, sin saber muy bien qué hacer. ¿Cuál era el protocolo a seguir cuando todos tus sueños se desvanecen? Puede que lo mejor fuera dejar de fingir y decir la verdad. Lydia miró en el interior de sus atormentados ojos azules.

—Nunca habrá otro hombre como tú —dijo—. Para mí, siempre serás el amor de mi vida. Me gustaría ser un poco más como tú. Valiente, atrevido y comprometido. Espero tenerte en mis pensamientos todos los días de mi vida.

Era muy triste contemplar el rostro de Bane, normalmente lleno de encanto, y ahora serio y demacrado. Sin decir nada, Bane le acarició la mejilla. Luego se dio la vuelta y salió de su vida para siempre.



CAPÍTULO 16

El día siguiente amaneció como otro cualquiera. Willis llegó temprano a la oficina para preparar el té. Cuando Lydia llegó, estaba aplicándose unos paños fríos en la frente y quejándose de la nueva tipografía del *Times*.

—El cambio de fuente me está destrozando los sentidos —dijo—. Deberían haber distribuido una advertencia a los lectores antes de hacer una cosa así.

Lydia se sirvió una taza de té e inspiró su aroma familiar y relajante. Se sentía completamente insensible. Costaba creer que hacía unas horas le habían roto el corazón en esa misma oficina. El sonido de los martillos del dique y su escritorio perfectamente ordenado indicaban que todo estaba como siempre.

Todo salvo el inmenso vacío que sentía en su interior. Lydia no estaba segura de poder soportarlo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Jacob, inclinándose en su escritorio para mirarla.

Debió de titubear demasiado, porque Jacob se levantó y se acercó a ella.

—Está muy colorada. ¿Ha dormido bien?

Al parecer, el hecho de pasar la noche en blanco se reflejaba claramente en su rostro. Lydia forzó una sonrisa.

—Estoy bien —dijo, pero el temblor de su voz la delató.

Karl se levantó y cruzó la oficina en tres zancadas.

—¿No será por ese tal Bane? ¿Ha estado molestándola? ¿Quiere que avise al almirante para que pueda librarse de él de una vez por todas?

Su pregunta resultaba tan irónica que Lydia estuvo a punto de echarse a reír.

—No, de verdad. Estoy bien.

Lydia miró a los dos hombres. Karl, con un interés paternal escrito en sus facciones nórdicas, y el joven Jacob, siempre pendiente de ella. No podía tener mejores compañeros de trabajo. Willis seguía sujetándose un paño en la frente y gimiendo en voz baja. No terminaba de entender que Lydia atrajera toda la atención el día que su sensibilidad se había visto asaltada por el *Times*.

—No tienen de qué preocuparse —dijo Lydia—. No es nada que el tiempo no pueda curar.

Ni ella misma terminaba de creerlo, pero al menos sirvió para que Karl y Jacob volvieran a su escritorio.

Un momento después, el almirante entró en la oficina. Estaba muy atractivo con su abrigo de lana oscura y su uniforme al completo, pero esta mañana parecía

especialmente distraído, incluso enfadado. Y la estaba mirando a ella. En lugar de encerrarse en su despacho como solía hacer, se acercó a su escritorio con expresión sombría.

—Señorita Pallas, me gustaría hablar con usted en mi despacho.

Lydia dejó el informe que estaba revisando. Llevaba cuatro años trabajando allí, y era la primera vez que el almirante quería hablar con ella a solas.

—¿Ahora? —preguntó.

—Ahora.

Lydia se asustó. Esperaba que no tuviera nada que ver con la idea de Bane de casarla con el almirante. Seguramente, Bane no habría vuelto a insistir en el tema. ¿O estaría relacionado con su campaña para el Senado? Estaba hecha un manojo de nervios, y lo último que necesitaba era algo más de lo que preocuparse.

Lydia entró en el despacho y cerró la puerta. A diferencia de la oficina, donde podían escucharse los ruidos del astillero, la habitación estaba silenciosa a excepción del tictac del reloj. Un inmenso globo terráqueo adornaba una esquina, pero lo más llamativo era el escritorio. Era el escritorio más grande que había visto en su vida, y el almirante estaba sentado detrás, mirándola con la misma expresión que antes.

—Tome asiento, señorita Pallas.

—Gracias, señor.

Lydia se sentó en una silla tapizada de cuero y se quedó esperando.

—Anoche cené con el fiscal del distrito y me enteré de una información muy preocupante —dijo el almirante Fontaine.

—¿De veras?

El almirante empezó a jugar con su pluma.

—Alexander Banebridge ha encontrado pruebas de contrabando en la aduana. Al parecer, las pruebas demuestran que hay un inspector corrupto.

—Vaya —titubeó Lydia.

—Me he enterado de que contrató a un traductor para ayudarlo con unos documentos en turco. Cuando habló con el fiscal del distrito, no quiso mencionar nombres, pero se le escapó que el traductor era una mujer. Y sospecho que esa mujer es usted.

La mirada del almirante la dejó clavada en el asiento. Lydia no sabía si todo aquello iba a servirle de elogio o condena, pero su mirada era perturbadora.

—Sí, señor —dijo con un hilo de voz.

—¿Debo suponer que Banebridge y usted registraron los despachos de varios inspectores en busca de esa información?

Su manera de formularlo hacía que pareciera algo malo, pero su suposición era cierta.

—Sí, señor.

El almirante se enderezó en su silla, colocó la pluma en su sitio y la miró directamente a los ojos.

—Señorita Pallas, siento decirle que su trabajo aquí ha terminado.

Lydia sintió como si le hubieran arrojado un jarro de agua fría. No podía moverse. Ni siquiera podía respirar. Solo podía mirar al almirante mientras este seguía hablando:

—Quiero que mis empleados sean personas absolutamente íntegras. Colarse en despachos ajenos, aunque técnicamente sea legal, es algo que no pienso tolerar. Por favor, recoja sus pertenencias y abandone la oficina inmediatamente.

Lydia apenas podía respirar. Se sentía sofocada y estaba empezando a marearse. Hizo un esfuerzo para llevar un poco de aire a sus pulmones, pero estos se negaban a responder. Pasara lo que pasara, tenía que escapar de la mirada del almirante. Se levantó, pero todo empezó a dar vueltas a su alrededor y acabó tropezando.

El almirante Fontaine se levantó y la ayudó a volver a su asiento. Luego la obligó a apoyar la cabeza en las rodillas.

—Respire —ordenó—. Lydia, le he dicho que respire —repitió con más firmeza.

Lydia obedeció. El oxígeno empezó a fluir por su cuerpo y el mundo dejó de dar vueltas a su alrededor. Trató de incorporarse, pero la mano del almirante la tenía sujeta por la espalda, obligándola a bajar la cabeza. Lydia contempló la alfombra. Se sentía estúpida en aquella posición.

—Ya me encuentro bien —dijo. El almirante la soltó y pudo incorporarse, aunque seguía siendo incapaz de mirarle a la cara—. Voy a recoger mis cosas —dijo con tono inexpresivo.

Se levantó, pero seguía mareada. El almirante la agarró por el brazo y la guio hasta la puerta.

—Jacob, venga a ayudar a la señorita Pallas. Haga lo que le pida.

Vio a Jacob acercándose hacia ella. Todo parecía un sueño, pero Lydia supo, con espantosa claridad, que todo era real. El almirante la dejó en manos de Jacob, que la acompañó hasta su escritorio. Cuando el almirante regresó a su despacho, Lydia contempló la oficina que había sido su segunda casa.

—Me ha despedido —dijo.

Karl se levantó y corrió a su escritorio. Hasta Willis se acercó.

—¿Cómo es posible? —preguntó Karl, asombrado.

—¿Va a despedirnos a nosotros también? —inquirió Willis—. ¿Se han acabado los fondos para el departamento de investigación?

Lydia sacudió la cabeza.

—Ninguno de ustedes tiene de qué preocuparse. He cometido un error, eso es todo.

Lydia observó los objetos de su escritorio. Prácticamente, todos pertenecían a la Marina. Dos plumas eran suyas, así como el dibujo de Lewis y Clark y la acuarela.

Cogió su cartera, pero le temblaban demasiado las manos para abrirla.

Jacob descansó su mano en la suya.

—No tenga miedo, Lydia. Cuidaremos de usted.

—Por supuesto que sí —dijo Karl.

Pero ambos intercambiaron una mirada de preocupación. Querían ayudarla, ¿pero qué podían hacer? El presupuesto de Karl era muy reducido. Tenía que mantener a su mujer y a sus cuatro hijos en su pequeño apartamento. Y Jacob tenía aún menos dinero que ella.

Lydia se peleó con la cartera hasta que consiguió abrirla.

—Me irá bien —dijo, aparentando más seguridad de la que realmente sentía—. Estoy segura de que me irá bien.

Pero, al haber sido despedida, no tenía recomendaciones. Y sin recomendaciones era casi imposible encontrar un empleo cualificado.

No le llevó mucho tiempo guardar sus pocas pertenencias en la cartera. No sabía si iba a ser capaz de despedirse de Jacob, Karl y Willis. Lo único que quería era escapar de allí cuanto antes para poder derrumbarse en privado.

Cerró el diccionario de italiano que estaba usando cuando llegó el almirante y lo puso en su sitio, entre el diccionario de griego y el de ruso. Estaba ordenando sus botes de tinta por última vez cuando vio que Willis dejaba algo en su escritorio.

—Es un bizcocho de arándanos —dijo amablemente—. Pensé que le apetecería algo dulce.

Willis era muy goloso, y el hecho de que compartiera con ella uno de sus manjares era un acto muy generoso por su parte. Lydia envolvió el bizcocho en un pañuelo y lo guardó en su cartera.

—Gracias —dijo, aturdida.

Luego se incorporó y echó un vistazo por la oficina, tratando de no establecer contacto visual con ninguna de las personas que la rodeaban, que estaban tristes como plañideras en un funeral.

—Gracias a todos. Habéis sido los mejores compañeros del mundo —dijo. Era mejor callarse antes de que se le hiciera un nudo en la garganta y volviera a ponerse en evidencia.

Nada más llegar a la puerta de la oficina, un pensamiento la detuvo.

Lydia se dio la vuelta y miró a Karl.

—Estoy esperando una carta para dentro de una semana o dos. ¿Podría ser tan amable de enviarla a mi apartamento en el Dragón Sonriente?

A partir de entonces iba a necesitar hasta el último centavo que Bane le debía.

Karl asintió.

—Sí, por supuesto.

Entonces se dio la vuelta y cerró la puerta del mejor empleo que había tenido en toda su vida.



Solo había un pensamiento en la mente de Lydia mientras corría a su casa, subía los tres pisos de escaleras y entraba por la puerta de su apartamento. Una vez allí, tiró su cartera en la mesa, corrió a su dormitorio y cogió el frasquito azul de jarabe para la migraña que descansaba en la repisa de la ventana.

Mientras sus dedos temblorosos tiraban del corcho, pensó en Bane y en su promesa de no volver a tomar el jarabe de la señorita Winslow. Había insistido tanto en que se abstuviera de esas medicinas... Pero Bane no estaba allí, hoy era el peor día de su vida y necesitaba algo que la ayudara a sobrevivir en los minutos siguientes. Una profunda tensión le atenazaba la espina dorsal, recorriendo toda su espalda hasta llegar al cuello. El dolor era tan intenso que apenas podía tragar. Y solo iba a tomar un sorbito. Además, ¿por qué iba a hacer caso a un hombre que la había abandonado y había provocado que la despidieran del único trabajo decente que había tenido en su vida?

El jarabe resultaba demasiado dulce, pero la tensión de su cuerpo no tardaría en ceder. No iba a llorar. Ella nunca lloraba. Como hacía siempre que sufría un contratiempo, haría acopio de fuerzas, pensaría un plan y saldría de aquel lío.

Tomó otro sorbito. A medida que se iba calmando, empezó a ver las cosas de otra manera. Era una mujer inteligente, y Boston, una ciudad llena de comercio procedente de todo el mundo. Seguramente habría otros negocios que necesitarían sus servicios de traducción.

Pero no tardó mucho en descubrir lo contrario.

En los días que siguieron hizo una lista de todos los establecimientos que pudieran necesitar un traductor, incluyendo periódicos, imprentas, juzgados, agencias de transporte y hasta escuelas. Estuvieron a punto de salirle agujeros en los zapatos de recorrer una oficina detrás de otra. O no había plazas disponibles, o su falta de referencias le impedía hacer una entrevista. Algunos empresarios la miraban un momento y le decían que no contrataban mujeres.

Y, por si fuera poco, aún no había recibido carta de Bane. Todavía le seguía debiendo cerca de cien dólares, y Karl le había prometido enviárselos en cuanto llegara la carta. Ahora que se había quedado sin trabajo, necesitaba ese dinero más que nunca.



CAPÍTULO 17

El clima costero de Virginia seguía siendo templado en diciembre. El Profesor recorrió el histórico mercadillo de Richmond, examinando los puestos que había a ambos lados de la calle 17. El aire traía un aroma a tabaco, especias y manzanas. Aunque el Profesor prefería visitar las tiendas de antigüedades y las casas de subastas de las grandes ciudades, le gustaba echar un vistazo a los tenderetes de los mercados callejeros. Precisamente el año anterior, había encontrado un ejemplar en perfecto estado de *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift, en un mercadillo. Era más fácil comprar libros en las casas de subastas, pero esos libros ya habían sido rescatados de los peores peligros. Sus dueños conocían su valor, y jamás los dejarían pudrirse entre viejos aparejos de pesca, pero las personas ignorantes que frecuentaban los mercadillos como este no sabían apreciar la literatura. Eran capaces de usar las páginas de un libro para hacer fuego o limpiar zapatos.

El Profesor se estremeció y apretó el paso. Todas las semanas escogía una nueva ciudad para explorar. De lunes a jueves recorría las tiendas de antigüedades, las casas de subastas y los mercadillos. Pero en cuanto llegaba el jueves tomaba sin falta el tren hasta Vermont, donde podía disfrutar de los tesoros de su colección.

Más adelante había un puesto de candelabros y marcos antiguos, pero sus ojos se posaron en unos viejos manuales de agricultura. Ignorando al vendedor, que le invitaba a examinar unos rollos de tela, el Profesor se puso a hojear uno de los manuales. El libro tenía cerca de treinta años y no era demasiado valioso. El Profesor pasó las páginas del volumen, saboreando su aroma a humedad. Era una lástima. No tenía sitio en su casa para un libro como ese, pero le daba pena dejarlo allí, al lado de una bañera oxidada. Tenía que ponerse unos límites. No podía salvar todos los libros del mundo.

Estaba a punto de dejar el manual de agricultura en la mesa cuando apareció su ayudante.

—¡Profesor! —gritó Raymond. A pesar del aire fresco, Raymond parecía acalorado y no dejaba de abanicarse con un periódico—. He encontrado una noticia que podría interesarle.

El Profesor arqueó una ceja mientras Raymond abría el periódico.

—Aquí dice que han desmantelado una red de narcotráfico en Boston. Seguro que Banebridge está detrás de todo esto —dijo Raymond—. Deberíamos enviar a nuestros hombres antes de perderle la pista.

El Profesor dejó el manual de agricultura en la mesa, evitando que entrara en

contacto con la superficie oxidada de la bañera.

—Vete a Boston ahora mismo. Descubre dónde ha estado, a quién ha visto, todo.

Lo único que necesitaba era encontrar a la persona adecuada. Y entonces tendría a Bane a su merced.



Lydia no sentía ningún deseo de volver al astillero. En los últimos cuatro años se había sentido muy segura en aquel lugar tan maravilloso y ajetreado, pero ahora solo era una fuente de humillación. Lo peor sería ver las caras de compasión de Karl y los demás, pero no le quedaba más remedio que ir. Ya habían pasado dos semanas desde que la despidieron, y no había señal de la carta con el dinero que Bane le debía. De modo que o buscaba la carta, o buscaba a Bane.

Recorrer el dique le resultó muy doloroso. Hoy, el aroma húmedo y familiar del río, el sonido de las gaviotas y el chirrido de las espátulas limpiando los moluscos de los barcos solo eran motivo de tristeza para ella. Nunca más pertenecería a ese lugar. Solo podía recoger su dinero y dejar el astillero para siempre.

Nada más entrar en la oficina, Karl, Jacob y Willis corrieron a saludarla, pero sentado en su escritorio había un joven al que no había visto nunca.

—¡Lydia! —exclamó Jacob, estrechándole las manos—. ¡Qué alegría verla! —dijo.

Karl apartó a Jacob y le dio un abrazo paternal.

—Yo también me alegro de veros —dijo Lydia.

El hombre que estaba sentado detrás de su escritorio se levantó y apartó un oscuro y fino mechón de su frente. Se produjo un incómodo silencio.

Karl se aclaró la garganta.

—Lydia, le presento a Marco Trivoni. Marco es el nuevo asistente de investigación para el sur de Europa.

No pensaba permitir que percibieran su tristeza. Lydia forzó una incómoda sonrisa y saludó a su sucesor.

—Buenos días, señor Trivoni. Espero que Jacob no le esté molestando con sus canciones.

El pobre hombre parecía tan incómodo como ella. Rio un poquito y dijo:

—En absoluto. Afortunadamente canta mucho mejor que mi esposa.

—Me alegro —dijo Lydia.

—¿Ha encontrado ya otro empleo? —preguntó Karl.

Aquella era la pregunta que más temía, pero procuró mantener una expresión de

serenidad.

—Todavía, no. Pero aún me quedan muchos sitios donde buscar.

Lo cual no era del todo mentira. Se había quedado sin opciones de encontrar un empleo cualificado, pero había muchos trabajos manuales que aún no había explorado.

Miró a Karl a los ojos.

—¿Ha llegado algún envío para mí? ¿Una carta tal vez?

Karl negó con la cabeza.

—He estado pendiente, pero no ha llegado nada.

Un doloroso sentimiento de decepción amenazó con dejarla sin aire.

—¿Ha venido... ha venido Bane a ver al almirante?

Tanto Jacob como Willis sacudieron la cabeza.

—Vaya.

Lydia se mordió el labio mientras una sensación de angustia atenazaba su espina dorsal. Eso implicaba que tendría que hablar con el almirante para preguntarle cómo podía ponerse en contacto con Bane. Prefería enfrentarse a un pelotón de fusilamiento que ver otra vez al almirante Fontaine, pero no le quedaba más remedio. Karl le dijo que el almirante estaba inspeccionando una fragata blindada en el dique número dos.

Lydia le dio las gracias, y estaba a punto de salir de la oficina cuando Willis la detuvo. Una vez más, le ofreció un bizcocho de arándanos.

—Tome —dijo—. Lo compré en la panadería Stolinski. Es la mejor de Boston.

Lydia recordó el bizcocho que le regaló aquel día terrible que la despidieron. Se lo había comido esa misma noche para no tener que bajar al Dragón Sonriente, pero entonces estaba tan aturdida que apenas lo recordaba.

—Todas las mañanas compro bizcochos recién hechos —dijo Willis mirándola intensamente, como si esperara algún tipo de respuesta.

Lydia inhaló el aroma del bizcocho.

—No me extraña. Gracias otra vez —se dio la vuelta para marcharse, pero Willis la detuvo.

Inclinó la cabeza y le dijo en voz baja:

—En el escaparate hay un cartel que dice que necesitan personal. Pensé que tal vez podría interesarle.

Lydia se quedó paralizada. No era demasiado orgullosa para trabajar en una panadería, pero le dolía saber que todos sus compañeros hubieran adivinado lo que había detrás de su apariencia de bienestar. Le miró a los ojos un momento, sin saber si sería capaz de ocultar su tristeza.

—Gracias, Willis —murmuró.

No le costó localizar al almirante en la cubierta de la fragata, que reposaba en el dique como si fuera un paciente herido. Lydia se ajustó el cuello de la capa, en un vano

intento de protegerse del aire de diciembre. Llevaba semanas temiendo la improbable posibilidad de ver de nuevo al almirante Fontaine. Su angustia aumentó cuando el almirante concluyó su inspección y se puso a caminar por el muelle directo hacia ella. Debía de estar preocupado por algo, porque su rostro permanecía serio e inescrutable. Justo cuando estaba a punto de sortearla, Lydia se interpuso en su camino.

—Almirante Fontaine.

Él levantó la cabeza y la miró muy sorprendido. Luego inclinó la cabeza ligeramente y se aclaró la garganta.

—Señorita Pallas. ¿Qué puedo hacer por usted?

Su voz dejaba traslucir un leve tono de censura que mostraba que su visita no era bienvenida. Un muelle ajetreado no era el mejor lugar para mantener esa conversación, pero Lydia dudaba que el almirante hubiera aceptado una cita formal con ella.

—Lamento interrumpirle —empezó a decir—, pero quería preguntarle cómo podría ponerme en contacto con Bane. Necesito hablar con él de un asunto muy importante.

El almirante arqueó sus oscuras cejas en señal de desaprobación.

—En mi opinión, cuanto menos se relacione con Banebridge, mejor para usted. Ese hombre no le ha causado más que problemas.

Tenía razón. Su vida iba perfectamente hasta que apareció Bane.

—En cualquier caso, tengo un asunto pendiente con el señor Banebridge —dijo Lydia—. Me debe un trabajo que hice para él, y ahora mismo necesito ese dinero.

La mirada del almirante se volvió más fría, si es que eso era posible.

—¿Y ese dinero... guarda relación con su empleo nocturno en la aduana?

—Sí.

—Entonces lo lamento, señorita Pallas. No puedo ayudarla a obtener una compensación por algo relacionado con una actividad deshonesto e inmoral.

El almirante hizo ademán de sortearla, pero Lydia le interceptó y le obligó a detenerse. Había algo en su comentario que la había ofendido, pero tardó un momento en procesarlo.

—No puedo negarle que fue deshonesto —dijo—, pero no creo que fuera inmoral. —De pronto, aquella distinción se volvió extremadamente importante para ella—. Nuestros motivos eran buenos. Siento haber perdido el trabajo por eso, pero creo que el país es un lugar un poco más seguro gracias a nosotros.

No sabía por qué, pero el almirante se puso a escrutar su rostro como si estuviera buscando una respuesta. Su escrutinio la hizo sentir incómoda, pero no quiso romper el contacto visual. Por fin, el almirante se dio por vencido y señaló uno de los bancos de hierro que daban al dique.

—Por favor, tome asiento —dijo—. Me gustaría saber cómo es posible que una mujer tan sensata como usted se dejara arrastrar para cometer ese tipo de infracción.

Banebridge puede ser implacable cuando quiere conseguir sus objetivos, pero me gustaría saber por qué accedió usted a ayudarlo.

Lydia pensaba que la respuesta era más que evidente.

—Porque había una persona en la aduana aceptando sobornos.

—¿Y qué decía de convertir el país en un lugar más seguro? —tanteó el almirante.

Desterrar el opio del país era la misión de Bane, no la suya. Pero hasta que él no le contó cuáles eran los ingredientes del jarabe de la señorita Winslow, Lydia no logró entender el alcance del problema. En las últimas dos semanas estaba dependiendo más que nunca de su frasquito azul. Aunque desde luego no sufría ninguna adicción —pensar eso era absurdo—, podía entender la atracción que ejercía el opio en los consumidores desprevenidos.

—Bane me contó que la medicina para bebés en proceso de dentición lleva opio —explicó—. El personal del orfanato donde crecí dispensaba esa medicina para aliviar todo tipo de dolencias. Se la daban a los niños que no querían dormir la siesta o que se portaban mal en clase. Ignoro si estaban al corriente de su contenido, pero ojalá no me hubieran dado a probar ni una sola gota —dijo con voz temblorosa.

Miró al almirante a los ojos.

—Nunca fui una niña enferma ni revoltosa, y el hecho de que las mismas personas que supuestamente debían cuidarme me dieran opio me parece espantoso. Así que *me alegro* de que haya hombres como Alexander Banebridge, dispuestos a luchar para que dejen de drogar a los niños.

No podía estar segura, pero le pareció advertir un ligero cambio de actitud en el almirante.

—¿Está al tanto de la pasada implicación de Banebridge en el tráfico del opio? —preguntó el almirante.

—Sí. Bane me lo contó todo.

—Entonces podrá entender por qué se siente tan obligado a acabar con el tráfico —dijo—. Necesita acabar con los demonios que él mismo contribuyó a liberar. Y hará lo que sea para conseguirlo. Aunque eso implique arriesgar la vida de una dama bondadosa e inocente como usted.

—¿Arriesgar mi vida? ¿No cree que está exagerando un poco?

El almirante frunció el ceño.

—Usted entró en la aduana al amparo de la oscuridad para registrar el despacho de un contrabandista. ¿Le parece poco? Bane estaba jugando con su seguridad, y eso es algo que un caballero jamás debería pedir a una mujer, sobre todo a una mujer a la que aprecia. Espero que no le esté atribuyendo una falsa noción de galantería romántica, porque estaría dispuesto a arrojarla a los leones para conseguir sus objetivos.

Había algo de cierto en sus palabras. Bane decía amarla, pero no hasta el punto de

abandonar su cruzada. Pero el almirante aún no había terminado.

—Desde el episodio de la aduana, he puesto fin a mi relación con Banebridge —dijo—. Admiro su intención de reformar las leyes contra el opio, pero no pienso tolerar los medios deshonestos que está utilizando últimamente.

—Cambiar las leyes puede llevar años —dijo Lydia—. Tal vez, décadas. ¿Me equivoco?

—Puede ser.

Lydia pensó en los niños que vivían en el orfanato Crakken. Lo más probable es que esa misma noche hicieran cola para tomar su dosis de jarabe, con el objetivo de garantizar una noche de sueño ininterrumpido. Cuando consiguieran cambiar las leyes para prevenir ese tipo de abusos, esos niños serían adultos y tendrían sus propios hijos. Puede que también ellos hicieran frecuentes visitas a la farmacia, como ella misma hacía, para comprar una botellita de aquella medicina tan eficaz.

—Yo creo que este asunto es demasiado importante para esperar.

Empezó a hablar con lentitud, sabiendo que su opinión era totalmente contraria a las creencias del almirante.

—He leído sobre los abolicionistas y sobre lo que hicieron antes de la Guerra Civil —dijo cautelosamente—. Trataron de proscribir la esclavitud por vías legítimas, pero su cruzada duró más de cien años antes de poderse resolver. Mientras tanto, otros abolicionistas recurrieron a medios ilegales: el ferrocarril subterráneo, el abordaje de los barcos negreros... Seguramente, usted no calificaría sus acciones de inmorales, por más que fueran ilegales.

Lydia miró cautelosamente al almirante, pero su rostro no se inmutó.

—¿Esa fue la táctica que usó Banebridge para convencerla de entrar en la aduana como un vulgar ladrón?

—No. Ni siquiera había pensado en ello hasta que dijo que nuestras acciones eran deshonestas e inmorales. Estoy dispuesta a admitir lo primero, pero no lo segundo.

—Entonces me temo que hemos llegado a un callejón sin salida —dijo el almirante—. Aprecio su punto de vista, pero debe entender que no lo apruebo, ni puedo apoyarla en ninguna acción que vaya en contra de la ley.

Sus palabras le dolieron, pero Lydia no quiso desviarse de su propósito.

—Si sabe cómo puedo ponerme en contacto con Alexander Banebridge, le agradecería que me lo dijera.

—Lo siento, señorita Pallas. Banebridge nunca muestra sus cartas, y ahora mismo no sé dónde está.

El almirante era incapaz de mentirle, de modo que su visita al astillero había sido en vano. Lydia se levantó, procurando ocultar su decepción.

—Gracias por su tiempo. Y, aunque todo haya acabado mal, gracias por darme la

oportunidad de trabajar en el astillero. Ha sido un auténtico privilegio.

Lydia recorrió la calle situada a orillas del río Charles, observando los diques, la fábrica de cabos y la fundición. Nunca más volvería a ver aquella zona tan querida para ella. Allí había aprendido a ganarse la vida y se había convertido en una mujer independiente. Y lo que era más importante, el astillero le había ofrecido la oportunidad de contribuir al país que la había acogido y le había proporcionado un refugio cuando no era más que una pobre huérfana. Ahora tendría que empezar una nueva vida pero, por alguna razón, no lograba imaginarla en un lugar tan maravilloso como ese.



CAPÍTULO 18

Lydia intentó correr por las calles pobremente iluminadas, con un ojo puesto en los adoquines helados y el otro, en los oscuros callejones, para asegurarse de no tropezar con algún marinero borracho. Las cuatro de la mañana no eran horas para estar en la calle, pero, si quería conservar su empleo en la panadería Stolinski, no le quedaba más remedio que darse prisa.

Hasta entonces, nunca había pensado cómo era posible que las tiendas tuvieran pan recién hecho y bizcochos calientes antes del amanecer. Ahora sabía por qué: todas las noches, un pequeño ejército de trabajadores se aventuraba por los callejones cubiertos de hielo para encender los hornos, acarrear enormes sacos de harina, amasar el pan y cargar las barras en los vagones de reparto. No es que le dejaran amasar el pan todavía. Ni siquiera era aprendiz de panadera. Su labor consistía en meter carbón en los hornos, frotar las enormes bandejas de metal que utilizaban los panaderos y mantener limpio el suelo. Al final del día estaba tan cansada que le costaba recorrer las tres millas de vuelta al Dragón Sonriente.

Lydia exhaló un suspiro de alivio cuando dobló la esquina y vio las luces brillando en el interior de la panadería Stolinski. La pequeña campanilla que había encima de la puerta tintineó al entrar, y la vieja señora Stolinski levantó la mirada de su libro de contabilidad.

—Otra vez llega tarde —dijo, lo bastante alto para que todo el mundo pudiera escucharla.

—Lo siento, señora. Había mucho hielo en la calle y apenas se podía andar.

—Hielo —murmuró la señora Stolinski—. Hay nueve trabajadores que tienen hielo en su camino, y todos llegan a su hora.

Lydia echó un vistazo al reloj del mostrador. Eran las cuatro y seis minutos. Por muy desagradable que fuera la señora Stolinski, lo cierto es que tenía razón. Lydia la miró a los ojos sin acobardarse.

—Siento llegar tarde —dijo—. Y agradezco que alguien haya sido capaz de encender los hornos por mí. —Lydia se quitó la capa y la colgó al lado de los abrigos de los demás empleados—. Prometo que no volverá a ocurrir.

Porque, a partir de ahora, ya no iba a vivir en el Dragón Sonriente. Aunque hubiera sido capaz de comprar su apartamento, el Dragón Sonriente quedaba muy lejos de su nuevo trabajo y era demasiado caro. No podía permitirse el lujo de vivir en su preciado apartamento. En la panadería le pagaban menos de un tercio de lo que ganaba en el

astillero, y sus gastos seguían siendo los mismos.

Ya había notificado a los Brandenburg que iba a abandonar el Dragón Sonriente. El plazo se había acabado y no había conseguido reunir el dinero suficiente para comprar su apartamento. El contrato le concedía dos semanas más para hacer la mudanza, y Lydia estaba utilizando ese tiempo para buscar otro lugar donde vivir.

Tal como se temía, estaba volviendo a caer en la pobreza.



La presencia de Karl a su lado fue lo único que le impidió arrojar su cartera en la nieve, derrumbarse sobre los adoquines y ponerse a llorar como una niña. Karl se había tomado la mañana libre para ayudarla con la mudanza, y no quería molestarlo con sus quejas. Además, ella nunca lloraba, y no iba a empezar precisamente ahora.

Esa misma mañana, Lydia cerró por última vez la puerta de su querido apartamento en el Dragón Sonriente. A excepción de lo que llevaba en la cartera y lo que Karl acarreaba en la espalda, había perdido todo lo que poseía en este mundo.

—¿Está segura, Lydia? —preguntó Karl una vez más—. Puedo pedir un carro prestado si desea llevar más cosas.

Lydia sacudió la cabeza. Adoraba a Karl, pero, cada vez que se ofrecía a ayudarla a salvar sus pertenencias, le daban ganas de echarse a llorar.

—Cuando vea la habitación que he alquilado, lo entenderá —le dijo.

La pequeña habitación venía amueblada con una cama, una mesita y un baúl para guardar la ropa. No había espacio para nada más. Desde luego, no había sitio para su butaca tapizada, donde le gustaba acurrucarse con un libro, ni para el armario tallado a mano que compró a una familia que se mudó al Oeste. Todo eso pensaba venderlo en una subasta esa misma tarde. El empleado le había dicho que obtendría unos cuarenta dólares de beneficios.

Cualquier cantidad sería bienvenida, pues seguía sin haber señales de Bane ni del dinero que le debía.

—¿Ni siquiera hay espacio para sus libros? —preguntó Karl—. Sé lo mucho que significan para usted. Seguro que encuentra un lugar donde colocarlos. ¿Tal vez debajo de la cama?

Karl se acomodó el saco de la ropa en la espalda. Luego la cogió por el codo para ayudarla a cruzar la calle.

A Lydia le dolía demasiado pensar en sus libros.

—Todos los objetos de valor los tengo aquí en mis brazos —dijo—. ¿Usted cree que se

puede resumir la vida de una persona por los objetos que decide conservar? Porque no creo necesitar nada más que esto.

Sus muebles habían desaparecido. Las cortinas que había cosido a mano habían desaparecido. No tenía cartas personales, ni fotografías, ni ninguna de las cosas que tendría una persona con una familia normal. Por un momento acarició la idea de conservar el libro de Lewis y Clark, pero sabía que ya no había lugar en su vida para estúpidas fantasías. Sin embargo, saberlo no le había impedido sentirse triste cuando tuvo que dejar el libro en la caja de objetos para vender. Los escasos tesoros que llevaba en sus brazos eran extremadamente valiosos para ella.

—He traído mi pequeña acuarela de la isla mediterránea —dijo—. Cuando la miro, me parece oler el mar salado y oír a mi madre cantando mientras mete el pescado en las cestas.

Le habría gustado decir algo más, pero pensar en aquellos días lejanos le ponía un nudo en la garganta y le daban ganas de llorar. La última vez que lloró fue en su primer día de escuela, pero entonces eran lágrimas de alegría. A pesar de las desgracias de los años siguientes, nunca se había venido abajo ni había llorado. Y no iba a empezar ahora.

Lydia siguió hablando, con la esperanza de reprimir el torrente de tristeza que amenazaba con inundarla.

—Ah, he traído también la fragata en miniatura que me regaló Willis el primer día de trabajo, cuando se dio cuenta de que solo entendía de barcos de pesca. No importa lo mal que acabó todo. Siempre recordaré con cariño los años que pasé en el astillero —dijo.

Lydia apretó el paso para no dejarse inundar por los recuerdos.

—También he traído la brújula que Bane me regaló —dijo—. Sé que Bane no es santo de su devoción, pero yo le tengo mucho aprecio. Me regaló una brújula porque decía que era demasiado cobarde para aventurarme en lo desconocido. —Lydia reprimió una carcajada—. Y tenía razón. Bane siempre tuvo razón en eso.

Karl guardó un respetuoso silencio mientras Lydia seguía divagando sobre Bane.

—Bane me ayudó mucho más de lo que pueda imaginar, y, aunque me duela, me alegro de haber conocido a una persona como él. No viene mal conocer a un granuja de vez en cuando. ¿No le parece?

Se secó los ojos, dispuesta a no derramar ni una sola lágrima. Luego estrechó su bolsa contra el pecho.

—Y he traído mi ejemplar de la Biblia —prosiguió—. Cuando cumplí dieciocho años, el orfanato Crakken me regaló cinco dólares y una biblia y me invitó a marcharme. Me gustaría mucho creer que Dios existe. Nunca he sido capaz de entender la Biblia, pero sé lo importante que es para Bane, así que voy a empezar a leerla.

Karl se detuvo para mirarla sin hacer caso de los transeúntes, que tuvieron que sortearles en medio de la calle.

—¿Bane le ha pedido que lea la Biblia? —preguntó, con un gesto de sorpresa en sus facciones nórdicas.

Lydia asintió.

—No muestra esa faceta a mucha gente, pero está ahí, y es muy importante para él. Bane es el hombre más delicado y valiente que he conocido en mi vida —dijo—. Me gustaría aprender de su ejemplo. La soledad es tan terrible que necesito creer en *algo*. — Las lágrimas amenazaban con derramarse, así que suspiró profundamente para intentar dominarse—. Me siento muy triste e inútil. Bane me contó que antes de encontrar a Dios se encontraba vacío por dentro. Yo también me siento vacía, por eso tengo que encontrar a Dios. Haré *lo que sea* para librarme de este dolor.

No quería que Karl la viera así, de modo que se dio la vuelta y empezó a andar otra vez. Karl se apresuró a seguirla.

—Antes me sentía una persona importante —dijo—. Pensaba que mi trabajo como traductora estaba beneficiando a la Marina. Pensaba que mis padres se sentirían orgullosos de mí. Ahora, lo único que hago es raspar residuos de carbón en el interior de un horno. Ya no sé para qué sirvo.

Karl se ajustó el saco en la espalda para poder descansar una mano en su hombro.

—Se sentirá triste y sola por un tiempo. Es lo que suele pasar cuando te rompen el corazón. Cuando llegue la primavera, verá que no es tan terrible. Se lo prometo.

Lydia no le creyó, pero habían llegado a la pensión Bayside para señoritas y se sentía incapaz de prolongar aquella conversación. Pagó a la patrona y firmó los papeles que indicaban que aquella destartada pensión sería su nuevo hogar.

Solo por esa vez, la patrona permitió que un hombre la ayudara a subir sus pertenencias a su habitación. Al entrar en el cuarto, un gesto de preocupación se dibujó en el rostro de Karl. Se había fijado en la mancha de humedad del techo y en la colcha desgastada que cubría la cama, pero hizo un esfuerzo para disimular su preocupación.

—Es un buen sitio, Lydia.

Ella asintió.

—Sí.

Karl dejó el saco en el suelo y, antes de marcharse, se volvió hacia ella.

—Si va a leer la Biblia, no empiece por la primera página. Lo más fácil es que se desanime. Empiece por el evangelio de san Juan. Es el más atractivo para los principiantes.

—Gracias, Karl —respondió Lydia.

Una vez sola, tardó menos de cinco minutos en desempaquetar sus escasas pertenencias. En la mesilla colocó la acuarela de la isla mediterránea y la biblia. La brújula se la guardó en el bolsillo. Después introdujo la mano en la cartera y sacó el único objeto que no había mencionado en su conversación con Karl.

En la estrecha repisa de la ventana, Lydia colocó su frasquito azul de jarabe para la migraña.



CAPÍTULO 19

Una de las ventajas de su nuevo empleo en la panadería era que su jornada terminaba a las dos de la tarde. Si se daba prisa, aún podría llegar a tiempo para coger el tranvía que llevaba al sur de Boston, donde pensaba hacer una visita que llevaba semanas planeando.

El vehículo, tirado por unos caballos, avanzaba lentamente por las calles heladas, y Lydia tardó una hora en llegar a su destino. Sus ojos se humedecieron al contemplar la lúgubre estructura que, durante nueve años, había sido su hogar. El edificio era una caja de ladrillos de tres plantas, con unas ventanas altas y estrechas. Las ramas desnudas de los castaños que rodeaban la construcción parecían negras contra el cielo plomizo.

Un aroma familiar a musgo y a pizarra mojada le trajo infinidad de recuerdos mientras se acercaba a la puerta principal. No era un sitio tan terrible para vivir. Nunca pasó hambre ni le pegaron, y los benefactores de la Familia Crakken insistían en proporcionar a los niños una educación sólida. Pero, aunque el orfanato estaba lleno de niños con las necesidades básicas cubiertas, era una institución desprovista de cariño, atención y amor.

Una mujer con la cara cubierta de pecas abrió la puerta en respuesta a su llamada.

—Me gustaría hablar con el director Collins —dijo Lydia.

—El señor Collins se jubiló hace años. Actualmente, el director del orfanato Crakken es el señor Barlow.

—Muy bien. ¿Podría hablar con el señor Barlow?

La mujer parecía reacia a dejarla pasar.

—Lo siento, pero me temo que sin cita no podrá recibirla.

La mujer hizo ademán de cerrar la puerta, pero Lydia introdujo un pie en el umbral.

—Por favor, he hecho un largo trayecto para llegar aquí. Es muy importante que hable con él.

Había algo familiar en aquella mujer. Pocas personas tenían ese cabello color zanahoria, y, aunque habían pasado casi diez años, Lydia reconoció a la niña que una vez fue su compañera.

—¿Eres Sarah? —preguntó, haciendo un esfuerzo para recordar su nombre—. ¿Sarah Longmire? Tú vivías aquí cuando llegué. Soy Lydia Pallas.

Sarah escrutó a Lydia hasta que al fin la reconoció.

—Tú eras la griega que no sabía hablar inglés, ¿verdad? —Una sonrisa se dibujó en su rostro—. Dios mío, hay que ver qué bien hablas ahora. No te quedes ahí, que hace frío.

—¿Cómo es que sigues viviendo en el orfanato? —preguntó Lydia mientras se quitaba la capa.

—Nada más irme, me casé, pero mi matrimonio no fue demasiado bien. Volví porque no sabía qué hacer. Ahora doy clase a los más pequeños. No me pagan mucho, pero al menos tengo un lugar donde vivir.

Lydia echó un vistazo a los sencillos muros de yeso. No había ningún tipo de decoración, ninguna señal que indicara que en aquel lugar vivían niños. Daba la impresión de que el orfanato Crakken apenas había cambiado. ¿Habrían dejado de drogar a los niños?

—Sarah, cuando vivía aquí, los empleados solían utilizar el jarabe calmante de la señorita Winslow. ¿Tú sabes si lo siguen usando?

Sarah asintió.

—Sí. Nada consigue tranquilizar mejor a los niños.

—Ya veo.

Lydia contempló el cielo plomizo desde la ventana y supo que tenía que hablar inmediatamente con la máxima autoridad de aquel lugar. Si quería regresar en el último tranvía, no le quedaba mucho tiempo.

—¿Podría ver al director? Es muy importante, de veras.

Sarah esbozó una triste sonrisa.

—Veré lo que puedo hacer, pero no te hagas ilusiones —dijo, antes de desaparecer por el pasillo.

Al cabo de unos minutos, Sarah acompañó a Lydia al despacho del director, donde le presentó a un hombre cadavérico, vestido con una vieja levita que le quedaba al menos dos tallas más grande para su estrecha figura.

—Gracias por recibirme con tan poca antelación —dijo Lydia, una vez que se quedó a solas con él.

—Normalmente prefiero una cita —dijo el señor Barlow, mirándola por encima de su nariz ganchuda—. En este lugar valoramos mucho la tradición, y la etiqueta recomienda solicitar una cita previa.

—Sí, por supuesto —murmuró Lydia, tragando saliva. No quería dejarse intimidar por aquellos ojos oscuros—. Viví muchos años en este orfanato, y me gustaría llamar su atención sobre un asunto médico. Hace poco llegó a mis oídos que un medicamento que se dispensa habitualmente en este orfanato contiene una dosis alarmante de opio. El personal administra esa droga a los niños para solucionar cualquier tipo de problema: desde una herida hasta una rabieta. Cuando yo vivía aquí, había niños que la consumían diariamente.

No se produjo ningún cambio en el rostro estrecho y alargado del señor Barlow. Se limitó a entrelazar las manos sobre el pecho mientras se reclinaba en su asiento.

—¿Y?

Su manera de preguntar le hizo sentir escalofríos. Lydia se aclaró la garganta.

—Como sabrá, el opio es una sustancia adictiva. Su deber es dejar de utilizar esa medicina de una vez por todas. Se llama «jarabe calmante de la señorita Winslow», y sé que el orfanato Crakken lo sigue utilizando.

El señor Barlow exhaló un profundo suspiro.

—Nuestros niños reciben una atención médica apropiada, y eso incluye cualquier medicina que nuestro personal considere necesaria. El jarabe calmante de la señorita Winslow es un medicamento muy respetado. Llevamos muchos años usándolo, y en este lugar valoramos la tradición.

—Me da igual que sea una tradición —dijo Lydia—. Ese jarabe es una droga peligrosa que puede hacer adictos a los niños.

Una vez más, sus palabras no hicieron mella en el señor Barlow.

—¿Y qué sugiere que hagamos?

—¡Tírelo por el desagüe! Busque otra manera de tranquilizar a los niños. Un paseo a media tarde, clases más reducidas... Cuando yo vivía aquí, éramos cuarenta niños para un solo profesor. Estoy segura de que un aumento de personal y un cambio en la rutina de ejercicios les harán mucho bien.

—En este lugar valoramos la tradición, señorita Pallas. No veo necesidad de una rutina de ejercicios que exponga sus delicados cuerpos al frío clima de Nueva Inglaterra. Y ahora, si me perdona, tengo que atender mi correspondencia.

Lydia se levantó bruscamente.

—¡No, no pienso perdonarle! ¡Las únicas personas que podrían perdonarle son los cientos de niños que yacen drogados detrás de estos muros de piedra!

Ahora estaba gritando, pero sus palabras seguían sin calar en el exasperante señor Barlow, que subió sus lentes y dirigió su atención a la carta que tenía encima de la mesa.

Bane nunca habría tolerado un desprecio semejante.

Su imagen surgió en su cabeza de repente. Era fácil imaginar qué habría hecho él en una situación parecida. Nunca habría perdido los nervios como ella. Era demasiado astuto para eso. Lydia trató de tranquilizarse, ordenó sus pensamientos y sonrió al señor Barlow, tal como Bane habría hecho.

—Me siento muy agradecida hacia el orfanato Crakken por la excelente educación recibida —dijo tranquilamente—. Ahora sé escribir lo bastante bien para expresar mi opinión con claridad, y pienso informar a la familia Crakken de su decisión de administrar opio a los niños para facilitar su trabajo. —Lydia empezó a atarse los lazos de la capa—. Y, si ellos no toman medidas, conozco a políticos y a pastores preocupados por las consecuencias del consumo de opio. Puede que la opinión pública consiga llamar la atención de las autoridades médicas competentes para que revisen las prácticas de este

orfanato.

Ni siquiera la referencia a la opinión pública consiguió alterar al señor Barlow, pero a Lydia no le importó, porque su amenaza iba en serio. Por fin había encontrado una causa por la que merecía la pena luchar, algo que daba sentido a su vida. Puede que su trabajo no pasara de rascar carbón en el interior de un horno, pero eso no implicaba que su vida no tuviera sentido.

Por primera vez en mucho tiempo, estaba empezando a recuperar su orgullo.



Lydia estaba agachada sobre la parrilla de carbón de uno de los grandes hornos de pan cuando la señora Stolinski la llamó por su nombre.

—Lydia, tiene visita.

Sorprendentemente, la mujer se mostraba mucho más amistosa después del ajetreo de la mañana. Lydia se limpió los restos de carbón en el delantal y se acercó a la puerta de la panadería. Una sonrisa iluminó su rostro al ver a Karl Olavstad delante del mostrador.

—¿Ha venido a comprar bizcochos para Willis? —bromeó.

Karl sonrió brevemente.

—No. He venido a traerle esto —dijo, deslizando un sobre blanco por el mostrador—. Bane vino esta mañana a la oficina. Me dijo que había añadido un poco más de dinero para compensar el retraso.

—Ya veo.

Lydia sostuvo el sobre crujiente entre sus manos, pensando que Bane acababa de tocar ese mismo sobre hacía tan solo unas horas.

—Compruebe que está todo —la apremió Karl.

Un rápido vistazo reveló un fajo de billetes de diez dólares.

—Sí, está todo.

También había una nota, pero no quería leerla delante de Karl.

—Si le hubiera enviado el dinero a tiempo, no la habrían echado de su apartamento —dijo Karl con voz sombría.

Lydia negó con la cabeza.

—Mi trabajo actual no me permite llevar ese tipo de vida. Y Bane no tiene la culpa de eso —Lydia cerró la solapa del sobre—. ¿Dijo algo más? ¿Mencionó otra cosa aparte del dinero?

—No, Lydia. Lo siento.

Habían pasado dos meses desde la última vez que vio a Bane, y seguía pensando en

él todos los días. ¿No debería haberlo superado ya?

—No tiene buen aspecto —dijo Karl.

Su comentario se quedó flotando en el aire. Lydia se recogió un mechón que le caía sobre la frente.

—Me levanto muy temprano —dijo—. Tengo que despertarme a las tres y media si quiero llegar a tiempo.

—No me refiero a eso —dijo Karl—. No sé cómo expresarlo...

Últimamente se encontraba fatal, y era evidente que estaba empezando a reflejarse en su aspecto. En el pasado, le bastaba tomar un sorbito de jarabe de la señorita Winslow para encontrarse mejor. Desde que sabía su contenido estaba intentando renunciar a él, pero todo era inútil. Tenía frecuentes dolores de cabeza, y por la noche, nada más quedarse dormida, se despertaba en medio de terribles pesadillas. Qué curioso que tuviera esas pesadillas precisamente cuando se sentía con fuerzas para renunciar al jarabe de la señorita Winslow. Las pesadillas eran tan espantosas que tenía que tomar un sorbito de jarabe para volver a conciliar el sueño. Esa noche había renunciado a la droga y, como consecuencia, no había pegado ojo. Puede que eso explicara sus profundas ojeras.

Cuando Karl se hubo marchado, Lydia abrió la nota de Bane, conteniendo la respiración y deseando que Bane quisiera reencontrarse con ella.

Pero no era así. Bane se disculpaba por el retraso en el pago, diciendo que unos negocios le habían obligado a viajar a Cuba y que el mal tiempo había retrasado su regreso. Esperaba que aquel retraso no le causara dificultades en la compra de su apartamento. Ni siquiera se había molestado en firmar.

Lydia dobló el papel con dedos temblorosos. No podía haber sido más impersonal y distante. Si lo que pretendía era subrayar lo poco que le importaba, lo había conseguido.

Nada más llegar a la pensión, Lydia tomó una enorme cucharada de jarabe de la señorita Winslow, tratando de aliviar el dolor de su cuerpo y de su alma.



CAPÍTULO 20

FEBRERO, 1892

Los copos de nieve golpearon el rostro de Bane como pequeños alfileres. El clima de Filadelfia no era agradable en febrero, pero el viento no hacía más que empeorar las cosas. Bane agachó la cabeza y se subió el cuello del abrigo mientras corría hacia la casa situada al final de la calle. Una capa de hielo cubría los escalones de la entrada, y Bane se aferró a la barandilla de hierro para subir. La nieve cubría el llamador metálico hasta su base. Tuvo que limpiarlo antes de dar unos rápidos y enérgicos golpes.

Mientras esperaba una respuesta, se dio la vuelta para observar el resto de las casas de aquel vecindario tan respetable. Al otro lado de la calle, una ventana brillaba con el fuego de una agradable chimenea. Una familia estaba reunida en un sofá, con varios niños sentados en el suelo. Una niña rubia estaba abriendo regalos. ¿Un cumpleaños tal vez? Desde luego, la niña parecía ser el centro de atención de sus padres. La caja bellamente envuelta que estaba a punto de abrir era casi tan grande como su pequeño cuerpo.

Por fin se abrió la puerta.

—¡Banebridge! Le agradezco que haya venido a pesar del mal tiempo.

Richard Algood abrió la puerta de par en par. A Bane le habría gustado saber qué había dentro de la caja, pero fuera hacía mucho frío, y tenía cosas más importantes en qué pensar que el regalo de una niña.

Se sacudió la nieve del abrigo antes de colgarlo en el perchero del estrecho vestíbulo. A continuación siguió a Richard hasta su pequeño despacho, situado en la parte de atrás de la casa. Nada más cerrar la puerta, decidió ir al grano.

—¿Cómo van las cosas?

Richard suspiró mientras tomaba asiento en la silla del despacho. Montones de papeles, libros y revistas farmacéuticas ocupaban la mesa de su escritorio.

—A menos que se produzca un milagro de aquí a abril, mi candidatura no tiene ninguna posibilidad. No ha habido ningún cambio al respecto.

Bane se apoyó en la pared del estudio. Aquel era su primer intento de reformar la industria farmacéutica desde dentro. La oportunidad se presentó por sí sola cuando conoció a Richard Algood, y Bane se apresuró a aprovecharla. Richard era uno de los pocos farmacéuticos dispuestos a apoyar las restricciones en la venta de opio en

farmacias, y Bane estaba haciendo todo lo posible para que fuera elegido presidente de la Asociación Americana de Farmacéuticos. Pero su propósito era una locura. Los farmacéuticos estaban a la cabeza de los comerciantes dispuestos a bloquear cualquier legislación que limitara la venta de opio en sus establecimientos, pero al menos la candidatura fallida de Bane les había obligado a reflexionar sobre el tema. Seguramente, Bane y Richard acabarían perdiendo la batalla, pero, a largo plazo, todo aquello serviría para promover su causa.

Bane cruzó los brazos sobre el pecho.

—Se me ha ocurrido otra manera de abordar el problema —dijo—. Si los farmacéuticos no quieren prohibir la venta de opio en sus establecimientos, ¿estarían dispuestos a limitar su uso por parte de los organismos gubernamentales? Por ejemplo, los orfanatos. El personal de los orfanatos está abusando de esa droga para hacer su trabajo más fácil. Y el de las escuelas también. Me imagino que los farmacéuticos estarían dispuestos a condenar una cosa así.

Richard se enderezó en su asiento.

—Qué curioso que mencione ese tema. Hace tan solo unas semanas recibí una carta de una joven exigiendo lo mismo. Nunca había oído hablar de ella, pero al parecer había leído un artículo mío sobre los peligros del jarabe de la señorita Winslow y pensó que podía contribuir con su ayuda. Me escribió con mucha elocuencia sobre los abusos cometidos con el opio en los orfanatos.

Richard rebuscó entre los papeles acumulados en la otra silla del despacho hasta que encontró la carta y se la entregó a Bane.

Bane se quedó sin respiración al ver la pulcra caligrafía del sobre. Podía reconocer esa letra en cualquier parte. Fingiendo indiferencia, sacó la carta y empezó a leer las apasionadas palabras de Lydia. *¿Qué madre daría una pipa de opio a sus hijos en caso de que tuvieran una herida en la rodilla o un simple resfriado?* El discurso de Lydia se prolongaba en ambas caras de la página, y describía la costumbre del orfanato Crakken de utilizar opio para solucionar cualquier tipo de dolencia. Lydia defendía que los jarabes aparentemente inofensivos que se comercializaban en atractivas botellitas no eran mejores que las pipas de opio de los fumaderos ilegales. Las manos de Bane empezaron a temblar mientras sostenían las páginas, que explicaban los sutiles horrores del uso del opio para calmar a los niños.

Ahí estaba su valiente y apasionada Lydia, siempre dispuesta a cumplir con su deber. A Bane le pareció escuchar su voz mientras leía sus palabras.

Hacía meses que no la veía, pero seguía pensando en ella todos los días. Cuando veía a una mujer con reflejos caoba en el cabello, pensaba en Lydia. Cuando se quedaba despierto por la noche, planificando su próxima campaña para el Congreso, imaginaba lo que sería tener a Lydia a su lado, compartiendo sus planes y su entusiasmo.

Esperaba que Lydia no siguiera pensando en él. Esperaba que conociera a un apuesto joven de Boston que le diera un montón de hijos, mientras él se convertía en un recuerdo distante. Era más fácil olvidarla pensando que estaba casada y feliz.

La voz de Richard vino a interrumpir sus pensamientos.

—Lo lamento, pero no puedo hacer nada por ella. Este tipo de asuntos los lleva el Gobierno, no la industria farmacéutica.

Costaría décadas cambiar las leyes, pero podía movilizarse a la opinión pública en cuestión de segundos. Y, para una institución de financiación privada como el orfanato Crakken, la opinión pública era muy importante.

Había varios periódicos que estarían dispuestos a publicar esa carta. Periódicos como el *New York Times* o la *Cruzada cristiana* tenían el poder suficiente para cambiar la opinión pública y movilizar a la gente. Y, casualmente, Bane conocía a las personas que dirigían la *Cruzada cristiana*.

—¿Podría quedarme con la carta?

No podía hacer mucho por Lydia Pallas, pero al menos podía conseguir que su voz fuera escuchada.



El almirante había ordenado a su hijo Jack que diera la mano a Lucy para que no se metiera en ningún lío y, aunque Jack solo tenía nueve años, eso le hacía sentir mayor. Su padre estaba demasiado ocupado estrechando la mano de otros adultos que habían acudido a la fiesta, así que Jack tendría que vigilar a Lucy para que no se perdiera en aquel museo tan grande.

Jack pensó que era muy extraño celebrar una fiesta en un museo, pero su papá le había dicho que el Museo de Bellas Artes de Boston abría por la noche en ocasiones especiales, y hoy era una de ellas. Había música de violín y todo el mundo iba muy bien vestido. Papá llevaba su mejor uniforme, uno azul oscuro con charreteras en los hombros y dos filas de botones dorados en la parte delantera de la chaqueta.

Cuando entraron por primera vez en el museo, recorrieron salas de cuadros y tapices y una habitación llena de estatuas de mujeres desnudas. Su padre le empujó para que pasara deprisa por aquella sala, pero Jack consiguió ver todas las estatuas. Ahora estaba atrapado con Lucy en aquel salón inmenso donde se celebraba la fiesta.

Antes, su padre solía llevarle a ver barcos o a contemplar los ejercicios de instrucción de los marines. Ahora iban a partidos de rugby en Harvard, a discursos políticos y a fiestas elegantes. Su padre se pasaba el día estrechando la mano de la gente,

y ya no tenía tiempo para Lucy y para él.

Jack se puso a observar los extraños dibujos de las paredes, que representaban un tipo de arte nuevo con manchas de pintura por todas partes. Eran tan malos que parecían obra de Lucy. Quería bajar a la sala egipcia, donde había sarcófagos con momias de verdad. Papá no quería que Lucy viera las momias porque pensaba que le darían miedo, pero Jack quería bajar de todas formas.

Como nadie les hacía caso, Jack se arriesgó a ponerse su sombrero. Papá le había dicho que tenía que quitárselo cuando estuviera en el interior de un edificio, pero Jack pensaba que aquella regla era una tontería. Le gustaba el sombrero que Bane le había regalado, y llevarlo le hacía sentir mejor.

Jack se agachó para ponerse a la altura de su hermana.

—¿Qué te parece si vamos a ver las momias? —susurró—. Dentro hay personas muertas de verdad. ¿Te gustaría bajar a verlas?

Lucy lanzó una mirada de preocupación a su padre y empezó a chuparse el pulgar. Jack le sacó el dedo de la boca.

—No seas bebé —le dijo—. Podemos escaparnos y volver sin que se den cuenta.

Cuando se incorporó para arrastrar a su hermana hacia la escalera, tropezó con un adulto.

—Lo siento, señor —dijo, ajustándose el ala del sombrero.

—Bonito sombrero, muchacho —dijo el extraño.

Jack se enderezó.

—Es un sombrero flexible del ejército —dijo, muy orgulloso—. Me lo regaló Bane.

El hombre se agachó un poco más, prestando a Jack mayor atención.

—Y ese tal Bane... ¿está en el ejército?

Jack frunció el ceño.

—La verdad es que no lo sé. Pero siempre que viene a vernos nos trae regalos. El mes pasado me compró un libro del ejército en la Guerra Civil, y el anterior, unas espuelas de verdad, como las que llevan los soldados de la caballería.

—Vaya. Qué generoso es ese tal Bane.

Jack asintió.

—En realidad no se llama Bane. Mi padre le llama Banebridge, pero nosotros siempre lo llamamos Bane. Lo conozco desde que era pequeño.

Como el hombre parecía tan interesado, Jack le enseñó cómo se enrollaba el ala del sombrero para que los soldados pudieran caminar con el rifle sin tropezar con ella.

Lucy estaba inquieta, pero Jack siguió hablando porque le gustaba que los adultos le hicieran caso. Pero perdió la oportunidad de escaparse a ver las momias, porque su padre los vio y empezó a avanzar hacia ellos.

También el extraño pareció darse cuenta, porque dijo:

—Te dejo con tu padre. Eres un chico muy bueno. Espero que pronto volvamos a vernos.



El profesor Edward Van Bracken se quedó mirando al almirante y a sus dos hijos mientras se dirigían al extremo del salón, donde una soprano estaba a punto de actuar. Una sensación de triunfo recorrió todo su cuerpo, pero procuró disimularla bajo la máscara de amabilidad que había ido perfeccionando con los años.

Por fin había encontrado algo que Bane amaba de verdad.



CAPÍTULO 21

Bane se aproximó con cautela al astillero. Después de lo que había ocurrido con Lydia el otoño pasado, el almirante no había querido saber nada más de él. Era difícil olvidar su expresión de desprecio cuando le ordenó que se mantuviera alejado del astillero, por eso le había sorprendido recibir un telegrama suyo, suplicándole que volviera a Boston lo antes posible.

Y había algo aún más raro: Eric le había citado en su residencia privada en lugar de en su oficina. ¿Qué estaba haciendo en su casa un martes por la tarde?

Tres hombres armados hacían guardia en la puerta de la mansión. Bane los miró con curiosidad mientras subía las escaleras.

—¿Qué ocurre? ¿Nos han invadido los ingleses? —bromeó.

Los hombres le miraron con cara de pocos amigos. Uno de ellos lo acompañó al interior de la casa mientras los otros dos permanecían en su puesto.

La casa estaba extrañamente silenciosa mientras el guardia lo escoltaba hasta el despacho privado del almirante. Bane abrió la puerta y vio a Eric de pie, al lado de la chimenea.

—¿Me echaba de menos? —preguntó.

Eric atravesó la habitación y le propinó un fuerte puñetazo en la mandíbula. La cabeza de Bane se echó hacia atrás por la fuerza del golpe.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó—. ¿Qué le ha hecho a mi hijo?

A pesar del dolor, Bane renunció a defenderse. Se limitó a mirar a Eric con expresión de sorpresa mientras hacía un esfuerzo por recuperar el control. Hacía doce años que conocía al almirante Fontaine, y nunca le había visto perder los nervios de esa manera.

—Mi hijo ha desaparecido —dijo Eric secamente—. Me dijeron que acudiera a usted en busca de respuestas.

Bane se frotó la mandíbula, intentando accionar los músculos.

—No sé de qué me habla.

—Puede que esto le ayude a averiguarlo —dijo Eric, arrojándole un sobre al pecho.

Bane atrapó el sobre color crema antes de que cayera al suelo. La nota que había en su interior era breve, educada e implacable:

A partir de ahora, Jack Fontaine será un invitado de honor en mi casa. Si desea conocer el resto de los detalles, le sugiero que se ponga en contacto con Alexander Banebridge.

Bane sintió un nudo en el estómago y se apoyó en el marco de la puerta. ¡El hijo de Rachel! Después de tantos años, su peor pesadilla se estaba haciendo realidad. El Profesor había descubierto su punto débil e iba a por él.

Adjunto a la nota había un pequeño recorte de periódico. Hablaba de un proyecto de ley para restringir el opio en los preparados médicos, que iba a presentarse próximamente en el Congreso. El Profesor había hecho una breve anotación al margen:

Dígale a Bane que ponga fin a todo esto. La salud de su hijo depende de ello.

—¿Cuándo desapareció? —preguntó Bane con un hilo de voz.

—Hace dos días —respondió Eric con voz sombría—. Me enviaron la nota la noche de su desaparición.

Bane le devolvió la nota, sintiendo una avalancha de culpabilidad. Apenas podía mantenerse en pie. Hizo un esfuerzo para ocultar sus emociones y cruzó la habitación para mirar por la ventana. La imagen de la nieve cayendo sobre la calle formaba un agudo contraste con el miedo que se estaba apoderando de él.

—Cierre la puerta —dijo suavemente.

Su mente barajó distintas posibilidades, que fue desechando antes de llegar a formularlas del todo. No sabía cómo decirle lo que le había pasado a su hijo. Las posibilidades de rescatarle eran tan escasas que no merecía la pena planteárselas.

Miró a Eric a los ojos.

—El hombre que ha secuestrado a Jack es el profesor Van Bracken, el traficante de opio del que le hablé hace años.

—¿Y qué motivos tiene para raptar a *mi* hijo? —preguntó Eric.

—De alguna forma ha descubierto que su familia es importante para mí —dijo Bane—. No sé cómo, pero lo sabe.

En realidad, no importaba cómo había descubierto el Profesor la existencia de Jack Fontaine; lo único que importaba era encontrar una solución.

—Estoy dispuesto a pagar el rescate —dijo Eric.

—No es eso lo que quiere —dijo Bane débilmente.

—¿Entonces qué es?

La pregunta se quedó flotando en el aire. Bane no sabía cómo explicarlo sin herir a su amigo.

—Lo que quiere es controlarme.

La respuesta del almirante fue inequívoca.

—Entonces haga lo que le pida.

No se trataba de una petición; era una orden. Eric señaló el recorte de periódico.

—Si lo que quiere es detener el proyecto de ley, hágalo.

—No es tan sencillo —Bane se dio la vuelta para mirar la nieve. No podía soportar la angustia que sus siguientes palabras iban a causar en el almirante—. Si hago lo que me pide, la seguridad de su hijo no correrá ningún riesgo, pero eso no implica su liberación. Al Profesor le gusta retener a sus rehenes durante años para garantizar la obediencia de sus familiares.

La mayoría de las veces, Van Bracken retenía a sus rehenes durante diez años o más. Lo más probable era que Eric no volviera a ver a su hijo hasta que fuera un adulto.

—Eso es inaceptable —dijo Eric.

Bane era incapaz de darse la vuelta.

—Lo rescataré. Se lo prometo. Aunque sea la última cosa que haga en la vida.

Ahora que se había recuperado del susto inicial, su mente se puso otra vez en funcionamiento. Negociar con Van Bracken era imposible. Sobornar a los criados del Profesor era una opción, pero también corrían el riesgo de sufrir chantaje. Eric quería recuperar a su hijo inmediatamente, y eso no iba a ocurrir. Necesitaría semanas e incluso meses para estudiar la mansión, observar a los criados y planear una estrategia.

—Sospecho que el Profesor tiene encerrado a su hijo en su mansión de Vermont —dijo.

La voz de Eric sonó como un latigazo.

—En ese caso iré con un ejército privado y lo rescataré.

—*No se le ocurra hacer una cosa así* —dijo Bane—. El Profesor tiene planes de emergencia para todo, y su hijo no conseguirá sobrevivir a un intento de rescate como ese.

Sabía exactamente lo que pasaría si alguien osaba traspasar la fortaleza del Profesor en Vermont. No quedarían ni los huesos ni los dientes de los rehenes. Detrás de la mansión había un pozo que se había secado con el paso de los años. Al lado del pozo, el Profesor guardaba unas latas de queroseno. Si el ejército de Fontaine conseguía entrar en la propiedad, sus secuaces arrojarían al chico al pozo antes de que el ejército pudiera salvarlo. No quedaría ni una sola prueba para denunciarlo.

Bane miró a Eric.

—El Profesor tiene espías por todas partes. Si se entera de que existe un plan de rescate, eliminará la única prueba que puede incriminarlo. No asuma ese riesgo. Concédame el tiempo necesario para planear las cosas con cuidado y *le traeré* a Jack sano y salvo.

Lo más probable era que Jack tuviera que enfrentarse a varios meses de cautiverio, y Bane necesitaba entender sus cualidades y sus puntos débiles. A lo largo de la hora siguiente, planteó a Eric preguntas interminables sobre su hijo. ¿Cualidades? Jack era un

niño muy listo y poseía un talento natural para los idiomas. También tenía un gran sentido del humor, al que solía recurrir en momentos de dificultad. En cuanto a sus puntos débiles, su vista era deficiente y necesitaba lentes para leer, que perdió cuando lo secuestraron. No mostraba ningún respeto por las normas y era cabezota hasta llegar a la intransigencia.

Bane rezó para que Jack recurriera a su sentido del humor y este le ayudara a pasar los meses siguientes, porque, si había algo que el Profesor no soportaba, eran los niños cabezotas.



Bane se bajó el gorro para taparse la cara. Con su viejo chaquetón y sus pesadas botas, parecía un marinero más de los miles que paseaban por el puerto de Boston. Estaba apoyado en la rugosa pared de ladrillo de una imprenta, enfrente de la panadería donde trabajaba Lydia.

Lydia salió de la panadería a las dos en punto, justo cuando acababa su turno. Bajó las escaleras sin verlo, se abrochó la capa y se dirigió a casa.

No tenía buen aspecto. Su rostro estaba pálido y demacrado, como si no hubiera dormido en una semana. ¿Sería porque no se había acostumbrado a vivir en la nueva pensión? ¿O porque había perdido su trabajo en el astillero? Cuando Karl le contó que la habían despedido, estuvo enfermo durante días. Pensaba que Lydia habría vuelto a florecer en su ausencia, que habría encontrado otro reto al que hincarle el diente. En vez de eso, se estaba matando a trabajar en una panadería. Y todo por su culpa.

No tenía derecho a volver a meterla en aquel lío. Lydia ya había sufrido bastante. Y, sin embargo, allí estaba, planeando nuevas formas de arriesgar su vida, y todo por su venganza personal contra el Profesor. Pero ya no podía echarse atrás. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera para rescatar a Jack Fontaine, y eso suponía implicar a Lydia. Bane se subió un poco más el cuello del abrigo y empezó a seguirla.

El Profesor tenía encerrado al chico en su mansión de Vermont. Bane había conseguido sobornar al dependiente del mercado que llevaba la compra semanal a la casa. Gracias a eso pudo examinar las listas de provisiones que el mercado enviaba regularmente a la mansión. En ellas descubrió el envío regular de libros escolares para niños. El mozo le contó que llevaban años enviando esos libros, lo que le llevó a pensar que había al menos otro rehén más en la mansión. En la lista de la semana anterior había un pedido muy curioso: unas lentes de montura pequeña. Sin duda, aquellas lentes eran para Jack Fontaine.

Ahora que sabía dónde estaba Jack, había llegado el momento de poner en marcha el resto del plan. Y para eso necesitaba a Lydia.

Pensaba que iría directa a la pensión pero, para su sorpresa, Lydia tomó asiento en un banco de hierro para esperar el tranvía. Cuando el vehículo se detuvo delante de ella, Lydia llamó la atención del conductor.

—¿Va a parar en la biblioteca pública? —preguntó.

El conductor asintió y Lydia se subió al tranvía.

No quería abordarla en un vehículo público. Ahora que sabía adónde iba, esperaría un tiempo y subiría en el próximo vagón.



Lydia se sentía avergonzada de lo poco que sabía.

Le gustaba pensar que era una persona instruida, pero allí estaba, sentada en la cavernosa sala de lectura de la Biblioteca Pública de Boston, peleándose con la terminología de un manual de medicina. El manual era el único libro que había conseguido encontrar sobre la adicción al opio. No se atrevía a preguntar al bibliotecario, un hombre serio y delgado, si había otro libro sobre el opio un poco más fácil de entender. ¿Qué habría pensado de ella si preguntaba una cosa así?

Pero necesitaba aprender, así que siguió peleándose con la densa terminología, buscando información sobre los efectos de la dependencia del opio y su abstinencia. La sección sobre la abstinencia mencionaba síntomas como la ansiedad y el insomnio, y Lydia sufría ambas cosas. ¿Pero quién no estaría ansioso después de perder el trabajo y la casa? El libro seguía describiendo otros síntomas, como náuseas, paranoia, molestias abdominales y otros efectos. No tenía ninguno de esos síntomas, así que no era una adicta. Estaba pasando por un período difícil, y la ansiedad y el insomnio eran completamente normales en un momento como este. No había de qué preocuparse. Lydia se enderezó y exhaló un suspiro de alivio.

Entonces lo vio.

Sentado dos mesas más allá, mirándola desde el extremo de la sala de lectura, estaba Alexander Banebridge.

La tristeza se reflejaba en su rostro mientras la miraba fijamente, sin moverse. Lydia supo que su presencia allí no era una coincidencia. Habían pasado meses desde la última vez que lo vio, pero allí estaba, mirándola con toda la nostalgia del mundo.

Lydia bajó la mirada. Ninguna mujer sensata querría volverlo a ver. Los últimos meses los había pasado dando tumbos, sintiendo como si le hubieran arrancado el

corazón porque Bane no había querido darle una oportunidad. La tentación de marcharse era muy grande. Cuando por fin había recuperado algo parecido a una vida normal, venía él a sembrar el caos una vez más.

Pero, si realmente la quería —si estaba dispuesto a dejarla vivir a su lado y a asumir los riesgos y las alegrías que implicaban una vida juntos—, tenía que saberlo.

Lydia cerró el manual de medicina, cogió su capa y se acercó a su mesa. La sala estaba silenciosa, a excepción del roce de las páginas, así que se sentó frente a él, se inclinó hacia delante y susurró:

—Pensaba que tendrías cosas mejores que hacer que mirarme como un adolescente. Es muy molesto.

Bane arqueó una ceja.

—¿Lo dices porque soy mucho más guapo que tú?

—No tendría que haberte dicho eso.

Bane sonrió tristemente.

—Probablemente, no.

Qué fácil era caer en las mismas bromas. Bane era la única persona que compartía su mismo sentido del humor, y volver a estar a su lado resultaba extrañamente reconfortante. Pero también era peligroso. No por las razones que él creía, sino porque Lydia ignoraba si podría soportar otro rechazo.

—¿A qué has venido? —susurró.

Secretamente, deseaba que Bane le dijera que la había echado de menos, que pensaba en ella todos los días al despertar y antes de dormir. Que había cometido un error y que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para recuperarla.

—Necesito un traductor.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo en voz alta.

Sus palabras hicieron eco en los inmensos techos y en los suelos de mármol. Todas las cabezas se giraron para mirarla. El bibliotecario se levantó y le lanzó una mirada de advertencia.

Bane se inclinó hacia delante y dijo suavemente:

—Lydia, te necesito.

—No, no es cierto. Lo que necesitas es un *traductor* —susurró Lydia con rabia.

Hubo más miradas de desaprobación a su alrededor, pero Lydia no tenía ningún interés en prolongar aquella conversación. Si le hubiera propuesto montarse con él en un barco con rumbo desconocido, no habría dudado ni un momento. Pero no estaba dispuesta a traducir ni un documento más. Lydia se dirigió a la puerta con Bane detrás.

Una ráfaga de aire frío le golpeó el rostro al salir a la calle Boylon. Lydia se ató las cintas de la capa y se dirigió a buen paso a la parada de tranvía más cercana.

—¿Por qué no vamos a un sitio donde podamos charlar tranquilamente? —propuso

Bane—. Hay un café al otro lado de la calle.

—No puedo permitírmelo.

—Yo invito.

Lydia se detuvo tan bruscamente que Bane se tropezó con ella.

—No me refiero a eso y lo sabes. Perdí mi trabajo por tu culpa. ¡Perdí *mi* apartamento por tu culpa!

Bane palideció al oír sus palabras. Como normalmente era tan frío, ver aquella tristeza ensombreciendo su rostro la ayudó a recuperar la compostura. Le dieron ganas de consolarlo, lo cual era una locura. Lydia se dio la vuelta y siguió andando hacia la estación. Si pasaba un segundo más con él, corría el riesgo de verse atrapada otra vez. Apretó el paso, sorteando a unos escolares y a dos hombres de negocios que bloqueaban la acera.

Bane la agarró del brazo y la obligó a mirarlo.

—Pégame.

—¿Qué?

El ruido del tráfico le hizo dudar si había oído bien, pero Bane se señaló la mandíbula con el dedo.

—Adelante. Retrocede, toma impulso y pégame bien fuerte. Los dos sabemos que lo tengo merecido.

—No seas ridículo.

Pero Bane no quiso echarse atrás.

—Yo soy el responsable de haberte metido en este lío, y hace meses que me siento culpable. Si pegarme te hace sentir mejor, hazlo. Adelante, pégame bien fuerte.

Los apresurados transeúntes tropezaban con ella. Lydia se sentía ridícula de pie en medio de la acera, discutiendo con el hombre que le había partido el corazón.

—No quiero pegarte, Bane. No quiero hablar contigo. Ni siquiera quiero *mirarte*. Solo te pido que me dejes en paz.

Volvió a encaminarse a la estación, pero Bane la siguió.

—Una vez me contaste que te habría gustado parecerte a los grandes exploradores —dijo—. Que querías hacer algo importante en la vida, algo que nadie más hubiera hecho.

—Estúpidas fantasías de una jovencita con demasiado tiempo libre.

Pero, durante varias semanas maravillosas, Lydia se había sentido su cómplice en una noble cruzada. Era un sentimiento poderoso y emocionante, pero ahora Bane solo quería utilizarla.

—Hay muchas personas en esta ciudad que hablan los idiomas que necesitas. Solo tienes que elegir a una y contratarla —dijo, aparentando indiferencia.

—Solo tú puedes hacerlo —dijo Bane—. La vida de al menos dos niños depende de ello, y sé que puedes ayudarme a salvarlos.

Lo dijo con tanta sinceridad que, sin poder evitarlo, Lydia se sintió intrigada.

Se detuvo en medio de la acera y se dio la vuelta para mirarle, escrutando su rostro para buscar alguna señal de engaño o astucia. Pero solo vio a un hombre que la miraba con una mezcla de esperanza y desesperación.

Era una locura, pero seguía queriéndolo. Y, en el fondo, sabía que él también la quería. El pasado otoño, Bane la había rechazado porque le daba miedo dejarla entrar en su mundo. Pero ahora le estaba volviendo a abrir la puerta. Solo era una pequeña rendija, pero para ella era suficiente. Si conseguía colarse en su interior, hacerse imprescindible y demostrarle que era lo bastante valiente para vivir en su mundo, puede que un día la dejara quedarse. La única manera de conseguirlo era entregarse a él con los brazos abiertos y demostrarle que no estaba asustada.

—Vamos a comer —dijo.



Desgraciadamente, el plan de Bane la dejó muy asustada.

Los dos tomaron asiento en el pequeño café que él había propuesto, mientras Bane le explicaba que el hijo del almirante había sido secuestrado por el Profesor, el mismo hombre que le había secuestrado a él.

—El almirante debe de estar destrozado —susurró Lydia con voz temblorosa.

No importaba cómo se había portado con ella. El almirante era un buen hombre que adoraba a su familia. Solo había visto a sus hijos desde la distancia, pero el amor de su padre era incuestionable.

—Sé que al menos hay un niño más viviendo en la mansión —dijo Bane—. Hace dos años, el inspector de aduanas del puerto de Nueva York perdió a su hijo Dennis en un secuestro, y creo que el niño sigue allí.

Todo aquello parecía sacado de una novela gótica de terror. Bane describió la mansión como una fortaleza situada al norte de los bosques de Vermont, cerca de la frontera con Canadá, donde el Profesor atesoraba su preciada colección de libros raros.

Bane tenía un plan para que Lydia lograra infiltrarse en la mansión.

—El pasado enero, el Profesor adquirió un manuscrito excepcional, una copia del siglo IX en griego bizantino de un escrito del siglo I. Lo encontraron unos arqueólogos que estaban explorando un monasterio abandonado en la península de Anatolia. Nada más comprarlo, el Profesor se lo llevó inmediatamente a su fortaleza de Vermont.

Lydia sintió un nudo en el estómago.

—¿Y qué tiene que ver todo eso conmigo?

—Hace dos semanas, llegó a mis oídos que el Profesor anda a la caza de un traductor. Quiere a una persona que esté dispuesta a trasladarse a Vermont para traducir el manuscrito allí.

—Imposible —dijo Lydia—. El griego bizantino no tiene nada que ver con el griego actual. No estoy cualificada para hacer ese trabajo.

Pero Bane no se dio por vencido.

—Lydia, he hablado con un comerciante de libros raros que me ha dicho que no es tan difícil como el griego clásico. Me vendió un libro que contiene unas tablas de transcripción que pueden ayudar a cualquier persona que domine el griego moderno a entender el griego bizantino del siglo IX —Bane colocó el delgado volumen en la mesa, justo delante de ella—. Sé que puedes hacerlo.

Lydia abrió el libro y se puso a pasar las páginas hasta que encontró un texto en griego bizantino. Daba igual que hubiera estado en chino, porque no entendió ni una sola palabra.

—Será un desastre. No puedo hacerlo —dijo—. Nunca podré hacerme pasar por una experta. No querrá contratarme.

Lydia empujó el libro hacia él, pero Bane volvió a deslizarlo sobre la mesa.

—Estás muy equivocada —dijo con voz rotunda—. Puede que el Profesor *piense* que está buscando a un experto en lenguas antiguas, pero en realidad se le puede engañar muy fácilmente. Sobre todo una persona que finja compartir su desmesurada pasión por los manuscritos raros. Lo único que tienes que hacer es demostrarle que conoces las nociones básicas y luego llevar la conversación al mundo de los libros antiguos.

Lydia contempló su taza de café intacta. Estaba tan nerviosa que se sentía incapaz de introducir ninguna sustancia en su estómago.

—Sé tanto de libros raros como de griego bizantino.

Pero Bane no se dio por vencido.

—Pero aprender sobre libros raros es más fácil. Yo te enseñaré todo lo que necesitas saber. No te costará conseguir el trabajo.

Lo dijo con tanta convicción que era imposible no creerle.

—¿Y una vez dentro de la casa?

—Ahí es donde empieza el verdadero trabajo —dijo Bane—. Tienes que averiguar dónde están encerrados los niños y enterarte de sus horarios. Estarán muy vigilados, por lo que no serás capaz de llevártelos así como así. Probablemente no podrás verlos ni hablar con ellos, así que tardarás un tiempo en reunir la información que necesito. Tenemos que pensar un método para que puedas comunicarte conmigo.

Bane se inclinó sobre la mesa y estrechó sus manos entre las suyas.

—No estaré muy lejos de la mansión.

Y eso fue suficiente para convencer a Lydia. Ahí fuera había dos niños aterrorizados

que necesitaban su ayuda. También Bane la necesitaba. Estaba dispuesta a demostrarle que no era una palomita inocente, demasiado asustada para vivir en su mundo. Si quería entrar en su vida, tendría que demostrar que era tan valiente como él.

Lydia le estrechó la mano y lo miró fijamente a los ojos.

—Enséñame todo lo que necesito saber.



CAPÍTULO 22

A quella noche, Lydia regresó muy tarde a su pensión.

—Esta mañana ha llegado un paquete para usted —dijo la patrona cuando entró por la puerta—. Se lo he dejado en su habitación. Qué joven tan encantador —dijo la mujer con un ligero rubor en las mejillas.

Lydia parpadeó. Su patrona solía ser tan risueña como un dóberman, pero hoy le brillaban los ojos y estaba tan nerviosa como una colegiala. Era evidente que aquello era obra de Bane. Cuando se lo proponía, era capaz de encantar a una serpiente.

Picada por la curiosidad, Lydia metió la llave en la cerradura de su puerta desvencijada y la abrió. Su lóbrega habitación tenía el aspecto de siempre, con su triste colcha y su escaso mobiliario, salvo un paquete envuelto en papel marrón que descansaba en medio de la cama.

La letra de Bane aparecía garabateada en la parte superior del paquete:

No pude recuperar tus muebles, pero al menos fui capaz de salvar esto.

Lydia desató la cuerda, abrió el papel y vio su adorado libro de Lewis y Clark.

Por un instante se quedó sin respiración. El libro había sido vendido el otoño pasado en una subasta, junto al resto de sus muebles. Lydia lo estrechó contra su pecho. Seguía conservando su cubierta descolorida, y su suave textura resultaba reconfortante. No hacía falta que Bane se hubiera tomado la molestia de recuperarlos, pero le encantaba que lo hubiera hecho. En los años difíciles que trabajó en la fábrica de conservas, aquel libro había sido su única salvación.

Por mucho que deseara sumergirse en las páginas de su libro favorito, el manual de traducción que Bane le había entregado en el café debía ser su única prioridad. Solo disponía de una semana para memorizar el alfabeto griego bizantino y la gramática.

El texto era terriblemente difícil. En general, las raíces de las palabras parecían las mismas, pero la sintaxis era diferente. Las extrañas letras y los curiosos signos diacríticos no tenían sentido para ella. Lydia se quedó mirando la misma frase durante diez minutos, pero fue incapaz de desentrañar su significado sin ayuda de las tablas de transcripción.

Sola en su cuarto, sin la firme resolución de Bane, sintió que su confianza se desmoronaba. ¿Cómo demonios iba a aprender griego bizantino en tan solo unos días? Una oleada de ansiedad recorrió su cuerpo. Se levantó y empezó a dar vueltas por el

estrecho espacio de su habitación mientras se retorció las manos, pero la ansiedad siguió extendiéndose por su espina dorsal y sus brazos. Conocía demasiado esa sensación para saber que ni pasear ni retorcerse las manos serviría de nada.

En la semana siguiente tendría que aprender no solo griego bizantino, sino todas las menudencias del mundo de los manuscritos. Lydia pensó que lo mejor era enfrentarse a las cosas poco a poco. Ya dejaría el jarabe de la señorita Winslow una vez que hubiera rescatado a Jack Fontaine. Así que destapó el frasquito azul que reposaba en la repisa de la ventana y tomó un sorbo, suspirando al notar la sensación de alivio que se extendía lentamente por su cuerpo. Si alguna vez había necesitado un poco de valor, era precisamente ahora.



Bane escrutó el rostro de Lydia, que estaba contemplando un viejo grabado de la isla griega de Serifos. El grabado se remontaba a 1790 y no era especialmente valioso, pero su dedo recorrió con suavidad el borde del documento, que representaba a dos dragones retozando en el litoral de la isla. Sus ojos alegres examinaron todos los detalles de aquel mapa fabuloso.

—Es una pena tener que regalar un mapa tan bonito al profesor Van Bracken —dijo—. No me importaría quedármelo yo.

Al ver que la camarera les traía la comida, Bane despejó la mesa de libros y papeles. Llevaba varios días citándose con Lydia en el café Long Wharf para hablarle del mundo de los manuscritos antiguos y las manías del profesor Van Bracken.

—Te compraré una docena cuando termine todo esto —dijo—. Pero esa cara de fascinación que has puesto cuando te mostré el mapa... por favor, trata de conservarla cuando hables con el Profesor de manuscritos antiguos.

Había comprado el mapa para que Lydia lo llevara el día de su entrevista, como regalo para el Profesor. No era muy habitual hacer una cosa así, pero Bane quería sorprenderlo. Aquella sencilla antigüedad era la mejor manera de demostrarle que Lydia era su alma gemela. Bane señaló el defecto provocado por el agua que estropeaba una esquina del mapa.

—Dile que tu padre trabajaba para un comerciante de mapas en Grecia. Discúlpate por el mal estado del mapa y cuéntale cómo ayudaste a tu padre a rescatar montones de mapas y grabados raros de una inundación. Como recompensa, el dueño de la tienda le permitió quedarse con cualquier mapa que estuviera dañado. A Van Bracken le encantará la historia. Le llevará a *identificarse* con el mapa.

—¿Identificarse con un trozo de papel? ¿Estás de broma? —preguntó Lydia.

—En absoluto. El profesor Van Bracken se ha propuesto rescatar todo tipo de documentos raros, ya sea de una inundación o de la gente vulgar que no sabe apreciarlos tanto como él.

Había mucha información que inculcar en la cabeza de Lydia, y solo le quedaban dos días para hacerlo. Van Bracken había respondido a la solicitud de Lydia para ocupar el puesto, y los dos iban a encontrarse en el Ateneo de Boston el jueves por la mañana para discutir los detalles.

—Al igual que otras personas adoran a sus hijos, Van Bracken adora sus libros —dijo Bane—. Nunca mostrará suficiente curiosidad o admiración por sus tesoros. En algún momento de la entrevista, sugiere que la gente que no ama los libros es ignorante y estúpida. Dile que en realidad te compadece de ellos, porque son incapaces de apreciar la belleza.

—Solo una persona vanidosa diría una cosa así.

Bane sacudió la cabeza.

—Deja de pensar por ti misma; piensa como pensaría Van Bracken. El documento griego que quiere traducir tiene cerca de mil años de antigüedad. El Profesor no quiere que su preciado manuscrito lo manosee un traductor maleducado que solo pretende ganarse unos dólares. Demuéstrale que eres su alma gemela.

Bane contempló a Lydia, que removía distraídamente su taza de café frío. La luz de la mañana arrojaba destellos rojizos en su cabello. Solía bromear diciendo que él era el más guapo de los dos, pero, en realidad, no había mayor espectáculo que Lydia Pallas. Hasta la manera que tenía de sostener la cabeza en su fino cuello era una encantadora mezcla de gracia y resolución.

Le habría gustado estrecharla entre sus brazos y no dejarla marchar, pero eso habría sido imperdonable. Lydia estaba fuera de su alcance. No importaba que estuviera dispuesta a retomar su relación. No podía permitirse tener a una mujer como ella a su lado. Hasta tener que instruirla en el arcano mundo de los manuscritos era una sutil forma de tortura para él. Todo en ella le gustaba. Su humor, su inteligencia, hasta su manera minuciosa de colocar los cubiertos sobre la mesa.

Pero ya era hora de quitarse esos pensamientos de la cabeza. Bane enrolló el mapa y lo guardó en su funda.

—Cuéntame cómo va tu estudio del griego antiguo.

Cualquier cosa que sirviera para quitarse de la cabeza las ganas que tenía de llevársela a una isla del Caribe.

Lydia frunció los labios.

—No quisiera encontrarme con el hombre que sugirió que aprender griego bizantino no es tan difícil —dijo—. Las tablas de transcripción son la clave para transformar los

extraños símbolos en las letras griegas actuales. He intentado memorizarlas, pero es inútil. Tardaría por lo menos un año en dominar la lengua. No creo que sea capaz de hacer el trabajo sin el manual. ¿Hay alguna manera de introducirlo en la casa sin que se den cuenta?

La presencia del manual dentro de la casa del Profesor resultaba problemática, pero, si lo necesitaba, no tendría más remedio que llevárselo.

—Te traeré la cubierta de otro libro para que puedas encuadernarlo. Aun así, intenta ser discreta.

—Por supuesto.

Su rostro se relajó. Cuando Lydia le miraba con sus ojos color canela, brillantes de alegría y amor, hacía subir la temperatura del café.

—Deja de mirarme así.

Lydia siguió mirándole.

—¿Cómo? —preguntó.

Un piececito le golpeó la bota. Bane le devolvió el golpe.

—Así tampoco —protestó Bane—. Recuerda que soy un buen chico, no un depravado dispuesto a llevarte por el mal camino.

Nada le habría gustado más, pero uno de ellos tenía que ser el fuerte, y Lydia no parecía tener ninguna intención de comportarse.

Bane apuró el resto del café.

—Venga. Vamos a explorar tiendas de libros antiguos.

Puede que fuera más fácil resistirse a ella si conseguía reconducirla al estudio del intrincado mundo de los libros raros.

Tomaron un tranvía hasta Cambridge, donde pasearon por las viejas calles coloniales, entrando y saliendo de las librerías para que Bane pudiera mostrarle el tipo de libros y manuscritos que debía conocer. Ya le había enseñado la diferencia entre una encuadernación en folio y otra en octavo, entre un aguafuerte y un grabado. Bane se puso de puntillas delante de una vieja estantería de madera y extrajo un grueso volumen de cuero.

—Háblame de este libro —dijo. Bane abrió la cubierta y señaló el emblema de un ancla y un delfín entrelazados, que figuraba en la parte inferior de la página—. ¿Cómo se llama este símbolo?

Lydia lo miró un instante.

—Colofón. Es el símbolo del impresor. El ancla es el colofón característico de Aldo Manuzio.

—Excelente.

Dios mío, cómo adoraba a aquella mujer. ¿Cómo había sido capaz de retener tanta información? Le dieron ganas de estrecharla entre sus brazos y besarla por toda la cara.

Pero, en lugar de eso, siguió bombardeándola a preguntas.

—¿Y dónde trabajaba Aldo Manuzio?

Lydia no dudó ni un momento.

—En Venecia. En el siglo XVI.

—Toca la página y dime de qué material está hecha.

Estaba hecha de vitela, pero Lydia quiso ir más allá en su respuesta. Se acercó tanto a él que Bane pudo oler el fresco perfume de su jabón.

—De pergamino —dijo suavemente.

Bane se quedó helado. Su error no debería haberlo cogido por sorpresa. Le había enseñado lo equivalente a diez años de estudio en una semana. Aun así, ese tipo de detalles eran muy importantes. Se agachó y le susurró al oído:

—¿No te gustaría pensar mejor tu respuesta?

—No, Bane. Es de pergamino.

Lydia se acercó un poco más y le dio un beso en la mejilla. Bane echó un vistazo por encima de su cabello lustroso, pero el viejo dependiente estaba distraído con una mujer y dos niños que acababan de entrar en la tienda.

Tragó saliva y dio un paso atrás.

—Lydia, quiero que pienses bien tu respuesta. Recuerda lo que te dije sobre la encuadernación en el siglo XVI. ¿Cuál era el material más delicado y resistente que se utilizaba en la industria de la impresión? ¿Qué habría utilizado un impresor de la talla de Aldo Manuzio? —Bane apoyó la espalda en la estantería. Lydia lo tenía atrapado—. Por favor, deja de besarme el cuello y concéntrate.

¿Cómo iba a comportarse como un caballero si Lydia no dejaba de besarlo?

Lydia le miró a los ojos y sonrió.

—Bane, me dan ganas de golpearte en la cabeza con este libro de pergamino, que es el término general para referirse a cualquier superficie de escritura hecha de piel de animal, aunque, en este caso concreto, resulta que es *vitela*, un tipo especial de pergamino. ¡Estúpido!

A Bane le temblaban los costados de la risa, pero hizo un esfuerzo para mantenerse serio.

—Y dime —dijo con voz pausada—. ¿Qué es lo que te hace tan insoportable? ¿Tu parte griega o tu parte turca?

Lydia le guiñó un ojo.

—La americana —dijo con una sonrisa—. Que es lo que soy ahora.



La mañana de la entrevista, los dos pasearon hasta el final de un muelle que se prolongaba más allá del puerto. Las gaviotas graznaban y buscaban comida a su alrededor, las olas golpeaban los inmensos pilotes y sus pies resonaban en los viejos tablones de madera. Qué natural resultaba pasear con Bane mientras este le explicaba las complicadas normas que regían en casa del Profesor.

—No digas que conoces otros idiomas además del griego —le dijo—. Nunca se sabe cuándo podría resultarte útil.

Lydia asintió.

—Comprendo.

—El ama de llaves, Maria Rokotov, es profundamente fiel al Profesor —le dijo—. La señora Rokotov es una mujer adusta y severa con el cabello negro y unos ojos penetrantes a los que no se les escapa nada. Su hijo, Boris, es uno de los matones del Profesor. Luego está Lettie Garfield, la cocinera. La señora Garfield es una mujer con aspecto de abuelita que en realidad es bastante bondadosa, pero que teme al Profesor. Ese temor implica que no dudará en traicionarte si es necesario.

Llegaron al final del muelle. Lydia descansó los antebrazos en la barandilla y se puso a contemplar la bahía. El puerto estaba lleno de barcos que entraban y salían. En la distancia pudo distinguir media docena de barcos que estaban a punto de desaparecer entre la niebla que cubría el horizonte.

Bane estaba detrás, apoyando las manos en la barandilla a ambos lados de ella.

—No puedo informarte sobre el resto de los criados. Son todos nuevos.

Su aliento le rozó suavemente el oído. Lydia deseó prolongar aquel minuto una hora, un día, una semana entera. Qué rápido pasaba el tiempo en compañía de Bane. Si no conseguía engañar al Profesor, nunca más tendrían un momento como este.

A lo lejos se oyó el bramido de una sirena. Lydia se quedó mirando un barco pesquero que desaparecía poco a poco en el horizonte. Se sentía inexplicablemente triste y sola. Estaba a punto de embarcarse en el desafío más peligroso de su vida, y su único deseo era que Bane le dijera que la quería. Con un leve giro de muñeca, movió la mano derecha para posarla en la suya.

—Dime algo bonito —murmuró, mientras acariciaba el dorso de su mano.

Notó que Bane sonreía contra su mejilla.

—Creo que eres la mujer más valiente que he conocido en mi vida —dijo.

Si hubiera adivinado la angustia que sentía en el estómago, no la habría llamado valiente.

—No es suficiente. Dime algo bonito como mujer.

Sus labios rozaron su mejilla, tan suave que apenas pudo sentirlo.

—He estado solo toda mi vida. Hasta que te conocí a ti, una mujer a la que no le asusta enfrentarse al peligro. Como yo. Lydia, ahora mismo eres la persona más

importante de mi vida. Estoy loco por ti.

A algunas mujeres les gusta que alaben su belleza o su simpatía, pero Bane la conocía demasiado bien y le dijo exactamente lo que deseaba oír. Sus palabras eran sencillas y honestas, y Lydia cerró los ojos para saborearlas, sabiendo que tal vez fueran las últimas palabras de afecto que iba a escuchar de sus labios.

Alargó la mano para acariciarle la mandíbula mientras contemplaban el horizonte.

—Sabes que te amo, ¿verdad?

Bane le estrechó la cintura con el brazo.

—Sí.

Y, aun así, esa misma noche volvería sola a su casa, y, a menos que ocurriera un milagro, ella y Bane no serían más que dos barcos que se cruzan en el océano en mitad de la noche.



CAPÍTULO 23

Lydia no vio nada intimidatorio en el aspecto del profesor Van Bracken. El Profesor andaba muy recto y lucía un mechón de cabello oscuro en medio de su cabellera plateada. Una fastidiosa barbita a lo Van Dyck le daba un aire solemne, y siempre que sonreía se le formaban unas líneas diminutas en torno a los ojos. El Profesor la guio hasta la sala de lectura del famoso Ateneo de Boston. La biblioteca del Ateneo no solo era una de las más antiguas del país, sino la más grandiosa, con sus pasillos abovedados, sus techos tallados a mano y sus inmensas ventanas con vistas a la calle Beacon. El Profesor era miembro del club privado, por eso la habían dejado traspasar aquellos muros sagrados. Habían llegado a primera hora de la tarde, y tenían la sala de lectura para ellos solos.

—Gracias por concederme la oportunidad de hablar con usted sobre el manuscrito —dijo Lydia, orgullosa de que no le temblara la voz.

¿Realmente sería capaz de convencerle de que era una experta en las lenguas de la antigua Grecia?

La actitud del Profesor era educada pero distante.

—¿Le gustan los manuscritos antiguos?

—Desde luego —dijo Lydia—. Crecí rodeada de ellos porque mi padre trabajaba para un comerciante de mapas en Grecia. Siempre teníamos montones de mapas antiguos en nuestra casa. De hecho... —Lydia sacó el mapa que le había dado Bane—. Pensé que una persona interesada en Grecia sabría apreciar este grabado. Es uno de los muchos que mi padre me regaló, pero sería muy egoísta por mi parte guardármelos todos para mí. Prefiero dárselo a una persona que sepa apreciarlo.

Lydia temió que el regalo fuera demasiado, pero Bane acertó al predecir la reacción del Profesor. Parecía tan feliz como un niño el día de Navidad mientras desenrollaba el grabado. Entrelazó fuertemente las manos, haciendo sonar los nudillos mientras estudiaba el mapa.

—Creo que esta es la mayor muestra de amabilidad que ha tenido un socio de negocios conmigo —dijo, devorando el documento con sus ojos oscuros.

El Profesor la escuchó fascinado mientras Lydia le contaba que su padre había conseguido salvar el mapa de una inundación.

—Su padre se merece una medalla —dijo el Profesor—. Cualquier hombre dispuesto a sacrificar su casa con tal de salvar estos preciosos documentos de su tienda es un hombre extraordinario. Un auténtico héroe. Por favor, dele recuerdos de mi parte.

Lydia bajó la mirada.

—Lo siento, pero mi padre falleció hace años. Pero sí, tuve la suerte de que me transmitiera su pasión por el maravilloso mundo de los manuscritos antiguos. —Lydia sonrió ligeramente mientras recorría con la mirada los volúmenes encuadernados en cuero que adornaban los estantes—. Estar en una sala como esta es como un bálsamo para el alma.

—Sí, desde luego.

La actitud del Profesor había pasado de una educada distancia a una amable camaradería. Todo era *exactamente* como Bane había dicho.

—Supongo que no tendrá formación oficial en griego antiguo, lo cual es comprensible teniendo en cuenta su sexo. Es una verdadera vergüenza que a una jovencita tan admirable como usted se le niegue una educación tan valiosa. Así que dígame, ¿cómo adquirió sus conocimientos en griego antiguo?

Los nervios se apoderaron de ella. Se enfrentaba al desafío más complicado de la entrevista.

—La mayor parte lo he estudiado por mi cuenta. —Lydia advirtió la expresión de sorpresa del Profesor y se apresuró a tranquilizarlo—. El griego es mi lengua materna, por eso me ha resultado más fácil que a otras personas—. Recitó del tirón algunas frases que había aprendido en el libro—: Memorizando las tablas de transcripción y los cambios en los signos diacríticos se puede adquirir una comprensión de la lengua. —Estaba simplificando tremendamente las cosas, pero el Profesor no pareció darse cuenta, de modo que prosiguió—: A partir de ahí es cuestión de práctica. Horas y horas de práctica que solían ser mi parte favorita del día. La mayoría de los niños de nuestro pueblo preferían jugar o irse a nadar al océano, pero, para mí, nada podía compararse a indagar en las páginas de un libro antiguo. Además, en Grecia hay multitud de ocasiones para toparse con la literatura antigua.

Lydia soltó una risita y recordó el ejemplo que Bane le había recomendado utilizar. Iba en contra de su naturaleza decir una sarta de mentiras, pero había dos niños inocentes que necesitaban su ayuda, así que se olvidó de sus prejuicios.

—En realidad no me importaba que el resto de los niños no quisiera estudiar conmigo —dijo—. Por alguna razón, no quería que aquellos niños ruidosos entraran en mi casa, sucios y mojados del agua del océano, y se pusieran a manosear aquellas páginas maravillosas. Mis libros no se merecían un trato como ese.

Al Profesor le brillaban los ojos.

—¡Exacto! Oh, querida, creo que puedo estar tranquilo dejando mi manuscrito en sus manos. Es un códice del siglo IX. ¿Se imagina? Ha estado cerca de mil años encerrado en el sótano de un monasterio, sin que nadie pudiera leerlo, sin que nadie pudiera admirar su belleza y maravillarse ante las manos que supieron inmortalizar la sabiduría de los

siglos. —El Profesor enrolló el mapa y lo guardó en su funda. Cuando levantó la cabeza, su rostro estaba encendido por el entusiasmo—. Me gustaría ofrecerle el puesto para traducir mi manuscrito.

Una mezcla de alivio y temor se apoderó de ella. Lo había conseguido, se había ganado el acceso a la remota e infranqueable fortaleza del Profesor. Además, iba a llevar un aliento de esperanza a dos niños secuestrados. Le aterrorizaba pensar lo que tenía que hacer, pero Bane se sentiría tan orgulloso de ella cuando le dijera que lo había conseguido... Lydia aventuró una sonrisa y asintió para mostrar su conformidad.

—Debemos partir a Vermont inmediatamente —dijo el Profesor, levantándose y abrochándose los botones de la chaqueta—. El tren sale a las dos, así que hay que darse prisa.

Lydia abrió la boca con incredulidad.

—Pero... necesito volver a mi habitación para recoger mis cosas.

—No hay tiempo para eso. Si no cogemos ese tren, habrá que esperar al próximo lunes, y eso es inaceptable. Y más cuando hay un manuscrito que lleva casi mil años esperando. —El Profesor se detuvo para darle una palmadita en el brazo—. No se preocupe. En Burlington hay multitud de tiendas donde podrá elegir la ropa que necesite. Yo soy el responsable de esta inconveniencia, así que estaré encantado de comprársela. Si quiere, puede comprar un guardarropa nuevo. Cualquier cosa que necesite.

Lo que Lydia necesitaba más que nada en este mundo era su manual de traducción, que descansaba en la mesilla de su cuarto. Sin el libro, sería incapaz de traducir una sola línea del texto. Ninguna tienda de Burlington tendría algo que pudiera ayudarla a descifrar un texto en griego bizantino.

Trató de improvisar una excusa para volver a la pensión y recuperar el libro.

—Lo siento, pero sufro una enfermedad que requiere medicación —dijo—. Puedo tomar el tren del lunes y reunirme con usted, pero no puedo marcharme sin mi medicina.

El Profesor la agarró con fuerza del brazo y empezó a avanzar hacia la puerta.

—También hay farmacias en Burlington. Llegaremos al anochecer, pero le aseguro que tendrá todo lo necesario para empezar su trabajo.

El Profesor era muy fuerte, pero no pensaba permitir que la arrastrara de esa manera. Lydia plantó el pie en la gruesa alfombra oriental que cubría el suelo, tensó los músculos y se negó a moverse.

El Profesor se detuvo y se giró para mirarla.

—Lydia... ¿puedo llamarla Lydia, ahora que vamos a trabajar juntos?

Lydia estaba más asustada de lo que había estado en ningún otro momento desde que entró en aquel edificio. Ni siquiera confiaba en su propia voz, así que se limitó a asentir.

—Lydia, ese manuscrito griego lleva siglos olvidado. Sus líneas están esperando a que alguien las interprete, sus secretos están deseando mostrarse al mundo desde hace un

milenio. ¿No cree que ya han esperado lo suficiente?

Lydia alzó la barbilla.

—Como usted dice, ese manuscrito lleva mil años esperando. No creo que le importe esperar un poco más.

Una ligera sonrisa asomó en el rostro del Profesor.

—Puede que al documento no le importe. Pero me temo que yo *no estoy dispuesto* a esperar ni un día más. —El Profesor la cogió por el brazo. Esta vez, su mano era como un guante de hierro—. Acompáñeme, querida. Tenemos que tomar un tren.



Lydia tenía la vista clavada en el paisaje, que pasaba a toda velocidad delante de ella mientras el tren la llevaba al norte del país. Llevaban horas recorriendo millas interminables de bosques frondosos. Los troncos de los árboles parecían negros en contraste con la nieve del suelo. El Profesor, sentado a tan solo unos centímetros de ella, parecía ajeno a su angustia mientras leía un libro de ensayos de Voltaire. Desde el momento que subieron al tren estaba completamente absorto en la lectura, dándole libertad para tomar plena conciencia del peligro al que se enfrentaba.

La ausencia del manual de traducción solo era una parte del problema. Tampoco había pensado un plan para comunicarse con Bane. Aún no habían ideado una técnica para intercambiarse mensajes. Iba a estar atrapada con un chiflado en medio de la nada, sin comunicación con el exterior ni recursos a su disposición. Y mañana por la mañana, ese chiflado iba a entregarle un manuscrito que no tenía ninguna esperanza de traducir.

La ansiedad le estaba causando un terrible dolor de cabeza. Además, el traqueteo del tren solo servía para empeorar las cosas porque, a cada minuto que pasaba, sentía que se iba alejando más de Bane. También echaba de menos su frasquito azul. Sabía que era irracional estar obsesionada con algo hasta ese punto, pero la tensión le recorría la espina dorsal y el dolor se estaba volviendo insoportable. Y solo había una cosa que podía calmarlo.

Cuando el tren se detuvo en la estación de Burlington, la luna brillaba en lo alto del cielo. El Profesor le dio la mano para ayudarla a bajar. ¡Qué frío hacía en Vermont! El viento atravesaba su capa, completamente inadecuada para ese clima. Lydia se envolvió en ella, tratando de calmar el temblor de sus manos.

El Profesor saludó a un hombre que esperaba en un carruaje cercano.

—¡Simpson! Ya hemos llegado —dijo. Mientras la guiaba hasta el carruaje, el Profesor se dirigió al cochero—: Llévenos a la farmacia Carlyle —dijo. Nada más cerrar la

puerta del vehículo, le dirigió una sonrisa—. Soy un hombre de palabra, Lydia. Carlyle vive encima de la farmacia, y estará dispuesto a prepararle cualquier medicina que necesite. ¿Qué desea que le prepare?

Después de haber insistido tanto en su necesidad de tomar su medicina, no le quedaba más remedio que responder. Le habría gustado librarse de una vez por todas de su dependencia del jarabe, pero el Profesor estaba esperando una respuesta.

—Solo quería una botellita de jarabe de la señorita Winslow.

El Profesor sonrió.

—Si todos sus deseos son tan sencillos, estoy seguro de que vamos a llevarnos muy bien —dijo.

Cuando llegaron a la farmacia, las ventanas estaban oscuras, pero el Profesor llamó a la puerta hasta que un somnoliento señor Carlyle hizo su aparición. En cuestión de minutos, Lydia tuvo lo que necesitaba. El Profesor le aseguró que enviaría a una doncella para que al día siguiente le llevara una selección de ropa confeccionada a la propiedad.

—El coche tardará dos horas más en llevarnos a la mansión —dijo, acomodándose en su asiento bellamente tapizado. Entonces, el Profesor hizo una cosa que a Lydia le puso los nervios de punta: bajó todas las cortinas del carruaje, privándola de la visión del cielo estrellado—. Espero que no le importe, pero prefiero viajar con las ventanas tapadas.

Menos mal que Bane ya se lo había advertido. El Profesor estaba obsesionado con mantener en secreto la localización de su residencia privada. De hecho, muy pocas personas conocían su existencia, y él deseaba que siguiera siendo así. Sin embargo, la imposibilidad de ver el exterior del vehículo resultaba inquietante. El carruaje giró muchas veces, traqueteó por caminos llenos de baches y ascendió por una empinada pendiente. Como no podía ver, Lydia empezó a sacar todo tipo de conclusiones. ¿Estarían avanzando por el borde de un acantilado? ¿Se adentrarían en el bosque terrible e impenetrable? ¿Pasarían granjas y haciendas, o realmente iba a estar aislada de los demás seres humanos?

Lydia se retorció la falda y palpó un objeto duro y redondo que llevaba en el bolsillo. ¡Era la brújula de Bane! Su mano aferró el objeto como si fuera un talismán. Por más que le hubiera gustado sacarla para averiguar la dirección a la que se dirigían, su instinto le dijo que no debía permitir que el Profesor conociera la existencia de la brújula. Cuanto menos supiera sobre sus cualidades, recursos y debilidades, mucho mejor.

El carruaje se detuvo en seco.

—Ya hemos llegado —dijo el Profesor.

Lydia consultó su reloj de bolsillo y vio que eran más de las doce.

—¿Hace este mismo trayecto cada semana? —preguntó.

El Profesor descendió del carruaje.

—Todas las semanas, de lunes a jueves, me dedico a buscar libros. No soy capaz de separarme de mi colección por más tiempo. —El Profesor le ofreció una mano y la ayudó a bajar—. Permítame que le enseñe mi residencia.

Lydia descendió del carruaje. La capa de nieve reflejaba la luz de la luna, iluminando toda la mansión. La casa parecía una fortaleza, con sus gruesos y toscos muros de granito y su media docena de chimeneas coronando el tejado de distintas alturas.

—Podría albergar a todo un ejército —dijo Lydia.

El Profesor soltó una carcajada.

—No tanto, pero es verdad que necesito espacio para mis colecciones.

Lydia volvió la cabeza y vio que los árboles rodeaban la casa en todas las direcciones. Pero no se trataba del bosque denso e impenetrable que había visto por la ventanilla del tren. Estos árboles contaban con amplios espacios entre ellos. Alguien había eliminado toda la maleza y las ramas inferiores, facilitando que un observador pudiera ver a larga distancia.

Lo que sin duda era la verdadera intención del Profesor. Era imposible que alguien pudiera entrar en la mansión o escaparse de ella sin ser observado.

El Profesor le ofreció su brazo, y Lydia no tuvo otra opción que agarrarse a él.

—Permítame que le enseñe los alrededores —dijo, dirigiéndose en dirección opuesta a la casa.

—¿Ahora?

Hacía tanto frío que su aliento formaba blancas nubes de vapor en el aire.

—Disculpe —dijo el Profesor—, pero no me queda más remedio que abordar un tema delicado. —Sus pies crujían contra la capa de hielo que cubría la nieve—. Durante varias semanas será mi invitada. Quiero que haga libre uso de la casa y los terrenos, pero me temo que habrá una serie de limitaciones. —El Profesor se aclaró la garganta—. Soy un hombre soltero, y sería extraño que tuviera a una joven viviendo aquí sin la presencia de una acompañante. Por supuesto, cualquier tipo de especulación al respecto sería ridícula, pero eso no servirá para detener las malas lenguas. De modo que, si no le importa, preferiría que no se mostrara fuera de la casa en las horas de luz. De hecho, debo insistir en ello.

Lydia observó la línea del horizonte. Alrededor de la mansión no había más centinela que los arcos silenciosos. Aquel no parecía un lugar donde uno esperara encontrar vecinos entrometidos espiando en las esquinas, pero no le quedó más remedio que ceder.

—Por supuesto.

—En esta zona suele anochecer temprano, así que no estará encerrada en la casa mucho tiempo. Por favor, siéntase libre de hacer ejercicio en cualquier zona de la finca. —El Profesor señaló la negra verja de hierro forjado que se veía en la distancia—. La verja marca los límites de la propiedad. Yo creo que los terrenos son lo bastante amplios para

que no tenga que traspasar la verja, ¿no le parece?

No se trataba de una pregunta. Lydia hizo un leve asentimiento, sintiéndose más prisionera a cada segundo.

—Excelente. Ahora, permítame que le enseñe algunas de las dependencias exteriores.

Había un establo, una despensa frigorífica y una enorme estructura donde se guardaba el carruaje. Al lado de la verja había una cabaña.

—Esta es la cabaña del guardia —dijo el Profesor—. Hay más cabañas distribuidas por toda la propiedad. Se lo digo para que se sienta más segura. Siempre que salga a pasear por la noche habrá un hombre vigilándola, dispuesto a acudir en su ayuda si lo necesita.

Lydia se preguntó cuántos pares de ojos la estarían observando en ese preciso momento.

—Cuánto me tranquiliza saberlo —murmuró, preguntándose cómo demonios iba a salir de allí con dos niños.



CAPÍTULO 24

Bane se paseaba junto a la pensión Bayside para señoritas, observando la calle con preocupación. La cita de Lydia con el Profesor tenía que haber terminado ya.

Era posible que el Profesor la hubiera llevado a tomar una taza de té, o puede que se hubiera entretenido enseñándole la sala de libros raros del Ateneo. Aun así, ya iba siendo hora de que regresara. Bane no podía esperar más.

La patrona de la pensión parecía contenta de verle, pero no tanto como para dejarle subir. Dos veces le había dicho zalamerías para sonsacarle información. ¿Había vuelto Lydia en algún momento? ¿Había dejado algún mensaje? Pero las dos veces había fracasado.

No había muchas posibilidades de encontrar algo en la habitación de Lydia que indicara adónde había ido, pero necesitaba comprobarlo antes de ponerse a buscar en otra parte. Bane dobló la esquina y se introdujo en un callejón. Desde allí empezó a mirar el interior de las ventanas. Afortunadamente, la mayoría de la gente que vivía allí eran mujeres trabajadoras que no estaban en casa a las cuatro de la tarde. En la cuarta ventana reconoció la habitación de Lydia, gracias al dibujo de la isla que reposaba en la mesilla. Bane introdujo un cuchillo en el marco de madera y abrió la ventana.

La habitación estaba limpia como una patena. El manual de traducción descansaba encima de la mesilla, formando un ángulo preciso de noventa grados con el borde del tablero. Lydia había colocado sus escasas pertenencias en un orden preciso e imaculado. Aquello era muy propio de ella. Bane habría sonreído, de no estar tan asustado.

Nunca había considerado la posibilidad de que el Profesor pudiera irse directamente a Vermont llevándose a Lydia. Aquel hombre se estaba volviendo cada vez más paranoico con el paso de los años; puede que no confiara lo suficiente en su nueva empleada para dejarle llevar sus pertenencias a la propiedad.

Su mirada se posó en el manual de traducción. *Dios mío*. Bane sintió que le temblaban las rodillas al pensar en lo que eso implicaba. Si Lydia estaba en la mansión del Profesor sin ese libro, no tendría ninguna posibilidad de traducir el manuscrito. Bane se sentó en la cama, tratando de dominar sus frenéticos pensamientos. Su mirada recorrió la pequeña habitación mientras barajaba las distintas opciones...

... Y se detuvo en el frasquito azul que descansaba en la repisa de la ventana.

Bane se quedó mirándolo. Sabía lo que eso implicaba, pero quería comprobarlo por sí mismo. Destapó el corcho y olió el líquido, reconociendo el aroma almibarado que

trataba de enmascarar la amargura del opio. El frasquito estaba prácticamente vacío.

Volvió a colocar el corcho, dejó el frasquito donde estaba y se cubrió el rostro con las manos. De todos los vicios que podían aquejar a aquella mujer tan valiente y maravillosa, tenía que ser precisamente el opio.

Bane se regodeó en su tristeza durante noventa segundos. A continuación se levantó de un salto, cogió el manual de traducción y salió del cuarto por la puerta. Ignorando los gritos de protesta de la patrona, abandonó el edificio y se dirigió a la estación de tren. Llevaba años sobornando al empleado de la estación para que vigilara al Profesor, y ese contacto volvió a servirle una vez más.

—Viajaba con una mujer —confirmó el joven—. Oí que el Profesor la llamaba Lydia. Nunca la había visto.

Bane se negó a dejarse llevar por el pánico. En vez de eso, se dedicó a estudiar el horario de trenes, que estaba colgado detrás del mostrador.

—¿Hay algún tren que pueda dejarme cerca de Burlington esta misma noche?

—Dentro de media hora sale uno para Montreal, pero es un tren de mercancías. —El empleado bajó la voz—. Pasa por Burlington. Supongo que podría bajarse allí, siempre que esté dispuesto a saltar en marcha.

Bane arqueó una ceja.

—Pero eso supondría infringir la ley —dijo con una sonrisa. Bane inclinó la cabeza para despedirse del empleado—. Gracias por su tiempo —dijo, corriendo al andén para esperar el tren de mercancías.



Cuando el Profesor terminó de enseñarle los terrenos y la llevó al interior de la mansión, Lydia estaba muerta de frío. La imagen del viejo pozo rodeado de una estructura de ladrillos se había quedado grabada en su mente. Varias latas enormes descansaban junto al pozo. Bane le había contado que, en el caso de que las autoridades asaltaran la mansión, el Profesor y sus hombres estaban dispuestos a destruir los restos de sus rehenes sirviéndose del pozo y las latas de queroseno. Ese era el riesgo que impedía que Bane tratara de enfrentarse a los guardias del Profesor y rescatara a los niños.

El interior de la casa era sorprendente. La mansión combinaba la elegancia de las antigüedades con el rústico encanto de la artesanía de Nueva Inglaterra. Gruesas alfombras orientales cubrían el suelo, y unas toscas vigas de madera sostenían el techo abovedado del salón. Una inmensa chimenea, en cuyo interior se podía caminar sin

temor a golpearse la cabeza, dominaba uno de los muros. Era una pena que no hubiera un buen fuego ardiendo en su interior.

Lydia se envolvió en su capa.

—Le pido disculpas por la temperatura —dijo el Profesor—. Estoy seguro de que conocerá el poder destructivo del calor para las delicadas páginas de los libros antiguos. Debo mantener la casa fresca para alojar mi colección.

Lydia pasó un dedo helado por las encantadoras viñas en relieve que decoraban el marco de una inmensa estantería.

—Admiro su compromiso con los libros —dijo—. Una persona siempre puede abrigarse un poco más, pero un libro antiguo está indefenso.

A juzgar por su expresión, su comentario agradó al Profesor.

—Veo que aprecia profundamente la fragilidad de estas valiosas antigüedades.

Lydia recorrió con la mirada los libros que descansaban en el estante. Eran unos libros preciosos, que reflejaban una amplia variedad de conocimientos: historia, literatura, teología...

—Todos los libros de esta sala son copias de lectura. Por favor, siéntase libre de coger el que le interese. —El Profesor hizo una pausa y se tocó la ceja, como si acabara de recordar algo importante—. Aunque debo pedirle una cosa: en el futuro tendrá que abstenerse de hacer uso de esta sala durante el día, así que tendrá que llevarse los libros ahora.

Lydia se dio la vuelta y miró al hombre con curiosidad.

—Por favor, disculpe mis excentricidades —siguió diciendo el Profesor—, pero debo insistir en que se quede en el ala norte. Suelo tener invitados en casa, y la presencia de una joven tan atractiva como usted puede provocar todo tipo de especulaciones interminables.

Era mentira. Bane le había contado que la mansión de Vermont recibía muy pocas visitas, y el Profesor tampoco tenía vecinos que pudieran especular sobre su presencia. Le estaba mintiendo, y Lydia estaba empezando a entender por qué. Quería mantenerla alejada de los niños, que probablemente podrían hacer libre uso de la casa durante el día. Estaba claro que pretendía aislarla en el ala norte mientras los niños se paseaban por la mansión.

El Profesor echó un vistazo por encima del hombro.

—Ahora, la señora Rokotov le enseñará el ala norte.

Lydia se asustó al advertir que una mujer había estado todo ese tiempo en una esquina del inmenso salón, observando todos sus movimientos.

—La señora Rokotov es mi ama de llaves. Su hijo Boris me ayuda a cuidar de los terrenos. Ella será la encargada de mostrarle su habitación.

La señora Rokotov tenía el cabello negro y fino recogido en un moño a la altura de la

nuca y unos ojos oscuros e inexpresivos. Su rostro era duro, casi masculino, pero se movía con la gracia de una barca deslizándose por aguas tranquilas.

—Por favor, tenga la amabilidad de seguirme, señorita —dijo la mujer con un fuerte acento ruso.

—Buenas noches, Lydia —dijo el Profesor—. Mañana le mostraré el manuscrito, e inmediatamente podrá ponerse a trabajar. Al final del día me acercaré a ver sus progresos.

La señora Rokotov la condujo al final de un estrecho corredor, donde le enseñó un aseo y un dormitorio. A juzgar por la escasez de muebles, el «ala norte» no era la parte más elegante de la casa. La habitación era muy reducida, pero contaba con todo lo necesario: una cama, un escritorio, una chimenea y una pequeña cómoda.

—Espero que tenga todo lo que necesita —dijo la señora Rokotov.

En la cama había varias mantas, pero la habitación estaba helada y Lydia no tenía nada que ponerse para dormir a excepción de su vestido.

—¿Podría encender un fuego?

La señora Rokotov alzó una de sus finas y oscuras cejas.

—En esta casa no asumimos riesgos innecesarios con el fuego —dijo—. Si lo desea, puedo traerle una bolsa de agua caliente para la cama.

Lydia asintió.

—Sí, se lo agradecería mucho.

En vez de abandonar la habitación, la señora Rokotov inspeccionó a Lydia desde la cabeza hasta el borde del vestido, que aún estaba mojado de caminar por la nieve. Por fin se decidió a hablar.

—¿No ha traído ningún baúl? ¿Ninguna pertenencia?

—No tuve ocasión de regresar a mi pensión para recoger mis cosas. El Profesor me dijo que él me proporcionaría la ropa.

Lydia rezó para que esa ropa fueran gruesas prendas de lana bien calentitas. Cientos de ellas.

La señora Rokotov asintió.

—Una doncella le traerá una bolsa de agua y un par de calcetines para dormir. La ropa llegará mañana. Buenas noches.

En cuanto la puerta se hubo cerrado, Lydia se dejó caer en la cama, hundiéndose en su agradable blandura. Por primera vez desde que conoció al Profesor, estaba sola. Apoyó los codos en las rodillas y ocultó su rostro entre las manos. Había sido un día angustioso e interminable, y mañana sería peor. Su bolso estaba a su lado, y en su interior había una botella nuevecita de jarabe de la señorita Winslow.

Lydia abrió el bolso y miró la botella. Siempre que compraba una botella de jarabe, lo primero que hacía era verter su contenido en uno de sus preciosos frasquitos azules,

sirviéndose de un pequeño embudo. Contempló la imagen de la botella. Una robusta mamá jugaba con un bebé sonriente y feliz. Aquella imagen siempre le había parecido inquietante, pero mucho más ahora, que conocía el ingrediente que volvía el jarabe tan eficaz.

Cerró los ojos para no tener que mirar a la madre sonriente, abrió la botella y tomó un pequeño sorbo. Y luego otro. El verdadero desafío empezaba mañana.



Un mal presentimiento se apoderó de ella al despertar.

Lydia se incorporó y echó un vistazo por la extraña habitación. Al reconocerla volvió a hundir la cabeza en la almohada.

Un débil resplandor en medio de la oscuridad indicaba que no tardaría en amanecer, pero no tenía ninguna prisa en levantarse de la cama. Cuanto antes estuviera preparada, antes querría el Profesor ver la traducción del griego brotando de su pluma.

Un brillo procedente de la mesilla captó su atención. Era la brújula de Bane. Lydia extendió el brazo para coger la brújula, notando el aire frío de la habitación. Acto seguido aferró la brújula en la palma de la mano y se apresuró a cobijarse al calor de las mantas. El frío metal no tardó en calentarse, y la solidez de la brújula le proporcionó una especie de vínculo con Bane, como si parte de su fortaleza pudiera transmitirse a través del objeto. Bane jamás se refugiaría bajo las mantas como una estúpida colegiala. Lo más probable es que estuviera tramando un plan para conseguir su objetivo. Tenía que pensar como él. ¿Qué haría él en la misma situación?

Bane siempre analizaba a su enemigo antes de actuar. Estudiaba cada una de sus fortalezas, sus manías y sus debilidades y las utilizaba para predecir el comportamiento de su rival. ¿Qué sabía del Profesor que pudiera concederle un poco de tiempo antes de empezar a traducir el manuscrito?

Entonces se le ocurrió una idea. El manuscrito tenía cerca de mil años de antigüedad; la vitela sería frágil y vulnerable. Una mano sudorosa o un bote de tinta derramado eran un peligro constante. Había que hacer una copia. Una copia *de trabajo*. Podía demorar la traducción insistiendo en hacer una copia completa del texto original sobre la que trabajar. Dependiendo de la extensión del manuscrito, podía tardar semanas en copiar el texto.

Quince minutos después, unos firmes golpes en la puerta precedieron la entrada de la señora Rokotov, que traía una pila de ropa.

—La criada ha comprado estas prendas para usted —dijo bruscamente—. El desayuno

estará disponible en la cocina del servicio hasta dentro de quince minutos. Después no podrá tomar nada hasta la hora de comer. El Profesor ha solicitado encontrarse con usted a las ocho de la mañana.

La señora Rokotov depositó la ropa encima de la cómoda y se marchó. Lydia deseó que Jacob estuviera allí para hacer alguna broma sobre la brusquedad de los esclavos. Jacob era muy risueño, pero la señora Rokotov tenía un rostro tan rígido que seguramente se partiría en dos si tuviera que sonreír.

Las prendas compensaban su carencia de estilo con su calidez. Debajo del vestido, Lydia se puso ropa interior de franela, consiguiendo que la temperatura fuera soportable. El jersey de lana con coderas de cuero era más adecuado para un hombre, pero a Lydia no le importó. Solo había que subirse las mangas. Finalmente se ató una suave bufanda de algodón al cuello para protegerse la piel de la áspera lana y quedó satisfecha con su aspecto.

La cocina del servicio estaba vacía cuando llegó, pero había huevos calientes y patatas, que Lydia devoró agradecida. La estancia era sorprendentemente acogedora, y era uno de los pocos lugares donde se podía encender fuego, que chisporroteaba alegremente en el hogar de ladrillo. Una vieja mesa de madera maciza descansaba debajo de una colección de pucheros y sartenes de cobre. Lydia recorrió la cocina con la mirada, advirtiendo toda clase de herramientas extrañas y encantadoras vasijas de barro. Una vez que hubo terminado su desayuno, curioseó entre las herramientas y los instrumentos que colgaban encima de la chimenea.

Le habría gustado entretenerse un poquito más para retrasar el encuentro con su anfitrión, pero el Profesor llegó a la cocina mientras estaba observando unas toscas tenacillas de hierro. Lydia desvió la mirada.

—¿Para qué es todo esto? —preguntó.

—Parecen unos aparatos de tortura medievales, pero no tengo ni idea. Pregúnteselo a la señora Rokotov. Me imagino que ella lo sabrá. —Idea que no era precisamente agradable—. Ahora déjeme que le enseñe mi tesoro —dijo con entusiasmo.

El Profesor la condujo por varios pasillos, subió dos tramos de escaleras, recorrió un estrecho corredor de techo abovedado y abrió la puerta de una sala. En el interior, la temperatura era aún más fría.

—Esta es la Cámara del Tesoro. Aquí es donde guardo mis libros más preciados. Los que vio ayer en la biblioteca de abajo son antiguos, pero no especialmente valiosos. Todo lo que hay aquí lo es.

Se trataba de una inmensa habitación sin ventanas, cubierta en sus cuatro muros por unas cajas fuertes de acero sujetas a la pared. Una mesa y dos sillas sin adornos descansaban en el suelo, que, a excepción de eso, estaba vacío. Era una sala curiosamente desierta, austera como la celda de una cárcel, salvo por la luz que la

inundaba. Cuando miró hacia arriba, Lydia se quedó con la boca abierta.

—¿Qué es eso que hay en el techo? ¿Una *ventana*?

—Es un tragaluz —dijo el Profesor—. No permito llamas de ningún tipo en la Cámara del Tesoro, así que no podrá utilizar lámparas de gas ni quinqués aquí dentro. Tendrá que trabajar a la luz del día. No pienso tolerar que el manuscrito salga de esta sala.

El Profesor se acercó a una de las cajas que rodeaban la habitación e introdujo una pequeña llave para abrir la cerradura.

—Todas las cajas son incombustibles, por supuesto —dijo, abriendo la puerta—, pero el calor de una llama sería muy dañino para estos tesoros, que en su mayoría son frágiles.

Dentro de la caja fuerte había una hilera de cajones cerrados. Sirviéndose de un juego de llaves distinto, el Profesor abrió un cajón y sacó una caja forrada de terciopelo.

—Aquí está —dijo muy orgulloso—. Un código del siglo IX, que recoge la sabiduría de un autor anónimo del siglo I. Su estilo ha sido identificado en otros tres fragmentos, pero este es el único texto completo que se conserva de él. ¿No le parece magnífico?

Cuando Lydia vio el tamaño del documento, se le cayó el alma a los pies. ¡El código era diminuto, del tamaño de una baraja de cartas! Como mucho, tardaría un día o dos en hacer una copia de un documento tan pequeño.

—Desde luego —dijo con un hilo de voz.

A pesar de su antigüedad, el manuscrito parecía en considerable buen estado, con sus páginas de vitela color sepia y sus pulcras y diminutas letras negras. Lydia se acercó un poco más. Cada una de las letras no era más grande que un grano de arroz. No había miniaturas ni ninguna otra ilustración, solo un bloque abigarrado de caracteres desconocidos.

El profesor Van Bracken señaló con un gesto la mesa de trabajo que había en el centro de la habitación. Encima había tablillas de escribir, lápices, varios pares de guantes de algodón y una lupa.

—Espero que tenga todo lo necesario para hacer su trabajo —dijo.

—Estoy deseando empezar —dijo Lydia débilmente.

El Profesor se puso unos guantes antes de sacar el documento de la caja. Su rostro reflejaba nerviosismo mientras trasladaba el manuscrito del cajón a la mesa. Una vez que hubo colocado el documento en el centro, sacó una silla y se la ofreció.

—El documento aguarda su examen.

Lydia se sentó y escrutó los extraños caracteres del texto. Se parecía un poco al griego, pero más a una jerga sin sentido. Se inclinó un poco sobre el texto, tratando en vano de reconocer algunos caracteres de las tablas de transcripción. Segundos después escuchó el roce de unos papeles. El Profesor colocó un montón de páginas en blanco delante de ella y le puso un lápiz en la mano.

—Ya puede empezar, querida.

Lydia le miró. ¿Realmente pretendía observarla mientras trabajaba? No quería comunicarle su propósito de hacer una copia hasta el último momento. Si el Profesor insistía en que trabajara sobre el documento original, no tardaría en descubrirla.

Se aclaró la garganta.

—Disculpe, pero me está tapando la luz.

El Profesor retrocedió inmediatamente.

—Lo siento.

El hombre observó el tragaluz y luego su reloj de bolsillo.

—Son las ocho y media. Podrá disfrutar de la luz natural hasta las cinco. Buena suerte, querida.

El Profesor cerró la puerta con cuidado, pero a Lydia le sonó igual que si hubiera cerrado la puerta de una prisión.



CAPÍTULO 25

Hacer una copia del documento resultó inesperadamente difícil. El manuscrito estaba hecho de vitela, una piel de ternera pulida hasta alcanzar la finura del papel. La vitela se había contraído con el paso de los siglos, causando una distorsión en los caracteres que dificultaba todavía más su comprensión. Los borrones de tinta y las partes descoloridas la obligaban a adivinar varias letras.

No obstante, la laboriosa lentitud de la tarea le daba tiempo de sobra para reflexionar sobre cada uno de los caracteres. Con el paso de las horas, Lydia consiguió recordar fragmentos de la tabla de transcripción y adivinar con cierta seguridad una de cada cinco letras.

Poco antes de las cinco, el Profesor entró en la habitación.

—Llevo todo el día muerto de curiosidad. Estoy deseando ver qué ha traducido.

Lydia adoptó un aire de sorpresa.

—¿Pensaba que iba a empezar a traducir de inmediato? —preguntó, riendo nerviosamente—. Dios mío, imaginé que querría hacer una copia del original. Es demasiado frágil para soportar el maltrato que supone hacer toda la traducción a partir del manuscrito antiguo.

Un gesto de decepción se dibujó en el rostro del Profesor. El hombre se acercó para mirar por encima de su hombro e inspeccionar las pulcras líneas que había escrito.

—El manuscrito es tan delicado... —se apresuró a añadir Lydia—. Nunca me perdonaría si algo tan valioso resulta dañado mientras estoy trabajando en su traducción.

La voz del Profesor temblaba de rabia, pero no le quedó más remedio que darle la razón.

—Siento parecer decepcionado, pero estaba deseando ver la traducción. —El Profesor asintió al ver los guantes de algodón blanco que Lydia llevaba puestos todo el día—. Veo que está tratando este tesoro con la máxima consideración, y aplaudo su decisión de tomar medidas adicionales para garantizar la integridad de mi manuscrito.



Al terminar su jornada, Lydia se puso su capa y salió de la Cámara del Tesoro.

Después de ocho horas en una habitación sin ventanas, las paredes parecían cernirse en torno a ella a cada segundo, dificultándole la respiración. Una ráfaga de aire frío le golpeó el rostro al salir de la casa, pero necesitaba escapar de la sensación de claustrofobia que se había apoderado de ella desde que puso el pie en la mansión.

No había tomado ni una gota de jarabe en todo el día. Puede que eso explicara su nerviosismo. Lydia apretó el paso para alejarse de la casa y adentrarse en los árboles, que se alzaban como centinelas silenciosos a la luz del crepúsculo. De pronto se acordó del día que estuvo en la Biblioteca Pública de Boston, leyendo sobre el síndrome de abstinencia del opio. Además del nerviosismo y el insomnio, la paranoia era otro de los efectos secundarios. ¿Sería esa la causa de la ansiedad que parecía apoderarse de ella a cada momento?

Echó un vistazo al cielo, cada vez más oscuro. Supuestamente, no podía salir de la casa hasta el anochecer, pero nunca conseguiría localizar a los niños si se pasaba el día encerrada en una habitación sin ventanas y sin poder inspeccionar los terrenos hasta la noche. Tenía que aprovechar los últimos minutos de luz para buscarlos.

Si fuera un niño de nueve años, seguramente el establo sería un buen sitio para jugar. Lydia se sujetó las faldas y se encaminó a la enorme construcción, que se hallaba a un tiro de piedra de la casa. La nieve estaba sucia y derretida cerca de la puerta, pero fresca y llena de manchas a ambos lados del edificio. Lydia se detuvo a observar el suelo. La mayoría de las huellas pertenecían a unas botas grandes, pero en la esquina había otras más pequeñas. Del mismo tamaño que la bota de un niño.

Lydia se quedó con la boca abierta. Aquella era la primera prueba sólida de que un niño estaba viviendo en la casa. Se acercó a la huella un poco más, tratando de no borrar aquellas marcas tan valiosas con sus propias pisadas. Una pareja de huellas conducían a la nieve intacta de un lado del establo y se adentraban en los bosques. Lydia se acercó un poco más. Una sonrisa se dibujó en su rostro al ver dos grupos distintos de pisadas infantiles, unas ligeramente más grandes que las otras. Sorteando las zarzas y la maleza, siguió las huellas por un lado del establo, deseando descubrir adónde se dirigían.

No tardó en averiguarlo. Las huellas conducían a un barril, que estaba colocado debajo de la única ventana de la parte de atrás del establo. La ventana resultaba demasiado alta para mirar por ella sin ayuda del barril. Lydia se subió a él, cuidando de no resbalar sobre la capa de hielo que cubría la parte superior. En la ventana había cuatro huellas de manos infantiles y dos marcas de nariz, donde unos chicos curiosos habían presionado la cara contra el cristal.

¿Qué estarían mirando? Lydia apoyó una mano en la pared rugosa del establo y se inclinó un poco más. A través de la ventana empañada, solo logró distinguir el contorno de los caballos y algunos montones de heno. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, vio una partida de damas a medio terminar sobre una mesa desvencijada.

La mayoría de los niños jugaban a las damas, pero también los adultos. Por fin, sus ojos brillaron de alegría al ver una pelota roja y un puñado de tabas encima de una manta.

Sin duda, las tabas pertenecían al dominio infantil. Allí era donde los niños venían a jugar de vez en cuando.

De repente, una mancha de pelo negro surgió entre las sombras del establo y un furioso ladrido resonó en el aire. Dos perros rabiosos corrieron hacia ella. Lydia retrocedió y cayó del barril, desplomándose en una mata de zarzas que sirvieron para amortiguar la caída. Los perros arañaron la pared opuesta del establo, y Lydia rezó para que no pudieran salir. De lo contrario, la harían pedazos allí mismo.

Corrió a la parte delantera del establo, sorteando la maleza y temblando con todas las fibras de su cuerpo. Los perros seguían dando la voz de alarma. De pronto, un haz de luz iluminó la nieve. Lydia se dio la vuelta y vio a la señora Rokotov, que estaba de pie en la puerta de la mansión. Sus ojos de acero la inspeccionaron, advirtiéndole la nieve y las hojas pisoteadas que colgaban de su capa.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —preguntó la señora Rokotov.

Lydia levantó la barbilla.

—Estaba dando un paseo —dijo, orgullosa de la seguridad que transmitía su voz—. El Profesor me dijo que puedo hacer libre uso de los terrenos.

La señora Rokotov entrecerró los ojos.

—*Después* del anochecer.

La mirada acusatoria de la mujer se dirigió al establo, donde los perros atrapados seguían armando alboroto.

—¿Se puede saber qué les ha hecho a Marte y a Juno? No ladran a menos que alguien esté curioseando donde no debe. —La señora Rokotov mantuvo los ojos clavados en Lydia mientras bajaba los escalones de la entrada y se dirigía hacia ella—. Usted ha incumplido las normas, y mi deber consiste en garantizar el orden en esta casa. Suba a su habitación ahora mismo y no salga de allí hasta que se lo ordenen.

Nunca encontraría a los niños si se dejaba tratar como una prisionera. Lydia avanzó un paso hacia la señora Rokotov y dijo:

—Estoy aquí a petición del profesor Van Bracken. Desde que me conoció, el Profesor me ha tratado como una persona de confianza. —Aquello no era del todo cierto, pero tenía que resultar convincente—. Para él, lo más importante es su colección de libros raros. Ese manuscrito griego le importa más que las normas o los perros furiosos. Yo soy una de las pocas personas del planeta capaz de traducir ese documento, y no pienso permitir que me trate como a una criada desobediente. Si lo hace, me iré de esta casa ahora mismo y tendrá que buscar a otra persona que sepa traducir un dialecto griego del siglo IX.

El odio desapareció inmediatamente de los ojos de la señora Rokotov, para ser

reemplazado por... ¿miedo?

—No puede irse —dijo la mujer dando un paso atrás—. El Profesor tiene unas necesidades muy concretas en relación con sus manuscritos. Disculpe mis modales. Simplemente estaba preocupada porque aún no ha terminado de anochecer. No me opongo en absoluto a que pasee por los terrenos a esta hora.

Lydia seguía estando demasiado nerviosa para recluirse en su habitación.

—Me alegro.

Dicho esto, se alejó de la mansión, de los perros furiosos y de la mirada inquietante de la más fiel servidora del Profesor.



Cuando se acercaba a la puerta principal, un joven salió de la cabaña del guardia.

—Usted debe de ser la nueva traductora —dijo con una sonrisa.

Su rostro era ancho y amigable, y había un hueco entre sus dientes delanteros.

—Así es. Me llamo Lydia —dijo ella, acercándose a saludarlo—. Llevo encerrada todo el día y necesito dar un paseo.

—Yo soy Lars Hansen. Ya he oído el alboroto que han armado los perros. ¿Le han causado algún problema?

—¿Además de provocarme un ataque al corazón? No.

Lars sonrió.

—Me alegro. Tiene que conocer a los perros y dejar que la huelan. Los sacamos todas las tardes para vigilar los terrenos, de modo que, si desea disfrutar de un paseo por la noche, lo mejor será que se familiarice con ellos.

Lars se encaminó al establo y le hizo un gesto para que le siguiera. Nada más acercarse a la construcción se reanudaron los gruñidos y los arañazos en la pared. Lars debió de notar que Lydia estaba temblando, porque la rodeó con el brazo mientras abría la puerta.

—No tema. No le harán ningún daño si ven que es mi amiga.

Todos los instintos de su cuerpo la urgieron a salir corriendo al ver que los perros se acercaban hacia ella. Su agresividad apenas cedió cuando Lars les ordenó que se calmaran. Lars mantuvo el brazo sobre sus hombros en todo momento.

—Amiga —dijo Lars a los perros—. Lydia es mi amiga.

Llevó un tiempo, pero los perros empezaron a tranquilizarse.

—Puede acariciarlos si quiere —dijo Lars.

Lydia habría preferido introducir los dedos en un barril de ácido, pero necesitaba que

aquellos perros se pusieran de su parte. Armándose de valor, extendió los dedos, dejando que los perros la olisquearan y rozaran su falda. A juzgar por cómo movían el rabo, daba la impresión de que había superado la prueba. Lars ahuyentó a los perros para iniciar su ronda nocturna por los terrenos, y Lydia regresó con él a la cabaña del guardia.

La verja de hierro surgió delante de ella, el símbolo tangible de su aprisionamiento. A pesar de la amplitud de los terrenos, los terribles barrotes de hierro le provocaron una sensación de claustrofobia. Le habría gustado abrir la puerta de par en par y sumergirse en la noche. Además, si alguna vez pensaba encontrarse con Bane, sería al otro lado de la verja, donde los perros guardianes no pudieran aventurarse.

Miró a Lars.

—Esos barrotes parecen lo bastante estrechos para deslizarse entre ellos —dijo—. Me gustaría dar un pequeño paseo al otro lado.

Lars la miró con curiosidad.

—No hay mucho que ver. Solo millas y millas de arces.

—¿No hay granjas? ¿Ni vecinos?

—Calculo que no hay nadie en treinta millas a la redonda.

La magnitud de su aislamiento resultaba sofocante.

—Aun así me gustaría dar un paseo —dijo—. Sufro insomnio casi todas las noches, y nada me alivia más que caminar.

Lars se encogió de hombros.

—Al Profesor no le gusta que salgamos de los terrenos, pero no veo nada malo en ello, sobre todo si lo hace a última hora, cuando todo el mundo esté acostado. Será nuestro secreto. ¿De acuerdo?

Lydia se acercó a la verja y se puso de costado para pasar por el hueco de los barrotes.

—Sí. Será nuestro secreto —dijo, dando media vuelta y adentrándose en la noche.

Caminó durante horas. La luna iluminaba sus pasos, y el inminente deshielo hacía la temperatura soportable. Lydia miró hacia arriba. Solo un fragmento de cielo resultaba visible entre los inmensos árboles, pero sí que podía ver la luna, a la que solo le faltaban unos días para alcanzar su máximo esplendor.

La nieve del suelo amortiguaba sus pasos, y el extraño e inquietante crujido de los árboles resonaba en el aire húmedo y oscuro. ¿Todos los bosques serían igual de ruidosos? Era la primera vez que paseaba por un bosque, y no tenía ni idea de que los árboles pudieran hacer tanto ruido... Era como una especie de gemido o lamento que emitían cuando se balanceaban en el aire. Como si estuvieran sufriendo.

Cuánto le habría gustado tomar un poco de su medicina. Con solo un sorbito, el jarabe empezaría a aliviar la tensión de su espina dorsal. Y tal vez dejara de imaginar que los árboles estaban sufriendo.

No había ningún sendero visible en la alfombra de nieve que cubría el suelo, así que se limitó a vagar despreocupadamente. La luz de la luna iluminaba unos cubos que colgaban del tronco de los árboles. Lydia se acercó a uno de ellos y percibió el flujo constante de savia que caía en el recipiente, emitiendo un goteo característico. ¿Savia de arce? Sabía que en Nueva Inglaterra era común sangrar los árboles para obtener sirope, pero era la primera vez que lo veía. Decidió no prestarle demasiada atención y siguió caminando por el bosque de arces. Ahora, el goteo de la savia se unió al gemido de los árboles.

Lydia se metió la mano en el bolsillo y aferró la brújula. No lo hizo porque tuviera miedo a perderse —su rastro en la nieve serviría para guiarla hasta casa—, sino porque eso le hacía sentir más cerca de Bane. Seguro que era un capricho del destino que la brújula apuntara siempre hacia él.

Echó un vistazo al cielo, advirtiendo los pocos días que quedaban para la luna llena. Mientras sus dedos se curvaban en torno a la brújula, se le ocurrió una idea extraña.

Bane siempre era capaz de leer sus pensamientos. Sabía cómo funcionaba su mente y podía adivinar exactamente cómo iba a comportarse antes que ella misma. Le daba rabia ser un libro abierto para él, pero puede que, por esta vez, eso sirviera para salvarle la vida.

Porque, si Bane era capaz de leer su mente, sabría exactamente cuándo y dónde iba a encontrarse con él.



CAPÍTULO 26

Jack Fontaine hizo una fila de guisantes sobre el puré de patatas. Tenía que salir muy recta. De lo contrario, no podría colocar los palitos de zanahoria encima.

—¿Tú crees que debería poner otra fila de puré? —preguntó Dennis.

Jack miró al otro lado de la mesa del comedor donde se sentaba Dennis, armado con un plato de verduras. Ya se habían comido la carne asada y la tarta de manzana, pero la señora Garfield no les dejaba levantarse de la mesa hasta que no se hubieran terminado las verduras. Los niños solían utilizar esas verduras para construir fortalezas en miniatura.

—Sí. La otra fila de puré servirá de mortero —dijo Jack.

Jack contuvo la respiración mientras Dennis añadía más puré a la fortaleza de verduras. No podía ser demasiado alta, o se desmoronaría cuando empezaran a lanzar guisantes a un lado y otro de la mesa. El objetivo era derrumbarla, pero no demasiado rápido.

—¿Tú crees que tu padre te quiere? —preguntó Dennis.

Jack levantó la vista muy sorprendido.

—Supongo que sí —dijo, alcanzando otro guisante.

En realidad no le apetecía pensar en su padre. Ya era bastante triste tener que vivir allí en medio de la nada, sin su padre y sin Lucy. Algunas veces, cuando pensaba en ellos se ponía a llorar, y ya era muy mayor para llorar.

—Es muy importante que te quiera —dijo Dennis—. Si no te quiere lo suficiente, empezarán a ocurrir cosas malas.

Jack estaba bastante seguro de que su padre lo quería. O al menos eso decía, aunque Jack no era ningún tonto. Era evidente que su padre estaba decepcionado con él porque no le gustaba el mar y no quería enrolarse en la Marina. Cada vez que Jack se montaba en un barco, empezaba a dolerle el estómago y solo quería bajarse. No le gustaba reconocerlo, pero el océano le daba miedo. Si se enrolaba en el ejército, acabaría decepcionando a papá, pero eso era mejor que nada.

—Yo creo que cuantas más cartas escribas a tu padre, mejor —dijo Dennis—. El Profesor dice que las cartas son tan buenas como las visitas de verdad. Una vez me contó que el presidente Adams apenas veía a su esposa, pero que ambos intercambiaban cartas continuamente y eran muy felices.

Jack lo sabía todo sobre la escritura de cartas. Dennis le había enseñado el montón que había recibido de su padre en los últimos tres años. También había otro montón de

cartas dirigidas a un chico llamado Tony, pero Tony ya no vivía allí y Dennis no sabía muy bien qué le había pasado. Cuando Jack le preguntó a la señora Rokotov qué había sido de Tony, la mujer aseguró que no lo conocía.

Pero Jack sabía que estaba mintiendo. Él estaba seguro de que Tony había vivido en aquella casa, porque había visto las cartas que le enviaba su padre.

Lo que le llevó a pensar que a Tony le había pasado algo malo.

Pero ya no quería pensar más en Tony. Jack miró a Dennis y bajó la voz.

—Creo que el Profesor tiene una prometida.

Dennis le miró muy sorprendido.

—¿Qué?

—Hace dos noches que la estoy espiando —dijo—. A veces la veo pasear bajo los árboles. Nunca la había visto antes.

Dennis parecía más bien escéptico.

—Llevo tres años viviendo aquí, y nunca he visto que el Profesor tuviera una prometida. Yo creo que es muy viejo para eso. —Al cabo de un momento bajó el tenedor—. ¿Es bonita?

Jack tuvo que pensárselo unos segundos.

—Supongo que sí, pero parece triste. Lo único que hace es pasear de un lado a otro retorciéndose las manos.

—Me pregunto si será buena o mala persona —dijo Dennis.

Desde que Jack llegó a la mansión hacía casi un mes, Dennis le había ido explicando quién era bueno y quién era malo. Tanto la cocinera como un guardia llamado Lars eran buenos, pero los demás eran casi todos malos.

—¿Y qué hay del señor Hetley, el hombre que viene a traer los pedidos de la tienda? Él es bueno, ¿verdad?

Dennis se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé. Nunca me dejan salir cuando viene a traer los pedidos. Pero parece simpático, porque siempre que pido algo especial me lo trae enseguida.

Dennis tenía un problema, y es que era demasiado obediente. Las últimas dos veces que el señor Hetley había venido a traer un pedido, Jack había intentado llamar su atención agitando los brazos como un loco desde la habitación de la tercera planta, donde solían encerrarlos cada vez que venía una visita. Nunca conseguiría escapar de aquel lugar si se limitaba a quedarse sentado y cumplir las normas como Dennis.

—Venga, vamos a lanzar los proyectiles —propuso Jack.

Dennis giró el plato para que el muro de patata quedara en el ángulo adecuado. Los dos niños se dirigieron al extremo del comedor. Allí se arrodillaron hasta que la mesa quedó a la altura de sus ojos, colocaron los guisantes en fila e iniciaron un ataque a gran escala golpeando los guisantes con dos dedos. Los guisantes no causaron grandes

destrozos, pero el muro no volvió a ser el mismo cuando empezaron a lanzar los palitos de zanahoria. El primer palito que alcanzó el muro arrastró una cantidad de puré de patatas que salió volando hasta estrellarse contra la pared.

Se oyó un portazo, y Jack levantó la cabeza para encontrarse con la señora Rokotov. La mujer parecía un espantapájaros envuelto en una oscura mortaja.

—¡Qué desastre! —dijo muy disgustada.

Dennis se levantó de un salto.

—No se preocupe. Nosotros nos encargaremos de limpiarlo —se apresuró a decir.

La mujer contrajo la boca.

—No hay tiempo para eso. Subid ahora mismo a la habitación de la tercera planta y no salgáis de allí hasta que os lo digan. Deprisa, deprisa —dijo la señora Rokotov, chasqueando los dedos delante de Jack.

Ambos niños se apresuraron a obedecer. Jack sabía lo que eso significaba. Significaba que estaba a punto de llegar el señor Hetley a traer el pedido de la semana.

Y también significaba otra cosa: que había llegado la hora de poner en marcha su plan de fuga.

Una vez que estuvieron a salvo en la habitación, Jack decidió contarle su plan a Dennis.

—El señor Hetley nunca nos verá en la ventana, porque fuera hace sol y aquí no hay ninguna luz. ¿Qué te parece si encendemos un fuego para que nos vea?

—Aquí no hay nada para hacer fuego —dijo Dennis.

Jack sacó un libro que había robado del despacho del Profesor y tomó una lupa de los útiles escolares de Dennis.

—Sí que lo hay.

Dennis lo miró aterrorizado.

—¡No puedes prender fuego a un libro! ¡El Profesor nos matará!

Pero Jack no perdió el tiempo. La luz del sol se filtraba por la ventana. Abrió el libro y colocó la lupa en el ángulo adecuado. Un haz de luz alcanzó la página.

—No te preocupes. He cogido uno de los más antiguos, así que no le importará.

—¡Pero esos son sus preferidos!

Jack miró el libro con escepticismo, pero no apartó la lupa.

—¿De veras? Pues a mí solo me parece un libro viejo y arrugado.

Además, las páginas eran muy frágiles y estaban amarillentas por el paso de los años, por lo que prenderían más rápido. En cualquier caso, ¿quién iba a querer un libro tan antiguo?

—No puedo creer que seas capaz de una cosa así —murmuró Dennis.

Pero eso es lo que diría cualquier persona obediente como Dennis, así que Jack no apartó los ojos del brillante haz de luz. Parecía que su plan de fuga estaba funcionando,

porque finalmente apareció un agujerito. Luego, el agujero se oscureció y un hilo de humo surgió del papel.

Jack siguió sosteniendo la lupa y extendió sus lentes a Dennis.

—Toma. Tú también puedes ayudar —dijo.

No creía que Dennis fuera capaz de hacerlo, pero, al cabo de un momento, el muchacho ladeó las lentes y dirigió otro haz de luz al pequeño agujero. Jack estaba impaciente porque tardaba mucho en aparecer un borde anaranjado alrededor del agujero, pero, cuando por fin lo hizo, Dennis colocó las lentes en el suelo y protegió la llama diminuta con las dos manos.

Justo cuando el carro del señor Hetley se adentraba en la propiedad, la llama creció y las frágiles páginas del libro empezaron a retorcerse y oscurecerse, consumidas por el fuego. El libro empezó a desprender calor mientras el resto de las páginas seguían alimentando una llama cada vez más intensa. Sonriendo, Jack cogió la cubierta del libro para protegerse las manos y empezó a agitar las páginas ardientes delante de la ventana, gritando para llamar la atención del señor Hetley.



CAPÍTULO 27

Lydia estaba de pie junto a la ventana de su dormitorio. Desde aquella posición podía ver la puesta de sol. Los árboles le impedían ver el momento exacto en que el sol se ocultaba en el horizonte, pero todo se oscurecía rápidamente una vez que empezaba a descender.

Esa noche deseaba más que nunca escapar de su prisión. Sabía que, con solo girar la cabeza un poquito, podría ver la botella de jarabe de la señorita Winslow y su etiqueta engañosamente alegre. Tenía los nervios a flor de piel. Solo dormía a intervalos irregulares desde que llegó, y necesitaba la distracción que le proporcionaba caminar millas y millas por el bosque.

Algo malo había ocurrido hoy. Lydia estaba comiendo en la cocina del servicio cuando escuchó un escándalo procedente de arriba. La señora Rokotov estaba gritando algo relacionado con un fuego, y los criados corrían de un lado para otro, llenando cubos de agua y subiendo mantas mojadas para apagar las llamas. Iba a acercarse a la bomba de agua para llenar un cubo cuando Boris, el más alto y feroz de los guardias, la agarró por el brazo.

—Venga conmigo —le dijo.

Boris la empujó por las escaleras y la arrastró de vuelta a la Cámara del Tesoro. Allí le advirtió que, si deseaba conservar su bonito rostro, más le valía estarse quieta. Finalmente cerró la puerta de un golpe.

Pero no podía estarse quieta sabiendo que había un *fuego* en la casa. Una vez que Boris se hubo marchado, Lydia entreabrió la puerta para escuchar el alboroto de los criados subiendo y bajando escaleras, los cubos de agua salpicando el suelo y la gente gritándose.

—¿*Cómo has podido?* —oyó que rugía la señora Rokotov—. ¡Maldito mocosito! ¡Maldito, maldito mocosito! —gritó.

Lydia se mordió el labio, temiendo que uno de los chicos estuviera en peligro. No podía permitir que eso ocurriera. Supuestamente no conocía la existencia de los niños, pero, si la señora Rokotov pensaba hacer daño a uno de ellos, no podía quedarse de brazos cruzados.

—¡Enciérralo! —oyó que ordenaba la señora Rokotov—. ¡Enciérralo y destruye esa maldita lupa!

Entonces escuchó una cosa que le dio que pensar.

—El Profesor no debe enterarse —ordenó la señora Rokotov a un criado

desconocido—. Si descubre que los niños han destruido uno de sus libros mientras supuestamente los estabais vigilando, os echará a todos.

A continuación se inició una actividad frenética. La señora Rokotov ordenó a una criada que fuera a la ciudad para comprar una alfombra nueva que sirviera para reemplazar la anterior, que había sido devorada por las llamas. Los criados abrieron todas las ventanas para airear la casa y limpiaron hasta la última gota de agua que se había derramado en los tres pisos de escaleras. El Profesor tenía previsto regresar a casa esa misma tarde, y nadie debía mencionar el fuego.

Cuando se puso el sol, Lydia abandonó la habitación y salió de la casa a buen paso. Estaba tensa y nerviosa, y deseaba no haber oído hablar nunca del jarabe de la señorita Winslow. Llevaba cuatro días sin tomar ni una sola gota, pero cada vez le resultaba más difícil conservar la cordura.

Saludó a Lars al acercarse a la puerta y se deslizó entre los barrotes de hierro para dar un paseo entre los arcos. El ruido de la savia cayendo en los cubos sonaba inusualmente alto aquella noche. Pero peor era el gemido de los árboles. ¿Se estarían lamentando de la pérdida de savia? ¿O es que estaba empezando a imaginarse cosas? Lydia sintió que no estaba sola, como si los espías del Profesor la estuvieran acechando detrás de los árboles.

Lo que había ocurrido hoy acentuaba la necesidad de sacar a los niños de la casa. Lydia había escuchado lo suficiente para averiguar que Jack Fontaine había prendido fuego a un libro viejo en un vano intento de escapar. Una de las criadas dijo que, si todo aquello hubiera ocurrido cuando el Profesor estaba en casa, lo más probable es que hubiera golpeado al chico hasta matarlo.

Habían pasado seis días desde que llegó a la mansión. Lydia había ganado tiempo copiando el manuscrito a paso de tortuga, pero no podría demorarse mucho más. Deseaba que su plan para encontrarse con Bane funcionara, porque una cosa era segura: si no conseguía el manual de traducción para el día siguiente, el Profesor descubriría que era una impostora.



El plan para ocultar el episodio del fuego al Profesor funcionó. Van Bracken había regresado a la mansión la noche anterior y había retomado su rutina como siempre, aunque Lydia sabía que todo el servicio seguía aterrorizado. Si el Profesor descubría un ligero olor a quemado o el libro que faltaba, tendría que ser hoy.

Lydia y el resto del personal se reunieron en la cocina para comer. La señora Garfield sirvió unos cuencos de delicioso estofado de Brunswick y mantuvo una charla

artificialmente animada sobre la temporada del sirope de arce. La señora Rokotov y su hijo Boris comían en riguroso silencio, pero Lars era muy hablador y participó en la conversación, diciendo que algunos árboles eran lo bastante grandes para añadir un segundo cubo.

—Me encanta el olor en la temporada del sirope —dijo la señora Garfield—. ¡Todo el bosque huele como una tienda de golosinas!

La señora Rokotov no parecía muy impresionada.

—Boris, este año ayudarás a Lars a sangrar los árboles. Este mes, el Profesor tiene pensado llevarse a Raymond a Filadelfia y a Nueva York.

Boris dejó caer la cuchara.

—¿Otra vez? ¿Por qué tengo que quedarme encerrado en mitad de la nada mientras Raymond viaja a todas partes?

Hablaba como un niño mimado, si es que podía confundirse a un hombre de ciento veinte kilos con un niño. Boris siguió protestando sobre la injusticia en el reparto de las tareas mientras la señora Rokotov permanecía inmóvil. Solo cuando Boris amenazó con quejarse al Profesor, la mujer dio un respingo.

—¡Ya basta! —exclamó con furia.

Lydia abrió los ojos de par en par. ¡La señora Rokotov estaba hablando en *ruso*! Lydia procuró no levantar la cabeza ni mirarla, recordando la advertencia de Bane: no debía revelar que sabía más idiomas aparte del inglés y el griego. Sabía que aquellos que cambiaban de idioma delante de los demás lo hacían porque no querían que les entendieran. La voz de la señora Rokotov se endureció mientras seguía hablando con Boris en ruso.

—El Profesor ha sido muy amable preocupándose por nuestro bienestar. Tú y yo somos los únicos sirvientes que podríamos acompañarle si tuviera que huir de esta casa. Somos los únicos en los que confía de verdad, y lo tiene todo preparado en caso de emergencia. Una nueva casa donde ir. Horarios de tren. Nuevas identidades para ti y para mí. Todos los documentos están preparados para el momento que los necesitemos. Deberías sentirte agradecido de que te haya elegido para acompañarle. No a Raymond. No a Lars. ¡A ti!

Lydia contuvo la respiración. Así que el Profesor tenía un plan para escapar. Si estaba preparándose para establecerse en otra parte, ese era *exactamente* el tipo de información que Bane necesitaba saber. Si pudiera encontrar esos documentos, Bane podría averiguar la localización de su nuevo refugio.

Boris terminó cediendo.

—Está bien, está bien —dijo de mala gana. Entonces cambió al inglés—. Dejaré de quejarme. Pero sigo pensando que es injusto que tenga que estar siempre encerrado en esta casa.

Se produjo un incómodo silencio. Finalmente, la señora Garfield lo interrumpió preguntando a Lydia si esa noche le apetecía una deliciosa tarta de manzana de postre.

—Sería estupendo —dijo Lydia.

—Lo que sería estupendo —intervino la señora Rokotov— es que terminara su traducción. Está tardando mucho en acabar una tarea tan sencilla. Cuanto antes salga de esta casa, mejor.



El Profesor parecía compartir la misma opinión que la señora Rokotov sobre sus progresos. Cuando fue a visitarla aquella tarde, sus cejas esbozaron un gesto de desaprobación al ver la copia cuidadosamente escrita que había preparado.

—Esperaba ver algunos progresos con el texto original —dijo—. Cualquiera podría haber preparado una copia en mucho menos tiempo. Un día o dos, como mucho. No entiendo por qué no ha terminado la copia después de una semana de trabajo.

Lydia se levantó para enfrentarse a él, deseando que el terror que corría por sus venas no resultara evidente.

—La tinta se ha desprendido y ha manchado la vitela en otras partes. Todo eso dificulta la interpretación —dijo—. Cada frase requiere un análisis y una conclusión meditada para no introducir errores en la copia.

Lydia contuvo la respiración, deseando que su excusa funcionara. El Profesor frunció la comisura de los labios, pero asintió bruscamente.

—Muy bien —dijo con tono escéptico—. Pero, a partir de mañana, tendrá que empezar la traducción a partir del texto que ha copiado. Ya tendrá tiempo de sobra para terminar la copia cuando haya avanzado un poco.

A Lydia le dio un vuelco el corazón. Si Bane no venía a verla esa misma noche, ya no tendría ninguna excusa.



Lydia se quedó mirando la primera línea del manuscrito. Había un total de cuatro palabras que podía reconocer: *Persia, mar, cielo y hierro*. Si tuviera las tablas de transcripción, podría descifrar la frase en cuestión de minutos. Sin ellas, solo podía hacer

conjeturas. Habían pasado dos horas desde que el Profesor le había hecho una visita, y desde entonces estaba tensa y nerviosa. Intentó concentrarse en descifrar el principio del manuscrito, pero su mente no dejaba de divagar. ¿Qué haría si Bane no venía a verla esa misma noche? Puede que un sorbito de jarabe la ayudara a concentrarse. Lydia se preguntó cuántas millas de bosque rodearían la casa. ¿Realmente serían treinta millas, como había dicho Lars? Aunque no fuera tanto, no podía escaparse. Eso implicaba abandonar a los niños, y no estaba dispuesta. El único hijo varón del almirante Fontaine se encontraba en algún lugar de la casa, y no podía soportar la idea de dejarlo a merced del Profesor.

Un ruido en el tejado la distrajo de sus pensamientos. Seguramente serían las ardillas. Se acercaba la primavera, y los animales estaban empezando a despertarse. Intentó abordar la segunda frase del manuscrito, pero en esta ocasión se oyeron unas pisadas en el techo. Lydia se incorporó e inclinó el cuello para mirar arriba, pero no pudo ver nada.

De pronto, las caras sonrientes de dos niños taparon la luz. Lydia dio un respingo. Los niños rompieron a reír y se apartaron de la ventana.

¡No podían irse! Lydia se levantó y se subió a la mesa, tratando de alcanzar el cristal y llamarlos, pero su brazo no era lo bastante largo. Apretando los dientes de frustración, saltó al suelo. Cuando estaba en el proceso de levantar la silla para ponerla encima de la mesa, los niños volvieron a aparecer. Y esta vez estaban manipulando el mecanismo que cerraba los dos cristales de la ventana. ¡Estaban intentando entrar!

Lydia colocó la silla sobre la mesa y se subió encima. Desde allí podía alcanzar el pestillo que mantenía la ventana cerrada. Con un giro de muñeca levantó el gancho, y uno de los chicos abrió la ventana desde fuera.

—¡Hola! Aquí hace mucho frío. ¿Podemos entrar?

Lydia no pudo reprimir una sonrisa. Se bajó de la silla y estaba a punto de ayudarles a bajar, pero uno de los chicos ya estaba descolgándose del marco de la ventana y el otro no andaba lejos.

No podía creer que llevara una semana entera buscando a aquellos niños, y que ahora estuvieran descolgándose de un tragaluz para verla. Los tres se quedaron de pie encima de la mesa, mirándose como tontos.

—¡Cuidado con el manuscrito! —gritó Lydia.

El frágil documento estaba a tan solo unos centímetros de uno de los chicos, pero él lo sorteó con soltura y saltó al suelo. Como si fuera un auténtico caballero, le ofreció la mano y la ayudó a bajar.

—Me llamo Jack Fontaine —dijo—. ¿Es usted la prometida del Profesor?

Lydia estuvo a punto de atragantarse.

—¡Por todos los santos, no! Solo estoy traduciendo este manuscrito.

Lydia se dio la vuelta y ayudó a bajar al otro chico.

—Tú debes de ser Dennis Webster —dijo.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó el chico con cara de sorpresa. Jack la observó con la misma curiosidad.

No había tiempo que perder.

—Me ha enviado el almirante Fontaine para ayudaros a salir de aquí.

Los dos se quedaron estupefactos, pero Lydia prosiguió:

—Tengo un amigo en el exterior que está organizando un plan para rescataros, pero antes tengo que saber dónde os alojáis.

—¿Conoce el ala de la mansión que apunta hacia el oeste? —preguntó Dennis.

Lydia asintió.

—Hay tres chimeneas en esa zona. Nuestra habitación está en la planta de arriba, justo debajo de la doble chimenea.

—¿Tenéis algunas normas concretas? —preguntó—. ¿Algo que tengáis prohibido hacer?

—Cuando anochece tenemos que quedarnos dentro de la casa —dijo Dennis—. Nunca nos dejan aventurarnos en el ala norte. Y siempre que viene un visitante tenemos que quedarnos encerrados en la habitación que hay en la tercera planta de la torre.

—¿Y qué pasa durante el día? ¿Podéis moveros libremente?

Dennis asintió.

—El Profesor nos dijo que podemos ir adonde queramos, siempre que permanezcamos en el interior de la verja. Podemos ir a pescar y subirnos a los árboles. Aunque no creo que pensara que Jack iba a ponerse a merodear por el tejado.

—Llevo varios días buscándola —dijo Jack—. La veía pasear por la noche, y siempre me preguntaba dónde estaría durante el día. Me imaginé que se alojaría en el ala norte, pero he mirado en casi todas las ventanas y no he encontrado ni rastro de usted. Hoy hemos decidido mirar por los tragaluces, y, mire por dónde, aquí está.

—Sí, aquí estoy —dijo Lydia. Su mente trataba de encontrar otras maneras de comunicarse con los chicos, puesto que las visitas por el tragaluz quedaban descartadas.

—¿Y qué hay de la biblioteca del salón? —preguntó Lydia—. ¿Os dejan usarla?

—Durante el día, sí —confirmó Dennis—. Siempre que no *quememos* nada —añadió, mirando a Jack.

Lydia no tenía ningún interés en hacer de árbitro entre los dos.

—Yo puedo usar la biblioteca por las tardes. Podemos pasarnos notas dentro de un libro. —Cerró los ojos y trató de pensar en un volumen que el Profesor no utilizara—. Hay una enciclopedia en el estante inferior de la librería —dijo. Había visto una fina capa de polvo encima de los libros, y lo más probable es que fueran seguros—. ¿Por qué no elegís un tema que podáis recordar fácilmente y os dejo allí una nota?

—Boston —dijo Jack—. Yo soy de Boston, así que no lo olvidaré.

—Muy bien, que sea Boston —dijo Lydia—. Esta noche espero encontrarme con mi amigo, y él tendrá un plan para sacarlos de aquí. Dejaré una nota dentro de la enciclopedia, en la entrada de Boston. Miraré en esa misma entrada en el caso de que necesitéis comunicaros conmigo.

—Parece fácil —dijo Dennis.

—¿Cuándo podremos escaparnos? —preguntó Jack—. No pienso quedarme tres años esperando como Dennis. Quiero irme a casa ahora. Esta noche.

Si intentaba escaparse con los chicos, los perros alertarían a Lars antes de que consiguieran llegar a la puerta. Bane le había dicho que la fuga llevaría semanas, no días. Estaba intentando pensar cómo decirle a Jack que tuviera paciencia cuando escuchó unos pasos en la escalera del vestíbulo.

—Se acerca el Profesor —susurró.

Sin dudarle ni un momento, los chicos se subieron a la mesa, pero cuando Dennis se puso de pie en la silla, resultó que era demasiado bajito para alcanzar el tragaluz. Lydia se subió a la mesa y, con una fuerza que no creía poseer, agarró al chico de la cintura y lo levantó para que pudiera sujetarse con las manos al marco de la ventana. Tanto ella como Jack le empujaron para que pudiera salir.

—Ahora te toca a ti, Jack —susurró Lydia.

Los pasos se iban acercando cada vez más. Lydia levantó un poco al chico y Dennis tiró de él hacia arriba. Las piernas de Jack seguían colgando de la ventana cuando Lydia bajó de la mesa de un salto, colocó la silla en su sitio y tomó asiento. Justo cuando los pies de Jack se perdían de vista, la puerta de la sala se abrió. No había tenido tiempo de cerrar la ventana, y ambos paneles colgaban abiertos del techo de la habitación.

—¿Cómo va, querida? ¿Ha hecho muchos progresos? —preguntó el Profesor nada más entrar.

Sus dedos temblaban mientras ordenaba las páginas en la mesa. Lydia deslizó el principio de su patética traducción debajo de unas páginas en blanco.

—Estaba terminando el trabajo de copia —dijo.

—Ya veo. Hay mucha corriente aquí, ¿no le parece? —preguntó el Profesor.

Lydia sintió un vuelco al corazón al ver que sus ojos se dirigían al techo y veían la ventana colgando. El Profesor frunció el ceño y palideció.

—¿Quién le ha dado permiso para abrir esa ventana?

Lydia apenas podía mover la boca para pronunciar las palabras.

—Yo... yo... pensé que no sería un problema —tartamudeó—. Pensé que no me vendría mal un poco de aire fresco y...

—Pues no vuelva a tener esos pensamientos en el futuro. —La voz del Profesor sonó como un látigo—. Mandé construir esta sala para proteger mis preciados manuscritos de

los elementos. He tomado toda clase de precauciones contra el fuego, las inundaciones o los daños relacionados con la temperatura. Pero todas esas precauciones no sirven de nada si usted abre la ventana.

El Profesor no aguardó su respuesta. Se subió a la mesa y cerró ambos paneles de un golpe. Aún parecía alterado mientras bajaba de la mesa.

—En el futuro, espero no tener que repetirle que debe mantener esa ventana cerrada en todo momento. ¿Queda claro, Lydia?

—Sí, señor.

—Me alegro. Mañana vendré a ver su traducción. No me decepcione una vez más — dijo con frialdad.

El sol empezó a ocultarse una hora después. Estaba demasiado oscuro para seguir trabajando. Lydia abandonó la habitación temblando de nerviosismo. A menos que Bane recordara su afición a pasear las noches de luna llena, el resto de su estancia en la mansión sería muy corto. Y, sin el manual de transcripción que la ayudara a traducir el documento, tal vez muy peligroso.

Con la seguridad por los suelos y los nervios fuera de control, Lydia regresó a su dormitorio y tomó un largo sorbo de jarabe de la señorita Winslow.



CAPÍTULO 28

Lydia se adentró en la noche de luna llena, aferrando su cálida brújula y rezando para que el instinto de Bane funcionara y supiera cómo encontrarla. La luna brillaba con fuerza, iluminando la aguja frágil y temblorosa de la brújula, que no dejaba de señalar hacia el norte. Seguiría caminando hasta encontrarlo. Por alguna razón, sabía que Bane adivinaría su plan.

No podía permitirse pensar de otra manera.

Lydia siguió avanzando a paso regular, mirando alternativamente la brújula y los espesos matorrales que quedaban a sus pies. Si Bane había adivinado sus intenciones, estaría esperándola al norte de la casa. No podía perderse.

Su miedo se iba acrecentando a cada paso. No había nieve en el suelo. En el pasado solía seguir sus huellas en la nieve para volver a casa, pero esa noche no podía hacer eso. ¿Podría confiar en la brújula para guiarla de vuelta por el bosque? ¿Habría recorrido ya una milla entera? ¿Dos? Era difícil saber cuánto se acercaría Bane a la casa.

Parecía que llevaba caminando una eternidad, pero puede que esa sensación se debiera al esfuerzo de mirar fijamente la brújula mientras intentaba no tropezarse con los árboles. Las ásperas zarzas se enganchaban en su falda, entorpeciendo su camino. Cada vez que se agachaba a tirar de la falda, luego tenía que esperar a que la aguja volviera a apuntar hacia el norte.

—Lydia.

El susurro era tan suave que fue arrastrado por el aire nocturno. Lydia levantó la cabeza. Ahí estaba Bane, mirándola con una sonrisa de alegría. Extendió los brazos para saludarla.

Lydia sintió que la abandonaban las fuerzas y se hundió en el húmedo suelo del bosque. La cabeza le daba vueltas y temió desmayarse.

Al momento Bane estuvo a su lado, en cuclillas y sujetándola con los brazos.

—¿Qué ocurre, Lydia? ¿Estás herida? Dime qué necesitas.

—Te necesito a *ti*.

Sin soltar la brújula, Lydia lo rodeó con los brazos y hundió el rostro en su hombro. Se había quedado sin fuerzas, así que se abandonó en sus brazos y dejó que la acunara como a un bebé. Con una voz llena de dulzura, Bane le susurró al oído:

—No te preocupes, Lydia. Te tengo bien sujeta.

—Sabía que me encontrarías. Sabía que estarías aquí.

Lydia notó que Bane esbozaba una sonrisa contra su mejilla.

—Por supuesto que he venido a buscarte, pequeña pagana. Te dejo sola una semana y te encuentro rezando a la luna.

Una débil carcajada brotó de lo más profundo de su cuerpo.

—Ha funcionado, ¿verdad?

—Supongo que sí. Y además te he traído un regalo.

Bane metió la mano en el interior de su abrigo y sacó el delgado manual de traducción.

Le dieron ganas de levantarse y ponerse a saltar de alegría, pero estaba demasiado a gusto en los brazos de Bane, que le sonreía con todo el amor del mundo. Sin dejar de mirarle a los ojos, cogió el libro.

—Solo un estúpido llamaría regalo a un manual de traducción.

Bane le guiñó un ojo.

—La próxima vez te traeré una crema de almejas del Dragón Sonriente —dijo.

Luego agachó la cabeza y atrapó su boca en un beso tan tierno que Lydia no pudo evitar sonreír contra sus labios. Después apoyó la mejilla en su rostro y se limitó a quedarse allí, descansando. Era maravilloso y relajante estar así.

—Tenemos que hablar —dijo suavemente.

¿Por qué aquel momento no podía durar para siempre? Lydia quería quedarse en sus brazos y dejar que la abrazara y le hiciera reír hasta el amanecer.

—Lo sé.

Bane la ayudó a levantarse y la llevó a un tronco caído. Ambos se sentaron con las manos entrelazadas.

—¿Has visto a los chicos? —inquirió Bane.

Lydia asintió.

—Están bien, aunque no dejan de meterse en líos. Al menos, Jack. Dennis es muy obediente, pero Jack tiene los días contados, como siga así.

Lydia le explicó el incidente del libro antiguo. Bane la miró horrorizado hasta que Lydia le explicó que el Profesor no sabía nada.

—Los criados tienen miedo a que lo descubra, por eso se lo están ocultando. Pero Jack no tardará en hacer otra travesura. Solo es cuestión de tiempo.

También le contó que los chicos se habían descolgado del tragaluz para hacerle una visita.

—Eso es bueno —dijo Bane—. Significa que no están del todo asustados, lo cual es importante si quiero sacarlos de aquí.

—¿Y cuándo será eso? ¿Cuánto tardarás en hacerlo?

Lydia deseó que su desesperación no resultara demasiado evidente, pero no sabía cuánto tiempo podría aguantar en aquella fortaleza glacial.

Bane levantó una mano para silenciarla.

—Necesito más información antes de responder. Dime, ¿quién vigila a los chicos?

—Los niños pueden jugar al aire libre, siempre que se queden dentro de la verja. Alrededor de la propiedad hay unos guardias vigilando las veinticuatro horas del día. También hay unos perros guardianes. Afortunadamente, Lars es muy amable conmigo y me deja deslizarme por la puerta todas las noches. Los criados del interior de la casa vigilan a los chicos durante el día. El peor es uno llamado Boris, que me recuerda a un chacal. Se pasa el día gruñendo y protestando.

Bane la escuchaba con un gesto de profunda concentración.

—Sigue contándome. ¿Qué horarios tienen? ¿Dónde duermen? No omitas ningún detalle, por insignificante que parezca.

Lydia le dijo todo lo que sabía sobre los chicos, aunque tuvo que admitir que el Profesor había sido muy efectivo a la hora de mantenerla aislada en el ala norte de la mansión. Después de revelarles hasta el último detalle que conocía, se quedó esperando. Bane permanecía inmóvil, procesando la información. El silencio se prolongó durante tanto tiempo que Lydia se giró para morderse las uñas mientras él seguía reflexionando.

Por fin, Bane se decidió a interrumpir aquel silencio.

—¿Hay alguien en la casa que lea el periódico local?

La pregunta no venía a cuento, pero Lydia se quedó pensando.

—He visto que la señora Garfield utiliza periódicos viejos para encender el fuego. Hay un montón de ellos en la cocina del servicio.

—Pues empieza a hojearlos —dijo Bane—. El mes pasado hubo un brote de rabia cerca de Saint Albans. En la prensa se hizo un amplio eco del asunto. Intenta encontrar alguno de esos artículos y déjalos a la vista. O mejor, pregunta a la señora Garfield si ha oído hablar de algún caso en la zona. Dile que ha habido rumores que aseguran que el brote ha sido especialmente virulento este año, y que la prensa lo confirma. Sugiere que la rabia te da mucho miedo.

Eso no sería difícil.

—Es que *realmente* me da mucho miedo.

Lydia le habló de una chica del orfanato Crakken, que tuvo una muerte espantosa tras ser mordida por un perro rabioso.

—Utiliza esa historia —dijo Bane con tono despiadado—. Necesito que plantes la semilla del pánico en la casa.

—¿Qué estás tramando?

—Todavía no estoy seguro. Pero necesito una emergencia que exija que los chicos salgan de la casa con la plena colaboración del servicio. Y un brote de rabia podría servir. —Siguió pensando mientras trazaba pequeños círculos en la palma de su mano—. Empieza a preparar el terreno alertando a todo el mundo del brote de rabia en Saint Albans.

A medida que Lydia se iba percatando de la peligrosidad del plan, un escalofrío recorrió su cuerpo, ya fuera de frío o de miedo, eso no lo sabía. Bane se incorporó y le ofreció la mano para levantarse.

—Estás helada. Mañana por la noche me encontraré contigo en este mismo sitio para explicarte el resto del plan.

Lydia asintió, temiendo la perspectiva de volver a aquella terrible fortaleza. Bane tomó su cara entre las manos y estudió su rostro, como si quisiera memorizar cada uno de sus rasgos. Sus dedos pulgares trazaron la línea de sus cejas mientras la miraba profundamente a los ojos.

—Has estado tomando opio —le dijo.

Lydia apartó la mirada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tienes las pupilas contraídas como alfileres.

Bane no movió ni un músculo; se limitó a atravesarla con sus severos ojos azules.

—Vi la botella de jarabe en tu cuarto de la pensión. ¿Con qué frecuencia lo tomas?

Lydia se mordió el labio. Durante la semana más difícil de su vida, solo había fracasado dos veces en su intento de renunciar al jarabe, pero ni siquiera eso se atrevía a confesarlo. Bane siguió presionándola.

—Cuando estábamos en Boston, me dijiste que solo lo tomabas una vez a la semana.

Lydia miró al suelo.

—Te mentí —susurró, detestando la fragilidad de su voz en medio del bosque—. Cuando intenté dejarlo, me di cuenta de que lo estaba tomando casi todas las noches.

No podía soportar la tristeza que reflejaban los ojos de Bane, así que se alejó de él y se internó un poco más en el bosque.

—Me siento muy frágil. He estado asustada y sola y sé lo patético que es tomarlo. Ahora que estás aquí y tengo el manual de traducción, lo haré mucho mejor. Sé que puedo dejarlo —esbozó una frágil sonrisa—. Cuando estás a mi lado me siento capaz de todo. De escalar una montaña, de llegar a la luna...

Bane la miró con una triste sonrisa.

—¿De seguir a Lewis y Clark hasta el océano Pacífico?

Lydia asintió.

—También.

Era verdad. La seguridad de Bane era contagiosa, y siempre que estaba a su lado se sentía capaz de todo.

Bane acortó la distancia que los separaba y estrechó sus manos entre las suyas. Con el rostro a tan solo unos centímetros de ella, la miró a los ojos.

—Necesito saber si te encuentras bien —dijo lentamente—. No puedo enviarte de vuelta a la mansión sabiendo que puedes venirte abajo. No merece la pena.

Lydia pensó en los dos niños sonriéndole desde el tragaluz. Nunca sería capaz de abandonarlos.

—No voy a venirme abajo —dijo—. Sé lo que hay que hacer y lo haré.

No le prometió dejar de tomar el jarabe de la señorita Winslow. No podía hacerlo. Pero aguantaría lo que fuera necesario hasta que los chicos estuvieran a salvo con su familia.



Ahora que tenía las herramientas necesarias, Lydia avanzó rápidamente. Los días que estuvo copiando el texto le habían servido para memorizar los caracteres, facilitándole la traducción. En cuestión de una hora logró descifrar los dos primeros párrafos del texto.

Después de una hora de traducción, el Profesor vino a hacerle una visita inesperada. Nada más oír sus pasos característicos en el vestíbulo, Lydia ocultó el manual de traducción debajo de un montón de páginas en blanco. Si el Profesor veía el manual, descubriría que era una impostora. Justo cuando estaba apartando la mano de los papeles se abrió la puerta.

La imponente figura del Profesor llenó el umbral.

—¿No tiene nada que enseñarme esta mañana? —preguntó.

Lydia le tendió la traducción.

—El autor sostiene que el calor del sol proporciona energía a la luna.

Una mezcla de sorpresa y placer se dibujó en el rostro del Profesor cuando le arrebató la página, que sostuvo como si fuera una reliquia de la más remota antigüedad. Su mirada recorrió la hoja mientras devoraba las líneas traducidas, moviendo ligeramente los labios mientras leía.

Solo tardó unos segundos en leer el pasaje, pero, cuando terminó, jadeaba como si hubiera recorrido cinco millas.

—Es asombroso —susurró—. Durante mil años, este documento ha permanecido olvidado en un monasterio. Y ahora soy la primera persona que lee estas palabras inmortales después de casi un milenio.

Lydia se quedó con la boca abierta. En realidad era *ella* la que lo había leído primero, pero ni siquiera se molestó en corregirle. El Profesor no dejaba de dar vueltas a su alrededor. Lydia se aferró a su asiento, deseando que se marchara. Su manera de escrutar la traducción era muy inquietante, pero lo que dijo a continuación le heló la sangre.

—¿No conocerá usted a un hombre llamado Alexander Banebridge?

Lydia estuvo a punto de quedarse sin respiración. El Profesor seguía dando vueltas a

su alrededor, así que hizo un esfuerzo por conservar la calma.

—¿Banebridge? Creo que no. ¿Es uno de sus guardias?

El Profesor sacó la única silla libre que quedaba en la habitación y la colocó delante de ella. Luego tomó asiento y la estudió desde el otro lado de la mesa. Desde allí podía ver el manual de traducción. Lydia se acomodó en su asiento y empujó simultáneamente unos papeles para ocultar aún más el libro.

—No. No es uno de mis guardias —dijo el Profesor con mucha parsimonia. Luego suspiró profundamente, como si el asunto fuera muy doloroso para él—. Cuando estuve en Boston realicé algunas investigaciones y descubrí que usted trabajó como traductora en el astillero naval. —Lydia sintió una opresión en el pecho—. Debo felicitarla por desempeñar una labor tan patriótica —prosiguió el Profesor—. Sin embargo, me ha llamado la atención que su antiguo jefe, el almirante Fontaine, tenga tanta amistad con Alexander Banebridge, que al parecer es un visitante asiduo del astillero. —Lydia trató de conservar la calma ante el escrutinio del Profesor—. Así que voy a preguntárselo otra vez. ¿Conoce usted a Alexander Banebridge?

Reconocerlo equivalía al suicidio. Lydia fingió que se quedaba pensando y luego se limitó a decir:

—Hay dos mil personas trabajando en el astillero. Yo solo conozco a una pequeña parte. No recuerdo a ningún hombre llamado Banebridge.

El Profesor se levantó. Parecía satisfecho con su respuesta. Antes de dirigirse a la puerta, posó una mano en su hombro.

—Muy bien, Lydia. Por favor, continúe con su trabajo.

Después de que el Profesor se hubo marchado, el corazón siguió golpeándole el pecho durante varios minutos. Era evidente que sospechaba de ella. ¿Por qué, si no, iba a ponerse a investigar en el astillero, buscando una relación entre ella y Bane?

Esperó un momento a que su corazón recuperara su ritmo normal. Las sospechas del Profesor la empujaban a abandonar la casa lo antes posible, pero para eso tendría que empezar a sembrar las semillas del terror ante un brote de rabia. Lydia abrió la puerta y miró a ambos lados del pasillo antes de aventurarse fuera de la sala y bajar al vestíbulo.

La señora Garfield la miró con expresión de sorpresa.

—Ha bajado muy pronto —dijo, echando un vistazo al reloj que colgaba encima del hogar—. No la esperaba hasta dentro de dos horas.

—Lo sé, pero estoy hambrienta. ¿Hay algo de comer?

El rostro de la cocinera se contrajo en un gesto de indecisión.

—El Profesor es muy estricto con el horario de comida de sus invitados.

Era evidente que estaba preocupada ante la posible aparición de los chicos, de los que, supuestamente, Lydia no sabía nada.

—Solo son las diez —dijo Lydia, mientras se sentaba en el banco que había delante de

la mesa—. Puedo tomar algo y salir en unos minutos —dijo con una sonrisa.

—Supongo que tiene razón —dijo la señora Garfield, mientras empezaba a cortar una barra de pan.

Los ojos de Lydia recorrieron la cocina y se posaron en una pila de periódicos que descansaban junto al hogar. Lydia se levantó y empezó a curiosear el montón.

—Debe de sentirse muy aislada aquí, en medio de la nada —dijo, examinando cada página a toda prisa antes de pasar a la siguiente.

La señora Garfield sonrió.

—Supongo que mi destino es la cocina, no importa dónde trabaje —dijo—. Una vez trabajé en un aserradero a las afueras de Burlington, donde cocinaba para sesenta hombres. Y me sentía igual de aislada que aquí.

Lydia asintió educadamente mientras la cocinera recordaba sus días en el aserradero, pero su atención no dejaba de saltar de un titular a otro mientras examinaba la *Gaceta de Vermont* en busca de alguna mención a la rabia.

Entonces la encontró.

—Dios mío —exclamó, llevándose la mano a la garganta.

La señora Garfield dejó caer el cuchillo.

—¿Qué ocurre, querida?

—¡Un brote de rabia! El periódico dice que ha habido un caso de rabia en una granja cerca de Saint Albans. —Lydia echó un vistazo al artículo. A continuación miró la fecha en la parte superior del periódico—. ¡Y hace tan solo una semana! Un hombre y su hijo fueron mordidos por un perro de caza que resultó estar enfermo de rabia. Ambos fueron trasladados a Burlington para recibir tratamiento, pero hay muy pocas posibilidades de que sobrevivan.

No hizo falta que fingiera su horror.

—En el lugar donde crecí había una chica que contrajo la rabia por la mordedura de un perro —dijo—. Allí la atención médica no era muy buena, y el personal le administró opio para bajarle la fiebre. Pasó una semana antes de que un médico pudiera hacer un diagnóstico correctamente, y para entonces ya era demasiado tarde. Tuvieron que llevársela antes de morir.

La señora Garfield se hundió en el banco.

—¿Usted cree que podrían haberla salvado si hubieran avisado antes al médico?

Lydia asintió.

—Hay que actuar muy rápido. De lo contrario puede ser fatal. —Volvió a examinar el artículo—. Aquí dice que un médico francés llamado Louis Pasteur ha desarrollado una vacuna contra la rabia, pero que debe administrarse como mucho un día después de la infección. Dice que hay que tratar las heridas aplicando ventosas. —Lydia levantó la cabeza—. ¿Usted sabe cómo funciona eso?

La cocinera parecía tan confundida como ella. Lydia volvió a mirar el periódico.

—El artículo dice que, si se aplica el tratamiento de forma inmediata, hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que la persona no desarrolle la enfermedad. — Lydia dobló el periódico para que el artículo quedara bien a la vista—. Tenemos que informar a Lars y al resto del servicio —dijo. Entonces tuvo un momento de repentina inspiración—. Tal vez deberíamos encerrar a los perros hasta que pase el brote.

Si el plan de Bane implicaba acercarse a la propiedad, lo mejor sería que aquellos perros no causaran ningún problema.

La señora Garfield se levantó y siguió preparando el bocadillo.

—Deje el periódico ahí, y yo me aseguraré de que todo el servicio lo vea. Si ocurriera algo malo en esta casa, no podría perdonármelo.

La mujer puso el bocadillo en un plato y lo empujó sobre la mesa hacia Lydia.

—No se preocupe —dijo Lydia—. Me lo comeré y saldré de aquí en un santiamén.



La primera señal de la cercanía del tren fue la vibración de la plataforma de madera en la que Bane estaba esperando, dentro de la estación de Burlington. La pequeña vibración se fue intensificando hasta convertirse en un estruendo, y dos mil toneladas de hierro y acero entraron bramando en la estación, en medio de una nube de humo y vapor. Poco después el vapor se disipó, las puertas se abrieron y el almirante Fontaine puso el pie en el andén.

A Bane no le sorprendió que Eric fuera el primer hombre en bajar del tren. Desde que su hijo había sido secuestrado, no dejaba de presionarle para que pusiera en marcha su plan de rescate. Así es como Eric había obrado toda su vida.

Pero Bane tenía otro estilo. Cuando una persona se enfrenta a un escorpión, solo tiene una oportunidad de atacar. Primero debe examinar el terreno, manipular las condiciones y fugarse con su presa antes de que el escorpión se dé cuenta. Y eso lleva tiempo.

Eric le ofreció una mano para que se la estrechara, lo cual le sorprendió, teniendo en cuenta los estragos que había causado en su vida.

—Vamos a algún sitio donde podamos hablar —dijo Bane.

Eligió un banco en medio de una plaza pública. Con los árboles sin hojas y el clima desapacible de marzo, no había ni una sola alma a la vista. Eric no tardó en comprender el plan y lo que se esperaba de él.

—El Profesor sale de la mansión los lunes por la noche y no vuelve hasta el jueves.

Ahí está nuestra oportunidad para rescatar a los chicos. Todos los criados temen al Profesor, por tanto, la única manera de que dejen salir a los rehenes es el miedo a que se encuentren en una situación de extremo peligro.

Bane le habló de la casa del médico, situada a unas treinta millas de la mansión. En las afueras de una ciudad rural, aquel era el mejor sitio para alejar a los chicos de los secuaces del Profesor. Bane ya había conseguido sobornar al doctor McKlusky, un médico joven y humilde que acababa de empezar a ejercer, para que cooperara en su plan. Su casa disponía de una sola habitación en el piso de arriba, donde un número de guardias contratados les ayudarían a rescatar a los chicos de las personas que los llevaran a recibir tratamiento contra la supuesta mordedura de un animal rabioso.

—Dispongo de un contacto en el interior de la mansión que está ayudando a preparar el terreno sembrando el pánico ante un posible brote de rabia. Cuando los chicos vuelvan a la casa quejándose de la mordedura de un mapache salvaje, lo más seguro es que el servicio se apresure a llevarlos al médico para someterlos a un tratamiento.

—¿Quién es la persona que está en el interior de la casa? —preguntó Eric—. ¿Es de confianza?

Bane sabía que no tenía sentido eludir la pregunta. Eric se acabaría enterando de todas formas.

—Lydia Pallas. El Profesor la contrató para hacer un trabajo de traducción.

La transformación que se produjo en el rostro del almirante habría asustado a cualquiera.

—¿Me está diciendo que ha enviado a una joven inocente a hacer su trabajo sucio?

Sus palabras ofendieron a Bane porque eran ciertas, pero esta vez quiso devolverle el golpe.

—Usted la echó a la calle sin referencias.

Eric se levantó y empezó a pasear alrededor del banco, con la espalda rígida y los puños apretados.

—No puedo quedarme sentado en un maldito banco sabiendo que ha enviado a una mujer a rescatar a mi hijo. Tengo que hacer algo más. Tengo que ser yo el que asuma esa responsabilidad.

—Olvídelo. Es Lydia la que ha asumido la responsabilidad.

Eric se dio la vuelta. Sus ojos brillaban de furia.

—¡Solo tiene veinticuatro años! ¡Es una *muchacha*!

Había muchachas como Lydia haciendo labores propias de un guerrero desde la época bíblica. Su labor no exigía fuerza física. Exigía inteligencia, una voluntad de hierro y mucha sensatez. Lydia poseía todo eso, y el hecho de que Eric insinuara que no estaba a la altura de las circunstancias ofendió a Bane.

—Lydia es dura como una roca —dijo—. Dentro de dos días pondremos en marcha el

plan de rescate, y pronto podrá recuperar a su hijo.

Todos tenían los nervios a flor de piel. Bane sabía que, si no lograba sacar a Lydia y a los chicos de la casa en los próximos días, lo más probable es que no pudieran aguantar mucho más.



CAPÍTULO 29

Lydia se envolvió en su capa mientras se acercaba a la puerta de hierro. Lars salió de la cabaña del guardia, con un rifle en una mano y un farol en la otra.

—¿Otra vez va a dar un paseo? La señora Garfield dice que hay un brote de rabia en los alrededores.

No podía quitar importancia a esa creencia, pero tenía que encontrarse con Bane.

—Llevo todo el día en una habitación sin ventanas, agachada sobre un manuscrito con las letras del tamaño de un grano de arroz. Si no se aparta de mi camino, soy capaz de arrebatarse el rifle y darle con él en la cabeza.

Lars palideció.

—Mmm... De acuerdo, Lydia. Adelante.

Lydia se deslizó por la puerta y se adentró en el espeso bosque que rodeaba la propiedad, con los nervios tan tensos como la piel de un tambor. Esperaba que aquella sensación de angustia fuera remitiendo ahora que iba a encontrarse con Bane. Los árboles emitían un espantoso y débil gemido, como si estuvieran cuchicheando entre ellos y espiándola. Si Bane no conseguía sacarla pronto de allí, su único destino posible sería un manicomio.

Sus manos temblaban mientras sostenían la brújula, haciendo que la aguja oscilara cada vez más, pero, nada más ver la figura de Bane a lo lejos, toda su angustia desapareció. Lydia se guardó la brújula en el bolsillo y empezó a correr hacia él, pero Bane acortó la distancia entre los dos en unas zancadas y la recibió con los brazos abiertos.

—Te he echado mucho de menos —murmuró contra su garganta.

Durante varios minutos se limitaron a abrazarse. Era como si la fortaleza de Bane consiguiera restaurar su equilibrio. Siempre, *siempre* que estaba con él se dejaba contagiar por su seguridad.

Finalmente, Bane la soltó y empezó a contarle su plan de rescate.

—Tienes que decir a los chicos que deben encontrarse conmigo en la despensa el martes, después del desayuno y antes de la comida. Voy a hacerles unas heridas para que parezca que han sido atacados por un mapache rabioso. Los niños volverán a la casa gritando. Procura estar presente. Insiste en llevarlos al médico de inmediato. Ingéniate para acompañarlos en el carruaje. Di que vas a curar sus heridas en el trayecto. Lo mejor será sacarte de la mansión a la vez que a ellos.

—¿Y si no me dejan acompañarles?

Bane frunció los labios.

—Haz lo que puedas, pero procura no arruinar el plan dando la impresión de que estás deseando marcharte. —Lydia asintió. Bane extendió una mano para acariciarle una mejilla—. Si no logras salir con los chicos, esa misma noche vendré a buscarte —le dijo—. Nos encontraremos aquí mismo, y yo tendré un caballo preparado para huir. No tendrás que ver este lugar nunca más.

Bane procedió a explicarle el resto del plan.

—El doctor McKlusky insistirá en llevar a los chicos a Burlington para que reciban tratamiento. McKlusky contará con la ayuda de varios hombres, que se asegurarán de que los secuaces del Profesor no puedan oponerse. Solo arrestaremos a los guardias del Profesor si consigues salir de la casa. De lo contrario, corremos el riesgo de exponerte como la espía infiltrada.

Lydia cerró los ojos y se apoyó en Bane en busca de consuelo. Solo tenía que aguantar un poco más y la pesadilla habría terminado. ¿Pero quién la estaría esperando cuando regresara a Boston? Abrió los ojos y se alejó de él para mirarle a la cara.

—¿Y qué pasará entonces? —preguntó.

—¿Cuándo?

Lydia trató de reprimir la sensación de pánico al darse cuenta de lo que pasaría una vez que ella y los chicos estuvieran lejos de la mansión.

—Después de rescatar a los niños, ¿qué será de nosotros? ¿Piensas desaparecer otra vez?

La angustia ensombreció el rostro de Bane, que clavó la mirada en el suelo.

—Nada cambiará. No volveré a verte.

Lydia sintió que le fallaban las piernas, pero Bane prosiguió:

—El Profesor se limitará a huir y resurgirá en otra parte. Si averigua cuánto significas para mí, te secuestrará y te encerrará en algún lugar remoto del que no sabré nada. Envejecerás aislada mientras el Profesor trata de asegurarse mi buen comportamiento. No puedo arriesgarme a eso. Y menos contigo.

—¿Y por qué no acabas con esto de una vez? —preguntó Lydia—. ¿Por qué dejas que te manipule de esa manera?

—¿Cómo, Lydia? En cuanto rescatemos a los chicos, el Profesor averiguará lo que ha pasado y huirá de Vermont. Empezará de nuevo con una nueva identidad, en una nueva localización que habrá elegido previamente. Tardaré años en volver a localizarle.

Ni siquiera se atrevía a mirarla a los ojos. Seguía mirando fijamente hacia la distancia. Lydia tenía un nudo en la garganta y apenas podía hablar.

—Si supieras cuánto te quiero y cuán profundos son mis sentimientos, nunca serías capaz de marcharte.

—Lo sé, Lydia. Por eso no permitiré que lleves este tipo de vida. —Una triste sonrisa

se dibujó en sus labios—. Mírate. Tienes sombras bajo los ojos y tus manos están temblando. Sé *exactamente* lo que has estado haciendo para calmar tu ansiedad, y eso me está destrozando.

Lydia hizo un esfuerzo para mantener la cabeza alta.

—No he tomado ni una gota de jarabe desde la última vez que te vi.

Bane observó sus manos.

—Y por eso estás temblando como una hoja. Ese es el resultado de la abstinencia, Lydia. En este país hay miles de niños inocentes que están tomando ese jarabe porque sus padres no saben cómo tranquilizarlos. Y porque hay monstruos como el Profesor dispuestos a enriquecerse con ello. Y *yo* he sido el responsable por haberle ayudado. *Yo* he sido el responsable de lo que te pasó en ese orfanato y de lo que *aún* te sigue pasando.

Bane cerró los ojos y respiró profundamente. Cuando volvió a mirarla, su cara estaba pálida.

—No pienso abandonar mi cruzada —dijo tranquilamente—. Desde el momento que conseguí salvar mi alma, supe que ese sería mi deber. Supe que nunca tendría la libertad de llevar una vida normal. Esa es la penitencia por lo que he hecho.

Lydia le cogió por los hombros y le zarandeó.

—¿Qué clase de Dios exigiría una penitencia semejante? No pienso renunciar a ti. No pienso renunciar al futuro que podríamos tener juntos.

¿Cómo podía quedarse tan tranquilo después de romperle el corazón? Bane la obligó a soltarlo y dio un paso atrás.

—Quiero que dejes una nota a los chicos diciéndoles que se encuentren conmigo en la despensa el martes por la mañana.

Su rostro era inexpresivo; su tono, formal. Bane estaba echándola de su vida una vez más, cerrándole la puerta y retomando su actitud distante y reservada. Lydia era lo bastante lista para saber que no conseguiría nada atacando a su Dios o a sus motivos. Bane y ella daban lo mejor de sí mismos cuando estaban luchando por un objetivo común. Tarde o temprano, él se daría cuenta.

Lydia aflojó los puños y le miró a los ojos.

—Estaré preparada —dijo.



El interior de la despensa era frío e incómodo, pero también era el lugar más seguro para encontrarse con los chicos. Protegida por una cortina de árboles frondosos, la despensa quedaba lo bastante lejos de las cabañas para que Bane no temiera ser

descubierto. No había ventanas en el pequeño cobertizo de piedra, que estaba completamente inutilizado en esa época del año. Meses antes, alguien había cortado unos bloques de hielo y los había cubierto de serrín para protegerlos durante los meses de verano.

Lars tenía a los perros encerrados desde que Lydia dio la voz de alarma sobre el brote de rabia, así que Bane no tuvo dificultades para deslizarse en la despensa un poco antes del amanecer. Pero había pasado mucho tiempo desde entonces. Ahora, sus dedos estaban entumecidos por el frío. Además estaba aburrido, sin nada que hacer salvo mirar la caja de tenedores que descansaba a sus pies mientras aguardaba sentado en un cubo al lado de la puerta. Esperaba que los chicos fueran tan valientes como Lydia decía, porque las heridas que iba a hacerles tenían que ser tan reales como si realmente les hubiera mordido un mapache rabioso.

Cuando escuchó unos pasos, se incorporó en silencio y se arrimó a la pared, al lado de la puerta. El picaporte giró y la puerta se abrió emitiendo un crujido.

—Aquí no hay nadie —dijo una voz infantil llena de desesperación.

—¿Estás seguro? Vamos a esperar dentro.

Dos chicos entraron en la despensa y empezaron a mirar por todas partes, incluido el techo. Bane emergió de las sombras. Al verlo, ambos dieron un respingo.

—¡Has venido! —exclamó Jack.

—¡Shhh! —le advirtió Bane en voz baja—. ¿Hay alguien más ahí fuera?

Jack negó con la cabeza.

—Si no es por obligación, nadie sale de la casa con este frío.

—Mejor.

Bane se presentó a Dennis, que parecía tan dispuesto a escapar como Jack. Luego se puso en cuclillas para estar a la misma altura que los chicos mientras les explicaba su plan. Les indicó cómo debían reaccionar, a quién debían acudir y qué debían hacer si los criados se negaban a llevarlos al médico. Obligó a cada uno de ellos a repetir el plan dos veces antes de quedar satisfecho. Finalmente posó ambas manos en los hombros de Jack.

—¿Estás seguro de que quieres seguir adelante? —le preguntó—. Dime la verdad, Jack. Si no eres capaz, pensaré otra cosa.

El niño que temía el océano y que no quería decepcionar a su padre adoptó la actitud de un general en una batalla.

—Estoy preparado —respondió, con un brillo de ilusión en los ojos. Dennis parecía igual de dispuesto.

Bane asintió.

—Entonces vamos a ponernos manos a la obra.



Lydia estaba trabajando en la traducción cuando un alarido interrumpió el silencio. Aquella era la señal acordada.

Salió corriendo de la habitación y escuchó unos gritos de histeria en el piso de abajo.

—¡Dios mío! ¡*Dios mío!* —exclamó la señora Garfield.

Lydia corrió a la cocina junto al resto de los criados. Allí vio a los chicos acurrucados en un banco. Ambos estaban llorando y tenían el rostro surcado de lágrimas. Su ropa estaba manchada de sangre.

—Ha sido un mapache —gimió Dennis—. No hicimos *nada* para molestarle, pero vino directo hacia nosotros. Yo traté de escapar, pero tropecé y el animal me atrapó.

Sus palabras se vieron interrumpidas por una nueva oleada de lágrimas. Lydia frunció el ceño en señal de preocupación. ¿Le dolería de verdad? Las heridas eran terribles, y las lágrimas parecían reales.

La señora Garfield se hundió en una silla y empezó a abanicarse con el delantal. Lars debió de enterarse del alboroto, porque había seguido a los chicos al interior de la casa.

—¿Un mapache en pleno día? —preguntó—. Qué raro.

—No es *nada* raro —se lamentó la señora Garfield—. Hay un brote de rabia en la zona. Pobres chicos. ¿Qué podemos hacer?

Lydia se arrimó a la puerta de la cocina, quedando parcialmente escondida. Desde allí podía observar cómo se desarrollaba la escena. Las instrucciones de Bane eran muy precisas. No podía intervenir a menos que los criados se negaran a llevar a los chicos al médico.

—No creo que haya cura para la rabia —dijo Lars—. A lo mejor era un mapache loco. Puede pasar.

La señora Garfield sacudió la cabeza.

—No, hay un tratamiento. Lo vi el otro día en el periódico. Había un artículo que hablaba de una vacuna.

La mujer se levantó y empezó a hurgar en el montón de periódicos que había al lado del hogar.

—Dios mío, espero que no lo hayamos quemado. ¿Dónde está Lydia? Ella lo encontró.

Los ojos de Boris se posaron en ella.

—¿Se puede saber qué está haciendo aquí? Vuelva a la sala de trabajo ahora mismo.

Lydia entró en la cocina.

—Pero... esos niños necesitan ayuda.

Boris parecía lo bastante furioso como para golpearla, pero Lydia se mantuvo firme.

—Solo son unos niños de los alrededores –gruñó—. No tiene de qué preocuparse. Y ahora márchese de aquí.

Boris avanzó hacia ella y la empujó, pero la señora Garfield lo detuvo.

—¡Lydia! ¿Qué decía el periódico sobre el tratamiento contra la rabia? Mire a estos pobres chicos...

Lydia se liberó de las manos de Boris.

—Hay una vacuna, pero hay que tratarlos inmediatamente. En cuestión de horas. De lo contrario, puede ser fatal.

La señora Garfield estaba aterrorizada. No dejaba de dar vueltas por la cocina y retorcer un trapo entre las manos.

—El artículo decía algo más sobre el tratamiento. ¿Usted lo recuerda, Lydia?

El pánico se reflejaba en los ojos de la cocinera, y Lydia decidió fomentarlo un poco más.

—Decía que la única esperanza es ir al médico cuanto antes –dijo—. Si la enfermedad se trata inmediatamente, hay esperanzas de sobrevivir. No hay ninguna razón por la que estos niños no puedan salvarse, pero hay que darse *prisa*.

Lars se revolvió, incómodo.

—Como les ocurra algo malo, el Profesor nos matará.

Al escuchar sus palabras, una de las criadas escondió el rostro en el delantal y empezó a llorar. Boris fulminó a Lydia con la mirada.

—Usted y sus estúpidos tratamientos. Márchese ahora mismo de aquí.

Boris intentó sacarla de la cocina, pero Lydia lo esquivó.

—Deberían llevarlos al médico cuanto antes –insistió.

—Podría salir a buscar a uno –propuso Lars—. El doctor McKlusky vive a un par de horas de aquí. Podría traerle antes del anochecer.

—¡Eso es demasiado tarde! –exclamó Lydia—. Hay que llevarlos al médico inmediatamente. De lo contrario morirán, y entonces *todos* tendremos que explicar al Profesor cómo hemos podido dejar morir a dos chicos dentro de su propiedad. –Había llegado el momento de insistir. Lydia miró a la señora Garfield, que se asustó todavía más—. ¿Qué hacían los niños ahí fuera? Usted sabía que había un brote de rabia en la zona. ¿Cómo ha podido ser tan imprudente?

La señora Garfield se retorció las manos con indecisión.

—No quisiera estar en esta casa si les ocurre algo a estos chicos –dijo.

Lars palideció. Era evidente que él también temía la reacción del Profesor.

Jack levantó la cabeza.

—Si muero de rabia, mi padre se va a poner muy furioso. Él está al mando de la Marina, y se asegurará de que lo paguéis muy caro.

Lars no necesitó escuchar nada más.

—Los llevaré al doctor McKlusky para que reciban un tratamiento —dijo—. En cuanto les ponga la vacuna, los traeré directos a casa. Me llevaré a Boris y a algunos más para asegurarnos de que no haya ningún problema. Antes del amanecer podrán estar de vuelta en su habitación. El Profesor nunca sabrá que han puesto un pie fuera de la casa.

La criada levantó la cabeza del delantal, conteniendo la respiración, mientras la señora Garfield se debatía entre las distintas posibilidades. Por muy amable que pareciera a primera vista, aquella mujer parecía más preocupada por salvar su propio pellejo que por los niños. Lydia decidió que no tendría piedad con ella. Se acercó a la señora Garfield y bajó la voz para que nadie pudiera escucharla:

—Cuando esos niños desarrollen la enfermedad, tardarán semanas en morir. ¿Será capaz de cuidarlos cuando pierdan la consciencia y empiecen a retorcerse de dolor, sabiendo que su miedo al Profesor dejó que la rabia se adueñara de su cuerpo y devorara su cerebro? Todavía está a tiempo de llevarlos al médico y darles una oportunidad de salvarse.

Un gesto de resolución se dibujó en el rostro de la cocinera.

—Lars, saca el carruaje. Y avisa a la señora Rokotov. Estoy segura de que querrá acompañaros.

Lydia experimentó una sensación de triunfo. ¡El plan estaba funcionando! Los niños iban a escapar de aquella pesadilla gótica y reencontrarse con sus padres. Lydia se armó de valor y miró a la señora Garfield.

—¿Puedo ir con ellos? Podría curarles las heridas en el trayecto.

Boris la agarró de un brazo y la llevó a rastras al vestíbulo.

—Al único sitio donde va a ir es a su habitación —dijo.

El hombre la arrastró por el pasillo y luego por las escaleras, apretándole el brazo y empujándola tan deprisa que Lydia acabó tropezando con los escalones. Una vez en su habitación, amenazó con despellejarla viva si se atrevía a poner un pie en la cocina antes de la comida.

Con el ruido de la puerta aún resonando en sus oídos, Lydia corrió a la ventana. Desde allí pudo ver a Lars sacando el carruaje. La señora Garfield guio a los chicos al exterior de la casa y abrochó sus abrigos con impaciencia. Lars bajó del carruaje y les ayudó a subir a la parte de atrás. Boris estaba a punto de subirse también cuando apareció la negra figura de la señora Rokotov. Su cuerpo estaba tenso de rabia mientras se aproximaba al grupo. La mujer empezó a discutir con Boris, pero Lydia no podía oírla desde la ventana.

Por fin, la señora Rokotov pareció tomar una decisión y subió al asiento delantero. Al verla, Lydia experimentó una profunda sensación de alivio. Lars cerró la cubierta del carruaje de un golpe y saltó al asiento del cochero, al lado de la señora Rokotov. Cuando Boris terminó de subir al carruaje, Lars azuzó a los caballos, llevándose a los chicos

lejos de aquella prisión.

Lydia apoyó la frente en el cristal de la ventana, sintiéndose más sola que nunca.



CAPÍTULO 30

Cuando el carruaje atravesó la puerta de hierro, Lydia se puso en acción. Con el Profesor fuera de casa y Boris camino del médico, era libre de registrar la casa a su antojo. La señora Rokotov había mencionado la existencia de unos planes de evacuación, donde figuraban la localización de la nueva casa y sus nuevas identidades. Ahora tenía la oportunidad de encontrarlos.

Tanto el médico como los hombres del almirante insistirían en llevar a los chicos al hospital. Con los chicos fuera de su control y libres para hablar con las autoridades, la señora Rokotov se daría cuenta del peligro que corría el Profesor de quedar expuesto. Entonces correría a la mansión para poner en marcha el plan de fuga.

Bane le había asegurado que, a menos que escapara con los chicos, los hombres del almirante tenían orden de protegerla a toda costa. No podían arrestar a los secuaces de Profesor, porque Lydia quedaría expuesta como espía y su vida correría peligro.

A no ser que pudiera encontrar esos papeles y frustrar la huida del Profesor. Esos papeles eran la clave para liberar a Bane del insoportable limbo donde se encontraba.

Lydia subió directamente al despacho privado del Profesor. La habitación poseía un modesto escritorio, algunos archivos y una librería cubierta de libros hasta el techo.

Decidió empezar por el escritorio. Los cajones supusieron una decepción. Solo contenían artículos de papelería, utensilios de escribir y una tabaquera. Los archivos estaban atestados de papeles y carpetas. Lydia hojeó las páginas, buscando la dirección de la nueva casa o un horario de trenes para huir del Estado. Nada.

Cuando atardeció y estaba demasiado oscuro para continuar, Lydia encendió una lámpara. Se sintió diminuta al contemplar los miles de libros que cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo. Deslizar el plan de fuga entre las páginas de un libro era una buena manera de esconderlo, pero examinar cada volumen sería como buscar una aguja en un pajar. Después de colocar la lámpara encima de la mesa, decidió abordar el estante inferior.

Al cabo de dos horas, Lydia tenía las manos cubiertas de polvo y empezó a pensar que su búsqueda era inútil. De vez en cuando caía un trozo de papel de algún libro, pero no contenía nada comprometedor. Solo un recibo de compra o una nota que resumía el contenido del libro. No podía dejar de buscar, pero, cuando alcanzó la escalera para abordar otro estante, la desesperación empezó a nublarle la mente. Ni siquiera sabía lo que estaba buscando. Dos horas más tarde había hojeado todos los libros sin encontrar nada. Además, Bane estaría esperándola. Ya era medianoche y empezaría a preocuparse

si no la veía aparecer pronto.



Bane eligió un viejo sicomoro de ramas extendidas y se subió a él para contemplar la propiedad.

Lydia llegaba tarde. Hasta ahora, el plan había funcionado a la perfección. Eric se había reunido con su hijo y ya habían localizado al padre de Dennis en Nueva York. Los secuaces del Profesor sabían que no podían impedir que el médico enviara a los chicos al hospital y, aparentemente, se fueron de la casa sin sospechar de Lydia. Al fin y al cabo, el plan se había ejecutado limpiamente, y no había razones para sospechar de ella. Ninguno de los criados sabía que había mantenido contacto con los chicos.

Ahora, lo único que quedaba por hacer era sacar a Lydia de la casa y llevarla a un lugar seguro. Bane había atado su caballo a un árbol a menos de una milla de allí. El barranco era demasiado profundo para que el animal pudiera atravesarlo con tan poca luz. En cuestión de minutos, Lydia y él estarían lejos de aquella fortaleza y sus oscuros recuerdos.

Después la acompañaría a Boston para que empezara una nueva vida. La llevaría a un médico que la ayudara a superar su adicción al opio y se quedaría con ella hasta que el veneno hubiera desaparecido de su cuerpo.

Y entonces saldría de su vida. No podría soportar la idea de verla enamorada de otro hombre y esperando un hijo suyo. Porque estaba seguro de que así sería. Lydia era demasiado fuerte para marchitarse y dejarse atormentar por viejos recuerdos. Era una luchadora nata.

Bane se acercó unos prismáticos a los ojos y por fin la divisó corriendo entre los árboles. Con una profunda sensación de alivio, bajó de las ramas y corrió hacia ella. Cuando la alcanzó, la alzó en brazos y giró con ella en el bosque. Allí estaba, sana y salva. ¿Qué otra mujer en el mundo habría sido capaz de un acto de valentía como ese?

—Mi caballo está al otro lado del barranco. Vámonos de aquí.

—No pienso marcharme.

Puede que no la hubiera oído bien. Bane la agarró de la mano y empezó a tirar de ella para bajar el barranco, pero Lydia se negaba a moverse.

—No pienso marcharme, Bane. Ahora tengo la oportunidad de encontrar el plan de evacuación del Profesor. Así sabremos dónde pretende huir.

Bane se dio la vuelta para mirar su rostro. Lo que vio en él le heló la sangre. Sus labios temblorosos habían perdido su color. Lydia estaba en pleno síndrome de

abstinencia, y eso era muy peligroso.

—No —se apresuró a decir—. No cometas una estupidez.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo.

Bane sostuvo su rostro entre las manos.

—¡Lydia! En este momento no puedes pensar con claridad. Estás temblando, y tu piel está grisácea. No creas que puedes regresar a esa mazmorra y encontrar una manera de acabar con el Profesor. Eso es imposible. Y menos en el estado en que te encuentras.

Lydia le agarró de las muñecas.

—¡Escúchame! Si logro descubrir la localización de su próxima casa, las autoridades podrán ir a buscarle. Concédeme un poco de tiempo y la encontraré.

Lydia estaba siendo muy valiente, pero su voz sonaba frágil. Estaba agotada, y era evidente que no aguantaría mucho más sin atención médica.

—No puedo dejarte volver —dijo Bane—. Si lo haces, morirás.

—¿Es que no lo entiendes? —preguntó Lydia, Su voz reflejaba una curiosa mezcla de entusiasmo y desesperación—. Si el Profesor muere o va a la cárcel, podrás tener una vida normal. *Los dos* podremos tener una vida normal. Bane, somos un equipo. Somos más fuertes juntos que cuando estamos separados.

Era muy doloroso ver el brillo de esperanza en su mirada.

—Lydia, eso no es más que una fantasía.

Lydia lo agarró de los hombros y lo zarandeó.

—¡Bane! ¡Mira lo que hemos conseguido juntos! ¿Alguna vez has estado más cerca de derrotar al Profesor que en este momento?

La ira ensombrecía su rostro. De pronto le soltó con tal ímpetu que Bane estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¿Qué has hecho hasta ahora para luchar contra ese hombre, aparte de enviarle amapolas? Yo quiero dar muerte al dragón y liberar al mundo de su veneno. Tú te limitas a molestarlo.

Aunque su acusación era cierta, tenía que encontrar la manera de disuadirla. No tenía fuerzas para enviarla de vuelta a aquel nido de serpientes. Y menos cuando podían estar en Boston antes del amanecer.

—Puede que *no exista* una prueba escrita del lugar donde el Profesor pretende huir.

Pero Lydia no quiso cambiar de opinión.

Lydia tomó sus manos y las besó con un brillo de desesperación en los ojos—. Bane, somos un equipo. ¡Si logramos derrotar al Profesor, nada podrá detenernos! Juntos podremos construir un mundo mejor, donde ningún niño será drogado. Podremos amarnos libremente.

Bane sintió que se le rompía el corazón al notar la debilidad de su cuerpo y el temblor de sus dedos. Los efectos de la abstinencia estaban devorando su sistema

nervioso, convirtiéndola en una mujer frágil y angustiada, pero aún no habían destruido su esperanza en el futuro. ¿Cómo no iba a adorar a una mujer que estaba dispuesta a soportar lo que fuera con tal de perseguir sus sueños?

Bane la estrechó entre sus brazos, lamentando lo delgada que estaba. Amaba a aquella mujer con tal intensidad que le daba miedo. Si Dios había creado a su alma gemela, la estaba abrazando en ese preciso momento. No podía abandonarla y decirle que continuara su vida sin él. Si el Profesor se trasladaba a una nueva casa, perdería la ventaja que tenía sobre él. Era hora de acabar con el Profesor de una vez por todas.

—Un día más, Lydia. Si no encuentras esos planes rápidamente, tendremos que buscar otra solución. No podrás aguantar mucho más.

Lydia negó con la cabeza.

—Bane, si estás a mi lado, me siento capaz de bajar la luna del cielo.

Bane la besó apasionadamente, preguntándose cómo era posible que Dios le hubiera perdonado hasta el punto de bendecirle con una mujer como Lydia Pallas.

—Mañana por la noche vendré a buscarte —murmuró contra su boca.



CAPÍTULO 31

Por primera vez, Lydia sacó provecho de su insomnio. Durante el resto de la noche se dedicó a registrar la casa, mirando en los cajones y debajo de las alfombras. Inspeccionó detrás de los cuadros que colgaban de las paredes y metió las manos en el fondo polvoriento de los muebles. El dolor de cabeza dificultaba su labor, sobre todo cuando se acercó al dormitorio del Profesor. Lógicamente, aquella era la siguiente habitación que debía inspeccionar, pero, nada más entrar, una sensación de repugnancia recorrió todos los nervios de su cuerpo y su dolor de cabeza se intensificó. Un sorbito de jarabe le serviría para aliviar el dolor, pero Lydia recordó que solo una mujer débil podía sucumbir a un vicio semejante.

El dormitorio del Profesor era sorprendentemente austero. No tardó mucho en registrar los cajones e inspeccionar el armario. Le daba escalofríos tocar su cama, pero apartó cada una de las mantas, estrujó las almohadas y hundió las manos en el colchón. No había nada.

El ala del servicio era la única parte que le quedaba por revisar. Llevaba evitándola toda la noche, pero quedaba menos de una hora para amanecer y la señora Garfield ya estaría levantada. Y los demás pronto la seguirían. La habitación de la señora Rokotov se encontraba en medio del pasillo destinado al servicio. No tendría ninguna excusa si alguien la sorprendía registrando el dormitorio de aquella horrible mujer. Después de no encontrar nada en las demás habitaciones, el dormitorio de la señora Rokotov era el único sitio lógico que le quedaba por mirar.

La puerta de la señora Garfield estaba abierta. Lydia pasó conteniendo la respiración, rezando para que la cocinera no regresara. Luego se quedó en silencio en medio del pasillo, prestando atención a las demás habitaciones, pero no logró oír nada. Estirando una mano temblorosa, giró el frío picaporte de la señora Rokotov. Lydia sintió un escalofrío al escuchar el débil chirrido que emitía la puerta mientras se deslizaba en el interior de la habitación.

El dormitorio de la señora Rokotov era tan austero como ella. Sin perder ni un momento, Lydia levantó el colchón y miró debajo de las sábanas. Hundió las manos en las almohadas. Levantó la alfombra. Abrió cada uno de los cajones y buscó debajo de la cómoda. Se estaba quedando sin lugares donde mirar, pero tenía que darse prisa. Se sentía mareada por el nerviosismo, pero no podía perder ni un momento. Observó las paredes, el techo... *¡la chimenea!* La señora Rokotov nunca se atrevería a encender un fuego dentro de la casa.

Poniéndose en cuclillas, Lydia metió la cabeza en la apertura de la chimenea. En el interior, el aire era frío y fresco, igual que en el resto de la casa. Hacía décadas que nadie encendía aquella chimenea. Sus manos recorrieron los ásperos ladrillos del interior y siguieron ascendiendo. Lydia experimentó una sensación de triunfo al notar que un sobre de papeles caía de la chimenea.

Con los dedos temblorosos, abrió el sobre. Dentro encontró las escrituras de una casa de California, un horario de trenes y el inventario de los libros que había que trasladar. Lydia sintió que se le nublaba la vista al darse cuenta de lo que tenía entre las manos. Aquellas hojas eran la llave para liberar a Bane.

Sin perder más tiempo, dobló las páginas y las escondió en su corpiño. Justo cuando sus dedos estaban accionando el picaporte, se oyó un alboroto en el piso de abajo.

—¡Todo el mundo arriba! —gritó Boris desde el vestíbulo—. ¡Que todo el mundo se levante! *¡Deprisa!*

La gente que dormía en las habitaciones de al lado empezó a despertarse. ¡Si no salía de la habitación en ese mismo momento, la descubrirían! Girando el ruidoso picaporte lo más silenciosamente que pudo, Lydia se aventuró al pasillo y se escabulló por el largo corredor, conteniendo la respiración mientras pasaba por la puerta de cada una de las criadas. Consiguió llegar al rellano de la segunda planta justo a tiempo para darse la vuelta y fingir que salía del ala norte. En ese momento, las demás criadas empezaron a salir de su habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó una de ellas, tapándose con una manta. Al igual que las demás, la joven estaba despeinada y vestía un camisón.

Lydia se asomó a la galería que daba al vestíbulo y vio a Boris.

—¡Han descubierto al Profesor! —exclamó este con voz atronadora—. Anoche fuimos a Boston para avisarle de que no volviera. Nos ha ordenado que volvamos aquí para embalar sus libros y cerrar la casa. Vestíos. Dentro de tres minutos nos reuniremos en la cocina.

Lydia se estremeció al ver que su mirada se posaba en ella, recorriendo su figura completamente vestida y su pelo recogido.

—Usted también —gruñó—. Baje ahora mismo.

Boris la observó con el ceño fruncido mientras bajaba cuidadosamente las escaleras. La cabeza le iba a estallar, pero no podía desmayarse. Los papeles estaban rígidos en su corpiño, y Lydia contuvo la respiración para que no crujieran. Nada más posar el pie en el suelo de pizarra, Boris la agarró de la mano y tiró de ella. Lydia emitió un grito ahogado al sentir el dolor que recorría su cuello y su espina dorsal.

—¿De qué se queja? —ladró Boris. Sus gritos solo sirvieron para empeorar su dolor de cabeza—. Solo tiene que ir a la cocina a desayunar.

La señora Rokotov la esperaba en la cocina. Mientras, la señora Garfield estaba

preparando una enorme olla de gachas.

—¡Usted! —exclamó la señora Rokotov—. ¿Se puede saber de qué conoce al doctor McKlusky?

Lydia abrió la boca para responder, pero se había quedado sin palabras. La señora Garfield llenó una taza de té y la deslizó sobre la mesa.

—Aquí tiene, querida. Dentro de unos minutos estarán listas las gachas.

Lydia rodeó la taza con los dedos, tomó un buen sorbo de té para ganar tiempo y volvió a colocar la taza en la mesa. La ira de la señora Rokotov podía olerse en el aire. Lydia se aclaró la garganta antes de responder.

—No conozco a ningún doctor McKlusky —dijo.

Lo cual era cierto. Nunca había visto a ese hombre.

Lydia bebió un poco más de té para escapar de la mirada glacial del ama de llaves. Mientras, los demás criados empezaron a bajar. Los seis guardias, las cuatro doncellas y los dos jardineros no tardaron en reunirse en la cocina.

Boris fue el encargado de dar las órdenes.

—Lars nos irá trayendo cajas vacías. Las mujeres pueden empezar a embalar los libros de la planta de abajo. Yo me encargaré de supervisar el transporte de los libros del ala norte. Al mediodía quiero que estén guardados todos los libros de esta casa. En cuanto a *usted* —dijo, atravesando a Lydia con la mirada—, será mejor que suba a su habitación ahora mismo y se quite de en medio.

Cuando Lydia se levantó, le dolía tanto la cabeza que pensó que le iba a estallar. No podía soportar el dolor por más tiempo. En cuanto subiera a su habitación tomaría un sorbo de jarabe de la señorita Winslow. Era imposible seguir adelante con el cráneo a punto de partirse en dos. Contuvo la respiración mientras subía las escaleras, tratando de no presionar los papeles que llevaba en el corpiño. En menos de un minuto estaba en su habitación, sosteniendo la suave botella de jarabe en la mano. Sus dedos temblaron mientras desenroscaba el tapón y tomaba un largo trago de jarabe. Hasta su sabor parecía tranquilizarla. El líquido bajó por su garganta, aliviando la tensión de su cuerpo.

Volvió a colocar la botella en la cómoda. Al hacerlo, notó que su peine estaba ligeramente ladeado hacia el cepillo de dientes. Ninguno de los dos estaba perfectamente alineado con el borde de la mesa. Ella nunca los habría dejado en esa posición. No importaba lo cansada o distraída que estuviera, siempre colocaba sus pertenencias en un orden riguroso.

Una nueva ronda de temblores se apoderó de ella. Necesitaba sentarse. Haciendo un esfuerzo, consiguió llegar a la silla del escritorio antes de que las rodillas empezaran a fallarle. ¿Quién había estado hurgando en su habitación? ¿Habrían entrado Boris y la señora Rokotov antes de despertar al servicio?

Necesitaba tranquilizarse y pensar un plan, y tal vez descansar unos minutos. Sería

más fácil pensar después de dormir un poco. Todo resultaba tan confuso... Tal vez pudiera limitarse a apoyar la cabeza y descansar un poco. El escritorio resultaba suave y frío en su mejilla cuando apoyó la cabeza. Siempre que los profesores del orfanato querían descansar, decían a los niños que apoyaran la cabeza en el pupitre, igual que Lydia estaba haciendo ahora. Curiosamente, los niños siempre obedecían sin rechistar.

Abrió los ojos. No era tan curioso, porque esos niños estaban *drogados*. Igual que ella. Y no solo era el jarabe de la señorita Winslow. Lo único que había tomado esa mañana eran unos sorbos de té. Lydia conocía los efectos del jarabe, pero esto era diferente. Había algo extraño en ese té.

Tenía que salir de esa casa. Todos sospechaban de ella, y, en cuanto la señora Rokotov descubriera que los documentos habían desaparecido, ordenaría desmontar la casa pieza a pieza... empezando por su dormitorio. Tenía que salir de la mansión y llegar al sitio donde se había citado con Bane. Y tenía que hacerlo ahora, aprovechando que la casa estaba sumida en el caos y el servicio estaba distraído embalando libros. Podría esperar escondida en el bosque.

Hizo un esfuerzo para levantarse, pero estaba tan mareada que tuvo que sentarse otra vez. No sabía qué llevaba aquel té, pero, fuera lo que fuera, estaba llegando a su torrente sanguíneo y arrebatándole las fuerzas. No podía permitirlo. La llave para liberar a Bane estaba en aquellos papeles. *Tenía que sacarlos de la casa* como fuera. Apoyándose a la pared, consiguió llegar a la puerta. A continuación se apoyó en la barandilla con las dos manos y bajó la escalera del servicio hasta llegar a la planta de abajo. El ruido de los martillos y los libros llenaba el aire mientras las criadas recorrían la casa como abejas en el interior de un enjambre. Ninguna prestaba atención a nada que no fuera la tarea de embalar libros.

Una ráfaga de aire frío la ayudó a despejarse mientras salía por la puerta de atrás. Lydia miró a su espalda. Nadie la estaba vigilando. Podía escapar de la casa libremente.

No había recorrido ni la mitad del camino que la separaba de la puerta de hierro cuando supo que no conseguiría llegar. Los bordes de los objetos eran cada vez más borrosos, y sus piernas se doblaban al caminar. Lydia tropezó y cayó al suelo cubierto de barro. Después de tres intentos logró ponerse en pie.

Tenía que esconder los papeles antes de desmayarse. Lewis y Clark habían conseguido llegar al océano Pacífico; también ella encontraría la manera de recorrer los cien metros que la separaban de la despensa. Plantó un pie delante del otro con la vista clavada en la pequeña construcción de piedra, que se iba acercando a cada paso.

La puerta de la despensa estaba caída, y el olor a serrín y a cerrado la abrumó al entrar. El interior de la construcción estaba lleno de bloques de hielo que le llegaban a la altura del pecho, coronados por una capa de serrín. Otra capa de serrín dividía los bloques. ¿Podría limitarse a esconder los papeles en el serrín?

Trató de introducir la punta del dedo en el serrín, pero el hielo pesaba demasiado. Luego intentó levantar el bloque superior, pero no se movió ni un milímetro. Mientras se preguntaba cómo se las arreglarían para sacar el hielo de la despensa, divisó unas tenazas, un martillo y una lima metálica que descansaban contra la pared. Lydia exhaló un suspiro de alivio y metió la lima en el serrín aislante. El borde afilado de la herramienta se deslizó limpiamente en la capa de serrín, y de esa manera pudo abrir la grieta más pequeña. Le llevó una serie de maniobras, pero al final consiguió deslizar los documentos dentro de la capa de serrín. Luego metió un poco de serrín suelto en el área afectada para tapar los papeles.

El esfuerzo la había ayudado a despejarse. Tambaleándose ligeramente, salió de la despensa y se sacudió el serrín de la ropa. Puede que, después de todo, consiguiera llegar a la puerta y al lugar de la reunión. Si lograba llegar al sitio donde se había citado con Bane, no importaba que cayera dormida. Lo único que tenía que hacer era seguir avanzando.

—¡Lydia! —gritó Lars desde la escalera de la mansión.

Fingiéndolo que no le había escuchado, Lydia siguió avanzando hacia la puerta. No tenía fuerzas para correr; solo podía seguir avanzando.

—Lydia, espere —dijo Lars, que no tardó en alcanzarla—. ¿Se puede saber qué está haciendo aquí?

—Solo estaba dando un paseo.

—No tiene buen aspecto.

—No me haga tantos cumplidos, o pensaré que está coqueteando conmigo —dijo Lydia. Su energía había desaparecido. Se sentía tan débil como un gatito.

—Solo le estoy diciendo la verdad. —Lars posó una mano en su frente—. La señora Rokotov me ha dicho que no se encuentra bien y que tiene que descansar. Tiene muy mal aspecto, Lydia.

Lydia intentó esbozar una sonrisa.

—Ya está otra vez con sus cumplidos.

Lars rodeó su cintura con el brazo y empezó a arrastrarla en dirección contraria. Lydia se sentía impotente contra su fuerza.

—Venga. La llevaré a casa. Será mejor que se acueste un rato.

Pero Lydia no quería volver a casa. Si lo hacía, se quedaría dormida. Estaría inconsciente e indefensa, y Bane nunca podría encontrarla.

Trató de resistirse buscando una excusa.

—No quiero que el Profesor me vea durmiendo en pleno día.

—El Profesor se ha ido —dijo Lars—. Y he oído que no volverá nunca más. Tengo que llevarla a casa ahora mismo.

Cualquier cosa, menos eso. Alguien quería matarla, pero, si se lo contaba a Lars,

¿acaso la creería? Puede que se lo contara a la señora Rokotov, y entonces todos sabrían que estaba intentando escaparse.

—Por favor, Lars —suplicó, mientras este la arrastraba hacia la casa—. No quiero meterme en problemas.

—Por supuesto, y yo tampoco. Pero hoy no tengo tiempo para ocuparme de usted. Hay mucho jaleo en la casa, así que no me lleve la contraria.

No podía resistirse a él. Parte del camino iba tirando de ella y la otra, arrastrándola. La construcción de granito nunca le había resultado tan inquietante como ahora. Si volvía a poner un pie en aquella casa, lo más probable es que no volviera a salir.

Lars la llevó a la señora Garfield.

—Lydia está enferma —dijo—. Yo creo que necesita echarse un rato.

La cocinera le puso una mano en la frente.

—Dios mío, tiene razón. Voy a servirle otra taza de té. Luego la acostaré y la arroparé bien.

Lydia trató de ocultarse de la señora Garfield, que se acercaba a ella con la misma taza de por la mañana.

—Gracias, pero no me apetece —dijo con un hilo de voz.

Pero todo estaba empezando a oscurecerse. Estaba flotando, ¿o era Lars el que la sostenía? Cada vez le resultaba más difícil mantener los ojos abiertos. Entonces, alguien presionó la taza contra sus labios, obligándola a tragar el líquido templado. Lydia trató de escupirlo, pero la mano inmensa y áspera de Lars le tapó la boca y se lo impidió. A partir de ahí no pudo recordar nada más.



CAPÍTULO 32

Bane miró entre las ramas desnudas para observar la casa, que estaba gris y silenciosa bajo la luz de la luna. Lydia llevaba más de dos horas de retraso.

Había sido una estupidez enviarla de vuelta a la mansión en plena abstinencia de opio. Nada más llegar a Boston, buscaría a los mejores médicos del mundo para que la trataran. Y después la convertiría en su esposa.

No podía seguir huyendo de ella. Esta vez, no. Ya era hora de dejar de castigarse por los crímenes que había cometido. Tenía que haber otra manera de expiar sus culpas, y Lydia podía convertirse en una perfecta aliada en su cruzada personal. Lydia le aportaba un amor y un optimismo desconocidos para él, y Bane quería corresponderle. Además, había en ella un profundo instinto hacia la fe que la estaba empujando hacia Dios. Bane quería acompañarla paso a paso en su viaje, hasta que pudiera abrazar plenamente la fe. Juntos serían imparables.

¿Se habría quedado dormida dentro de la casa? La mansión había estado iluminada como un árbol de Navidad hasta mucho después de las doce, y Bane había visto a los criados moviéndose en su interior. Era evidente que el Profesor había huido, pero hacía más de media hora que la casa estaba a oscuras y seguía sin haber señales de Lydia. Bane se acordó de sus temblores y sus pupilas contraídas y supo que algo malo le ocurría.

Lydia estaba en peligro, y él era el responsable por haberla metido en aquella situación. Ahora, su deber era rescatarla.

Metió la mano en la alforja y sacó su revólver. Cuando empezara a disparar a los perros guardianes despertaría a toda la casa, así que lo mejor era darse prisa. Bane espoleó su caballo hacia las puertas de hierro forjado que rodeaban la mansión. Cuando estaba a unos cien metros de la verja, oyó a los perros. Dos perros negros avanzaron sobre la nieve, gruñendo y enseñando los dientes. Cuando llegaron a la puerta, apoyaron las patas delanteras en los barrotes. El caballo hizo ademán de huir, pero Bane lo obligó a avanzar y se quedó mirando a los perros de cerca. No tardó en experimentar una sensación de alivio.

—¿Juno? —susurró.

El perro respondió con un ligero aullido, y la tensión entre sus hombros se relajó. Hacía años que no veía a aquellos perros, pero era evidente que ellos también lo recordaban.

Bane desmontó del caballo para saludarlos.

—Shhh... —susurró en tono tranquilizador.

Los dos perros introdujeron el hocico entre los barrotes mientras movían el rabo frenéticamente. Bane se acercó a ellos con cautela, extendiendo la palma de la mano para que pudieran olisquearle.

—Tranquilo, Juno. Buen chico, Marte. ¿Os acordáis de mí? Soy vuestro viejo amigo, Bane.

Bane conocía a aquellos perros desde que eran cachorros, cuando jugaba con ellos y los mimaba, sin saber que su amistad podría resultarle útil en el futuro. Cuando empezaron a emitir pequeños aullidos, Bane acercó la mano para que pudieran lamerle los dedos.

A continuación ató su caballo a un árbol y se dispuso a escalar la verja.

—Portaos bien —susurró, mientras se asía a los remates puntiagudos de los barrotes.

A pesar de la delicadeza con que saltó la verja, los perros le recibieron con una ronda de alegres gruñidos mientras saltaban a su alrededor.

—Shhh —susurró Bane, tratando de tranquilizarlos—. Sentaos —ordenó, deseando que alguien se hubiera molestado en educarlos.

Milagrosamente, ambos perros se hundieron en la nieve y se quedaron mirándole con sus ojos oscuros.

Justo cuando empezaba a avanzar hacia la casa, la puerta de la cabaña se abrió.

—¿Qué está pasando aquí?

El pálido cabello del joven brilló a la luz de la luna. Tenía que ser Lars, el guardia del que Lydia le había hablado. Era evidente que acababa de despertarse. El abrigo le colgaba abierto, y tenía un rifle en la mano derecha. Al verle se asustó.

Bane se limitó a sonreír.

—Buenas noches. ¿Es usted Lars? —preguntó en tono amistoso.

—¿Quién es usted?

—Soy el marido de Lydia. He venido a sorprenderla por nuestro aniversario.

Bane avanzó hacia él y extendió la mano.

—¿Lydia está casada? —preguntó Lars.

El joven parecía desconcertado y ligeramente confundido.

—Hoy hace tres años —dijo Bane con naturalidad, manteniendo contacto visual con el guardia pero sin perder de vista su rifle, que colgaba a un lado de su cuerpo.

Lars parecía sorprendido, un poco aturdido y avergonzado. Bane aprovechó para avanzar hacia él mientras seguía hablando.

—Siempre que llega nuestro aniversario, me gusta hacer algo para sorprenderla. Este año había pensado convencer a la cocinera para que preparase unas tortitas de arándanos para desayunar.

Ahora se encontraba a menos de un metro de Lars. Antes de que pudiera reaccionar,

Bane le golpeó en la cabeza con la pistola. El guardia cayó inconsciente sobre la nieve.

Bane entró en la cabaña, buscando algo que sirviera para atarle las muñecas. Sabiendo que disponía de poco tiempo, decidió coger una sábana y rasgarla en tiras. Dos minutos después tenía las muñecas de Lars bien atadas y su boca amordazada.

El guardia tardaría varios minutos en recuperar la consciencia, pero aun así *tenía que darse prisa*.

Bane echó a correr hacia la mansión. El enorme edificio de piedra gris emergió ante él como una pesadilla. Nunca había pensado que volvería a poner un pie en aquella fortaleza, pero aun así subió los escalones sin vacilar, se deslizó a un lado de la casa y buscó la ventana que fuera más sencilla de romper. Sirviéndose del mango de la pistola, golpeó la ventana hasta que el cristal se rompió y cayó estrepitosamente en el suelo. A continuación metió la mano por la ventana y la abrió.

Bane subió las escaleras que conducían al ala norte donde, según Lydia, estaba su habitación. Hacía años que no ponía un pie en aquella casa, pero seguía recordando qué tablas crujían y qué escalones hacían ruido. Recorrió rápidamente el pasillo, tratando de mantener una respiración tranquila y silenciosa. Cuando encontró la habitación, apoyó la frente en la puerta, rezando para que Lydia estuviera sana y salva en su interior. *Por favor, por favor*, suplicó en silencio.

Luego abrió la puerta, se deslizó silenciosamente en la habitación y se quedó contemplando la figura inmóvil que yacía en la cama. Conteniendo la respiración, avanzó un poco más. El latido de su corazón era el único sonido audible en medio del silencio.

Era Lydia. Su rostro estaba pálido como la tiza, y unos profundos círculos color carbón rodeaban sus ojos. Bane se arrodilló a su lado.

—Lydia.

El susurro atravesó el silencio. Bane le puso una mano en el hombro, con cuidado de no asustarla. Después apretó la mano con más fuerza, pero Lydia no daba señales de despertar.

—Lydia, despierta.

Después de zarandearla enérgicamente, Lydia seguía sumida en un profundo estupor. Bane le puso los dedos en la garganta. Su piel estaba fría y su pulso era muy débil. Cuando le abrió el párpado, estuvo a punto de desmayarse. Aquello no solo era efecto del opio.

—¿Qué le han hecho?

Era inútil tratar de despertarla. Con mantas y todo, la levantó y la sacó de la habitación. La cabeza de Lydia colgaba de su brazo, y su cuerpo no daba muestras de moverse.

Cuando llegó a la escalera, Bane vio el parpadeo de una lámpara que se acercaba

desde el pasillo derecho. Alguien estaba despierto y merodeando por la casa. Bane se detuvo en seco. Antes de que pudiera dejar a Lydia en el suelo y alcanzar su pistola, reconoció la corpulenta figura de la señora Garfield doblando la esquina.

La mujer retrocedió asustada y estuvo a punto de dejar caer la lámpara cuando le vio.

—¡Alexander Banebridge! —exclamó.

—Hola, señora Garfield —dijo Bane.

La vieja cocinera le había criado, y Bane siempre había sido capaz de manipularla fácilmente. Pero esa noche no podía andarse con zalamerías. La mujer estaba completamente aterrorizada, y la adulación no era la mejor manera de manejarla en un momento como ese.

—¿Qué está haciendo? —preguntó la señora Garfield, con una mezcla de temor e indignación.

—Quiero llevarme a Lydia a un lugar donde puedan tratarla.

Bane dio un paso adelante, pero la señora Garfield levantó la lámpara.

—No se acerque —dijo—. Si esa mujer logra escapar, el Profesor me matará.

La lámpara oscilaba en la mano de la cocinera, que intentaba defender su terreno frente a Bane.

—¿Fue eso lo que le dijo el Profesor cuando le ordenó que vigilara a Dennis Webster durante tres años?

Bane avanzó un paso más, cuidando de no asustar a la mujer, pero dispuesto a no permitir que se armara de valor para pedir ayuda.

—¿Cuántos niños ha tenido prisioneros aquí, solo porque tenía miedo del Profesor?

—¡Eso no es justo! He hecho todo lo posible para que su estancia en la casa fuera agradable. Sabe *perfectamente* que lo he dado todo por esos niños.

—¿Se refiere a hacer tartas?

La señora Garfield empalideció.

—¡No solo eso! —protestó—. He sido su pañuelo de lágrimas, la persona en la que siempre podían confiar.

—Señora Garfield, esos niños necesitaban el consuelo de su madre, no el suyo.

Bane acomodó el cuerpo de Lydia en sus brazos. Su cabeza seguía colgando a un lado. ¿Con qué demonios la habían drogado? Tenía que sacarla de allí y llevarla al médico antes de que el veneno se adueñara completamente de su cuerpo.

Bane avanzó un poco más, pero la señora Garfield se interpuso en su camino.

—Llévela a su habitación, Alex. Esa muchacha no va a salir de esta casa. No pienso permitirlo.

—Trate de ser razonable —dijo Bane tranquilamente—. ¿No tendría más sentido que temiera por su alma en vez de por la ira del Profesor?

Si la señora Garfield seguía resistiéndose, Lars podía despertar y liberarse de sus

ataduras. Y entonces Lydia tendría las horas contadas.

—Si no da media vuelta y la lleva inmediatamente a su habitación, llamaré a Boris. Y él los matará a los dos.

Bane arqueó una ceja.

—¿Y eso la haría inocente de nuestro asesinato? ¿Solo porque se mantuvo al margen mientras Boris cometía el acto? Señora Garfield, usted se mantuvo al margen mientras muchos niños eran retenidos en contra de su voluntad. Lydia ha arriesgado su vida para salvar a dos de ellos. Ahora quiero que me diga con qué la han drogado.

La señora Garfield estaba cada vez más nerviosa. La lámpara se bamboleaba en su mano mientras se debatía en la indecisión. Bane dejó de avanzar. Antes de salir de ese manicomio tenía que averiguar qué le había pasado a Lydia.

La señora Garfield golpeó el pie contra el suelo en señal de frustración.

—Solo puse unas gotas de cloroformo en el té. Lo suficiente para que dejara de estorbar.

Bane la miró horrorizado. El cloroformo podía ser mortal.

—Voy a llevar a Lydia al médico, y quiero que usted haga la vista gorda mientras lo hago.

A pesar del frío, la señora Garfield estaba sudando. Su mirada recorrió el pasillo y se detuvo en las escaleras que llevaban a la planta de arriba, donde Boris tenía su habitación.

—Nunca es tarde para la salvación —dijo Bane—. Usted no es una mala mujer; solo le falta la fuerza necesaria para enfrentarse al Profesor. Sea fuerte ahora. Hágase a un lado y déjenos marchar.

La cocinera se interpuso en su camino.

—No puedo. De veras que no puedo.

Bane acomodó el cuerpo de Lydia, sabiendo que los próximos momentos serían determinantes.

—Señora Garfield, dese la vuelta y vuelva a su habitación. Su alma es mucho más importante que su miedo al Profesor. —Bane aventuró una sonrisa, que resultó sorprendentemente genuina—. Estoy seguro de que encontrará la manera de escapar de él. Haga algo de lo que pueda sentirse orgullosa. Yo fui capaz de huir del Profesor, y puedo ayudarla a hacer lo mismo.

En ese mismo instante, Bane supo que lo había echado todo a perder. La señora Garfield cerró los ojos y tomó aire.

—¡Boris! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Baja ahora mismo! ¡Boris!

Bane acomodó el cuerpo de Lydia en su hombro y golpeó la lámpara de la señora Garfield. La lámpara se estrelló contra la pared y vomitó todo el queroseno, prendiendo fuego al revestimiento de madera y convirtiéndolo en un muro de llamas.

Bane se dio la vuelta y corrió a la puerta principal. El cuerpo de Lydia colgaba de su hombro como un peso muerto. A su espalda, la señora Garfield chillaba mientras golpeaba las llamas, pero aquella mujer ya no era asunto suyo. Tenía que escapar antes de que todo el servicio se despertara.

Bane salió de la casa y cambió a Lydia de posición para poder sacar la pistola de su funda. A continuación bajó los escalones que conducían al paseo de grava, dio media vuelta y efectuó dos certeros disparos a las lámparas que parpadeaban a ambos lados de la puerta delantera. El queroseno se escurrió por el muro, que se incendió y sirvió de alimento a una llama de fuego anaranjado que iluminó el aire nocturno.

Mientras un intenso resplandor se adueñaba del cielo, Bane se adentró en la noche con Lydia en brazos.



CAPÍTULO 33

Lydia hizo un esfuerzo para abrir los ojos. Era más fácil quedarse acurrucada bajo el cálido abrigo del sueño, pero tenía sed, le dolía la cabeza y tenía que hacer una cosa muy importante. Cuando consiguió abrir los párpados, sus ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la luz, pero, cuando por fin lo hicieron, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

Estaba en un *palacio*. Metros y metros de cortinas de seda caían en pesados pliegues sobre una hilera de ventanas al otro lado de la habitación. El techo estaba cubierto de blancas esculturas de yeso, y una lámpara de cristal colgaba del centro. Cuando se movió, le sorprendió la facilidad con que sus miembros resbalaban bajo las mantas. ¿Serían sábanas de seda?

—Buenos días, Bella Durmiente.

Lydia giró la cabeza al otro lado de la habitación y vio a Bane levantándose de una silla. Bane colocó un montón de papeles sobre la mesa y se acercó a ella con un brillo de preocupación en los ojos.

—Me siento como si estuviera en Versalles —dijo Lydia con la boca seca.

Bane sonrió y le sirvió un vaso de agua de una jarra de cristal.

—Casi aciertas, pero no. Estás en *Cape Grace*, en la residencia familiar de la familia Fontaine.

Bane deslizó un brazo por debajo de sus hombros y la incorporó unos centímetros sobre la almohada para sostener el vaso en su boca. El agua estaba deliciosamente fresca.

Cuando volvió a descansar en las sábanas de seda, Lydia echó un vistazo a su alrededor. Su mirada se recreó en las suaves tonalidades azul claro que decoraban la habitación y en la hilera de ventanas que daban al frío y tempestuoso océano. Un total desconcierto nublaba su mente. Hizo un esfuerzo para recordar cómo había llegado hasta allí.

—¿En *Cape Grace*? —preguntó—. ¿No es ahí donde van los turistas ricos?

—Así es, pero la ciudad está desierta en esta época del año. Pensamos que aquí podrías disfrutar de un poco de privacidad mientras te recuperas. Tu pensión no nos parecía apropiada.

¿Pero cómo había llegado hasta allí? ¿Y por qué la estaba mirando Bane con tanta precaución? Su manera de rondar en torno a ella hacía pensar que algo podía romperse o explotar en cualquier momento. Debía de estar herida de alguna forma, porque le dolía la cabeza como si la estuvieran aplastando con un martillo, pero, cuando se tocó el cabello,

no notó heridas ni vendas. Bane acercó una silla a la cama y tomó sus manos.

—Has estado un tiempo inconsciente. Te trajimos en tren hace dos días.

Poco a poco, los recuerdos empezaron a inundar su mente. Había estado un tiempo atrapada en aquella horrible mansión de Vermont.

—¡El Profesor! Algo malo me ocurría. No podía moverme.

Un gesto de tristeza se dibujó en el rostro de Bane.

—Lo sé.

—¿Pero qué ocurrió? Quería quedarme despierta para encontrarme contigo, ¿pero cómo terminé aquí?

Bane posó un dedo en sus labios.

—Basta con que sepas que la casa del Profesor se incendió, y que yo conseguí sacarte de allí en medio de la confusión. Ya sabes lo obedientes que son sus criados. Yo sabía que tenían órdenes de salvar los libros antes que perseguirnos. Fue una huida perfecta, amor mío.

A pesar de sus palabras, una sensación de urgencia seguía atormentándola. Tenía que recordar algo muy importante, pero su mente estaba demasiado dispersa para pensar con claridad. Estaba haciendo algo cuando se quedó dormida. Había salido de la casa con una misión...

—¡La despensa!

En aquellos últimos minutos, había escondido los planes del Profesor en la despensa. Aquella era la clave para encontrarlo y acabar con él de una vez por todas.

—¿Sabes si la despensa ardió? ¿Se extendió el fuego hasta allí?

Había estado a punto de *morir* para salvar esos papeles. No podía soportar la idea de que hubieran sido presa de las llamas.

—¿La despensa? —Bane parecía ajeno a sus preocupaciones—. No creo. El fuego no era muy grande. Lo suficiente para mantener al servicio ocupado mientras huíamos. ¿Por qué te preocupa tanto la despensa?

—¡Encontré los planes del Profesor! ¡Sé adónde ha ido!

Aquello sirvió para atraer su atención. Bane levantó la cabeza y estuvo a punto de atravesarla con la mirada.

—Cuéntamelo todo.

Los recuerdos acudieron poco a poco a su memoria. Lydia le habló de la propiedad del Profesor en California y de su plan para trasladar los libros en tren. También le contó que, antes de quedarse dormida, había conseguido esconder los documentos entre unos bloques de hielo y cubrirlos con serrín. Bane se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación mientras hablaba. Su rostro estaba tan concentrado que daba miedo.

—Tenemos que volver —dijo Lydia, incorporándose de la cama—. Tenemos que volver y recuperar esos papeles antes de que los descubran.

Bane volvió a empujarla contra la almohada.

—Tú no vas a ir a ninguna parte. No estás en condiciones de viajar. Ya se me ocurrirá algún plan para recuperarlos.

Lydia quiso discutir con él, pero puede que tuviera razón. Puede que estuviera demasiado enferma para viajar. Su dolor de cabeza era tan fuerte que le estaba nublando la vista.

—La verdad es que me duele mucho la cabeza —dijo, echando de menos su frasquito azul.

—Lo sé. El médico me dijo que, cuando despertaras, te dolería tanto la cabeza que querías arrancártela de los hombros.

—¿Me ha visto un médico?

Lydia se cubrió con las sábanas, sintiéndose aliviada al ver que llevaba un modesto camisón.

Bane asintió.

—Te han visto dos. Un médico te examinó nada más salir de la casa, y luego vino a verte un especialista a *Cape Grace*. Fue él quien mencionó lo del dolor de cabeza.

Lydia se sintió expuesta y desnuda al enterarse de lo que había pasado a su alrededor mientras estaba inconsciente.

—¿Qué clase de especialista?

—Es un médico que trabaja con personas adictas al opio —dijo Bane en voz baja—. El doctor Tilden está viviendo con nosotros, y seguirá haciéndolo hasta que estés curada.

Lydia lo miró con ojos asustados. Se sentía más expuesta que nunca.

—¿Quién más está viviendo aquí?

—El almirante Fontaine, sus hijos, su madre, dos criadas y una cocinera. Ah, y el doctor Tilden.

Lydia quiso taparse con las sábanas y desaparecer.

—¿Y toda esa gente cree que soy adicta al opio? —preguntó, alzando el tono de voz—. ¿Le has dicho al almirante Fontaine que consumo opio?

—No tienes de qué avergonzarte —dijo Bane suavemente—. Después de lo que has hecho por su hijo, Eric está dispuesto a poner el mundo a tus pies. El doctor Tilden es experto en la adicción al opio y te ayudará a eliminar el veneno de tu cuerpo.

Sus palabras no sirvieron para aliviar su humillación. Lydia se puso a retorcer las sábanas para dejar de temblar.

—Bane, no sé qué me pasa, pero te aseguro que no tiene nada que ver con el opio. Cuando estaba en Vermont estuve muchos días sin tomarlo. Solo lo consumía cuando la situación era tan extrema que ninguna persona racional habría podido soportarla.

Lydia lo miró fijamente a los ojos. Probablemente, Bane era la única persona en el mundo que podía entender lo que significaba estar aislado en aquella horrible mansión.

—En circunstancias normales *no lo necesito*. —Su voz temblaba de ira, y las lágrimas amenazaban con derramarse de sus ojos—. Y has tenido que decirle a toda esa gente que soy nada menos que una adicta al opio.

Se sentó en la cama. Le dolía tanto la cabeza que apenas podía levantarse, pero no iba a permitir que una pequeña molestia le impidiera hacer algo tan importante. Tenía que vestirse y demostrar al almirante Fontaine que era una mujer perfectamente sana. Había luchado *mucho* para ganarse el respeto del almirante, y ahora Bane lo había echado todo a perder. Puso los pies en el suelo. En vez de obligarla a volver a la cama, Bane le alcanzó otro vaso de agua.

—El médico dijo que lo primero que tienes que hacer es beber mucho líquido. Vamos a empezar por eso.

Lydia accedió, no solo para seguir las órdenes del médico, sino porque tenía tanta sed que habría sido capaz de beberse una jarra entera. Bane siguió hablando mientras bebía.

—Lydia, estás experimentando todos los síntomas característicos del síndrome de abstinencia: sed, dolor de cabeza... Desde que despertaste no has dejado de retorcer las sábanas, y ese tipo de tensión nerviosa te va a acompañar al menos una semana más, hasta que tu sistema termine de eliminar la droga.

Lydia dejó el vaso encima de la mesilla y escondió la cabeza entre las manos, muerta de vergüenza. Su dolor de cabeza parecía despertar al menor movimiento. Las personas que poseían aquella casa vivían como la realeza, y ella era la hija de un pescador; se había criado en un barco y bañado en el mar.

—Tengo que salir de aquí —dijo con un hilo de voz—. No quiero que el almirante me vea así, y no tengo ningún deseo de conocer a toda esa gente. ¿Podrías ayudarme a volver a Boston, donde podría recuperarme sin sentirme humillada?

¿Por qué no podía controlar el temblor de su voz? Lydia se asustó al sentir que una lágrima resbalaba por su mejilla. Se la limpió con la mano, deseando que Bane no se hubiera dado cuenta.

El colchón se hundió cuando él se sentó a su lado y tomó su mano entre las suyas.

—Lydia, nunca has sido una llorona, pero ese es otro de los síntomas de la abstinencia. Llanto, susceptibilidad...

Lydia estaba tan enfadada que no pudo hablar sin apretar los dientes.

—Le has contado a toda esa gente que soy una adicta al opio. Eso *enfadaría* a cualquiera. Quiero volver a Boston. Hoy.

Bane se levantó.

—Muy bien. Sé lo mucho que te gustan las aventuras, así que, si insistes, podemos empezar a planear la escapada. Será muy divertido dejar un castillo en *Cape Grace* para volver a tu cuchitril en Boston. Además sigues teniendo tu brújula, así que ya tenemos

un punto a nuestro favor. Me temo que será un buen paseo, pero eres tú la que quiere parecerse a Lewis y Clark. Me imagino que las setenta millas que hay de aquí a Boston solo serán una pequeña excursión para ti. Podemos acampar bajo las estrellas y recorrer senderos desconocidos sin más guía que la brújula.

Por primera vez en semanas, Lydia empezó a sentirse ella misma.

—Sé que te estás burlando de mí, pero en realidad suena muy bien —dijo, alzando la barbilla.

Bane se quedó sorprendido.

—¿De veras?

Su voz reflejaba un matiz inconfundible de esperanza.

Cualquier cosa que sirviera para olvidar su dolor de cabeza y la tensión de sus miembros sería bienvenido, pero no era solo eso. Lydia deseaba tener un propósito en la vida, quería sentirse útil.

—Esta última aventura ha sido la experiencia más terrible de mi vida, pero también la más gratificante. Me gusta plantearme retos, aunque sean peligrosos.

—Muy bien. Te llevaré a Boston, pero primero tienes que demostrar que estás en condiciones de viajar. Menos mal que hay un médico en la casa para comprobarlo.

Lydia experimentó una profunda sensación de alivio. Lo único que tenía que hacer era comportarse normalmente durante unas horas. Después podría marcharse con la dignidad intacta.

—¿Y el médico le dirá al almirante Fontaine que estoy perfectamente sana... que no tengo ningún problema con el opio?

—Si esa es su conclusión después de examinarte, sí.

Lydia levantó la barbilla y obligó a sus manos a dejar de temblar.

—Lo hará.

La sonrisa de Bane era fría, serena y escéptica.

—Muy bien. Ahora, lo primero que tienes que hacer es levantarte y vestirme —dijo, abriendo la puerta del armario—. Mira, aquí tienes un montón de ropa que alguien ha comprado pensando en ti. Venga, levántate. —Bane le entregó un vestido de terciopelo granate con galones de raso negro—. ¡Deja de holgazanear! Vístete y ponte en movimiento. El médico se ha ido a la ciudad, pero puedes salir y conocer a la señora Fontaine antes de que regrese.

—Bane, que me gusten las aventuras no significa que vaya a desnudarme delante de ti.

Bane le guiñó un ojo.

—¿Ah, no? Qué lástima. Saldré a reunirme con la familia un momento. Cuando estés lista, baja la escalera y gira a la izquierda. Estaré esperándote.



Que Dios me ayude. La mente de Bane daba vueltas mientras salía de la habitación de Lydia. Los documentos por los que habría vendido su alma estaban enterrados en unos bloques de hielo, en peligro de destrucción.

Entró en otro dormitorio y levantó el bastidor de una ventana, inclinándose para comprobar la temperatura. Charcos de nieve derretida rodeaban la casa, y unos riachuelos de agua caían de los carámbanos del tejado. Bane apretó los dientes en señal de frustración. En Vermont hacía más frío, y el aislamiento de la despensa serviría para preservar los documentos, pero no por mucho tiempo.

Y, por mucho que se empeñara en negarlo, Lydia se encontraba en pleno síndrome de abstinencia de una droga a la que era adicta desde niña. Mostraba todos los síntomas que el doctor Tilden había mencionado: nerviosismo, dolor de cabeza, sed y susceptibilidad. Pronto vendrían las náuseas y las noches de insomnio.

Pero no tenía más remedio que regresar a Vermont. El camino que llevaba a la casa del Profesor no se encontraba en ningún mapa, y él era una de las pocas personas capaces de encontrar la mansión. Bane inclinó la cabeza, escuchando el sonido del hielo derretido cayendo desde el tejado a los charcos del suelo. Cada gota le hacía temer por la supervivencia de los documentos en la despensa. No disponía de mucho tiempo.

Tenía que convencer a Lydia de que aceptara la ayuda del doctor Tilden y de los Fontaine, y eso iba a ser una tarea delicada. Nada de lo que dijera conseguiría convencerla de que estaba enferma; esa era una conclusión a la que tenía que llegar por sí misma.



CAPÍTULO 34

Lydia acarició el vestido entallado que se había puesto, sintiéndose una impostora. Todo lo que había en aquella casa era lujoso, desde las sábanas de seda hasta las vistas al inmenso océano desde la ventana de su dormitorio. El pesado pomo de latón resultaba frío al tacto. Lydia abrió la puerta y salió al pasillo. El resto de la casa era tan espléndido como su habitación. La gruesa alfombra que se extendía por el corredor sirvió para amortiguar el sonido de sus pasos. Lydia llegó a una escalera que se curvaba en un impresionante arco hasta llegar a la planta principal.

Lástima que su mano no dejara de temblar mientras se deslizaba por la barandilla. Pero eso no significaba nada. Bane le dijo que llevaba dos días durmiendo. Cualquier persona que no hubiera comido ni bebido en dos días temblaría igual. Seguramente, un poco de comida la ayudaría a recuperar las fuerzas.

Fiel a su palabra, Bane estaba esperándola. Nada más doblar la esquina se acercó a saludarla.

—Estamos en la cocina, pintando huevos de Pascua —le dijo al oído en voz baja.

La fuerza de su mano le transmitió la confianza que tanto necesitaba. Lydia sentía que su cabeza podía estallar a cada paso, así que intentó avanzar lentamente y con cuidado.

La cocina estaba rodeada de hornos y estantes de madera. En medio había una inmensa mesa de carnicero, donde el almirante Fontaine y sus hijos estaban atareados pintando huevos. Una mujer tan tiesa como la reina Victoria se encontraba a su lado.

Nada más entrar, el almirante Fontaine se levantó de su taburete y corrió hacia ella. Era la primera vez que lo veía con otra ropa que no fuera el uniforme. Hoy llevaba puesta una sencilla camisa blanca y unos pantalones negros. No obstante, el cambio de ropa no terminaba de explicar la profunda transformación que se percibía en él. Era más bien la expresión de su rostro. Normalmente, parecía tan seguro de sí mismo... Pero hoy, no.

Se aclaró la garganta.

—Señorita Pallas... —dijo torpemente.

El almirante tomó sus manos entre las suyas y las estrechó efusivamente. Después se quedó callado. Daba la impresión de que quería añadir algo más, pero frunció el ceño y tragó saliva.

—Me temo que me he quedado sin palabras —dijo al fin.

Para su sorpresa, el almirante estaba demasiado emocionado para seguir hablando.

La «reina Victoria» le ayudó a salir del aprieto. La mujer llevaba un exquisito vestido de seda negra bordado de azabache. Su moño de cabello gris era una auténtica obra de ingeniería.

—Bienvenida a mi casa —dijo la mujer con mucha elocuencia—. Soy Victoria Fontaine, y no sé cómo expresarle lo agradecidos que estamos por lo que ha hecho por nuestra familia.

Bane tenía razón. Aquella mujer no parecía tratarla con desprecio. Poco a poco, Lydia empezó a recuperar la confianza en sí misma. Puede que no fuera tan difícil acallar las ridículas preocupaciones de Bane sobre su supuesta adicción al opio.

Antes de que pudiera responder, Jack se levantó de su taburete y corrió a saludarla.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó.

Unas manchas de pintura cubrían su rostro sonriente. A juzgar por la forma en que le brillaban los ojos, no parecía en absoluto desmejorado después de su terrible experiencia.

—Por supuesto que me acuerdo de ti —dijo Lydia—. ¿Cómo podría olvidar a un chico que se sube a los tejados y se deja caer por los tragaluces?

Jack se puso tan orgulloso que pareció crecer varios centímetros.

—Estábamos pintando unos huevos de Pascua. ¿Le gustaría ayudarnos?

La señora Fontaine posó la mano en el hombro de su nieto.

—La señorita Pallas debe de tener mucha hambre. No creo que esté preparada para tanto alboroto.

Las veladas implicaciones de su comentario resultaron evidentes para todos los adultos que había en la sala. Lydia decidió abordar la cuestión directamente.

—Por supuesto que me gustaría ayudarlos. Me temo que Bane ha exagerado un poco al hablar de mi enfermedad, pero me encuentro perfectamente. Y muerta de hambre. ¿Qué es eso que hay en la encimera? ¿El desayuno?

Le dolía mucho la cabeza, pero seguro que la comida la ayudaría. Bane se acercó al aparador y levantó la tapa de la bandeja.

—Lo mejor de quedarse con los Fontaine es que te alimentan como si fueras un miembro de la realeza. Puedes elegir entre huevos revueltos, jamón, buñuelos de patata, tocino y bizcochos. Por cierto, ¿qué es ese puré?

—Son nuestras clásicas gachas de avena —dijo Eric—. No me importa que parezcan humildes. Las sirven a bordo y es mi desayuno preferido.

Lydia sintió que le rugía el estómago.

—Tomaré un poco de todo.

Bane la miró con preocupación.

—¿Estás segura? ¿Qué te parece un poco de leche y unas cucharadas de ese puré que tanto le gusta al almirante? Seguro que te sienta mejor al estómago.

Lydia se estremeció al oír que Bane hablaba de su «estómago» delante de una

compañía tan distinguida, pero tenía tanta hambre que no le importó.

—Bane, estoy hambrienta. Ten un poco de compasión.

Había empezado a temblar otra vez, así que se acercó a un taburete y se hundió lentamente en el asiento para no despertar a la bestia que anidaba en su cabeza. Luego se presentó a una niña llamada Lucy y dejó que la niña le enseñara cómo iba añadiendo puntitos dorados a los huevos.

—Cuando yo tenía tu edad, vivía en un barco. Allí no había huevos de Pascua, pero mi padre sacaba ostras del océano para que las pintáramos —dijo Lydia.

El recuerdo era tan vívido que pudo oler el aire salado y escuchar la risa de su padre en el viento. Una ola de nostalgia se apoderó de ella. De pronto echó de menos los abrazos de su padre y su risa atronadora. Tenía que quererla mucho para coger aquellas estúpidas conchas todos los años. Su padre no había conseguido proporcionar a su familia un hogar decente, pero tenía el corazón tan grande que nunca había dejado de intentarlo. ¿Alguna vez le había dicho cuánto lo quería?

Las lágrimas empezaron a inundar sus ojos, y un ahogado sollozo se escapó de su garganta. Lydia trató de contenerse, pero fue inútil. Un lamento entrecortado surgió de su garganta. Tuvo que taparse la boca con la mano para amortiguar el sonido. Suspirando profundamente, se enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas. No podía venirse abajo delante del almirante y su familia.

—Lo siento —alcanzó a decir—. No suelo llorar, pero me he acordado de mi padre y me he emocionado.

La señora Fontaine le alcanzó una servilleta y Lydia se enjugó los ojos con el rostro colorado de vergüenza. Menuda impresión estaba causando. Luego se sonó la nariz y forzó una sonrisa.

—Mis padres murieron cuando yo era muy joven, y a veces me pongo un poco sentimental.

Bane se quedó inmóvil con el plato de comida en la mano, mirándola con tristeza. Seguramente estaba pensando que el llanto era otro síntoma de la abstinencia, pero estaba equivocado. Hacía años que no se acordaba de cuando su padre cogía ostras para ella, y el recuerdo la había cogido por sorpresa. Nada más.

—Me muero de hambre, y ese tocino huele de maravilla —dijo, levantándose del taburete. Lydia cruzó la cocina y se acercó a Bane, que le entregó el plato y un tenedor.

—¿No quieres sentarte a comer? —preguntó Bane—. Podríamos hacerte sitio en la mesa.

Lydia sacudió la cabeza.

—Prefiero estar de pie —dijo.

Le temblaban tanto las rodillas que era mejor quedarse en esa posición. Aunque la comida tenía buen aspecto, lo que más le apetecía era una taza de té con una buena

cucharada de jarabe de la señorita Winslow. Hizo un esfuerzo para desechar ese pensamiento y probó los huevos.

¿Cuánto tiempo llevaba sin tomar el jarabe? Empezó a dar vueltas por la cocina para alejar su mente de la droga y tomó un bocado de jamón, que estaba cubierto de un glaseado de miel. Tenía que fingir que era una mañana normal. Una mañana sin temblores, sin pensar en una droga que no iba a tomar nunca más. Iba a comportarse como una dama, igual que la señora Fontaine.

Lucy siguió pintando los huevos con renovada determinación. Lydia trató de observar sus manos infantiles mientras la niña aplicaba una capa de pintura brillante en la cáscara, pero su estómago se negaba a digerir la comida. De pronto sintió deseos de vomitar. Dejó el plato sobre la mesa e intentó respirar profundamente, deseando que su estómago se calmara. Bane se acercó a ella.

—La leche habría sido mejor opción —le susurró al oído.

Cualquier cosa habría sido mejor opción. Todo su cuerpo ardía, y una capa de sudor le cubría la piel. Lydia sintió una náusea y se cubrió la boca, sabiendo que no aguantaría por más tiempo. Su mirada indefensa se dirigió a Bane, que la condujo al inmenso fregadero. Apenas le dio tiempo a alcanzarlo antes de perder la batalla. La comida salió despedida de su cuerpo en dos violentas sacudidas, pero su estómago siguió protestando y acabó vomitando toda el agua que había bebido. Bane estaba detrás de ella, tratando de ocultar la lamentable imagen que debía de ofrecer. Aún seguía agachada vomitando cuando le sobrevino un nuevo episodio de llanto. Todo su cuerpo temblaba por los sollozos, igual que un animal herido. Lydia deseó que su padre estuviera allí. Lloraba tan fuerte que apenas podía mantenerse en pie; lo único que podía hacer era aferrarse al fregadero como si fuera un salvavidas. Ni siquiera podía respirar. Qué humillante era estar agachada en un fregadero delante de aquella gente tan agradable mientras vomitaba, lloraba y temblaba como una hoja.

—Ven aquí, Jack —oyó que decía el almirante Fontaine—. Tú también, Lucy. Ya terminaremos más tarde.

Lydia escuchó el roce de su ropa y sus pisadas. Toda la familia salió de la cocina.

Lydia se quedó agachada sobre el fregadero, muerta de vergüenza.

—No me encuentro bien —susurró.

A través de las lágrimas pudo sentir las manos de Bane acariciándole la espalda.

—Ya lo sé, querida. Pero no te preocupes. Yo me encargaré de que te encuentres mejor.

Su voz era muy reconfortante. No había en ella ni un solo matiz de censura, solo la confianza que tan bien sabía transmitir.

Lydia sintió un nuevo ataque de náuseas, pero ya no le quedaba nada que vomitar. Se asió al fregadero mientras el dolor amenazaba con partirle la cabeza en dos. Lo peor era

saber que Bane tenía razón. Era una adicta al opio, y este era el castigo por no haber hecho nada al respecto.

Bane le alcanzó una toalla mojada, y ella la utilizó para limpiarse la boca. Luego la ayudó a levantarse. Lydia miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solos.

—Me siento tan violenta... Tan avergonzada...

Temblaba tanto que apenas podía pronunciar las palabras.

Bane le apartó unos rizos de la frente.

—Mientras estabas durmiendo, me tomé la libertad de contarle a Eric y a su madre tu decisión de salvar a Jack, a pesar de la terrible enfermedad a la que te enfrentabas. También les hablé de tu historia en el orfanato y de cómo te daban ese veneno desde que eras niña. Todos saben que, después de salvar a Jack, decidiste quedarte en ese manicomio para derrotar al Profesor. Lydia, todos están impresionados por lo que has hecho. *Yo también*. ¿Qué otra persona habría sido capaz de vencer al Profesor y, al mismo tiempo, enfrentarse a los efectos de la abstinencia?

Sus palabras aliviaron un poco la vergüenza que sentía, pero otra vez le temblaban las piernas, y caminar era lo único que parecía ayudarla. Efectivamente, había logrado encontrar la nueva base de operaciones del Profesor, pero su éxito se quedaría en nada si los documentos se echaban a perder antes de que Bane pudiera rescatarlos.

—Esos papeles siguen en la despensa.

—Lo sé.

—Quiero que vayas a recogerlos. —En ese momento no había ningún temblor en su voz, solo determinación—. No quiero que pases el resto de tu vida en esa ridícula batalla contra el Profesor. Quiero que salgas de su vida, así no tendrás más excusas para abandonarme. Si quieres alejarte de mí, no quiero que sea por culpa de ese hombre.

El rostro de Bane reflejaba una curiosa mezcla de esperanza y preocupación cuando empezó a hablar:

—Estoy seguro de muy pocas cosas en este mundo, pero una de ellas es que te amaré hasta el día que me muera. Quiero construir una vida contigo en la que seamos libres de embarcarnos en cualquier aventura. Pero no puedo casarme con una drogadicta.

Lydia palideció. Sus palabras le hicieron mucho daño, pero no quiso seguir negando la evidencia. Llevaba años mintiéndose, pero no podía engañar a Bane. Si realmente le quería en su vida, tendría que enfrentarse al problema sin mentirse, ni a sí misma ni a los demás.

—Haré lo que sea para curarme.

—¿Estás dispuesta a entrevistarte con el doctor Tilden? —preguntó Bane amablemente—. No tardará en volver.

Haría cualquier cosa para escapar del dolor que corría por cada vena y cada nervio de su cuerpo.

—Sí. Sí —logró decir con labios temblorosos—. Haré lo que sea necesario, Bane.

Sus brazos se cerraron en torno a ella, y Lydia se refugió en su calidez, encontrando su primer consuelo desde que abrió los ojos esa mañana.



Lydia se quedó sorprendida cuando entró en la espaciosa biblioteca y conoció al doctor Tilden.

—¿Usted ha ido a la universidad? —preguntó sin rodeos.

Todo el mundo que conocía al doctor Tilden tenía una reacción parecida, pero Bane sabía que era un buen médico y que sabría cuidar de Lydia en los días difíciles que le esperaban.

—Sé que aparento veinte años, pero en realidad tengo treinta y cinco, se lo prometo —bromeó el médico. El doctor Tilden poseía una esbelta figura y un cabello castaño claro—. Vaya, olvidé ponerme las lentes. No las necesito, pero supuestamente me hacen parecer mayor. —Se puso unas lentes de montura metálica y la miró con aire esperanzado—. ¿Mejor?

Las lentes no ayudaban en absoluto, pero Lydia fingió que así era.

—Mucho mejor. Ahora parece que estoy mirando a mi abuelo —dijo.

El doctor Tilden sonrió. Tenía un hueco entre los dientes delanteros que le hacía parecer todavía más joven.

—Me alegra que tenga sentido del humor. Nos esperan unas semanas muy duras, así que trate de conservarlo.

Lydia se sentó junto a la mesa. Bane cogió su mano temblorosa mientras tomaba asiento a su lado. Era muy triste saber todo lo que Lydia tendría que soportar en los próximos días. Habría dado su brazo derecho para sufrir en su lugar.

—¿A qué me enfrento exactamente? —preguntó Lydia.

—Su cuerpo tardará aproximadamente dos semanas en eliminar el veneno, pero sin duda la primera será la peor. Prepárese para sufrir insomnio pertinaz y dolores de cabeza. Es posible que esté inquieta y extremadamente susceptible, incluso paranoica. ¿Ha empezado ya a experimentar alguno de esos síntomas? —preguntó el doctor Tilden.

Lydia soltó la mano de Bane, se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Sí, todos. —Se retorció las manos mientras se acercaba a la ventana y observaba el cielo sombrío y nublado—. Me duele quedarme sentada. Me duele moverme. Tengo ganas de arrancarme la piel para empezar de nuevo con un cuerpo diferente.

—¿Y qué hay de la paranoia? —preguntó el médico.

—Cuando estaba en Vermont, tenía la sensación de que los árboles me espiaban. — Lydia dio la espalda a la ventana y siguió paseando por la habitación mientras se rascaba la piel de los brazos—. Desde que me he levantado esta mañana, he mirado tres veces por la ventana y me he preguntado cuánto tardaría en llegar a la farmacia más cercana para comprar algo que pueda calmarme el dolor.

Bane se levantó y la cogió por los antebrazos.

—Lydia, necesito confiar en ti. Tengo que marcharme a Vermont. Ya sabes por qué. Prométeme que no saldrás de esta casa.

El médico parecía preocupado.

—Ahora no es buen momento para marcharse.

Bane miró fijamente a Lydia.

—Prométemelo, Lydia.

—Quiero ir contigo —dijo ella—. Eso me ayudaría a tener la mente despejada.

Bane miró al médico.

—¿Está en condiciones de viajar?

El doctor Tilden negó con la cabeza.

—Una dieta a base de leche servirá para aliviar las náuseas, pero no podrá eliminarlas del todo. No puede viajar.

La imagen del hielo derritiéndose y emborronando la tinta de aquellos documentos irremplazables se mezclaba con la visión de los tristes y afligidos ojos de Lydia.

—Tardaré tres días en cumplir mi cometido. Pero, si eso supone un riesgo para tu salud, no iré. *¿Puedo confiar en ti, Lydia?*

La mujer herida y temblorosa que había delante de él desapareció, y, solo por un momento, Bane contempló el rostro de un guerrero. Había una profunda determinación en sus ojos; sus labios apretados indicaban que estaba preparada para cualquier batalla.

—Quiero que te vayas. Puedes confiar en mí.



Las normas del doctor Tilden eran muy estrictas. Lydia se sintió avergonzada al enterarse de que no podría quedarse sola en ningún momento, ni siquiera unos minutos. Es más, el médico le dijo que el insomnio le impediría dormir durante varios días, por lo que iba a necesitar una supervisión constante.

Le daba mucha vergüenza necesitar una niñera. Antes de que Bane se marchara, mantuvo una intensa discusión con él sobre el tema, argumentando que no necesitaba perros guardianes, y que cualquier persona que tuviera un poco de confianza en ella lo

sabría. Estaba temblorosa, irascible y hecha un manojo de nervios, y no quería que nadie fuera testigo de su sufrimiento. Sin inmutarse, Bane le dijo que no estaba dispuesto a irse a Vermont hasta que no hubiera accedido a su plan.

Esa fue su perdición. Bane la obligó a prometerle que dejaría que el doctor Tilden, la señora Fontaine y el almirante se turnaran para cuidarla. Aquello empeoró todavía más su situación. En vez de quedarse encerrada en la privacidad de su habitación, tenía que estar molestando a aquellas personas tan ricas y educadas. Lydia se sentía fuera de lugar en aquella casa, en la que cada pequeño rincón —el papel de las paredes pintado a mano, las gruesas alfombras orientales, los cristales colgando de las lámparas— dejaba traslucir el lujo en el que vivía la familia. Lydia no encajaba en aquel lugar.

Ya hacía un día que Bane se había marchado. En el salón, la señora Fontaine parloteaba sobre sus antepasados puritanos mientras Lydia daba otra vuelta por la estancia. ¿Cuántas veces había recorrido esa misma habitación en las últimas seis horas? ¿Mil? ¿Dos mil? Le habría gustado salir a dar un paseo, pero llevaba todo el día lloviendo. Las ráfagas de viento salpicaban gruesos goterones contra los cristales. ¿Le habría tocado a Bane viajar con el mismo tiempo?

De pronto, la puerta se abrió.

—Madre, vengo a reemplazarla —dijo el almirante—. Si quiere, puede ayudar a acostar a los niños mientras yo me siento aquí con la señorita Pallas.

Aquel era el momento que más temía. Lydia no había vuelto a estar a solas con el almirante desde aquel día aciago de noviembre. Y aquí estaba, temblando como una adicta al opio. Y lo peor era que todo el mundo en la casa lo sabía.

La señora Fontaine exhaló un suspiro de alivio. Al parecer, seis horas hablando de su familia también habían sido un suplicio para ella.

—Excelente —dijo, mientras pedía permiso para salir de la habitación.

El almirante cerró las puertas del salón. Parecía tan incómodo como ella, con su postura rígida y su mandíbula apretada. Aquel hombre era capaz de intimidar a todo un ejército con su mirada, pero hoy parecía tan molesto como un pecador con una camisa de penitencia.

—¿Cómo se encuentra esta tarde, señorita Pallas?

Como si tuviera un ejército de termitas recorriendo cada pliegue de su piel. Le habría gustado saltar por la ventana para librarse de ellas.

—Bien.

El almirante echó un vistazo por la habitación. Una expresión de escepticismo se dibujó en su rostro.

—Veo que ha paseado mucho por la alfombra.

Lydia miró al suelo. Como era de esperar, las hebras de seda estaban aplastadas en la zona donde había estado paseando. Lydia sintió que se le secaba la boca. Estaba claro

que no podía hacer nada bien, y ahora estaba destrozando la preciosa casa del almirante con su irresponsabilidad.

—Dios mío —dijo—. No se preocupe, pagaré la alfombra. Tengo un dinero ahorrado en Boston.

—No diga tonterías. Cuando las doncellas la sacudan para limpiarla volverá a estar como siempre —dijo el almirante, quitándole importancia.

Lydia frunció el ceño en señal de incredulidad. ¿Realmente sería tan fácil reparar el daño? Ella no sabía nada sobre alfombras lujosas. Además, puede que el almirante lo dijera solo para consolarla.

—¿No deberíamos asegurarnos antes? No podría perdonarme si...

El almirante la interrumpió.

—¿Realmente cree que sería capaz de cobrarle un estúpido trozo de alfombra cuando ha arriesgado su vida para salvar a mi hijo? —Parecía casi enfadado—. ¿De veras lo cree?

Lydia se dio la vuelta y empezó a pasear otra vez, cuidando de no pisar las hebras aplastadas. No podía soportar estar con el almirante en la misma habitación. En el pasado, Eric era su jefe. Era un hombre al que admiraba, y se sentía orgullosa de trabajar para él. Y, ahora, ese hombre se estaba comportando como si estuviera en deuda con ella. Ya no sabía cómo comportarse. Lydia sorteó los muebles del centro del salón mientras paseaba en pequeños círculos.

—Siento ofenderle. Nunca había estado en una casa tan elegante, y no estoy segura de cómo deberían ser mis modales.

Los labios del almirante se curvaron para formar una sonrisa.

—Lydia, no hay nada malo en sus modales. Lo importante es que es más valiente que todo un regimiento de marines. Me equivoqué con usted. Puse la obediencia a las normas por encima del valor necesario para hacer el bien, y me avergüenzo profundamente de ello.

Lydia prefería que la encerraran en el Agujero Negro de Calcuta antes que continuar con aquella conversación. Cada vez que se acordaba del día que la despidieron sentía un nudo en la garganta. Hasta ayer no había llorado en quince años, y ahora se emocionaba con cualquier tontería, como cuando Bane le ató los zapatos porque le temblaban demasiado las manos, o cuando el doctor Tilden le contó que los ratoncitos de su laboratorio habían muerto el año pasado. ¡Había llorado por unos simples ratones! No estaba en condiciones de discutir nada que tuviera relación con el astillero.

Hizo un esfuerzo para ocultar sus emociones y tomó aire.

—Almirante Fontaine...

—Por favor, llámeme Eric.

Lydia se aclaró la garganta y volvió a intentarlo.

—Almirante Fontaine, si no le importa, preferiría evitar esta discusión.

El almirante parecía confundido.

—Pero le debo una disculpa. No debí mostrarme tan intolerante con usted. Debí tener en cuenta sus circunstancias antes de despedirla. No puedo fingir que no ha pasado nada. Necesito...

Lydia lo interrumpió.

—Almirante Fontaine, el día que me despidió encabeza la lista de cosas que me gustaría borrar de mi mente. ¿*De veras* quiere que lo recuerde justo ahora?

Su expresión de asombro la hizo sentir culpable, lo cual era ridículo. Lydia se dio la vuelta para no tener que mirarlo. Su pierna tropezó con una mesa en la que descansaba un jarrón de porcelana, que empezó a tambalearse.

El almirante Fontaine lo cogió un segundo antes de que cayera al suelo. Luego enderezó la mesa y colocó el jarrón en su sitio.

—Vamos a salir del salón antes de que empiece a subirse por las paredes. ¿Ha jugado alguna vez al billar?

Lydia no sabía jugar al billar, pero agradeció la naturalidad con la que el almirante cambió de tema. La actividad física sonaba mucho mejor que la disculpa que él parecía empeñado en ofrecer pero que ella no estaba dispuesta a escuchar.

La sala de juegos se encontraba en la tercera planta de la enorme mansión. Lydia ignoraba que la gente rica dispusiera de habitaciones enteras destinadas únicamente al juego, pero así era. Había una mesa de cartas en una esquina y una diana en la pared, pero el centro de la sala lo dominaba una mesa de billar, casi tan grande como el barco donde Lydia vivía cuando era niña. El almirante le enseñó a colocar las bolas y a sostener el taco, pero sus manos temblorosas eran muy torpes y tardó un buen rato en golpear con acierto la bola blanca. Después de enseñarle las reglas básicas del juego, el almirante volvió a colocar las bolas en el tapete y se preparó para empezar la partida.

Frotó una pequeña tiza en la punta del taco y la miró con cautela.

—Puede que usted pudiera ayudarme con un problema que tengo en el departamento de investigación del astillero.

Su comentario la cogió por sorpresa. En los cuatro años que había estado trabajando en ese departamento, todo había funcionado a la perfección.

—¿Qué clase de problema?

El almirante se inclinó sobre la mesa, apuntó con cuidado y golpeó la bola blanca, dispersando el resto de las bolas sobre la superficie del tapete.

—Desde que usted se marchó, Jacob no deja de tararear *Oh, mi querida Clementina*. Sabe perfectamente que odio esa canción. La semana que empezó a trabajar con nosotros le dije que no me gustaba y que no quería volver a escucharla. Y nunca más volvió a hacerlo, hasta la semana que la despedí. Ahora la tararea todos los días.

Lydia pestañeó, sorprendida.

—Jacob siempre nos torturaba con sus canciones. Eso no es nada nuevo.

El almirante hizo como si no la hubiera escuchado y volvió a golpear la bola blanca.

—Cuando el estribillo de esa canción se me mete en la cabeza, se queda ahí y no deja de repetirse hasta la saciedad. Ahora, cada vez que entro por la puerta de la oficina, Jacob deja lo que está haciendo y se pone a tararear esa maldita canción. Estoy seguro de que lo hace a propósito. Pero eso no es todo. Todas las mañanas, Willis echa una desproporcionada cantidad de azúcar en la tetera. Antes solo se echaba azúcar en su taza, porque sabe que no me gusta el té dulce. Ahora ni siquiera puedo tomar una taza de té decente en el trabajo. Dentro de poco, también Karl se las ingeniará para hacerme la vida imposible. Él es el que está más enfadado de todos.

A Lydia le tembló el labio. Echaba mucho de menos a sus antiguos compañeros de oficina, y el hecho de que se hubieran puesto de acuerdo para defenderla le daba ganas de llorar. *Otra vez*. Lydia se dio la vuelta y empezó a rascarse los antebrazos, preguntándose si sumergirse en el océano helado serviría para aliviar aquel picor incesante.

—Me temo que no puedo ayudarle con los canturreos de Jacob. Ni con el té de Willis.

El almirante bajó el taco y se enderezó para mirarla a la cara.

—Señorita Pallas, he pensado que me precipité excesivamente en mis decisiones el pasado noviembre. Si no quiere aceptar mis disculpas, ¿podría al menos considerar la posibilidad de volver al astillero? Estoy seguro de que el departamento de investigación estaría encantado de volver a contar con sus servicios. Y, si eso sirve para detener la interpretación diaria de *Oh, mi querida Clementina*, le estaré eternamente agradecido.

¿No era eso lo que llevaba deseando tanto tiempo? A juzgar por la mirada de expectación del almirante, era evidente que su oferta era sincera, pero Lydia se acordó del joven de cabello negro y ralo que estaba sentado en su escritorio el día que visitó la oficina.

—Pero ya tiene un traductor para el sur de Europa.

El almirante se inclinó sobre la bola blanca y la golpeó de nuevo.

—Estoy seguro de que encontraremos un puesto alternativo para el señor Trivoni.

Teniendo en cuenta que había dos mil personas trabajando en el astillero, era muy probable que el almirante tuviera razón. Lydia empezó a pasear alrededor de la mesa de billar, tratando de fingir que la piel no le picaba como si se hubiera revolcado en una mata de ortigas. Había sido muy feliz en el astillero. ¿Sería capaz de volver atrás en el tiempo y recuperar aquellos años? El trabajo le encantaba, y podría retomar su amistad con Karl y Jacob. Una vez más, estaría contribuyendo a convertir la Marina americana en una de las mejores flotas marítimas del mundo.

Pero ese era el sueño del almirante, no el suyo. Ya no.

Cuando miró al extremo de la mesa vio al almirante esperando su respuesta.

—No puedo volver —dijo—. Quiero seguir trabajando con Bane para reformar la legislación contra el opio. Ahora que sé lo terrible y adictiva que puede ser esa droga, quiero asegurarme de que otras personas no caigan en el mismo problema que tengo yo. Haré *lo que sea* para evitar que otro niño tenga que sufrir lo que yo estoy sufriendo.

Una sombra de humor se dibujó en la boca del almirante.

—Así que no va a ayudarme con Jacob, ¿eh? ¿No podría decirle que deje de torturarme con esa maldita canción?

Lydia quiso reírse, pero sus temblores no hacían más que empeorar, así que apretó los dientes y siguió paseando alrededor de la mesa.

—Lo siento, señor, pero eso tendrá que solucionarlo usted.



A las dos de la madrugada, alguien despertó al doctor Tilden para relevar al almirante. Lydia llevaba dos días sin dormir y estaba exhausta.

—¿Qué hacía en la casa del Profesor cuando no podía dormir? —le preguntó el médico.

—Normalmente salía a dar un paseo. Caminaba horas y horas por el bosque.

—¿Y eso la ayudaba?

—Un poco.

Hasta que empezaba a oír el crujido de los arces, y su imaginación paranoica le decía que los árboles estaban cuchicheando sobre ella.

—Entonces vamos fuera.

Hacía una hora que había dejado de llover, y Lydia agradeció la oportunidad de salir al exterior. Era una noche ventosa, y, nada más poner un pie fuera de la casa, Lydia respiró profundamente la brisa marina.

—*Me encanta este olor...* —murmuró, con tono nostálgico—. No sabe cuánto he echado de menos el olor del océano.

Avanzó a buen paso por el césped recién segado y se detuvo en un saliente rocoso que descendía hasta el océano. El aire nocturno traía el rugido de las olas, y Lydia se asomó para sentir el viento. El choque de las olas contra la playa y el tranquilizador roce del agua eran sonidos atemporales y reconfortantes.

Lydia se dio la vuelta para mirar al doctor Tilden bajo la débil luz de la luna.

—¿Qué hacen otras personas para entretenerse cuando están en esta situación?

—Algunas pasean, o tratan de escribir sus sentimientos en un diario. Otras rezan.

Lydia lo miró muy sorprendida.

—¿Y funciona?

El médico se tomó un tiempo considerable antes de responder.

—He descubierto que la oración funciona mejor que cualquier otro método conocido por la ciencia moderna. Pero para eso hace falta fe.

Lydia había estado leyendo los libros del Nuevo Testamento, tal como Karl le había dicho, pero ninguna de esas historias parecían ayudarla a combatir sus fantasías con el jarabe de la señorita Winslow y su deseo de sentirlo deslizarse por su garganta.

—Dígame lo que tengo que hacer —dijo—. Soy una persona inteligente. Haré lo que me diga para superar todo esto. Si tengo que ir a California andando y volver, lo haré.

El doctor Tilden avanzó hacia un promontorio de granito y se sentó.

—Lydia, usted me contó sus esfuerzos para conservar su apartamento y trabajar en el astillero. Estudió y aprendió idiomas, y a veces tenía dos o tres trabajos a la vez. Todo eso es digno de admiración, pero, cuando uno pretende salir adelante solo, al final acaba cansándose. Ni nuestro cuerpo ni nuestra mente están preparados para soportar jornadas interminables de estrés sin ayuda. Si su alma no tiene nada en lo que apoyarse en los momentos de dificultad, no es de extrañar que acabe recurriendo a un bastón como el opio para sostenerse.

El doctor Tilden no llevaba sus lentes. Su rostro juvenil se mostraba abierto y comprensivo mientras sonreía.

—Lydia, usted es fuerte y valiente. El Señor ha creado nuestro cuerpo y nuestra mente para realizar increíbles actos de heroísmo, pero no somos máquinas. Tenemos que cuidar y alimentar tanto el cuerpo como el espíritu, para que estén fuertes en los momentos de dificultad. Usted no ha sabido cuidarse lo suficiente. Y yo estoy aquí para enseñarle a hacerlo.

El doctor Tilden le ofreció un brazo y los dos empezaron a caminar.

—Como médico, puedo explicarle que su cuerpo está liberando toxinas, lo cual está dificultando su capacidad para digerir la comida correctamente. Puedo explicarle que sus nervios se encuentran en un estado de sobreexcitación, de ahí las noches de insomnio. Todo eso tiene una explicación científica y puede tratarse. Pero, una vez que su cuerpo se encuentre en perfecto estado de salud, tendrá que producirse un cambio en su *espíritu* que sustente su curación. Usted es una mujer de increíble talento. Hay en su naturaleza un deseo permanente de esforzarse y conseguir cosas. Pero me temo que, aunque su cuerpo esté curado, si no encuentra una fuente de apoyo espiritual, es posible que vuelva a necesitar un bastón para sostenerse.

Lo único que había conocido hasta ahora era el trabajo. Sin embargo, Bane había intentado enseñarle el lado espiritual de la vida. Y lo había hecho a su manera, con su habitual sentido del humor.

Lydia se preguntó dónde estaría Bane en ese momento. Deseaba enormemente complacerle y demostrar que era capaz de vencer a aquel demonio.

—Bane volverá dentro de dos días. ¿Usted cree que para entonces habré pasado lo peor?

La sonrisa del doctor Tilden reflejaba una profunda tristeza.

—Querida, en ese momento entrará en la peor fase del proceso.



CAPÍTULO 35

Menos de tres días después de partir hacia Vermont, Bane regresó cabalgando a la residencia de los Fontaine, azuzando a su caballo, cuando su destino surgió a la vista. Tenía los planes. Estaban en buen estado y, con su tinta negra y apretada, decían *exactamente* adónde pretendía huir el Profesor. La organización tendría su base en una casa nueva, situada a unas millas de San Francisco. El Profesor partiría primero a la pequeña ciudad de Scranton, en Pensilvania, donde habían enviado los libros para su salvaguarda. Una vez que se hubiera reunido con sus preciados libros, alquilaría tres vagones de mercancías y partiría con ellos hacia el Oeste.

Supuestamente, la señora Rokotov y su hijo iban a encontrarse con él en Scranton, pero era evidente que la lealtad no era posible entre los criminales. Una pequeña investigación en la estación de tren reveló que, aunque los Rokotov habían enviado los libros a Scranton según el plan, en vez de reunirse con el Profesor en su exilio, habían huido a Nueva York. Cuando la señora Rokotov descubrió que Lydia había escapado con los planes de fuga, decidió huir sin el Profesor, sabiendo que todos habían sido descubiertos. Al fin y al cabo, habían ocultado el episodio del libro quemado por miedo al Profesor. Ahora, ese mismo miedo los había llevado a huir para no tener que enfrentarse a su ira. Sin duda, el Profesor habría montado en cólera al descubrir que Lydia había conseguido robar los papeles delante de sus narices.

Pero todo había sido para bien. Bane ya estaba pensando un plan para interceptar al Profesor y sus libros en Scranton y ponerlo directamente en manos de la justicia.

Al llegar, ató su caballo a un poste y subió los escalones de la casa de dos en dos. Luego entró como una exhalación y empezó a ir de una habitación a otra, buscando a alguien con quien compartir las buenas noticias.

Eric y la señora Fontaine se encontraban en la biblioteca.

—¡Tengo los planes! —exclamó, jadeando.

Eric se levantó de su silla.

—¿Todavía son legibles?

—Están en perfecto estado.

Se sentía inundado por una ola de entusiasmo. Si efectivamente tenía razón y los Rokotov estaban intentando salvar su propio pellejo, podría atrapar al Profesor en Scranton con las manos en la masa. Con el dinero del almirante y sus contactos, acabarían con él para siempre. Entonces advirtió el cansancio en el rostro del almirante y sintió un vuelco al corazón.

—¿Cómo está Lydia?

La señora Fontaine se acercó a su hijo. Parecía igual de cansada que él.

—El doctor Tilden está con ella en la planta de arriba. Ha sido muy difícil.

Bane sintió que le fallaban las piernas y se hundió en una silla.

—¿Qué ha pasado?

—Lleva cuatro días sin dormir —dijo Eric—. La cocinera ha estado preparándole cosas que pueda tolerar, pero nada le sienta bien. Tiene tantas náuseas que apenas puede salir del baño. Muchas veces la oigo llorando ahí dentro. He intentado consolarla, pero no quiere ver a nadie que no sea el doctor Tilden.

Bane escondió la cabeza entre las manos, sintiendo una oleada de culpabilidad. La señora Fontaine posó una mano en su hombro.

—Alex, está siendo muy fuerte. No ha pedido ningún tipo de droga, y está siguiendo todas las indicaciones del doctor Tilden al pie de la letra. Debería estar orgulloso de ella.

Tenía que haber estado con ella. Mientras él estaba ahí fuera, librando otra batalla en su guerra particular contra el Profesor, Lydia estaba enfrentándose a un demonio aún más peligroso. No podía abandonarla otra vez. Por mucho que deseara acabar con el imperio del Profesor, ahora tenía algo más importante que hacer.

Bane metió la mano en su chaqueta y sacó los frágiles papeles.

—Aquí tiene —dijo, entregándoselos a Eric—. Usted se merece acabar con el Profesor. Yo le ayudaré a organizar el plan, pero no puedo ponerlo en práctica.

Un brillo se reflejó en los ojos grises del almirante.

—No se preocupe. Yo me encargaré.



Lydia se encontraba en plena agonía. Las toallas extendidas en el suelo del baño apenas conseguían mitigar el frío de las baldosas debajo de sus rodillas. Apoyó la cabeza a un lado de la bañera, con los brazos colgando sin vida hacia el suelo. El doctor Tilden había metido una silla en la estancia y estaba sentado, dispuesto a ayudarla cuando quisiera vomitar.

—Es hora de tomar otro vaso de leche —dijo el médico suavemente.

Su estómago se encogió al pensar en la leche. Cada hora tenía que tomar un vaso de leche hasta la última gota. Al final terminaba vomitando la mayor parte, pero aun así tenía que hacerlo. Cuanta más leche lograra asimilar, más fuerte estaría para seguir luchando.

Lydia respiró profundamente.

—Muy bien.

Le costaba mucho levantar la cabeza de la bañera. Lydia se dio la vuelta sobre las toallas y aceptó otro vaso de leche caliente. Su mano temblaba tanto que el líquido amenazó con salirse del vaso, pero consiguió acercárselo a la boca a tiempo y se lo bebió.

—Excelente —dijo el doctor Tilden mientras cogía el vaso vacío.

El médico apuntó la hora en un pequeño diario. De esa manera podría calcular el tiempo que conseguía retener la leche antes de devolverla. Lydia volvió a apoyar la cabeza en la bañera y cerró los ojos. Se sentía más cómoda en la oscuridad. El médico había corrido la cortina de la única ventana, pero seguía filtrándose un poco de luz que se reflejaba en las resplandecientes baldosas blancas. Por la noche, todo era mucho más fácil.

—Hola, Lydia.

¡Bane! Lydia abrió los ojos y levantó la cabeza. Bane tenía un aspecto terrible. Su rostro estaba surcado de sombras y sus ojos la miraban con angustia. Lydia sintió un vuelco en el corazón. ¿Habría fracasado en Vermont?

—¿Qué hay de los documentos? —preguntó con un hilo de voz.

—Se encuentran en perfecto estado.

Lydia se incorporó, y, por primera vez en varios días, una sonrisa sincera iluminó su rostro.

—¿Entonces por qué estás tan triste?

Bane entró en el baño y se sentó a su lado.

—Porque estás muy lejos de encontrarte en perfecto estado, amor mío.

Lydia volvió a apoyar la cabeza en la bañera.

—Oh, Bane. Ya estás otra vez con tus piropos.

Bane sonrió, aunque Lydia supo que tenía razón. Tenía un aspecto horrible. Tenía el camisón manchado y los ojos hundidos, y el cabello le caía sin gracia por la espalda. Además, debía de ofrecer una imagen de lo más lamentable, allí sentada en el suelo del baño. Bane le apartó un mechón de la frente.

—Tendría que haberme quedado aquí.

—Bane, escuchar que esos documentos están en tu poder es la primera alegría que he tenido en mucho tiempo.

Bane se sentó a su lado y tomó su mano entre las suyas.

—¿Cómo está? —preguntó al doctor Tilden.

—Todo lo bien que le permite su estado. Tiene un largo camino por delante antes de curarse del todo.

—Supongo que estará cansado. Me quedaré un rato con ella, si le parece bien.

El doctor Tilden asintió en señal de agradecimiento. Luego le entregó su reloj y el

cuaderno de notas.

—Lydia ya sabe calcular el tiempo. Usted límitese a apuntar cuánto tiempo retiene la leche y dele un vaso cada hora.

Una vez que el médico hubo cerrado la puerta, Lydia se apoyó en Bane, disfrutando del contacto humano. El doctor Tilden había sido muy amable con ella, pero no podía proporcionarle el consuelo que ofrecían los brazos de Bane.

—Ahora, dime la verdad: ¿cómo te encuentras? —preguntó Bane suavemente.

¿Cómo describir los días de agotamiento nervioso y la sensación de hormigueo constante, que le hacía sentir deseos de arrancarse la piel? Hasta los huesos le picaban. Pero no podía rascárselos, así que intentaba no pensar en ello.

—Mucho mejor ahora que estás aquí.

—Eric me contó que te ha oído llorar detrás de la puerta.

Lydia suspiró y cerró los ojos. ¿Cuándo dejaría de ponerse en evidencia delante del almirante?

—No pensé que estuviera llorando tan fuerte —dijo, doblando las rodillas para apoyar la cabeza en ellas. Le avergonzaba que la perfecta familia Fontaine fuera testigo de su sufrimiento—. Tendría que haber pasado por esto en Boston —dijo con voz temblorosa.

—¿Por qué crees que Boston habría sido mejor opción?

—Porque prefiero estar sola a tener a toda esa gente a mi alrededor presenciándolo todo. No te imaginas la vergüenza que estoy pasando.

Se sentía como un chucho callejero. Hasta la belleza fresca y angélica de Bane le irritaba.

Bane tomó su barbilla con los dedos y giró su rostro hacia él.

—Lydia, te amo. *Te amo*. Hazme caso, vales mucho más que los Fontaine. Desde que Eric vino al mundo, le llovieron las riquezas, los tutores y las oportunidades. Tú y yo nacimos sin *nada*. Lydia, te admiro. Daría mi vida por ti. Todos los días le doy gracias a Dios por permitir que me diera una segunda oportunidad.

La mención de Dios la hizo sentir doblemente fracasada. Llevaba meses buscando a Dios y no había llegado a ninguna parte.

—He estado rezando y leyendo la Biblia, esperando que Dios se presentara en mi vida —dijo en voz baja—. Empecé a leer la Biblia por el evangelio de Juan, tal como Karl me dijo. ¿Por qué no ha pasado nada? ¿Por qué para ti y para otras personas es tan fácil creer? ¿Por qué me siento perdida en el mar, sin timón y sin esperanza?

Su estómago empezó a protestar, pero hizo un esfuerzo para contenerse. Las lágrimas amenazaban con derramarse de nuevo, pero no estaba dispuesta a llorar. Aquella conversación era demasiado importante para interrumpirla.

—Llevo mucho tiempo buscando un faro, una guía, pero todo es inútil. Una y otra vez choco contra las rocas y me veo arrastrada hacia el mar.

Lydia sintió que se le contraía el estómago. No podía aguantar por más tiempo.

Se inclinó sobre el retrete y su estómago cedió. Bane estaba detrás de ella, apartándole el cabello mientras vomitaba. Le dolían todos los músculos del cuerpo, y la garganta le ardía como si la hubieran rociado con ácido.

Lydia se sentó en cuclillas y trató de recuperar el aliento aferrándose al retrete.

—No es que no crea en la existencia de Dios. Simplemente no creo que Dios *me ame*.

Bane le ofreció un vaso de agua. Lydia se enjuagó la boca y escupió el agua en el retrete.

—¿Has terminado? —preguntó Bane.

Lydia esperó un momento, pero no ocurrió nada.

—Creo que sí.

Bane se acercó al retrete y tiró de la cadena. Lydia se limpió la cara con una toalla húmeda y volvió a apoyarse en la bañera. Estaba tan cansada que apenas podía levantarse. Daría hasta el último dólar de sus ahorros a cambio de una hora completa de sueño.

—¿Por qué no he encontrado a Dios, Bane? He leído la Biblia. Leí ese pasaje que dice que al que llama se le abrirá. Que el que busca, halla. Llevo meses buscándolo, pero no lo encuentro. ¿Por qué es tan fácil para algunas personas, mientras que otras nos vemos sumidas en las tinieblas?

Bane se sentó delante de ella.

—Si verdaderamente crees que Dios te ha abandonado, ¿entonces qué soy yo?

—¿Un pesado que no deja de desordenar mis cosas?

Bane sacudió la cabeza con una misteriosa sonrisa en los labios.

—Lydia, yo soy tu faro. Ahora mismo, mi propósito en el mundo es sostenerte y guiarte hasta el puerto. No pienso abandonarte.

Lydia esbozó una amarga sonrisa.

—Dijiste que nunca te casarías con una drogadicta.

Las palabras le habían dolido desde el principio, pero ahora le dolían mucho más.

—Así es, pero eso no significa que vaya a renunciar a ti. —Bane tomó sus pies descalzos, los apoyó en su regazo y empezó a frotárselos con sus manos cálidas y firmes—. Te encuentras al principio de un largo proceso en tu relación con Dios. Puede que Él no responda de acuerdo con tus planes. ¿Pero no te parece que esa sed de Dios es una señal de que Él ya está obrando en tu vida? Alguien que no creyera no tendría esa curiosidad ni ese deseo. Puede que *nunca* tengas una revelación, pero no seas como esa persona que todos los días levanta la costra de la herida para ver si se ha curado. Límitate a seguir buscando. Confía en Él. No sé cuánto durará tu viaje, pero te aseguro que estás en el buen camino. No te rindas. No abandones su búsqueda. Ten fe y *lo encontrarás*.

Sus palabras le proporcionaron una profunda sensación de alivio. Por la razón que fuera, Dios no la había bendecido con una revelación como la de Bane, ni con unos padres que la guiaran en el camino de la fe como al almirante, pero eso no significaba que Dios la hubiera abandonado. La paciencia era un don que poseía en abundancia; si ejercitarse en ella la conducía a Dios, sería paciente.

Bane le dio un tironcito en el pie.

—¿Y por qué te preocupa tanto que no quiera casarme con una drogadicta? No me digas que tienes dudas sobre tu capacidad para superar todo esto.

Lydia apoyó la cabeza en la bañera y lo fulminó con la mirada.

—Bane, ahora mismo dudo de mi capacidad para salir del baño y llegar a mi habitación.

Debería sentirse avergonzada, pero no había sitio para la vergüenza en su maltrecho cuerpo.

Bane se limitó a sonreír.

—Por eso estoy aquí, Lydia.



CAPÍTULO 36

El Profesor esperó en el andén de carga y descarga mientras observaba a los mozos, que transportaban una caja de libros tras otra al vagón de mercancías. El contenido de aquellas cajas tenía cerca de mil años de antigüedad. Había sacrificado su vida para encontrar, rescatar y preservar aquellos libros. Muchos de ellos habían sobrevivido a los años oscuros del período medieval, las guerras religiosas del Renacimiento y el lento deterioro de los siglos. Y ahora, gracias a su cuidadoso plan, serían rescatados una vez más del peligro que amenazaba con derrotarle. Todo aquello no sería más que una simple arruga en una batalla milenaria para rescatar aquellos preciados artefactos de un mundo que no los merecía.

—Esta es la última, señor —dijo un mozo cubierto de sudor, que había cruzado el andén para recibir su paga.

—Muy bien —dijo el Profesor.

Mientras pagaba al obrero, sus ojos recorrieron el andén. La señora Rokotov y el estúpido de Boris ya tendrían que estar allí. No había ninguna excusa que justificara su tardanza, y no estaba dispuesto a perder más tiempo preocupándose por ellos. Ya llevaba varios días de retraso. Le había llevado más tiempo del que pensaba alquilar los vagones de mercancías para sus libros.

En total tenía tres vagones llenos de libros, que a la hora acordada partirían en dirección a su nueva casa en el norte de California, donde el clima fresco sería ideal para proteger sus tesoros. El Profesor dirigió una última mirada al andén antes de encaminarse al vagón de pasajeros, situado a la cabeza del tren. Le molestaba estar a varios vagones de distancia de sus libros, pero no quería llamar la atención insistiendo en sentarse en un lugar concreto.

Subió al vagón, poniéndose de lado para avanzar entre la multitud de trabajadores y temporeros que llenaban el compartimento. La mayoría de los pasajeros tenían un aspecto tosco y ordinario, pero el Profesor hizo un esfuerzo para mantener una expresión de indiferencia. ¿Qué se puede esperar cuando se toma el tren en una ciudad como Scranton? Solo había un caballero, que ocupaba un asiento justo delante de él. Su chaqueta a medida indicaba que era un hombre de fortuna. El resto del vagón lo ocupaban simples obreros.

Pero todo eso carecía de importancia. El tren salió de la estación, y el Profesor sacó de su chaqueta *El último mohicano*. Era una novela barata, pero aun así merecía la pena. En cierto modo, él se parecía al protagonista, el último miembro de una raza orgullosa y

moribunda. El tren se encontraba a varias millas de Scranton cuando el caballero que iba delante de él se dio la vuelta.

—¿Profesor Van Bracken? —preguntó.

El Profesor se asustó. Esperaba haber dejado atrás ese nombre para siempre, pero trataría de comportarse de forma tranquila y profesional hasta que pudiera distanciarse de ese hombre. Levantó la vista del libro y respondió:

—¿Sí?

El hombre de cabellos oscuros sonrió.

—Me alegro de encontrarle por fin. Soy el almirante Fontaine. ¿Me recuerda? Usted secuestró a mi hijo el mes pasado.

Su voz era tan educada que el Profesor tardó un momento en procesar sus palabras, pero enseguida se recuperó de la sorpresa.

—Lo siento, pero no sé de qué me habla.

El almirante Fontaine se levantó y apoyó las manos en las caderas, dejando que su chaqueta cayera hacia atrás y mostrara un revólver de empuñadura nacarada.

—Sí que lo sabe. Permítame que le presente a mi acompañante, el señor Lockwood. —Un hombre del tamaño de un toro se levantó y se dio la vuelta—. El señor Lockwood es el jefe local de la Agencia de Servicios Secretos. Es posible que haya oído hablar de él. Los servicios secretos se dedican a investigar todo tipo de fraudes contra el gobierno, incluida la evasión de impuestos.

Aquellos hombres iban a apoderarse de sus libros. Su tesoro estaba en peligro. El Profesor saltó de su asiento y estaba a punto de huir hacia la puerta cuando todos los hombres del vagón se levantaron al unísono.

—En realidad, todos los hombres que hay en este vagón trabajan para los servicios secretos. Me temo que no puede escapar —dijo el almirante con un profundo desprecio.

La puerta estaba bloqueada y las ventanas, cerradas a cal y canto. Por todas partes le rodeaban hombres fuertes y amenazantes.

—No permitiré que se apropie de mis libros.

Antes se mataría.

—Ya lo he hecho. Nuestros hombres desengancharon los vagones antes de salir de Scranton.

El corazón del Profesor latía a toda velocidad. Estaba mareado y sin aliento y tuvo que dejarse caer en un asiento.

—No puede hacerlo —exclamó—. Esos libros pertenecen a la eternidad.

—Prefiero pensar que pertenecerán a la Biblioteca del Congreso cuando todo esto termine —dijo el almirante—. Tiene una deuda considerable con el fisco. Donar esos libros al gobierno puede ser una buena manera de saldarla.

Si hubiera un poco de piedad en este mundo, caería fulminado en ese preciso

momento. Daría toda su fortuna para que su corazón dejara de latir. Sus libros serían sacados de las cajas por unas manos sucias, mirados y toqueteados por los millares de personas vulgares y desagradables que frecuentaban las bibliotecas públicas. Pero no había piedad en este mundo, solo un hombre antipático que le obligó a volver a su asiento. *El último mohicano* cayó al suelo polvoriento del vagón mientras el agente le cogía de las muñecas y le ponía unas esposas.

Todo su mundo había terminado.



CAPÍTULO 37

Después de diez días de tratamiento, Lydia fue capaz de dormir unas cuantas horas diarias. Bane aprovechó para salir de la casa y despedir a los Fontaine, que viajaban de regreso a Boston. El coche ya estaba cargado con el equipaje y listo para abandonar la inmensa propiedad del almirante, pero la expresión de Eric era más bien sombría cuando se acercó a él.

—Asegúrese de que Lydia acepte esto —dijo, entregándole un sobre.

Bane se quitó una pequeña pelusa del abrigo.

—No puedo *obligarla* a aceptarlo —dijo tranquilamente—. Ya sabe que no es usted santo de su devoción.

El almirante apretó los labios hasta reducirlos a una línea dura e inexpresiva. Interrumpió lo que estaba a punto de decirle cuando un criado se acercó penosamente por el camino de grava, portando una cesta llena de víveres para el viaje. Los niños y la madre de Eric ya se habían subido al coche y estaban esperándole.

Eric bajó la voz para que el criado no pudiera escucharle.

—Obligue a Lydia a aceptarlo o se lo meteré por su sucia garganta.

Bane le dedicó una de sus más encantadoras sonrisas.

—Inténtelo.

Lydia tenía cosas más importantes en qué pensar que aceptar las disculpas del almirante, que estaba deseando obtener su perdón para volver a sus asuntos. Desde que encarcelaron al Profesor, Eric se había propuesto buscar y detener al resto de las personas que habían participado en el secuestro de su hijo. Estuvo presente cuando la policía local irrumpió en la mansión del Profesor, que encontraron vacía y abandonada. Como las ratas que huyen del naufragio, los secuaces del Profesor y sus sirvientes habían desaparecido en el bosque mucho antes de que llegara la policía.

Lo más probable era que nunca llegaran a encontrarlos. América era un país muy grande, y era tan fácil desaparecer en las minas de carbón, en las praderas o en las ciudades florecientes del Oeste... Pero Bane no envidiaba a aquellos que intentaran huir de la ira del almirante. Aquel hombre poseía unos recursos inagotables y una determinación implacable a la hora de hacer justicia.

Una vez más, el almirante hizo gala de esa determinación dando un paso al frente, tomando su mano y colocando en ella el sobre.

—No sea testarudo, Bane. Si consigue que Lydia acepte este sobre, le dejaré participar en mi campaña para el Senado.

Bane se metió el sobre en el bolsillo delantero del abrigo.

—Lydia y yo solemos pensar en los mismos términos, así que, naturalmente, su juicio siempre es perfecto. Puede estar seguro de que apreciará la generosidad de su oferta.

Puede que fuera más difícil de lo que parecía conseguir que Lydia aceptara la oferta del almirante, pero Bane sabía que Eric lo hacía por su bien. Y, si eso le permitía participar en su campaña, mejor que mejor.



A las tres semanas del tratamiento, Lydia disfrutó de su primera noche completa de sueño. Cuando despertó, los músculos de su cuerpo estaban relajados y su mente, despejada. Escuchó el sonido de las olas rompiendo en la orilla y se dio la vuelta para mirar el reloj. Su boca esbozó una sonrisa al darse cuenta de lo que suponían siete horas de sueño profundo. Se quedó tumbada en la cama, saboreando aquella sensación de dicha absoluta.

Gracias, susurró al aire de la mañana.

¿Con quién estaba hablando? Era incapaz de ponerle un nombre, pero se trataba de una fuerza que fluía por todo su ser, inundándola de una sensación de bienestar.

El ejemplar de la Biblia que descansaba en su mesilla captó su atención e, inexplicablemente, se sintió atraída hacia él. Lydia se incorporó, deseando sentir el peso de la Biblia en su regazo. El consejo de Karl de empezar por el evangelio de Juan no había funcionado, así que abrió el libro al azar y dio con un pasaje del *Cantar de los Cantares*:

*Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente.
Porque, mira, ha pasado ya el invierno,
han cesado las lluvias y se han ido.
Aparecen las flores en la tierra,
el tiempo de las canciones es llegado,
se oye el arrullo de la tórtola en nuestra tierra.*

Lydia sintió un nudo en la garganta. No podía haber elegido un pasaje más adecuado para ese momento. Había sobrevivido al más duro invierno de su vida, y, después de una helada terrible, su cuerpo y su alma estaban empezando a despertar al calor de la primavera. Quiso leer más, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas, porque no podía ser

una coincidencia que hubiera abierto el libro por ese pasaje. Cuando había dejado de empeñarse en entender a Dios y se había limitado a abrir la Biblia al azar, dio con un pasaje que le ofreció una profunda sensación de consuelo.

No era una coincidencia. *Estaba absolutamente segura*. En su infinito amor, Dios le había enviado un mensaje cuando estuvo dispuesta a escucharlo. Ya no era una huérfana atormentada y sin hogar, ya no vagaba a la deriva sin timón. Inclinando la cabeza, Lydia saboreó la extraña combinación de paz y esperanza que se entremezclaba en su espíritu. Parte de ella deseaba quedarse inmóvil en la cama para grabar ese sentimiento en su memoria para siempre; la otra deseaba ir a correr entre las olas y reír hacia el cielo.

Lydia se puso una bata de raso y contempló el espectacular paisaje por la ventana. A lo largo de la costa, los campos estaban reverdeciendo; el mundo entero se preparaba para salir del largo período de hibernación. Y, en algún lugar por encima del majestuoso océano, un Dios amoroso le acababa de susurrar al oído un mensaje de consuelo.

Hoy iba a empezar de nuevo. A partir de ahora leería, estudiaría y buscaría a otras personas que compartieran su fe para escuchar sus historias. ¡Había tanto que aprender! No había vuelto a sentir ese deseo de aprender desde su primer día de escuela, hacía más de quince años. No sabía qué le depararía el futuro, pero estaba lista para asumir el reto.



Cuando se reunió con Bane en el salón, Lydia le enseñó el fragmento del Cantar de los Cantares. Bane no parecía en absoluto impresionado por el hecho de que hubiera abierto la Biblia por esa página en particular.

—Cuando aprendas a leer las señales, descubrirás la acción de Dios en muchos momentos de tu vida —se limitó a decir.

—Siento como si me quedara mucho por hacer. Muchas cosas en las que pensar — Lydia se volvió para mirar a Bane—. Me gustaría darte las gracias por haber sido mi faro. Conocías mi falta de fe, y aun así no me abandonaste. Es más, te quedaste a mi lado cuando te enteraste de mi problema con el jarabe de la señorita Winslow.

Bane esbozó una triste sonrisa.

—Nunca he tenido derecho a tirar la primera piedra.

Al ver su sonrisa, Lydia supo que tenía razón. Ambos eran dos seres imperfectos que habían resistido a los envites de la vida y tenían heridas de guerra para demostrarlo.

Lydia se acomodó encima de los cojines y dejó que sus ojos recorrieran la suntuosidad de la sala. Nunca en su vida había visto tanta riqueza y esplendor en un solo lugar, pero todo aquello no la atraía. Prefería beber en una jarrita de cerámica antes que

en una taza de porcelana. Prefería dormir entre sábanas de algodón a hacerlo en sábanas de seda.

—Ya estoy lista para volver a casa —dijo—. Echo de menos mi antigua vida en el puerto de Boston. Quiero escuchar a los comerciantes vendiendo naranjas por la mañana y observar a los pescadores acarreado su botín al final del día. Quiero tomar una deliciosa crema de almejas en una cafetería del muelle.

Bane se quedó de pie en el otro extremo del sofá.

—Me pregunto si cambiarás de opinión cuando veas esta nota —dijo, metiéndose la mano en la chaqueta y sacando un sobre cuadrado, que sostuvo entre dos dedos.

—¿Qué es eso? —preguntó Lydia.

La seriedad de Bane le hizo temer por el contenido del sobre. Bane siguió escrutándola con ojos inquisitivos, haciéndole sentir incómoda.

—Es posible que olvidara mencionar un pequeño detalle sobre el rescate de Jack —dijo lentamente—. Cuando su hijo fue secuestrado, el almirante ofreció una generosa recompensa para la persona que le ayudara a rescatarlo. Y resulta que esa persona eres tú —dijo, entregándole el sobre.

El sobre era grueso y de color crema, y sus dedos temblaron mientras abría la solapa para extraer el cheque. Su cerebro tardó un momento en procesar lo que estaba viendo.

—¿Diez mil dólares?

Lydia contó los ceros al final del número, pero lo había leído bien desde el principio. Se quedó contemplando el cheque, incapaz de calibrar lo que significa esa cantidad de dinero.

—Pero yo no lo hice por la recompensa —dijo, algo aturdida.

—Lo sé —dijo Bane—. *Todos* sabemos que entraste en la casa sin conocer la recompensa que Eric había ofrecido, y eso te vuelve más admirable a sus ojos. —Bane se hundió a su lado en el sofá—. Antes de que empieces a protestar diciendo que no piensas aceptar su dinero, deberías saber que el almirante está dispuesto a perseguirte hasta que lo aceptes. Todavía está ofendido porque no quisiste regresar a tu antiguo trabajo, y piensa hacer cualquier cosa con tal de acallar su mala conciencia. Si aceptas el dinero, le harás un gran favor.

Lydia se quedó mirando el cheque sin saber qué hacer.

—Supongo que a estas alturas ya me habrán despedido de mi trabajo en la panadería.

—No lo dudes —dijo Bane, dándole un suave codazo—. Si consigo convencerte para que aceptes el dinero de la recompensa, el almirante me dejará participar en su campaña para las elecciones. Sin mí está perdido. Además, no me viene mal tener a otro senador de repuesto.

—Eres *tan* arrogante. —Lydia trató de reprimir una sonrisa mientras doblaba el cheque y volvía a meterlo en el sobre—. Pero aceptaré el dinero. No quiero volver a caer

en la pobreza.

—¿Sigues queriendo volver a Boston?

Lydia descansó la cabeza en su hombro, dándole vueltas a las implicaciones de su recién estrenada riqueza. Podía ir a cualquier parte del mundo. Podría vestirse de seda y no tener que trabajar ni un solo día más en toda su vida.

Pero deseaba volver a Boston. Con Bane. Tal vez pudiera comprar su antiguo apartamento en el Dragón Sonriente; aquel era el único lugar que realmente echaba de menos.

—Quiero irme a casa, y eso significa volver a Boston —dijo con una firme sonrisa—. ¿Podríamos salir hoy?

Bane sonrió.

—Primero tienes que comer algo. Yo me encargaré de los preparativos.



La cocinera tenía el día libre, pero Lydia había recuperado el apetito y quería comer macarrones con queso. Bane insistió en que los dos eran perfectamente capaces de prepararlos. Gracias a su trabajo en la panadería, Lydia había aprendido a encender el horno, pero no sabía cocinar. Bane tenía aún menos experiencia que ella, pero contaba con grandes dosis de confianza en sí mismo.

—Al fin y al cabo, tenemos el libro de recetas y todos los ingredientes necesarios —dijo—. No creo que sea tan difícil.

Una hora más tarde la cocina, antes inmaculada, estaba llena de salpicaduras de leche y migas de pan. Lydia se sentó a la mesa y contempló el triste resultado de sus esfuerzos.

—¿Cómo es posible que los macarrones estén quemados y crudos a la vez? —preguntó, mientras observaba la capa de queso chamuscado que cubría la pasta crujiente.

Bane estaba apoyado en la pared de la cocina, completamente ocioso.

—No lo sé, pero verte con toda la cara cubierta de harina mientras te lamentas de esta catástrofe resulta encantador. Merece la pena todo el esfuerzo que hemos hecho.

—¿Qué esfuerzo? He sido yo la que ha hecho todo el trabajo. Tú te has limitado a leer las instrucciones. Además, seguro que las has leído mal.

—Mis habilidades lectoras son impecables —dijo él—. Tú eres la única responsable de este desastre.

Bane dejó de apoyarse en la pared y se acercó a ella con un brillo divertido en los ojos. Después de quitarle la harina de la nariz, se inclinó para besarla.

—El hombre que decida casarse contigo tendrá que ser muy valiente, Lydia Pallas.

Había pronunciado aquellas palabras como por casualidad, pero Bane nunca decía nada sin pensárselo antes. Lydia retrocedió un poco para mirarlo, buscando la mínima señal de burla en su rostro, pero su sonrisa era sincera y sus ojos estaban llenos de orgullo.

—¿Eres tú ese hombre, Bane?

—Por supuesto. Y no se me ocurre mayor privilegio que compartir mi vida contigo.

—Bane se metió la mano en el bolsillo y colocó una sencilla sortija de oro en la encimera—. ¿Y tú? ¿Estás dispuesta a casarte conmigo?

Lydia esbozó una sonrisa tan deslumbrante que hacía daño a los ojos.

—¿Entonces ya no piensas que soy una drogadicta?

Bane sacudió la cabeza.

—Creo que ya has conquistado esa batalla. Ahora que el Profesor está entre rejas, podría establecerme en cualquier lugar del mundo, pero el único que consigue atraer mi atención se encuentra a tu lado. Aún quedan muchas batallas que librar, muchas más leyes que promulgar. Me gustaría luchar por esos objetivos con una esposa a mi lado. Y me temo que no puede ser otra más que tú.

El corazón de Lydia latía tan deprisa que apenas podía mantenerse erguida en su asiento. Llevaba muchos meses sumida en la soledad, deseando tener una vida normal con Bane. Y aquí estaba, proponiéndole matrimonio con una expresión de alegría en la cara.

Aun así, no pensaba permitir que Bane quedara por encima. No era una buena manera de empezar un matrimonio.

—¿Y por qué iba a casarme con un hombre más guapo que yo? Sería una humillación diaria.

La expresión de Bane no se alteró lo más mínimo. Le dio un beso en la palma de la mano y le guiñó un ojo.

—Piensa en la humillación que tendré que sufrir por casarme con una mujer más rica que yo. La gente pensará que me he casado contigo por tu fortuna y tú, por mi belleza. Los dos nos encontramos en el mismo dilema.

Lydia no podía dejar de sonreír.

—Supongo que tendremos que casarnos. Así podremos hacernos desgraciados mutuamente.

Esperaba que Bane le respondiera con una de sus características ocurrencias, pero sus palabras le provocaron un vuelco en el corazón.

—Lydia, quiero que nos casemos porque eres la otra mitad de mi alma —se limitó a decir—. Nunca me sentiré completo del todo hasta que me una a ti. No puedo imaginar mi vida sin tu presencia.

Supuestamente tenía que haber respondido con una frase igual de solemne, pero tenía

un nudo en la garganta y no podía hablar. Bane se dio cuenta, y Lydia sonrió al sentir cómo la rodeaba con sus brazos.



EPÍLOGO

SEIS MESES DESPUÉS

La noche era fresca y clara mientras el carruaje recorría la calle, balanceándose suavemente sobre los adoquines.

—No tengo mucho apetito —dijo Lydia a Bane, cuyo rostro aparecía perfilado contra la luz de la luna que entraba por la ventanilla.

¿Cómo iba a tener apetito cuando estaba tan nerviosa? Como siempre, Bane notó su nerviosismo.

—Lo harás muy bien, señora Banebridge —dijo con su confianza habitual. Lydia no terminaba de creer que estuviera casada con aquel hombre tan maravilloso, pero tenía una sortija de oro en el dedo que lo demostraba—. Anoche conociste a tres senadores, al secretario del Tesoro y a dos jueces supremos, y los dejaste impresionados. Lo de esta noche será un juego de niños comparado con eso.

El fastuoso acontecimiento de la noche anterior tuvo lugar en la Biblioteca del Congreso, para celebrar la mayor donación en la historia de esta institución. Todos los libros y manuscritos de la casa del profesor Van Bracken fueron expuestos en una gala impresionante, a la que acudieron los miembros más destacados de la alta sociedad de Washington. El Profesor había emprendido una inútil batalla legal desde su celda, situada en una isla remota más allá de las costas de Florida. Van Bracken reclamaba que él había comprado los libros legalmente y que el gobierno no tenía ningún derecho a apropiarse de ellos. Desde el punto de vista legal tenía razón; sin embargo, el gobierno había estimado que el Profesor debía miles de dólares en impuestos sin declarar durante las dos décadas que se dedicó al contrabando de opio. Como no podía pagar su deuda, las autoridades se habían apropiado legalmente de su patrimonio para ponerlo al servicio del bien común.

Lydia se alegraba de que los libros ya no estuvieran encerrados en una fortaleza remota, donde solo un lunático tenía acceso a ellos. Rogó a Bane que mantuviera en secreto su papel en la detención del Profesor. Su único deseo era olvidar aquellos días terribles en la mansión. Bane había respetado su petición de anonimato, pero todos los que estaban estrechamente relacionados con el caso estaban al corriente de lo que había hecho.

Y ese era el motivo de la cena de esa noche.

—Solo será una pequeña reunión íntima —le aseguró Bane.

¿Pero qué reunión podía ser íntima en la Casa Blanca? La primera dama se había enterado de su papel en la adquisición de aquel tesoro oculto y quería darle la bienvenida en Washington.

Lydia se enderezó en su asiento y se alisó la falda. Este era el mundo al que se había comprometido cuando se casó con Alexander Banebridge. Dos meses antes de contraer matrimonio, Bane se había servido de sus contactos para conseguir que un periódico nacional publicara su ensayo sobre el abuso del opio en los orfanatos. La opinión pública obligó a la Familia Crakken a tomar medidas contra el uso continuado del jarabe de la señorita Winslow en el orfanato. El incidente fue la primera victoria de Lydia en su lucha contra la droga, y estaba dispuesta a seguir luchando, fueran cuales fuesen las consecuencias. La mayor parte del tiempo, Bane y ella vivían modestamente en su apartamento del Dragón Sonriente. Los dos viajaban de una ciudad a otra para promover leyes y apoyar a los candidatos políticos adecuados en las elecciones, pero a Lydia le seguía gustando volver a su casa de Boston.

El carruaje se detuvo y Bane descendió para ayudarla. Lydia se recogió la falda de tafetán para no tropezar. ¿Quién iba a pensar que la niña sin zapatos del *Ugly Kate* llevaría una falda de tafetán? Disponía de tres vestidos elegantes para ocasiones especiales como esta, pero la mayor parte del tiempo le gustaba lucir un modesto vestido de algodón, más adecuado para la hija de un pescador.

Antes de entrar por la puerta de la Casa Blanca, Lydia se detuvo un momento para observar la luna llena.

—¿Has visto, papá? —susurró.

Bane oyó su comentario y le dio un apretón en la mano. Lydia seguía hablando con la luna llena, pero ahora estaba segura de que alguien la estaba escuchando. Nada más levantarse y justo antes de irse a dormir, Lydia dirigía una sencilla oración a Dios, dándole las gracias por Bane y por haberle regalado un nuevo y maravilloso propósito en la vida.



NOTA HISTÓRICA

Aunque el almirante Fontaine y su equipo de traductores son completamente ficticios, la Oficina de Inteligencia Naval (ONI) existió de verdad. A pesar de los increíbles avances de la ingeniería naval en la segunda mitad del siglo XIX, el gobierno estadounidense creía que el océano Atlántico era un escudo permanente contra las amenazas navales y perdió interés en el desarrollo de la Armada. El gobierno invirtió la mayor parte de los recursos militares en la expansión hacia el Oeste, fundando un ejército y dejando que la Marina cayera en declive.

Fundada en 1882, las primeras actividades de la ONI eran completamente legales. La institución enviaba a agregados navales a distintos puertos de Europa para reunir información sobre ingeniería naval. Los agregados pedían copias de los proyectos, que obtenían sin problemas. Entrevistaban a ingenieros navales y tomaban fotografías de los puertos y el armamento. Cuando les solicitaban un tipo de información similar sobre la Marina americana, estaban autorizados a proporcionarla. En aquel momento reinaba la paz en la mayor parte de Europa y América, y este tipo de actividades no se veían con suspicacia. Los agregados navales reunían manuales técnicos, catálogos de productos, periódicos y revistas de ingeniería y las enviaban a Estados Unidos para que la ONI se encargara de su traducción.

Respecto al jarabe calmante de la señorita Winslow, fue un producto que se comercializó por primera vez en 1849, como remedio para los niños inquietos o en proceso de dentición. La etiqueta no hacía mención a la considerable dosis de opio que contenía, y el jarabe se hizo increíblemente popular en Europa y Estados Unidos. Los anuncios pregonaban que el jarabe «tranquiliza al niño, calma las encías y alivia todo tipo de dolor... El pequeño querubín se despertará fresco como una rosa». A finales del siglo XIX, el jarabe calmante de la señorita Winslow figuraba como causa de drogadicción y empezó a aparecer en el certificado de defunción de muchos niños.

La exigencia de reforma en la comercialización de este tipo de medicamentos alcanzó su punto álgido a partir de 1890, pero se topó con una fuerte oposición por parte de la clase política, los farmacéuticos y los periódicos, que dependían del patrocinio de las empresas fabricantes. Finalmente, gracias al empeño constante de médicos, reformadores y una minoría de políticos valientes, se lograron promulgar leyes para limitar el uso de opiáceos en las medicinas. En 1906, la Ley de Alimentos y Fármacos No Adulterados prohibió los «medicamentos patentados perjudiciales» a nivel nacional. Aunque el opio podía seguir adquiriéndose sin receta, la ley prohibía la venta de

preparados, a menos que los ingredientes figuraran en la etiqueta. Cuando el jarabe de la señorita Winslow tuvo que incluir el opio en la etiqueta, la empresa fabricante se vio expuesta al escándalo público. El jarabe terminó eliminando los opiáceos de su composición en 1915. Como el medicamento dejó de ser eficaz, la compañía cerró sus fábricas en Estados Unidos, pero siguió comercializando el jarabe en Inglaterra hasta 1930.

Índice

Prólogo	7
Capítulo 1	16
Capítulo 2	23
Capítulo 3	33
Capítulo 4	39
Capítulo 5	46
Capítulo 6	51
Capítulo 7	61
Capítulo 8	66
Capítulo 9	74
Capítulo 10	78
Capítulo 11	85
Capítulo 12	93
Capítulo 13	102
Capítulo 14	109
Capítulo 15	114
Capítulo 16	124
Capítulo 17	130
Capítulo 18	138
Capítulo 19	144
Capítulo 20	150
Capítulo 21	156
Capítulo 22	167
Capítulo 23	175
Capítulo 24	183
Capítulo 25	192
Capítulo 26	199
Capítulo 27	204
Capítulo 28	213

Capítulo 29	224
Capítulo 30	233
Capítulo 31	238
Capítulo 32	245
Capítulo 33	252
Capítulo 34	259
Capítulo 35	274
Capítulo 36	281
Capítulo 37	285
Epílogo	293
Nota histórica	296